



LIBROS DE LA

LL
1894
VAS

Q 438



00002804





SERIE GRADUADA
DE
LIBROS DE LECTURA.

SERIE GRADUADA

BIBLIOTECA
DEL S^o
J. M. DE VED. A.

DE

LIBROS DE LECTURA,

POR

A. VÁSQUEZ ACEVEDO.

LIBRO CUARTO.

6220

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

MONTEVIDEO.

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES,

CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79.

1894.

Biblioteca Nacional de Maestros

139 X 194

SCHMIDT, FRANCO Y CIA., editores de este libro,
perseguirán ante la ley á los que vendieren
ejemplares que no lleven su firma.

Schmidt, Franco & Cia

INTRODUCCIÓN.

Cuatro palabras á los maestros.

Es cosa sabida que ningún maestro, por ilustrado é inteligente que sea, puede dar sus lecciones sin prepararse de antemano para ellas.

Los que olvidan ó desatienden esto revelan un completo desconocimiento de los deberes de su misión.

A la clase no se puede ir á improvisar lecciones, sin riesgo de malograr el resultado de la enseñanza ó de perder el tiempo.

Las lecciones de lectura, como todas las otras, deben ser preparadas.

El maestro debe con la anticipación necesaria enterarse de la lección que va á dar; informarse del asunto objeto de ella; repasar los conocimientos que con ella se relacionen, para que siempre le sea posible responder á las preguntas que se le hagan y adelantar las explicaciones convenientes; leer por sí mismo en alta voz el trozo de lectura que corresponda, para penetrarse de la manera en que debe ser leído, con sujeción á las reglas de elocución que se establecerán más adelante.

Llegado el momento de la lección, debe empezar por separar las palabras poco comunes, las expresiones figuradas y poco usuales, los nombres ó citas literarias, históricas y científicas, para explicar su sentido en forma sencilla y sin largas digresiones.

Cuando la naturaleza del trozo lo requiera, deberá también, sin adelantar el contenido del mismo, dar una idea general sobre el asunto de que trate, para interesar á los discípulos y facilitar al mismo tiempo su comprensión, base indispensable para una buena lectura.

No debe consentir jamás que los alumnos lean sin observar las reglas de elocución.

Si un alumno leyere mal una vez, debe hacerle leer la lección ó el párrafo mal leído, una segunda y aun una tercera vez, hasta que lo lea bien.

No hay necesidad ninguna de que se lean muchas páginas en una sola lección. Lo esencial es que se lea bien, y esto no puede conseguirse cuando se lee mucho, por el tiempo limitado de que se dispone en la Escuela.

Es preciso, además, que todos los alumnos lean la misma lección, y todos los párrafos que ella abraza, sobre todo cuando comprendan ejercicios nuevos de expresión, porque no se aprende tanto oyendo leer como leyendo uno mismo.

Terminada la lectura deben hacerse ejercicios sobre la significación de lo leído, y aplicación ó uso de las palabras nuevas y de las frases ó expresiones figuradas.

REGLAS SOBRE LA EXPRESIÓN.

La expresión es la emisión de nuestros pensamientos y sentimientos con su debida significación ó fuerza.

El estudio de la expresión abraza el estudio del *tono*, del *movimiento*, del *grado de elevación*, de la *fuerza* de la voz, del *énfasis*, de las *pausas* y de las *inflexiones*.

§ I.

Del tono.

El *tono* es la cualidad de la voz, ó sea la cualidad del sonido usado al leer ó hablar.

El tono debe hallarse en armonía con los pensamientos expresados; en otros términos: debe regularse por los sentimientos que dominan al que habla.

El tono es *puro*, *lleno*, *aspirado* y *gutural*.

Tono *puro*, es un sonido claro, suave, redondo y fluido; es la voz apropiada para las narraciones, descripciones y razonamientos y para la expresión de las emociones tranquilas y alegres.

EJEMPLOS:

En un espacioso rancho
 De amarillentas totoras,
 En derredor asentadas
 De una llama serpeadora,
 Que ilumina los semblantes
 Como funeraria antorcha,
 Hirviendo el agua en el fuego,
 Y de una mano tras otra
 Pasando el sabroso mate
 Que todos con gusto toman,
 Se pueden contar muy bien
 Como unas doce personas.

(A. MAGARIÑOS CERVANTES. — *Celiar.*)

Con el chambergo inclinado sobre la oreja, sujeto por un barboquejo concluído por dos borlillas negras, que simulaban perilla bajo su labio inferior, el poncho arrollado con gracia sobre el hombro, y una mano apoyada en el mango del rebenque, el bizarro mozo, con su aire de atrevimiento y dureza de ceño, bien sentado en su caballería briosa y piafadora, representaba fielmente á esa clase errante que en otros tiempos desconocía las dulzuras del hogar doméstico, compañero del animal montaraz en los bosques, fuerte ante el peligro, sombra siniestra del llano, la sierra y la selva, cuyas planicies, desfiladeros ó escondrijos recorría y utilizaba en sus excursiones de centauro indómito, desafiando las iras de los prebostes y abriendo camino al intercambio de productos, sin pago de derechos.

(ACEVEDO DÍAZ. — *Ismael.*)

Ven, mi Juan, y toma asiento
 En la mejor de tus sillas;
 Siéntate aquí, en mis rodillas,
 Y presta atención á un cuento.

(JUAN DE DIOS PEZA.)

El tono *lleno* es el tono puro, más profundo, más intenso, más sonoro. Se usa cuando hay que expresar un gran goce, sublimidad, valor heroico, temor reverencial, triunfo, grandeza y otros sentimientos análogos.

EJEMPLOS:

¡Al fin te ven mis ojos, ¡oh dulce patria mía!
 Delirio de mis sueños, imán de mi deseo;
 Al fin tras nueve años, al fin Montevideo,
 Puedo aspirar tus brisas, llorando de alegría,
 Llorando de alegría, que al fin tus playas veo!

(A. MAGARIÑOS CERVANTES. — *Regreso de Europa.*)

¿Era el padre?... ¿era el hijo?... ¿era el esposo?...
 ¡Curupaití tal vez le vió asombrado,
 Tinto en sangre el acero, valeroso,
 Alzando el patrio pabellón radioso
 Sobre el campo de muertos alfombrado!

(J. SIENRA Y CARRANZA.)

El jefe invasor sacudió el paño con firme mano, y señalándolo con la punta de su acero, resumió una breve arenga con este grito de pujante brío:

¡Libertad ó muerte!

Treinta y dos voces lo repitieron, tendidos los sables, deshecha la fila por una conmoción profunda, puesta por algunos en tierra la rodilla y sellado por otros el suelo con el labio; y por un momento, el eco formidable, al devolver lejano el juramento, pareció ruido de cadenas que se trozaban con estrépito.

(ACEVEDO DÍAZ. — *Grito de gloria.*)

¡Porfiada era la lid! En la humareda
 La enseña de los libres ondeaba,
 Acariciada por la brisa leda
 Que sus pliegues hinchaba:
 Y al fin entre relámpagos de gloria
 Vino á alzarla en sus brazos la victoria!
 Lanzó el cóndor un grito de alegría,
 Grito inmenso de júbilo salvaje;
 Y desplegando en la extensión vacía
 Su vistoso plumaje,
 Fué esparciendo por sierras y por llanos
 Girones de estandartes castellanos!

(ANDRADE. — *Nido de cóndores.*)

El tono *aspirado* es la expulsión de la respiración de una manera más ó menos fuerte, de modo que las palabras ó una parte de ellas, suenan como un susurro. Se usa para expresar el espanto, el miedo, el horror, recelo, secreto, etc.

EJEMPLOS:

- ¡Vamos! — ¿me quiere ella echar á mi país?
- Tampoco eso importaría un castigo, puesto que con su fortuna, podría usted vivir bien en cualquier parte.
- ¡Ay! ¿entonces me destierra á la Siberia?
- No, peor todavía.
- ¡Dios mío! ¿me manda recibir el *knout*?

(ROEMER.)

Durante un momento no se oyó más que la entrecortada respiración de los cuatro y el rumor de la lluvia:—la anciana apenas podía respirar de fatiga; tenía los ojos fuera de las órbitas.

El que tenía sujeto al chico, le dijo al oído:—¿Dónde tiene tu padre el dinero?

El muchacho respondió con un hilo de voz, y dando diente con diente:—Allá.... en el armario.

(DE AMICIS.)

El tono *guttural* es un sonido aspirado, profundo y áspero, usado para expresar la aversión, el odio, la venganza, el disgusto.

EJEMPLOS:

Yo soy, rey caballero, yo, el loco, el bufón, esta mitad de hombre, este supuesto animal á quien tú llamabas perro. Y es que, cuando la venganza está con nosotros, no hay nada que duerma en el corazón por muerto que esté; el más pequeño crece, el más vil se transforma, el esclavo desenvaina su odio, el gato se torna tigre, y un verdugo el bufón. ¡Oh! ¡cómo gozaría yo si pudiera oirme, sin poder moverse! ¿Me oyes? ¡Te aborrezco! Ve á ver si en lo hondo del río en que acaban tus días hay alguna corriente que te lleve á San Dionisio. ¡Al agua! rey Francisco.

(VÍCTOR HUGO.—*El rey se divierte.*)

—La envidia, hija, la envidia.

—¿La envidia?.... ¿De quién?

—Tuya, por ejemplo.

La Mazacán saltó á su vez hecha una hiena porque el tiro fué á dar en el blanco.

—¿Mía?—gritó.... ¿Yo.... envidia.... de.... tí....? ¿De la Villamelón?.... ¿De la Vi.... lla.... me.... lo.... na?

(COLOMA.)

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
Ó echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiaros,
El corazón arrancaros
Y patearos la lengua.

(ESPRONCEDA.)

§ II.

Movimiento de la voz.

La expresión del pensamiento en su relación con el *movimiento* puede ser: *rápida, lenta ó moderada*.

Se habla ó se lee con *rapidez, despacio ó moderadamente*.

No hay dos alumnos de una clase que puedan leer con el mismo grado de movimiento, aunque todos los que la compongan atribuyan á la lección el mismo sentimiento, y coincidan en que debe leerse despacio, con rapidez ó moderadamente. La diferencia estará en la práctica, no en la teoría.

La lectura en común hará más para corregir las faltas de cada alumno sobre este tópico, que todos los consejos imaginables. Un lector perezoso ó atropellado comprenderá su defecto en cuanto empiece á leer con sus compañeros, y se verá obligado á regular su tiempo por el de los demás.

Algunos profesores recomiendan, sin embargo, el siguiente ejercicio: Elíjase una proposición cualquiera, y hágase pronunciar tan despacio como sea posible; hágase en seguida, repetir la proposición con ligero y progresivo aumento de movimiento, hasta que se alcance la mayor rapidez de emisión. Conseguido esto, inviértase el ejercicio, repitiéndose la proposición cada vez con más lentitud. De este modo se logrará cierta habilidad para aumentar ó disminuir á voluntad el movimiento de la voz.

La lectura *moderada* es la que conviene para toda clase de trozos tranquilos, sean de conversación, narrativos ó descriptivos.

EJEMPLOS:

Dos días después de la llegada de Marta á la estancia de las Alamedas, la nueva faz de su convalecencia estaba claramente pronunciada. Por la mañana, en la cama, había tomado con gusto el alimento; y á las dos de la tarde, animosamente sentada en la galería del comedor, devoró la mitad de un pollito asado, haciendo crujir entre sus dientes los cartílagos del ave, chupándose los dedos, en seguida, para no desperdiciar el jugo de su carne dorada.

(RAMÍREZ. — Marta.)

Al caer la tarde se veía venir en una ú otra dirección una gran comitiva, precedida y seguida de una turba de muchachos. Eran los jugadores de alto tono, la juventud dorada de Montevideo, que salía á jugar por lo fino, con cáscaras de cera y cartuchos de confites.

Era de verlos tan ufanos y alegres con sus garibaldinas azules ó rojas, pantalón blanco, bota de charol á la granadera, lujosa faja de seda, y en la cabeza una boina graciosamente achatada hacia un lado. Allí era el salir apresuradamente á los balcones las señoritas, armadas de sus jarros, echando agua con una mano sobre aquellos peripuestos donceles, y defendiéndose con la otra de los proyectiles que ellos les arrojaban con toda mesura á *barajar*, para no lastimarlas.

(DANIEL MUÑOZ. — *Los carnavales.*)

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible; el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente
Que hace brillar la cara de los cielos.
Huyen como azoradas las tinieblas
A la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba, al parecer, como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que lo siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.

(NAVARRETE. — *La mañana.*)

Se debe leer *con rapidex*, cuando hay que expresar alegría, ansiedad, cólera, terror.

EJEMPLOS:

Y se agrupan los chicuelos
Que cual ángeles se ven,
Y ante el portal de Belén
Cantan al rey de los cielos.
¡Qué entusiasmo! ¡qué alegría!
¡Qué fiesta santa y amena!
Falta la mejor: la cena,
¡La gran cena de este día!

(PEZA. — *Noche buena.*)

¡Cómo! ¿sois vos? me dijo conmovida;
¡Vos aquí en la comarca!... ¿la salud
Sentís de nuevo acaso enflaquecida
Y en procura volvéis de aire y quietud?

(GUIDO. — *Al pasar.*)

—Explicame el sentido de tu carcajada, decía Rodolfo, desconcertado y trémulo.

—¡Necio! son mis oídos los que te calumnian.... ¿No lo has comprendido entonces? Yo estaba presente en aquel mediodía de Fe-

brero, á tu espalda, apenas separada de tí por una débil tela, cuando tú le revelabas á Genoveva todos los secretos de tu corazón y de tu vida.... Tuve que huir, horrorizada de tus infamias.... ¿Comprendes ya por qué te odio y te castigo sin compasión?

(C. RAMÍREZ. — *Marta*.)

¡La noche fué cruel! pero el esclavo
Llegó un momento en que con ira santa,
Arrancando el dogal de su garganta,
El rostro á los tiranos azotó!
Y coloso inmortal, hijo del cielo,
Con toda su alma de gigante mundo,
Arrolló á sus verdugos iracundo,
Partiéndoles audaz el corazón!

(JUAN C. VARELA. — *América*.)

Se debe leer *despacio*, cuando hay que expresar grandeza, solemnidad, temor reverencial, adoración, consternación y otras emociones semejantes.

EJEMPLOS:

En medio de los tristes pensamientos
Que la propia desgracia nos inspira,
Húmedo aún de sangre
El yermo suelo de la patria amada;
Cuando la diestra airada del hermano,
Contra el hermano alzada,
En lucha estéril se fatiga en vano;
Cuando apenas allá en el horizonte
Brilla la tenue luz de la esperanza,
Vaga como la vela salvadora
Que el náufrago infeliz en sus delirios
Cree siempre ver, y que jamás alcanza;
Nuevos gemidos de dolor resuenan,
Nuevo horror nos abrumba,
Y otro pueblo enlutado
Sus ayes moribundos nos envía
Del mar sonoro en la brillante espuma.

(AURELIO BERRO. — *Pan y lágrimas*.)

¿Adónde va? ¿qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
¡Tiranos y opresores!

Va á posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
ALLÁ, DONDE SE QUEJA LA RIBERA
CON AMARGO LAMENTO,
PORQUE SINTIÓ PASAR PLANTA EXTRANJERA
Y NO SINTIÓ TRONAR EL ESCARMIENTO!

(ANDRADE. — *Nido de cóndores.*)

Penetrad en estas selvas tan antiguas como el mundo, ¡qué profundo silencio en esas soledades, cuando los vientos reposan! ¡Qué voces desconocidas cuando se levantan! Si estáis inmóvil, todo queda mudo; ¡si dais un paso, todo suspira! La noche se acerca, las sombras se hacen más densas, óyense hatos de bestias salvajes corriendo en medio de las tinieblas; la tierra murmura bajo vuestras pisadas; de vez en cuando el trueno hace retumbar el desierto; agítanse las selvas, caen los árboles, un río desconocido corre ante vuestra vista.

(CHATEAUBRIAND. — *Las selvas de América.*)

El grado de rapidez ó lentitud de la palabra depende mucho de la intensidad de los sentimientos. En el caso de cólera, por ejemplo, si tenemos un perfecto dominio sobre nosotros mismos, hablamos despacio y deliberadamente; pero si la pasión nos domina, la emisión del pensamiento se hace de la manera más rápida que es posible.

§ III.

Grado de elevación ó depresión de la voz.

El grado de elevación ó depresión general de la voz depende de lo que se llama *la llave* de la música.

Como la escala musical de todas las voces no es igual, es imposible establecer un método físico para calcular el grado de elevación ó depresión general de la voz, y podemos sólo describirlo con referencia á voces individuales.

Puede ser *natural* ó *medio*, *alto* y *bajo*.

El grado natural es el de la conversación ordinaria, de las descripciones, de las reflexiones morales, de los razonamientos tranquilos.

EJEMPLOS:

Ni un bulto, ni una sombra interrumpía la línea recta de las calles que se pierden en las hondonadas del terreno, y cuando el guardián nocturno se separa de su puesto para recorrer la manzana, sus pasos resuenan en el enlosado de la vereda, y repercuten en las paredes de la acera opuesta, como si algún ser invisible fuese siguiéndole á poca distancia.

(D. MuÑOZ.)

Me ha dicho: «á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja;
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

«Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno,
Guarda tu honor para vivir honrado.»

(PEZA. — *Mi padre.*)

El que su vida terrenal no sella
Con actos que ennoblezcan su memoria;
El que no deja tras de sí una huella
De valor, de virtud, talento ó gloria,

Desaparece de la humana vida
Cual la hoja que arrastra la cascada;
Y su losa entre tantos confundida,
Del viajero no alcanza una mirada.

(FERMÍN FERREIRA Y ARTIGAS.)

El grado *alto* es el que se usa para expresar animación y alegría.

EJEMPLOS:

Cuando á tu alerta grite la Patagonia ¡alerta!
¡Alerta! el viejo Chaco, y, ¡alerta! el Paraná;
Y la Nación levante su frente descubierta
Diciendo con sus broncees al enemigo: ¡atrás!

(MÁRMOL. — *El peregrino.*)

—¿Será verdad? ¿cómo? ¿usted me admite en su casa? ¡á mí! ¡á un galeote! ¡me llama usted *señor*! ¡no me tutca! Yo estaba persuadido de que usted me despediría. Por eso dije en seguida quién era. ¡Oh! ¡qué buena mujer la que me enseñó esta casa! ¡voy á cenar! ¡una cama, con colechones y sábanas! ¡como todo el mundo! ¡una cama! ¡hace ya diez y nueve años que no me acuesto en una cama!

(VÍCTOR HUGO. — *Los miserables.*)

Aprestábase agitado y febril para lanzarse fuera, cuando Ladislao, trayendo en la diestra un sable desnudo, entróse en su aposento precipitadamente, gritando con acento enronquecido:

«¡Todos los pagos revueltos desde el Arenal Grande aquí!—¿Volvemos á la pelea de otras ocasiones? La gente toda anda cómo ganado arisco, de pago en pago, y en esta hora *mesma* acaba de meterse en el campo una partida que ha tomado prisionera la fuerza portuguesa que nos bombeaba hace días, sin dejar escapar uno solo....»

(ACEVEDO DÍAZ.—*Nativa.*)

El grado *bajo* es el que se observa cuando la voz descende más abajo de la llave de la conversación ordinaria. Indica gran serenidad de espíritu y se usa para expresar reverencia, sublimidad, un pesar tranquilo, un goce profundo, y las emociones tiernas.

EJEMPLOS :

—¿De qué murió? la dije.—Estaba fuerte
Como el tronco que veis de ese abenuz;
Un día entre la mies le halló la muerte
Allí donde se alza aquella cruz!

—¿Y os dejó alguna hacienda? — Lo bastante
Para vivir, la casa, y más aquel
Molino que se ve blanquear distante,
Los bueyes, el sembrado y el verjel.

—¡Pobre! ¿y tu madre? — Lloro el día entero.
Si queréis verla os llevaré; venid,
Está allá abajo al canto del otero,
A la sombra tegiendo de la vid.

(GUIDO SPANO.—*Al pasar.*)

Y luego, más tarde, allá por la madrugada, cuando preocupado él con su viaje cerraba las maletas en su cuarto, oyó en el silencio de la noche moverse la llave en la cerradura; salió al punto y encontró á su madre á medio vestir, descalza, que venía cautelosamente de puntillas á mirar por el ojo de la llave.

—¿Qué es eso, mamá?... ¿Tiene usted algo?

—No, hijo, nada; no tengo nada.... ¡Es que quería verte otra vez, hijo del alma! ¡Es que te vas mañana!

(COLOMA.—*Pequeñeces.*)

Nota.—Como ejercicio general sobre este tópico debe elegir el maestro una proposición cualquiera y hacerla leer tan bajo como lo permita la llave; en seguida debe hacerla repetir elevando gradualmente la escala hasta alcanzar al grado más alto; y una vez conseguido esto, debe invertirse el ejercicio, empezando por las notas más altas para descender á las más bajas.

§ IV.

De la fuerza.

Fuerza ó intensidad de la voz es su mayor ó menor alcance.

Aunque la intensidad de la voz varía mucho, pueden señalarse tres grados principales: *fuerte*, *moderado* y *suave*.

El grado *fuerte* es el que se usa en las invocaciones poderosas á las multitudes, y para expresar pasiones violentas y emociones vehementes.

EJEMPLOS:

¡Oh! no, no puede ser. Pueblo, despierta;
Arranca el porvenir de tu pasado,
Levántate valiente,
Levántate á reinar, que de rey tienes.
El corazón y la guerrera frente!

(ZORRILLA DE SAN MARTÍN.—*Leyenda patria*.)

Marqués Hatto, sé que eres un infame, un traidor, un impío abominable y bajo. Quiero saber ahora si se encuentra en tu corazón el miedo, fango vil que deja siempre el vicio; sospecho que eres un cobarde, y que todos estos señores, mejores que tú, van á tener ocasión de verlo.... Hatto, yo te desafío á pie; con toda suerte de armas, en campo cerrado, sin dilación, sin cuartel, á cara descubierta, á la orilla del río, á donde se arrojará al vencido. Mata ó muere.

(VÍCTOR HUGO.—*Los Burgraves*.)

El grado *moderado* es el que se emplea en las conversaciones ordinarias, en las narraciones y descripciones.

EJEMPLOS:

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento,
Con gracioso talento,
Una tierna canción, y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresión le encarecía
El fuego que en su pecho ardía.

(FRAY DIEGO GONZÁLEZ.)

Engomado, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los pies, por no permitirle andar de otra manera el calzado estrechísimo, que le torturaba, sin disimularlos

del todo, dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza, el tío *Frasquito*, tío universal de toda la grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorromnes de oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid* de la corte.

(COLOMA. — *Pequeñeces.*)

El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
¡Ved! llegan, saltan. El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpe se el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

(HEREDIA. — *Al Niágara.*)

El grado *suave* es el que se usa para expresar cautela, miedo, silencio, secreto y tiernas emociones.

EJEMPLOS:

Al cabo de un cuarto de hora, que fué muy largo, oigo en la escalera á alguien, y por las rendijas de la puerta veo al padre con su lámpara en la mano, y uno de sus grandes cuchillos en la otra. Subía, su mujer tras él; yo detrás de la puerta. Abrió, pero antes de entrar puso en el suelo la lámpara que vino á alzar su mujer, luego entró descalzo, y ella desde afuera le decía en voz baja, tapando con los dedos la luz de la lámpara: «*anda despacio, despacio.*»

(COURRIER.)

Los dos asesinos se agarraron de la mano, arrebatados por una común inspiración, y entendiéndose sin tener necesidad de hablar, dirigiéndose en línea recta á la puerta de la Iglesia, aguardan á Stra-

della, y al salir éste, rodeado de gentío ávido de contemplar sus facciones, le toma aparte uno de ellos y le dice: «Huye, en medio de la admiración pública; el puñal está amenazando tu pecho. Un rival celoso persigue tu gloria y tu vida; huye, y teme encontrar en otra parte asesinos que no desarme tu genio.»

(FILÓN.—*Stradella.*)

Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
¡Por Dios! en mi tumba tened vuestro paso;
No todos, no todos se olviden de mí.

(BALCARCE.)

Ella inclinó la frente pensativa,
Se turbó su pupila,
Y enjugando sus ojos y los míos,
Me dijo más tranquila:

—Llama siempre á tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta ó viva;
Si está en el mundo, á compartir tus penas,
Y sino, á consolarte desde arribal....

(ANDRADE.)

Nota. — Como ejercicio general sobre éste tópico elíjase una proposición y hágase pronunciar con la voz necesaria para que pueda apenas ser oída, y en seguida hágase subir gradualmente la voz, sin variar el tono general, hasta que se manifieste en toda su intensidad. Inviértase después el ejercicio, empezando por la voz más fuerte hasta terminar de grado en grado en un susurro.

§ V.

El énfasis.

Hemos considerado hasta aquí los tópicos que se relacionan con el *sentimiento* de lo que se lee.

Vamos á considerar ahora los que se relacionan con la enunciaci6n de las proposiciones aisladas y sus partes, frases y palabras; que son: *el énfasis, las pausas y las inflexiones.*

Énfasis es el uso de una fuerza especial en la emisi6n de ciertas palabras, con el propósito de hacer notar su importancia al que escucha.

El énfasis tiene varios grados, desde la pequeña fuerza que se da á las palabras importantes en las conversaciones ordinarias, hasta la gran fuerza que se da á las palabras que expresan emociones.

Es *absoluto* cuando corresponde á palabras naturalmente importan-

tes para la significación, como por ejemplo: «No tenemos *mucho tiempo* de vida. El *sol* empieza á *salir*. Él *nunca* dijo eso.

En este último ejemplo, el significado de la proposición puede cambiar si se cambia el énfasis en cada una de sus palabras.

Él nunca dijo eso. (Algún otro lo dijo.)

Él *nunca* dijo eso. (Jamás durante su vida.)

Él nunca *dijo* eso. (Pudo pensarlo.)

Él nunca dijo *eso*. (Dijo otra cosa.)

Cuando hay duda sobre cuál es la palabra de una proposición que debe ser enfática, se debe buscar con cuidado el significado de toda la proposición, por su relación con las proposiciones anteriores y posteriores.

El énfasis es *relativo*, cuando corresponde á palabras que adquieren importancia por su contraste con otras, como por ejemplo: «*Ayer*, la *esperanza* se anidaba en todos los pechos; *hoy*, nos encontramos sumidos en la *desesperación*.»

Las palabras *ayer* y *hoy*, *esperanza* y *desesperación* han añadido al énfasis que naturalmente les correspondía, un énfasis especial debido al contraste de su significación.

El énfasis *emocional* se da de las siguientes maneras á las palabras que expresan una profundidad de sentimiento que no les corresponde en discursos desapasionados:

1.º Aumentando la fuerza cuando se repite la misma palabra, como por ejemplo: «Yo *nunca* tiraré mis armas, *nunca*, NUNCA, NUNCA.»

2.º Prolongando los sonidos de las palabras, como: «Él es un *vie-jo co-di-ci-o-so*.»

3.º Por medio de fuertes exclamaciones, como por ejemplo: «¡Un caballo! ¡un caballo! ¡mi reino por un caballo!»

4.º Deteniéndose entre las palabras, como por ejemplo: «César se detuvo en la orilla del Rubicón. ¿Por qué | se | detuvo?»

La última forma de énfasis muestra la fuerza que se añade á lo que se dice haciendo las pausas necesarias para dar á los pensamientos su completa importancia. El abuso de las pausas, sin embargo, contraría el efecto del énfasis y arruina la fuerza de la expresión.

§ VI.

Pausas.

Las *pausas* usadas en la lectura tienen por objeto aclarar el pensamiento ó dar énfasis á ciertas palabras ó frases. Las primeras se llaman pausas *gramaticales*; las últimas pausas *retóricas*.

Las pausas gramaticales son: el *punto*, los *dos puntos*, el *punto y coma*, y la *coma*, y se colocan en todos los casos en que el sentido quedaría obscuro sin ellas.

Las pausas retóricas se usan para añadir énfasis á ciertas palabras ó frases, como:

«Ésta | es mi respuesta:—No porque yo quiera á César | menos |, sino porque quiero á Roma | más.»

Las pausas retóricas ocurren:

1.º Después de un asunto enfático, como: «Ésta | es mi respuesta.»

2.º Antes de toda palabra enfática, como: «Ahora | ahora es el momento de la acción! Debemos vencer, ó | morir.»

La pausa retórica antes de «*ahora*» llama especialmente la atención sobre el tiempo; la que se hace antes de «*morir*» la llama hacia una alternativa terrible. La evidente repugnancia del que habla ó lee á decir «*morir*» produce una expectativa de parte de los oyentes y hace de esa manera más enfática la palabra.

La pausa *cesural* ocurre en el medio ó cerca del medio de cada verso, y se usa para descansar la voz y marcar el ritmo del metro

EJEMPLOS:

Palomas de los valles, | prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, | vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, | vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro | la gloria del Señor.

(JOSÉ ZORRILLA.)

Dulce vecino | de la verde selva,
Huésped eterno | del abril florido,
Vital aliento | de la madre Venus,
Céfiro blando.

(VILLEGAS.)

§ VII.

De las inflexiones.

Inflexión es la alteración que sufre la voz al fin de una sílaba ó de una palabra.

Puede ser *ascendente* ó *descendente*, según se eleve ó se baje la voz.

EJEMPLOS:

1. ¿Oye Vd. la lluvia?
- ¿Desea Vd. salir?
2. ¿Por qué no me contesta usted?
- ¿Por qué se calla usted la boca?
3. ¿Quiere Vd. ir hoy ó mañana?
- ¿Quiere Vd. quedarse ó salir?
4. Una buena disposición, una educación liberal, principios morales y hábitos industrioses, son pasaportes seguros de felicidad y honor.

De estos ejemplos podemos deducir las siguientes reglas:

1.^a Las preguntas que pueden ser contestadas por *sí* ó por *no*, generalmente requieren la inflexión ascendente.

2.^a Las preguntas que no pueden ser contestadas por *sí* ó por *no*, requieren la inflexión descendente.

3.^a Cuando se trata de palabras ó frases en contraste, una de ellas lleva la inflexión ascendente y otra la descendente.

4.^a La inflexión ascendente se usa generalmente sobre todas las palabras ó frases de una serie, con excepción de la última, que toma la inflexión descendente.

La inflexión ascendente regularmente indica hesitación ó duda; la inflexión descendente, determinación ó decisión.

El uso de las inflexiones en series de palabras en contraste, tiene por objeto impedir una monotonía desagradable.

El énfasis requiere el uso de las inflexiones descendentes solamente.

§ VIII.

La lectura de versos.

En la lectura de versos, el *fraseo* ó agrupación de las palabras según su sentido, es sin duda más difícil que en prosa, en razón del ritmo y de la rima; pero debe ser atendido con especial cuidado porque el sentido de la lectura es lo principal de todo.

La pausa cesural es precedida usualmente de un ligero aumento y seguida de una ligera disminución de voz.

El turno regular de las sílabas acentuadas y no acentuadas en poesía, el ritmo, no requiere esfuerzo ninguno de parte del lector para hacerse evidente.

El verso rimado suena mejor cuando las sílabas rimadas no se enfatizan.

La tendencia á enfatizar regularmente ciertas sílabas en cada línea, ó á repetir las mismas inflexiones en cada verso, constituye lo que se llama *el canto*, que debe ser contrariado y perseguido con gran esmero y perseverancia.

LIBRO CUARTO.

TROZOS DE LECTURA.

I.

La lección de lectura.

Se puntúa con las palabras como se puntúa con la pluma.

Cierto día se presentó en casa del señor Sansón, en calidad de discípulo, un joven bastante satisfecho de sí mismo.

—¿Deseáis tomar lecciones de lectura, caballero?

—Sí, señor.

—¿Os habéis ejercitado ya leyendo en alta voz?

—Sí, señor; he recitado escenas de Corneille y de Molière.

—¿Delante de gentes?

—Sí, señor.

—¿Con aplauso?

—Sí, señor.

—Hacedme el favor de tomar las obras de Lafontaine; leed la fábula *La Encina y la Caña*.

El discípulo comenzó:

La encina un día dijo á la caña....

—¡Basta! No sabéis leer.

—Tal creo, puesto que vengo á recibir vuestras lecciones,

replicó algo picado; pero no comprendo cómo en un solo verso....

—¿Queréis comenzar de nuevo?

—Sí, señor.

La encina un día dijo á la caña....

—Estaba yo seguro de que no sabíais leer.

—Pero....

—Pero, repuso el señor Sansón con flema, ¿hay acaso alguna encina que se llame *un día*? No. Pues bien: ¿por qué leéis entonces: «*La encina un día dijo á la caña....*? Leed, pues: *La encina, coma, un día, dijo á la caña....*

—¡Pues es verdad! exclamó el joven estupefacto.

—Tan verdad, repuso el maestro con la misma calma, como que acabo de enseñaros una de las reglas más importantes de la lectura en alta voz: el arte de la puntuación.

—Pues qué, ¿se puntúa cuando se lee?

—Sin duda: tal silencio indica un punto; tal semi-silencio una coma; tal acento un punto de interrogación; y mucha parte de la claridad, del interés mismo del relato, depende de la hábil distribución de los puntos y de las comas, que el lector indica sin nombrarlos y que el que escucha entiende sin necesidad de que se los nombren.—(LEGOUVÉ.)

II.

El teatro viejo.

Doña Rita Villarino es una anciana señora que ha cumplido ya los ochenta años, pero que conserva en todo su vigor sus facultades intelectuales, y sobre todo la memoria.

Recuerda con entera exactitud los más mínimos detalles de su juventud, y tiene un especial placer, como sucede generalmente á

las personas de su edad, en hablar de los tiempos pasados y en comparar las cosas de su época con las de la presente, pensando siempre que lo viejo era mucho mejor que lo nuevo.

Doña Rita tiene una nieta de doce años, muy ladina y pizpireta, llamada Elena, que se entretiene á menudo *en buscarle la boca*, como ella dice, ridiculizando y haciendo mofa de las costumbres antiguas, y del atraso en que se hallaban hace cincuenta ó sesenta años las ciudades y pueblos de la República.

Un día fué Elena á visitar á su abuelita y se trabó entre las dos la conversación siguiente:

Doña Rita. — ¿Cómo te ha ido, mi hijita? ¿Te llevó anoche al teatro tu papá, como te lo había prometido?

Elena. — Sí, abuelita. Aunque el teatro cuesta muy caro, anoche fuimos á Solís á ver á la Patti en *Semíramis*.

Doña Rita. — ¿Y cuánto les costó el teatro?

Elena. — Veinte pesos los dos sillones. Vale diez pesos cada sillón.

Doña Rita. — ¡Jesús, María y José! ¡diez pesos cada sillón! En mi tiempo los asientos de platea, que sólo eran ocupados por los hombres, porque entonces no se usaban las *mescolanzas* de ahora, valían *tres reales* no más. Un amigo de mi marido solía tomar dos asientos, uno para sí y otro para su capote, su sombrero y su bastón. ¡Qué diferencia de tiempos! Por supuesto que el teatro estaría vacío. . . .

Elena. — ¡Qué error, abuelita! Estaba lleno; no cabía ni un alfiler.

Doña Rita. — ¡Lleno! No te puedo creer.

Elena. — Pues lleno. Y no sólo estaba lleno Solís, sino Cibils, donde las localidades son también caras, y San Felipe, y el Catalán, y todos los demás teatros. Usted, abuelita, se olvida de que ya no estamos en los tiempos de la Casa de Comedias.

Doña Rita. — ¡La Casa de Comedias! ¿Y qué crees? La Casa de Comedias, por la sociedad que la frecuentaba, por sus comodi-

dades, por las representaciones que se daban en ella, y por muchas otras cosas, era mejor que los teatros de ahora. No me olvidaré yo de los buenos ratos que se pasaban allí. Cuando yo tenía veinte años, mi gusto era ir todas las noches de función á la *caxuela*, donde me encontraba con una porción de amigas, y aunque había cierta *mexcla*, la verdad es que todas las que concurrían se portaban muy bien.

Elena.—¿Y había gas y luz eléctrica en ese tiempo, abuelita?

Doña Rita.—No. El alumbrado se hacía con velas de sebo en un tiempo, y después con aceite. Pero yo creo que estaba mejor iluminado el teatro que ahora.

Elena.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Cómo puede usted decir eso? Pero dígame, abuelita, ¿quiénes eran los actores de ese tiempo?

Doña Rita.—Había muchos y muy buenos. Cuando te oigo hablar de la Patti, se me figura que no ha ser tan buena cantora como la Tanni. ¡Qué magnífica voz tenía esta actriz! ¡Qué *Rosina* hacía en el *Barbero de Sevilla*! Vaccani era también un excelente cantor. Nunca he visto ni creo que se volverá á ver un *Figaro* como él. En el teatro dramático tuvimos á Casacuberta, un eminente actor, que murió en Chile, según he oído, representando el grandioso drama titulado *Los seis grados del crimen*, á Velarde, á Matilde Díez, Trinidad Guevara, Alejandro Pacheco, Quijano, Fernando su hijo, y muchos otros. No creo que en estos tiempos pueda haber mejores actores.

Elena.—¡Qué risa me da oírla, abuelita! ¿Cómo puede usted decir todo eso? ¿No sabe usted que la Patti es la mejor *prima donna* que ha habido? ¿no sabe que Massini es uno de los primeros tenores del mundo? ¿no sabe que al lado de Rossi, Salvini, Sara Bernhardt y Coquelin, su Casacuberta, su Matilde Díez, su Velarde, su Quijano y la Petronila serían unos pigmeos, como la Casa de Comedias sería un rancho al lado de Solís, de Cibils y del Politeama?

Doña Rita.—Así lo crees tú porque no has oído ni visto á

aquellos actores, pero yo te aseguro que estás muy equivocada.

Elena. — Bueno, abuelita, quédese con su Casa de Comedias y sus recuerdos de antaño.

La viejita habría continuado, sin embargo, defendiendo sus tiempos, á no haber entrado una visita de cumplimiento, que la obligó á variar de conversación.

III.

Mi hija Margot.

Tiene Margot un niño á quien adora,
Que no nació entre lágrimas y males,
Pues se lo dió de cuelga una señora
Que lo compró de lance en veinte reales.

No hay un cariño igual á ese cariño,
Reflejo fiel de abnegación sincera,
Pues ni lo entiende ni lo paga el niño
Que le dice *mamá*, y es de madera.

Sin temor de que enferme ó que se pierda,
La madre sabe, de contento loca,
Que el niño, si le tiran de una cuerda,
Llora, abriendo los ojos y la boca.

¡Si la vierais en horas sosegadas
Con qué ternura maternal lo viste,
Y con qué melancólicas miradas
Se fija en él cuando lo juzga triste!

«¿Qué tienes — le pregunta — niño mío?
«¡Más bonito que tú no habrá ninguno!
«No llores.... ¿tienes hambre? ¿tienes frío?
«Duerme mientras te traigo el desayuno.»

Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
Bajo sus mismas sábanas lo arropa,
Y corre por la leche y por la miga
Para darle en los labios sopa á sopa.

Que no las toma el niño es cosa clara,
Pero aquí la intención salva un abismo;
Margot en tal desaire no repara,
Pues ella se las come y es lo mismo.

Margot junto á mi padre, dulce y quieta,
Era siempre su encanto y su consuelo,
Y yo ví alguna vez, frente á la nieta,
Lágrimas en los ojos del abuelo.

«Estos juegos — me dijo — causan frío,
«No sé ni qué revelan ni qué indican,
«¡Hacen cosas los niños, hijo mío,
«Que ni los grandes sabios las explican!

«¡Cuánto Margot á la virtud promete!
«Mira.... en su niño están sus ojos fijos:
«¡Avergüenza esta madre de juguetes
«A los monstruos que olvidan á sus hijos!»

Mientras yo silencioso meditaba,
Margot, que cuenta cuatro primaveras,
Para dormir al niño lo arrullaba
Como arrullan las madres verdaderas.

(JUAN DE DIOS PEZA.)

IV.

Mis compañeros.

El muchacho que envió el sello al calabrés es el que me gusta más de todos. Se llama Garrón, y es el mayor de la clase; tiene cerca de catorce años, la cabeza grande y los hombros anchos; es bueno, se le conoce hasta cuando sonríe, y parece que piensa siempre como un hombre. Ahora conozco yo á muchos de mis compañeros. Otro me gusta también, se apellida Coreta, y usa un chaleco de punto color de chocolate y gorra de piel. Siempre está alegre. Es hijo de un empleado de ferrocarriles que ha sido soldado en la guerra de 1866, de la división del príncipe Hum-

berto, y que dicen tiene tres cruces. El pequeño Nelle es un pobre jorobadito, gracioso, de rostro descolorido. Hay uno muy bien vestido, que se está siempre quitando las motas de la ropa, y de nombre Votino. En el banco delante del mío hay otro muchacho que llaman el albañilito, porque su padre es albañil; de cara redonda como una manzana y de nariz roma. Tiene particular habilidad para poner el hocico de liebre; todos le piden que lo haga, y se ríen; lleva un sombrerillo viejo que se lo encasqueta como pañuelo. Al lado del albañilito está Garofi, un tipo alto y grueso, con la nariz de pico de loro y los pies muy pequeños, que anda siempre vendiendo plumas, estampas y cajas de fósforos, y se escribe la lección en las uñas para leerla á hurtadillas. Hay después un señorito, Carlos Nobis, que parece algo orgulloso y se halla entre dos muchachos que me son simpáticos: el hijo de un forjador de hierro, metido en una chaqueta que le llega hasta las rodillas, pálido con palidez de enfermo, que parece siempre asustado y que no se ríe nunca; y otro con los cabellos rojos, que tiene un brazo inmóvil y lo lleva pegado al cuerpo: su padre está en América y su madre vende hortalizas. Es también un tipo curioso mi vecino de la izquierda, Estardo, pequeño y tosco, sin cuello, gruñón, no habla con nadie y creo que entiende poco; pero no quita ojo al maestro, sin mover los párpados, con la frente arrugada y apretados los dientes; y si le preguntan cuando el maestro habla, la primera y la segunda vez no responde, y la tercera pega un cachete. Tiene á su lado uno de fisonomía obscura y sucia, que se llama Franti, y que fué expulsado ya de otra escuela. Hay también dos hermanos, con vestidos iguales, que parecen gemelos y que llevan sombreros calabreses, con plumas de faisán. Pero el mejor de todos, el que tiene más ingenio, el que también será este año el primero, de seguro, es Deroso; y el maestro, que ya lo ha comprendido así, le pregunta siempre. Yo, sin embargo, quiero más á Preusa, el hijo del herrero, el de la chaqueta larga, el que parece

enfermo. Dicen que su padre le pega. Es muy tímido; cada vez que pregunta ó toca á alguien, dice: — Dispénseme; y mira constantemente con ojos tristes y bondadosos. Garrón, sin embargo, es el mayor y el mejor de todos.

Precisamente esta mañana se ha dado á conocer Garrón. Cuando entré en la escuela —un poco tarde, porque me había detenido la maestra de la primera clase superior para preguntarme á qué hora podía ir á casa y encontrarnos, — el maestro no estaba allí todavía, y tres ó cuatro muchachos atormentaban al pobre Crosi, el pelirrojo del brazo malo y cuya madre es verdulera. Le pegaban con las reglas, le tiraban á la cara cáscaras de castañas y le ponían motes y remedaban, imitándolo con su brazo pegado al cuerpo. El pobre estaba solo en la punta del banco, asustado, y daba compasión verlo, mirando ya á uno, ya á otro, con ojos suplicantes para que lo dejaran en paz; pero los otros le vejaban más, y entonces él empezó á temblar y á ponerse encarnado de rabia. De pronto Franti, el de la cara sucia, saltó sobre un banco, y haciendo ademán de llevar dos cestas en los brazos, remedó á la madre de Crosi cuando venía á esperarlo antes á la puerta, pues á la sazón no iba por estar enferma. Muchos se echaron á reir á carcajadas. Entonces Crosi perdió la paciencia, y cogiendo un tintero se lo tiró á la cabeza con toda su fuerza; pero Franti se agachó, y el tintero fué á dar en el pecho del maestro, que entraba precisamente. Todos se fueron á su puesto, y callaron atemorizados. El maestro, pálido, subió á la mesa, y con voz alterada preguntó:

—¿Quién ha sido?—Ninguno respondió. El maestro gritó otra vez, alzando aun más la voz:—¿Quién?—Entonces Garrón, dándole lástima del pobre Crosi, se levantó de pronto, y dijo resueltamente: — Yo he sido.

El maestro lo miró; miró á los alumnos, que estaban atónitos, y luego repuso con voz tranquila: No has sido tú. Y después de un momento, añadió: — El culpable no será castigado. ¡Que

se levante! Crosi se levantó, y prorrumpió en llanto: — Me pegaban, me insultaban, yo perdí la cabeza y tiré. . . . — Siéntate — interrumpió el maestro. — ¡Que se levanten los que han provocado! — Cuatro se levantaron, con la cabeza baja.

Vosotros, — dijo el maestro, — habéis insultado á un compañero que no os provocaba, os habéis reído de un desgraciado, y habéis golpeado á un débil que no se podía defender. Habéis cometido una de las acciones más bajas y más vergonzosas con que se puede manchar criatura humana. ¡Cobardes!

Dicho esto, salió por entre los bancos, tomó la cara á Garrón, que estaba con la vista en el suelo, y alzándole la cabeza y mirándole fijamente, le dijo: — ¡Tienes un alma noble!

Garrón, aprovechando la ocasión, murmuró no sé qué palabras al oído del maestro, y éste volviéndose hacia los cuatro culpables, dijo bruscamente: — Os perdono. — (DE AMICIS.)

V.

Un susto mortal.

Un extranjero muy rico, llamado Sunderland, en otro tiempo banquero en Rusia, era gran favorito de la Emperatriz.

Una mañana temprano supo que su casa estaba cercada por una guardia y que el jefe de ella deseaba hablarle.

El oficial, llamado Rubén, penetró con un aire triste.

— Señor, — dijo, — siento haber sido encargado por mi graciosa soberana de una orden extremadamente severa, é ignoro cómo ha podido usted excitar á tal punto el resentimiento de su majestad.

— Lo ignoro como usted. Mi sorpresa es mayor que la suya. Pero ¿cuáles son sus órdenes?

— Señor. . . . tengo apenas valor para decírselas. . . .

— ¡Cómo! ¿he perdido acaso la confianza de la Emperatriz?

— Si eso fuera, no estaría yo tan embarazado para comunicárselo.

— ¡Vamos! ¿me quiere ella echar á mi país?

— Tampoco importaría eso un castigo, puesto que con su fortuna, podría usted vivir bien en cualquier parte.

— ¡Ay! ¿entonces me destierra á la Siberia?

— No, peor todavía.

— ¡Dios mío! ¿me mandá recibir el *knout*? (1)

— Tal cosa sería terrible, pero no le costaría á usted la vida.

— ¿Es posible, exclamó el banquero lleno de angustia, que mi vida se halle amenazada? La dulce y graciosa Emperatriz, que hace apenas dos días me ha dispensado tantas consideraciones, puede. . . Pero yo no puedo creerlo. En nombre del cielo explíqueme usted todo, si es que no quiere volverme loco. . . .

— Pues bien, dijo el oficial con tristeza, mi soberana me ha ordenado que. . . . lo desuelle y lo embalsame.

— ¡Gran Dios! es preciso que usted haya perdido la razón, ó que la haya perdido la Emperatriz. Usted no puede ciertamente haber recibido una orden semejante, sin protestar contra su barbarie.

— ¡Ay! mi pobre amigo, yo he hecho todo lo que he podido: he expresado mi sorpresa y mi horror; más aún, me he atrevido á formular algunas humildes reconvenciones; pero la Emperatriz irritada me ha reprochado mi hesitación, y me ha ordenado partir al instante, agregando estas palabras, que todavía resuenan en mis oídos: «Vaya usted inmediatamente, y no olvide que es deber suyo cumplir sin dilación alguna todo encargo que yo me digne confiarle.»

Sería imposible describir la sorpresa, la ira y la desesperación del pobre banquero.

Después de entregarse por unos momentos á las más tristes lamentaciones, supo por el oficial que solamente se le acordaba una media hora para arreglar sus negocios.

(1) *Knout*. — Pena de azotes.

Entonces Sunderland suplicó que se le permitiera escribir á la Emperatriz, y Rubén, después de muchas instancias, consintió al fin en llevar la carta.

En cuanto la recibió salió para entregarla; pero no atreviéndose á comparecer delante de su soberana sin haber cumplido sus órdenes, se dirigió con toda premura á casa del conde Bruce, su amigo. Éste oyó con profunda sorpresa toda la historia, y prometió ir en seguida á ver á la Emperatriz y llevarle la carta.

La Emperatriz abrió la carta, la leyó y exclamó: ¡Dios del cielo! ¡No hay duda que Rubén ha perdido el juicio! Corred, conde, y ordenadle á ese loco que tranquilice á mi pobre banquero y que en el acto lo ponga en libertad.

El conde se apresuró á ejecutar la orden y regresó al palacio donde encontró á Catalina dominada por un ataque de risa. «Al fin he descubierto, dijo ésta, la causa de una escena tan graciosa como extraordinaria. Yo tenía hace muchos años un perro favorito que llamaba Sunderland, porque me había sido regalado por mi banquero. Ese perro murió la semana pasada. Le ordené á Rubén que lo hiciese embalsamar; y como éste vacilase, me incomodé con él, suponiendo que consideraba, por un tonto orgullo, indigna esa comisión de su persona. El estúpido me ha comprendido mal. ¡Embalsamar á mi pobre banquero! ¡Qué cosa tan graciosa!» — (ROEMER).

VI.

Bondad y belleza.

Me dicen que eres linda,
Tesoro de belleza,
De angélica pureza
Y encanto virginal;

Mas si eres linda y buena,
Será mayor tu hechizo;
Si bella Dios te hizo,
No ha sido para el mal.

La llama de los ojos
Que diera al sol agravio,
La púrpura del labio,
El nácar de la tez,
Marchítalos un soplo;
Mientras eterna brilla
Esa bondad sencilla
De la hermosura prez.

Gentil ví una diamela
No ha mucho en los jardines,
Mil tiernos colorines
Cantaban á sus pies:
Ella insensible y yerta
Burlando sus congojas,
Plegó sus blancas hojas
Con risa y esquivéz.

¡Pero al cerrar su cáliz
Dió asilo á un vil gusano,
Y su frescor lozano
Voló con su ilusión!
¡Ese gusano, ¡oh niña!
Es el castigo horrible
Que aguarda á la insensible
Mujer sin corazón!

Jamás pueden los goces
Ni el mundanal tumulto,
Sacar el dardo oculto
Que el tedio clava en él.
¡Y ¡ay! triste de quien ríe
Feliz en apariencia,
Y apura una existencia
De desencanto y hiel!

Tú no eres de ese número....
Y yo sin conocerte,
¿Cómo podría creerte
Vana, egoísta, cruel?
¡Pero otras hay, Carlota,
Que tienen, ¡suerte rara!
De serafín la cara
Y el alma de Luzbel!

Me dicen que eres linda,
Tesoro de belleza,
De angélica pureza.
Y encanto virginal;
Mas si eres linda y buena
Será mayor tu hechizo:
Si bella Dios te hizo,
No ha sido para el mal.

(A. MAGARIÑOS CERVANTES.)

VII.

Las palomas mensajeras.

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se hallaba aquel día en el estudio del colegio de Guichón, Alfonsito Téllez-Ponce, alias *Tapón*, piel del diablo, corazón de ángel, enredador como él solo, ídolo y

tentación perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podían, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas: celebrábase al día siguiente el santo del P. Rector, con una gira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz; y el mísero *Tapón*, condenado por tres ó cuatro sentencias á reclusión perpetua, proponíase con un día entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas, y el sobreseimiento de las diez ó doce causas que por diversos atentados, conatos é infracciones de la ley, se le seguían ante el tribunal del P. Prefecto.

Levantóse, pues, de un salto al primer toque de la campana, lavóse sin derramar una gota de agua, y sin otro percance que el de meter un pie en una vasija y hacerla añicos, sin intención deliberada, por supuesto, púsose en formación muy derecho, entró en la capilla y oyó misa lo mismo que un San Luis Gonzaga.

Bueno iba aquello; mas al salir del sagrado recinto dióle un brinco el diablo en el cuerpo, y sin poderlo remediar tiró al compañero que marchaba delante en las ordenadas filas, del pañal de la camisa que impudicamente le asomaba por debajo de la blusa. En la sala de estudio rezó *acciones nostras* con devoción suma, sacudió un papirotazo á su vecino de la derecha, arrastrado por la fuerza de la costumbre, tiró al suelo los libros del de la izquierda, por una necesidad casi de su temperamento, y abrió la tapa de su cajón con mucha formalidad. Iba á ponerse á estudiar, y no de cualquiera manera ni cualquiera cosa; sus estudios de retórica habían ya terminado el año último, y acababa de asistir á la toma de Troya y á la fundación de Roma; había bebido con Horacio en las cascadas del Tíber, admirado á las abejas con Virgilio, salvado á la República con Cicerón, y alborotado en las plazas de Grecia con Demóstenes. Tocábale aquel año dedicarse á la sublime ciencia del cálculo, y había obtenido ya por orden de su profesor la medida del campanario del pue-

blo, con un error aproximado de dos kilómetros: aquel día, proponíase nada menos que determinar el radio de una esfera, y sacó con toda diligencia el libro de texto, la caja de compases y el blanco papel inmaculado, en que había de desarrollarse el importante cálculo.

El P. Bonnet, inspector en el estudio, mirábale desde lo alto de la tribuna, asombrado de tanta laboriosidad, creyendo tener ante los ojos la conversión de San Agustín, ó el trueque de Saulo en Pablo.

Con un rápido movimiento del compás trazó *Tapón* una esfera limpia y correcta, como la luna en su plenilunio. ¡Magnífico!... Redonda era como el mundo... Parecía una carita... ¡Justo!... una carita... Igual, idéntica á la de Mme. Dous, la tendera que vendía pelotas en los portales de Bayona. ¡Qué casualidad!... *Tapón* marcó con mucha habilidad dos puntos para tomar los radios con que había de trazar dos arcos que se cortasen, y se afirmó en su creencia... Aquellos dos puntitos parecían, sin duda alguna, los ojos de Mme. Dous, redondos, pequeños, abiertos como con un punzón... El parecido era exacto: tan sólo le faltaba el moñito en lo alto de la cabeza, y para que nada le faltase, pintó *Tapón* á la esfera un moñito en la parte superior; dibujóle luego unas narices en el punto en que debieron encontrarse los dos malogrados arcos, púsole por debajo una boca bigotuda, añadióle después dos orejas con pendientes, y en menos de un cuarto de hora encontró la cara de Mme. Dous, en vez de encontrar el radio de la esfera.

Satisfecho de su hallazgo, mostrólo á sus dos vecinos: una mano aleve avanzó entonces por detrás, y arrancóle de las suyas la obra maestra. ¡Santo Dios!... Volvióse *Tapón* asustado, y encontróse frente á frente con el P. Bonnet. ¡Bonita ocasión para presentarle su petición de indulto!...

¿Así prepara usted la clase, señor de... *Tapón*?... — dijo el ministro de la justicia con voz formidable.

Y el señor de *Tapón*, sobrecogido, pero con mucha dignidad, aseguró, puesta la mano sobre el pecho, que había sido una distracción, que lo había hecho sin poderlo remediar. . . .

— Pues sin poderlo remediar se quedará usted hoy sin postres y mañana, por supuesto, sin campo. . . .

Tapón se echó á llorar acongojado, empujó por la izquierda el libro de texto, alejó de sí por la derecha la caja de compases, y apoyando la cabeza en ambas manos, quedóse absorto á través de sus lágrimas, en la contemplación del tintero de peltre que tenía delante. Una mosca paseaba por sus bordes, alargando de cuando en cuando la sutil trompilla, haciendo vibrar, al cruzarlas con las patas traseras, las pardas y transparentes alas. Parecía la mosca meditabunda, y ocurriósele á *Tapón* cazarla, para alivio de sus penas; mojóse con saliva los extremos del pulgar y el índice, y alargó la mano suavemente: la incauta mosca saltó del tintero á la mano traicionera, dió una carrerita, y acercóse al fatal lazo. *Tapón* apretó entonces los dedos, y pillóla por las patas. . . . La mosca protestaba muy indignada, batiendo las alas con cierto zumbido lastimoso.

Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla,
Daba quejas al viento
Ya tarde arrepentida.

Tapón, inexorable, resolvió convertirla en ministro de sus venganzas; cogió un fino papel de seda, escribió en él: — ¡Muera el Padre Bonnet! — y retorciéndole muy bien una puntita, clavólo en el cuerpo de la prisionera. Abrió luego la mano y la mosca echó á volar, arrastrando la larga cola, á modo de ave del Paraíso.

El gozo de *Tapón* fué impoñderable: había realizado la teoría de las palomas mensajeras. Puso manos á la obra, y en menos de diez minutos revoloteaban por el estudio más de una docena de moscas, llevando de una á otra parte el grito subversivo de: — ¡Muera el P. Bonnet! — La sedición prendió al punto por el

amplio recinto, encontrando por todas partes imitadores y aun reformistas; uno puso en rojos papelitos: — ¡Viva la libertad! — otro se adelantó á poner: — ¡Abajo los jesuitas! — y un tercero, hijo de un emigrado, destrozó una caja de bombones, para estampar en ligero papel azul, el grito retrógrado de: — ¡Viva Carlos VII! . . .

Aquello fué una manifestación general de simpatías personales é ideales políticos, y no hubo uno solo entre aquellos hombres de estado, capaces de regir el país de Liliput, que no manifestase sus opiniones por medio de las nuevas palomas mensajeras. — (COLOMA. — *Pequeñeces.*)

VIII.

El paseo.

(Continuación de LAS PALOMAS MENSAJERAS.)

Jamás hubo despertar tan alegre, como el que tuvieron al otro día los colegiales de Guichón; tenía aquello algo del despertar de los pájaros cuando en una mañana de Mayo se lanzan del nido al primer rayo de la aurora, y estalla su alegría, ruidosa, alborotada, comunicativa, derramándose por entre el follaje de los árboles como una cascada de alegres trinos, que llega hasta el fondo del alma y la conmueve, la arrastra y despierta en ella paz, gozo, consuelo y plácida gratitud hacia Dios. La alegre charanga del colegio substituyó aquel día á las severas campanadas, que arrancaban de ordinario á los alumnos de la profunda quietud del sueño de la infancia, para arrojarlos en los pequeños azares, inmensos para ellos, de la vida de estudiantes; cien vivas atronadores al P. Rector se unieron al punto á los acordes de la música, y la alegría desbordada, la vida bulliciosa que rebosaba en aquellos cuerpecitos, inundó de repente dormitorios, pasillos y el colegio entero, yendo á estrellarse á las puertas de la ca-

pilla, por una de esas rápidas mutaciones, increíbles en los niños que prueban el poder inmenso de la disciplina, y la fuerza irresistible que en toda multitud ejerce la autoridad que sabe hacerse amar y respetar. Reinó allí un silencio profundo, oyóse misa con devota compostura, tomóse luego un pareo desayuno; hubo entonces un momento de expectación general, de angustiosa perplejidad....

Apareció el P. Prefecto, el temido ejecutor de las solemnes justicias, y mandó salir de las filas á *Tapón* y á otros seis sentenciados. Pintóse la consternación en todas las caritas, y mientras pálidos y contritos se alineaban los reos á la izquierda, nótese en la multitud ese desasosiego que precede siempre en ellas á las resoluciones heroicas ó desesperadas. Un chiquillo regordete salió al cabo de las filas, colorado como un tomate, y acercándose al P. Rector, que en aquel momento llegaba, díjole con heroica magnanimidad:

— Que vayan al campo ésos.... — Yo me quedo, sí, señor, yo me quedo por ellos.

Una exclamación de entusiasmo acogió la abnegación del héroe, y el Rector, extendiendo la mano con ademán imponente, dijo muy grave:

— Usted, señor abogado de causas perdidas, se irá al campo ahora mismo.... y esos siete señores se quitarán al momento de mi vista....

Aquí tornó el Rector á alzar la mano, como si fuese á descargar el rayo vengador de la justicia, y concluyó con tremenda severidad:

— yéndose al campo también.

La severidad del Rector se deshizo entonces en una alegre carajada y una gritería inmensa acogió la proclamación del indulto, mientras las gorras subían por lo alto en alas del entusiasmo, y los reos perdonados y el intercesor generoso eran llevados en triunfo con cariñosa fraternidad.

Pusiéronse todos en marcha, á través de aquellos campos floridos, aquellas verdes praderas, bosques espesos y preciosas casitas rodeadas de jardines, que adornan todo el camino desde Guichón hasta el mar. Extendíase éste por detrás de Biarritz, estrellándose contra las rocas con furor inmenso, amenazador é imponente bajo aquel límpido azul y con aquel sosegado tiempo, como un gesto de terrible cólera en el rostro de una serena divinidad.

Más allá de la playa de los vascos, en una alta y escondida explanada que forman las rocas no lejos de cierta *villa* deliciosa, hizo alto la alegre turba, dispuesta á sentar allí sus reales para comer y sestar.

La comida era sustanciosa y el apetito excelente, y sentados en el suelo en grupos de diez ó doce, comenzaron los chicos aquel festín delicioso, á que las brisas del mar prestaban su frescura, los rayos del sol sus resplandores, y la alegría de la infancia su graciosa locuacidad.

Los inspectores les vigilaban yendo de un lado á otro, tomando parte en sus conversaciones, fomentando sus bromas y risas, y evitando con su presencia los excesos, sin disminuir con ella la alegría y la expansión.— (COLOMA.— *Pequeñeces.*)

IX.

En el mercado.

Ya es de día por completo. La luna, sorprendida por el sol, apaga sus luces y queda convertida en una oblea pálida que mancha el azul del cielo. De los ganchos de las carnicerías cuelgan los cuartos de las reses, dorados por la gordura; y ensartados por la canilla, penden los carneros, marcados en los costillares con aenchillados blancos como los de los jubones antiguos. Sobre el mármol del mostrador están apilados los menudos, las patitas

con las pezuñas sonrosadas, los mondongos semejando una esponja, los riñones con las grietas rellenas de grasa blanca; y sobre hojas de col, los sesos blandos y sanguinolentos, como una masa informe y gelatinosa.

Del otro lado las chancherías ostentan todos los productos de la elaboración del cerdo. — Las morcillas negras al lado de las lonjas blanquísimas de tocino; los chorizos enroscados; las cabezas de puerco afeitadas, con los ojos cerrados y las orejas rectas, rellenas con los residuos condimentados, y largas cuerdas de salchichas enredadas por todo el armazón del mostrador, lustrosas y húmedas como culebras. Colgado de un garfio, se ve un lechón entero, blanco desde el hocico hasta la punta del rabo, abierto el vientre, cuyos bordes muestran la grasa, ostentando el envarillado de los costillares unidos al espinazo, de cuyo extremo penden los dos riñones envueltos en una capa de sebo blanco. Por los dos agujeros del hocico cae á intervalos una gota de sangre oscura y espesa, formando en el suelo un depósito sobre el cual se apiñan las moscas que la beben con su enroscada trompa.

Más allá están los pescados, extendidos á lo largo sobre las mesas de mármol: los pejerreyes blancos, franjeados los costados con una cinta plateada; las corvinas barrigonas, con las agallas rojas y picadas en los bordes como crestas de gallos; las palometas chatas, con la cola ahorquillada y la piel granulosa tornasolada de acero; los congrios largos con la piel lustrosa, colgando de un manojó como los ramales de una disciplina; los bagres con sus bocas enormes, adornadas de bigotes carnosos, y las rayas redondas y planas con sus bordes cartilaginosos que escurren las últimas gotas del elemento en que se agitaron.

En el departamento de las verduras están las coles, con sus hojas inmensas y crespas, aljofaradas todavía con las gotas del rocío de la noche; los aleauciles mostrando sus hojas moradas y puntiagudas; los rábanos dispuestos en manojos que parecen un ramo de capullos de rosa; las zanahorias con sus raíces anaran-

jadas; los zapallos con su cáscara obscura y llena de verrugones, cortados en tajadas que muestran la pulpa amarillenta; las alberjas, los porotos, las habas, las remolachas, de carne mordoré; las cebollas con su cabeza blanca coronada con una cabellera de raíces; las lechugas frescas, recatando el cogollo, con su alegre color verde-claro que contrasta con el plomizo de las hojas carnosas de las coliflores. Aquí montones de papas rugosas y contrahechas; allí pilas de batatas de corteza violácea; allá atados de tiernas acelgas y acullá mazos de perejil alternando con la yerba buena, el tomillo, la ruda, las hojas de laurel y todas esas yerbas perfumadas que sirven para condimentar las salsas y adobar los manjares.

A medida que la mañana avanza, crece el bullicio y aumenta el va y ven de los compradores. En un puesto disputa una criada porque le han dado más hueso que carne; en el de enfrente se queja otra de la carestía de las papas; aquella tantea el peso de una yunta de aves; aquesta pide perejil de yapa; esotra discute sobre si fueron tres ó cuatro reales los que ayer quedó debiendo; y todas estas querellas y disputas forman un zumbido continuo, en el que de vez en cuando se destaca alguna palabrota de sabor pronunciado, que los vecinos acogen y festejan con ruidosas carcajadas.

Allí viene el patrón de casa que no quiere dejarse engañar por la cocinera. Él mismo viene á la compra, va de puesto en puesto buscando lo mejor y más barato, y concluye generalmente por comprar lo peor y lo más caro. La carne le parece flaca, abombadas las corvinas, manidas las aves, y dándose por conocedor de todo, sólo sirve de hazmerreir á los puesteros y á su sirviente, acabando por gastar el doble de lo que acostumbra dar para el mercado, sin llevar nada de provecho.

Don Polidoro es hombre que madruga; tiene por costumbre ir al mercado, y por compañero un perro de aguas amaestrado para llevar la canasta, sujetándola con los dientes por el asa. El perro se

llamá *León*, y para que el nombre no esté reñido con la apariencia del animal, lo tiene tuzado de medio cuerpo, dejándole un penacho en la punta de la cola y borlas en las patas. *León* va muy ufano con su canasta, y don Polidoro no pierde ocasión de hacer notar á todos que él es el propietario de aquella monada. Va de puesto en puesto haciendo sus compras, echa un párrafo con cada *marchante*, y *León*, con su canasta en la boca, le mira atento para seguir todas sus evoluciones.

Pero á veces suelen presentarse ciertos tropiezos imprevistos. Así, por ejemplo, mientras don Polidoro va muy tieso del puesto de la carne al de la verdura, *León* se ve asediado por tres ó cuatro perros plebeyos que á toda costa quieren reconocerle. Don Polidoro da vuelta; se encuentra sin su perro, y empieza á llamarle:

— ¡*León!* ¡*León!*!

Pero el pobre perro no se atreve á dar un paso, porque al menor amago que hace por juntarse con su amo, los otros le gruñen.

— ¡*León!* ¡*León!* . . . ¡Pichicho! repite don Polidoro castañeteando con los dedos, pero *León* no se mueve, y lucha entre la fidelidad que le obliga á conservar la canasta en los dientes, y el instinto que le impele á tirar unos tarascones con la jeta fruncida para librarse de reconocimientos. Por último, don Polidoro se decide á intervenir y libra á su *León* de sus opresores, repartiendo entre ellos enérgicos puntapiés.

Mientras tanto, el Mercado está en plena actividad. Las cocineras se codean en las callejuelas, pasando de un puesto á otro; los cuartos de carne van desapareciendo, quedando reducidos al fémur cubierto de pulpa obscura; los carniceros echan sobre el picadero las costillas y los caracúes, y se oye el ¡*jrrrrr!* ¡*jrrrrr!* de las sierras que muerden los huesos para trozar las reses. Las compradoras se retiran apresuradas, con el cuerpo arqueado para contrabalancear el peso de la canasta, cuyas tapas entreabiertas por el exceso de mercancía dejan ver el contenido, sobresaliendo

de un lado los cogollos de los espárragos, y colgando por el otro lado las hojas marchitas de las cebollas; llevando en la mano que queda libre la sarta de pescados colgados por la boca, con los ojos lechosos y apagados, y las aletas plegadas contra el vientre. — (DANIEL MUÑOZ.)

X.

El juego del pato.

(COSTUMBRES DE ANTAÑO.)

Reuníanse en una pulpería tres ó cuatrocientos criollos, y á veces doble ó triple número, todos en buenos caballos, bien aperados y luciendo sus mejores prendas. Los más conceptuados por su valor en las peleas á cuchillo, los más forzudos en los trabajos de campo, los que ostentaban mejores corceles y más lucientes chapeados, formaban el centro de aquella reunión y decidían pedir el pato al pulpero. El pato, un verdadero pato casero, y, á falta de este palmípedo, un gallináceo cualquiera metido muerto dentro de un saco de piel cerrado por cuatro manijas corredizas, constituía el objeto sobre que se iba á probar la fuerza de los jugadores. Bien montados, firmes en los estribos, agrupaban las ancas de los cuatro caballos y cada uno de los jinetes agarraba con la diestra una de las manijas, tomando las riendas en alto con la mano izquierda para no apoyarla en el apero.

De este modo toda la resistencia estaba en los estribos. Cada uno de los jugadores tiraba en su dirección con todas las fuerzas, picando los caballos con las espuelas ó animándolos con la palabra. Aquellos brazos se estiraban en una tensión hercúlea, los jinetes se enardecían, y cuando ya parecía que los tendones iban á estallar ó á salirse el hombre del caballo, una mano se abría y soltaba la presa; luego una segunda,

y después de un nuevo esfuerzo el tercer brazo caía también y el pato quedaba en poder del vencedor. Un ¡viva! estruendoso lo saludaba; pero éste no era más que el principio de la victoria. Arrebatado el trofeo, cerraba las espuelas á su caballo, y llevándose todo por delante se lanzaba á la carrera hacia el rancho más próximo, si no se dirigía hacia otra pulpería lejana. Detrás del vencedor volaban todos los quinientos ó mil gauchos allí reunidos para quitarle el pato. Si algún jinete alcanzaba á tomar una de las manijas que debían ir flotantes, tenía que luchar á la carrera y defenderlo contra éste y contra todos los que lo seguían dando alaridos salvajes y haciendo retumbar la tierra como una tromba. Si el vencedor llegaba á la casa elegida por meta sin perder el pato, lo arrojaba al patio y ya se declaraba victorioso, quedando establecido que tenía el brazo más potente y el caballo más veloz. La familia del rancho ó la pulpería donde se arrojaba el saco tenía el deber de quitar el ave muerta y poner otra en su lugar. Cerrado nuevamente, se recomenzaba la jugada por otros justadores que procedían como los anteriores, siguiendo la corrida hasta que la noche envolvía en sus sombras la gigantesca y estrepitosa cabalgata, que celebraba aquellos juegos de centauros en que el hombre y el bruto, por la naturaleza de la lucha, no formaban más que una pieza. Desgraciados, empero, los caminantes, los rebaños de ovejas y todo lo que se presentaba por delante de la feroz batida: todo rodaba á los pies de los caballos, y los jinetes mismos quedaban muchas veces tendidos en medio de la extensa rastrillada por donde había cruzado el pato con la violencia del huracán. — (MARIANO PELLIZA.)

XI.

La margarita.

De una campiña en la falda
Que un arroyuelo bañaba,
Lozana y fresca ostentaba
Sus primores una flor,
Alzándose voluptuosa
En el valle, de contento,
Pobre cual mi pensamiento
Y altiva como el dolor.

Y en tanto que del rocío
Bella gota, reluciente,
De su cáliz febriciente
Los perfumes aspiró,
El arroyo murmurando
Su bello tronco besaba
Y á los dos, electrizaba,
La margarita, de amor.

De celos lleno el rocío
A ella sus quejas le daba,
Y su rival reclamaba
Su fiel cariño también.
Y ella cruel en su orgullo
De ambos amantes reía,
Y amor mentido fingía,
Marchitando su casta sien.

Y en su triste desvarío,
El arroyuelo inocente
De noble venganza ardiente,
Sus caricias retiró.
Y al vislumbrar la alborada
De las mañanas de estío,
Su bello lecho el rocío
En otras flores buscó.

Y el sol de la tarde luego
Sus ardores desplegando,
El tallo débil quemando
La margarita secó.
Después vino el torbellino,
Y con sus crueles furores,
De la flor de los amores
Sólo un recuerdo dejó.

Mayo 17 de 1861.

(ROMÁN GARCÍA.)

XII.

El domador.

Jineteaba Esteban una tarde en un redomón de pelaje muy negro; tan negro, que el jinete bien podía decirse que formaba

con el solípedo una sola masa, por no asemejarlo á un centauro retinto, no soñado por la fantasía helénica. Tal vez á esta circunstancia especial ó á este detalle poco común, debía el interés con que le miraban desde las «casas»; pues muy próximo á ellas, en un declive suave y extenso, cuyo límite marcaba un «sombra de toro», era donde el diestro esclavo ponía á prueba su habilidad y sus músculos de acero.

La cincha ajustada al medio, marcaba bien la presión en el vientre del cuadrúpedo, formándole á los lados dos curvas abultadas, por lo que antes de la corveta y el corcovo, el brioso animal insistía á cada instante en el arqueo del lomo para sacudirse la carga con la cabeza entre los remos delanteros, en cuya posición lanzaba relinchos ahogados que parecían estertores de fiera.

El negro estaba descalzo, sin otro estribo que un palito de madera dura colgante horizontalmente de una guasca «sobada», y la espuela sobre el raneajo desnudo. Tenía las riendas en una mano, y en la otra el «maneador».

Afirmábase con los dos dedos mayores del pie en su singular estribo, oprimiendo entre ellos la soguilla. Don Anacleto lo ayudaba por detrás, en el castigo, descargando sendos golpes de «lonja» sobre los cuartos del oscuro.

El animal se precipitaba y revolvía sudoroso, cubierto de ampollas de espuma, boca, cuello y corvejones—blancas como algodón,—las crines revueltas, las narices dilatadas, el copete húmedo, los ojos enrojecidos de una expresión indómita pero triste, cual si ya se sintiese humillado y á punto de ser vencido. Sus grandes saltos,—elegantes botes de admirable gimnasia;—sus paradas súbitas sobre los pies traseros y manotadas en el vacío, sacudiendo la airosa cabeza á la vez que todo el largo de la médula para lanzar á su tirano; sus gritos casi feroces al aplomarse en ágil columpio y refregar los abios llenos de sanguinolentas burbujas en los pastos duros,

al mismo tiempo que levantaba sus miembros posteriores hiriendo con los cascos el aire con increíble rabia,—fueron poco á poco limitándose á ligeros brinco y ahogados ronquidos, cuya expansión hacía forzosa la fatiga. Temblábanle los miembros como si á lo largo de ellos chorrease agua hirviendo, hundíansele y se le ensanchaban los ijares lo mismo que un fuelle de fragua, y solía erguir la cabeza para mirar desesperado hacia la loma en que corría la yeguada en alboroto, lanzando un relincho que en su mitad estrangulaba el estertor. El rebenque del domador parecía remojado, y su espuela nazarena había áglomerado en cada punza buen número de pelos amasados con sudor y sangre. Esta prueba de domesticación, tan distinta á la domadura por el copete, ó por método científico, obligaba también al jinete á tomarse alientos — semi-aturdido, á pesar de su agilidad y destreza, por los vaivenes y balanceos del potro.

Don Luciano lo observaba todo desde los « ombúes », á cuya sombra agradable se habían agrupado sus hijas con Guadalupe.

Nereo y Calderón, acompañados de otros, de pie junto á la enramada y con los « mates » en las manos, aplaudían á voces los quiebros del negro sobre las lomas, acercándose de vez en cuando para examinar en detalle el cuerpo del oscuro que hipaba sin descanso, y hacer alguna observación pericial acerca del estado del « recado » ó de las piernas y la boca mismas del potro, á fin de prevenir « no quedase mañero », ya fuese por « manquera », ya por « blandura ». — (ACEVEDO DÍAZ. — *Nativa.*)

XIII.

Las llaves de Montevideo.

Montevideo no era antiguamente como es hoy, una ciudad abierta y libre para el tránsito de las personas y de los vehículos.

Era, por el contrario, una ciudad rodeada de murallas elevadas y de grandes fortalezas, con un número limitado de portones para la entrada y salida de las gentes.

Uno de esos portones estaba en la calle que hoy se llama del 25 de Mayo, cerca de la calle del Juncal. — Por eso, los antiguos suelen todavía llamarla «calle del *Portón*».

Los portones de Montevideo se abrían y cerraban á horas determinadas, al son de un cañonazo.

El mayor de Plaza era el encargado de la operación, que tenía lugar al venir el día, á la puesta del sol y á las ocho de la noche.

Al amanecer se tiraba el primer cañonazo, y acto continuo salía del Fuerte el mayor de Plaza, llevando las llaves de los portones para abrirlos. A esa hora la abertura se limitaba á sólo la puertecilla del portón, ó el *postigo* como se denominaba, para dar entrada á algún viviente rezagado que no había podido entrar en el día anterior, teniendo que pernoctar fuera de portones, quizás en medio de la madriguera de ratas que poblaban los alrededores de la ciudad, depósito entonces de todas las basuras.

Más tarde, á la salida del sol, se completaba la operación, abriéndose el inmenso portón para la entrada y salida general de los pacíficos moradores de San Felipe y Santiago. Entonces salían las morenas pasteleras con sus tableritos de pasteles calientes á situarse en la avenida, y empezaban á entrar los muchachos lecheros en *matungos*, con sus botijas de leche gorda; los verduleros con sus árganas cabalgando en mulas, y en pos de ellos los repartidores de pan en las suyas, con su fresco y buen pan blanco y *baxo*, elaborado á fuerza de puño en las panaderías de las afueras, — de Morales, del oficial Real, de Sierra, de La Rosa, de Batlle y alguna otra, — y por último, las carretas de carne, carbón y leña.

A la puesta del sol se tiraba otro cañonazo, y el mayor de

Plaza iba con las llaves del portón á cerrarlo, dejando únicamente abierta la puertecilla ó postigo para alguna necesidad extraordinaria.

A las ocho de la noche se tiraba el último cañonazo, y entonces se cerraba definitivamente el portón.

Toda la población de Montevideo quedaba bajo llave hasta el otro día. — Las llaves se llevaban al Fuerte y allí quedaban bien guardadas.

¡Tienen historia las tales llaves!

Cuando la capitulación de la plaza en 1814, el comisionado nombrado por el jefe de las tropas españolas hizo formal y ceremoniosa entrega de ellas al General Alvear, jefe del Ejército Patriota.

Cuando las tropas de Buenos Aires evacuaron la ciudad en 1815, fueron entregadas á Otorgucz, como representante del General Artigas.

Cuando los Orientales con el Delegado Barreiro la evacuaron y vinieron á ocuparla los portugueses, el Alcalde de 1.^{er} voto del Cabildo salió á entregarlas al General Lecor en una bandeja de plata.

Por fin, cuando el Imperio del Brasil hizo abandono de Montevideo, después de la guerra de 1825 y de la convención de Paz de 1828, fueron ellas entregadas á los Comisionados de las Provincias Unidas, Coronel don Manuel Oribe y ciudadano don Francisco Magariños.

Hasta este momento habían pasado por muchas manos y pertenecido á muchos dueños. Fueron de los españoles, de los ingleses que las tomaron á la fuerza, de los argentinos, de los portugueses, de los brasileiros y de los orientales.

Quedaron al fin en manos de sus legítimos dueños, quienes una vez constituidos en Estado independiente y libre, las arrojaron á un rincón, seguros de que no tendrían jamás que entregarlas á ningún poder extranjero. — (DE-MARÍA.)

XIV.

El cuento de un gato y un ratón.

Un señor de copete
Que manejaba el fisco el año siete,
Guardaba en su despensa,
En cantidad inmensa,
Muy ricas provisiones
De chorizos, jamones,
Conservas, quesos, ostras y cecinas
Y otras mil golosinas,
Colgadas en lo alto,
Para garantizarlas del asalto
Y de los malos tratos
De perros y de gatos
Que, como en casas grandes es costumbre,
Andaban en confusa muchedumbre.
Tan cierto estaba el dueño
De que era vano empeño
Para el gato más ágil y flexible
El poder atrapar un comestible,
Que siempre estaba abierta
De aquel rico depósito la puerta,
Y entraba con frecuencia
(¡Admirad la paciencia!)
Un espléndido gato
Sólo para gozar con el olfato
De las emanaciones excitantes
De aquellos jamoncitos tan flamantes,
Pues no pensó jamás el desdichado
Atrapar el más mínimo bocado;
Mas quiso su fortuna
Que una noche de luna,
En que miraba al techo
Y suspiraba hasta romperse el pecho,
Descubriera un gordísimo ratón
Que estaba, ¡oh qué embeleso!

Dormido sobre un queso ;
Y observando al momento
Que era vano el intento
De alcanzar con un salto
Aquel lugar tan alto,
Cambió de baterías
Y así dijo con mil zalamerías :

EL GATO.

Ilustre ciudadano,
Vuestro tipo romano
Y el talento profundo
Con que admiráis al mundo,
Me fuerzan, en verdad,
A ofreceros mi amor y mi amistad.

EL RATÓN.

En tu amistad no creo
Porque tus uñas veo,
Y siempre has dado caza
A mi valiente raza.

EL GATO.

Allá en los tiempos bárbaros, es cierto
Que algún ratón he muerto ;
Mas la divina luz del cristianismo
Desterró mi egoísmo,
Y ya soy otro gato,
Más humano y sensato,
Que mira en tí un portento
De amor y sentimiento.
¡ Ah ! ¡ Si me fuera dado
Estar siempre á tu lado
Oyendo tus lecciones
Y admirando tus raras perfecciones !
Pero la grande altura
En que moras me llena de amargura.

EL RATÓN.

Tienes razón en parte,
¡ Oh pobrecito unírte !

Y tu candor alabo;
Pero, dime: ¿qué piensas de mi rabo?

EL GATO.

Tu rabo es un magnífico presente
Con que el cielo clemente
Ha querido ensalzar tu gentileza,
Mostrando su poder y su grandeza.
Ó soy un ignorante y nada valgo,
Ó al hombre desrabado le falta algo;
Mas me duele en exceso
La nuca y el pescuezo:
Bájate, amigo mío,
Déjame contemplarte á mi albedrío!

EL RATÓN.

Yo sé que eres mi amigo,
Mucho me gusta conversar contigo;
Mas me asaltan memorias
De sangrientas historias,
Y así no extrañarás de mi hidalguía
Que yo te pida alguna garantía.

EL GATO.

¡Oh Dios! muy bien merece
Este pobre animal que nace y crece
Miseró y desdichado,
Que un héroe invicto como tú, criado
Para admirar las gentes
Con tus dotes pasmosas y excelentes,
Llegué á dudar un tanto
De mi sincero llanto
Y recuerde un pasado
En que tanto he pecado.
Si nada vale mi acendrado amor
Ni mi intachable honor
Para determinar á Su Excelencia
Á dejar por un rato esa eminencia,
En un negro agujero
Muy lejos viviré del mundo entero,

Hasta que al fin la muerte
Término ponga á mi terrible suerte.

EL RATÓN (*enternecido.*)

No más, no más: ¡ya basta!
Eres, ¡oh gato! la bondad en pasta,
Hablas con elocuencia
Y ya vas á gozar de mi presencia.
El ratoncillo al punto, dicho y hecho,
Se bajó pavoneándose del techo,
Con un aire tan vano
Como el más estirado soberano;
Y no bien tocó el suelo,
Cuando el gatazo al vuelo
Le dió dos manotadas
Y lo estrechó por fin en las quijadas,
Haciendo del ratón una comida
Gustosa como pocas en su vida.

*Yo he conocido á muchos que se pagan
De adulaciones viles y se embriagan
Hasta entregarse inermes, maniatados,
Á la merced de pillos desalmados.*

(JESÚS M. SISTIAGA.)

XV.

La linda pierna y la pierna torcida.

Hay en el mundo dos clases de personas que con igual grado de salud, riquezas y otras comodidades de la vida, las unas son dichosas y las otras desgraciadas. Esto proviene en gran parte de la diferente manera de considerar las cosas, las personas y los sucesos, y también de los efectos que esta diferencia de aspectos produce en el espíritu.

En todas las situaciones de la vida pueden hallarse ventajas é inconvenientes; en toda sociedad pueden encontrarse personas y conversaciones más ó menos agradables; en todas las mesas,

manjares y bebidas de gusto más ó menos delicado, platos mejor ó peor sazonados; en todo clima, buen tiempo y mal tiempo; en todos los gobiernos, buenas y malas leyes, bien y mal ejecutadas; en todo poema ú obra de ingenio, faltas y bellezas; finalmente, en casi todos los rostros y en todas las personas, facciones agradables y defectuosas, virtudes y vicios.

En todos estos casos, las dos clases de gentes de que hemos hablado fijan diversamente su atención. El optimista mira los objetos por el buen lado, la parte agradable de la conversación, los platos bien sazonados, los vinos deliciosos, el cielo hermoso, etc.: éste de todo disfruta con placer. El pesimista todo lo ve por la parte desagradable, de todo habla mal; así es que siempre está descontento de sí mismo; sus observaciones turban los gustos de la sociedad; ofende á todo el mundo, y se hace un objeto de desagrado. Si la naturaleza le ha dado este carácter, no hay miseria que tanto merezca excitar la compasión como la suya. También puede ser muy bien que esta disposición á la crítica y el descontento de todo no haya sido en su origen sino el fruto de la imitación, y que por descuido se haya convertido en un hábito, que aun cuando tal vez haya echado profundas raíces, puede sin embargo ser arrancado, si se sabe conocer cuánto daña á la felicidad. No dudo que una ligera advertencia podrá ser muy útil á aquellos que se encuentren en este caso, y determinarles á corregir una costumbre que, no siendo principalmente más que obra de la imaginación, ejerce no obstante seria influencia en la vida, causando disgustos y desgracias reales. En efecto, como los pesimistas ofenden á muchos, y no son queridos de nadie, apenas se les manifiestan más atenciones y miramientos que los que son rigurosamente debidos y el uso prescribe, cosa que aun con dificultad se hace; por lo que muchas veces se ponen de mal humor y es causa de que disputen y se incomoden. Si aspiran á encumbrar su rango ó á hacer fortuna, nadie se interesa por ellos, nadie da

un paso ni dice una sola palabra para apoyar sus pretensiones. Si llegan á incurrir en una censura pública ó en una desgracia, no hay quien los defienda ni quien los disculpe; aun algunos hacen más: exageran sus faltas y los vuelven completamente odiosos. Si esta clase de gentes se obstinan en no mudar sus costumbres, no consintiendo en participar de la satisfacción de lo que es propio para regocijar, si no prescindien del gusto de fastidiarse á sí mismos y á los demás con sus contrariedades, entonces es preciso evitar su trato, que es siempre desagradable, y algunas veces peligroso, sobre todo cuando uno se halla mezclado en sus disputas. Un viejo filósofo, amigo mío, se había vuelto por experiencia muy circunspecto sobre este capítulo, y evitaba con el mayor cuidado toda intimidad con las personas de esta catadura. Tenía, como otros filósofos, un termómetro para indicar el estado de la temperatura, y un barómetro para señalar si el tiempo debía ser bueno ó tempestuoso; pero no habiendo instrumento conocido para descubrir á primera vista esa disposición al pesimismo, se valió para el efecto de sus piernas, la una de las cuales era muy bien contorneada, y la otra torcida y disforme de resultas de una desgracia. Si un extraño, á la primera entrevista, se fijaba en la pierna mala con preferencia á la buena, desconfiaba de él; pero si el extranjero hablaba de su pierna mala sin hacer mención de la buena, ya tenía bastante mi filósofo para determinarse á no cultivar más su amistad. No todos poseen este instrumento en sus dos piernas; pero cada cual con un poquito de atención puede observar señales de esta manía de criticar y de ver mal, y tomar la misma resolución de huir de la compañía de los desgraciados que están atacados de ella. Advierto, pues, á esos pesimistas, á esos censores molestos, siempre descontentos, siempre desdichados, que si quieren ser queridos y respetados de los demás y hallar la felicidad en sí mismos, *no deben mirar la pierna torcida.*

— (BENJAMÍN FRANKLIN.)

XVI.

Perspicacia de Quiroga.

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos con respecto á Quiroga; sus dichos, sus expedientes tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos el niño disputado, á fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladrón?

Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir el ladrón habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había; hace en seguida que se distribuyan á cada uno; y luego, con voz segura, dice: «Aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ése es el ladrón.» Al día siguiente fórmase de nuevo la tropa, y Quiroga procede á la verificación y comparación de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. «¡Miserable!» le grita Facundo con voz aterrante, «¡tú eres!...» y en efecto, él era; su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo; el crédulo gaucho, temiendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana, para valerse de estos medios.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al ladrón. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mirada fija, escudriñadora,

terrible. Antes ha dicho: «yo sé quién es», con una seguridad que nada desmiente. Empiezan á desfilar, desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil: es la estatua de Júpiter Tonante, es la imagen del Dios del Juicio final. De repente se avanza sobre uno, le agarra del brazo, le dice con voz breve y seca: «¿Dónde está la montura?...» «Allí, señor», contesta señalando un bosquecillo. — «Cuatro tiradores», grita entonces Quiroga.

¿Qué revelación era ésta? La del terror y la del crimen hecha ante un hombre sagaz.

Estaba otra vez un gaucho respondiendo á los cargos que se le hacían por un robo. Facundo le interrumpe diciendo: «ya este pícaro está mintiendo; ¡á ver! cien azotes....» Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo á alguno que se hallaba presente: «Vea, patrón. Cuando un gaucho al hablar esté haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo.» Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser; esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Quiroga cuando le trajeron el hombre; levanta la cara después de habérselo anunciado varias veces, lo mira, y dice continuando de escribir: «¡Eh!!!... ¡Ése es un miserable! ¡Pido un hombre valiente y arrojado!» Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay á centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre hombres groseros, que llegaban á atribuirle poderes sobrenaturales. — (SARMIENTO.)

XVII.

La saboyanita.

Decid: ¿quién se queja?

¿Quién llora? ¿Quién grita?

Es que está cantando

La saboyanita.

Mañana de Enero

Con aire y con nieve,

Si no llueve, sopla,

Si no sopla, llueve.

Bajo grises nubes,

La tierra cubierta

De blanco sudario,

Parece una muerta.

¡Cuán solas las calles!

¡Ni quién las resiste!

¡Qué invierno tan duro,

Tan largo y tan triste!

Heladas las fuentes,

Heladas y mudas;

Almendros sin hojas

Y acacias desnudas.

¡Ofrecen contrastes

Risueños y francos,

Los troncos tan negros,

Los copos tan blancos!

Hay sólo una niña

Bajo mi ventana,

Engendro hechicero

De angur y gitana.

Contando en diez años

Diez siglos de pena,

Los ojos oscuros,

La frente morena,

Muy negro el cabello,

De grana la boca,

De vivos colores

El traje y la toca,

Los pies diminutos,

Que Fideas quisiera,

Los guarda en chapines

De tosca madera.

Del pobre pandero

Que agitan sus manos,

Se visten y comen

Sus tiernos hermanos.

Con sólo escucharla,

Aterra y conmueve,

Y más, si la miran

Hincada en la nieve.

Por tarde y mañana

Con hondos acentos,

Que nunca sofocan

Ni lluvias, ni vientos,

Se queja, solloza,

Suspira, reclama,

Y al son del pandero

Su llanto derrama.

Su voz me perturba

Y amarga mi día:

¡Qué acento tan triste!

¡Qué voz de agonía!

Si algún compatriota

Á verme se llega,

Oyendo esos cantos,

La frente doblega.

Sintiéndose triste,

Convulso y herido,

Recuerda aquel suelo

Alegre y florido,

Sus vírgenes selvas,
 Sus prados, sus montes,
 Y el azul eterno
 De sus horizontes.
 Con llanto en los ojos,
 El alma turbada,
 Muy lejos teniendo
 La patria adorada:
 ¡Qué voz! — me repite —
 ¡Qué acento! ¡qué grito!

Sollozo de angustia,
 Clamor de proscrito,
 Lo más pavoroso
 Que en notas exista.
 ¡Qué agudo! ¡Qué lento!
 ¡Qué amargo! ¡Qué triste!
 ¡Oh Dios! ¿Quién se queja?
 ¿Quién llora? ¿Quién grita?
 Es que está cantando
 La saboyanita.

(JUAN DE DIOS PEZA.)

XVIII.

La fuerza de la consigna.

Los puestos de guardia en guarnición y las avanzadas en campaña, se manejaban con el mayor celo y vigilancia, tanto por deber cuanto por el temor de una sorpresa del General, á la hora menos pensada. Si era severo el General en la corrección de las faltas en el servicio, era justo y equitativo también en los premios y recompensas por la exactitud y servicios notables, sin distinción de clases ni rangos.

Para que se forme idea sobre este punto, voy á referir un episodio que presencié en Santiago de Chile, á fines de 1817.

El batallón de Artillería de los Andes á que yo pertenecía entonces estaba acuartelado en el Convento de San Pablo, y yo me hallaba al mando de la guardia de prevención, cuando entre siete y ocho de la mañana se presentó el General San Martín, á caballo, acompañado de un ordenanza, á visitar el cuartel.

Ninguno de los jefes ú oficiales superiores del cuerpo se hallaba presente á esa hora, porque ya se habían llenado todas las distribuciones del reglamento.

Una imaginaria que se situaba en la esquina de la Iglesia

para observar las cuatro bocacalles y avisar cualquier novedad que advirtiera, dió el grito de « ¡Cabo de guardia! el General en jefe ! »

Yo que oí este aviso, grité á mi turno : ¡ arriba la guardia !

La guardia se formó y le hizo al General los honores del caso.

— ¿ Se puede entrar ? dijo éste, saludando á la guardia con su elástico ; y yo le respondí : ¡ Adelante, señor !

Al entrar al patio hizo seña de que se retirara la guardia, y la tropa después de colocar los fusiles en el armero, quedó en pelotón en el zaguán.

El General se apeó, entregó la brida á su ordenanza, y yo mandé al sargento de la guardia que lo acompañase á los patios, cuadras y demás departamentos que deseara examinar.— Así visitó el cuartel, vió la limpieza de las cuadras, la del armamento, los tablados, la colocación de las mochilas, el estado de las cocinas, el rancho, etc., etc. ; y conforme iba visitando las cuadras, los sargentos de mejor educación y más despejo iban formándole cortejo.

Luego que hubo explorado hasta el último rincón, regresó al segundo patio, y fijándose en una puerta cerrada, forrada con pieles de carnero colocadas con la lana para afuera, y custodiada por un centinela, — preguntó : ¿ qué es aquello ?

— El laboratorio de mixtos, le respondieron los sargentos.

— ¿ Trabaja ahora ?

— Sí, señor ; se están haciendo cartuchos, lanzafuegos, estopines, espoletas para granadas y otras cosas.

Sin más averiguar, se dirigió allí con ademán de entrar ; pero, poniéndosele el centinela por delante, le dijo : — ¡ Alto ahí ! no se puede entrar.

A esta respuesta, el General exclamó con vehemencia : ¡ cómo es eso ! ¿ No sabe usted qué soy el General en jefe ?

El centinela le respondió : — Sí, señor, lo sé ; pero así no se

puede entrar.—Es de advertir que el General vestía su traje militar, casaca, botas con herraduras y espuelas, como se usaba entonces.

Volvió á hacer ademán de empujar la puerta y entrar. El centinela entonces caló bayoneta y volvió á repetirle: — *Ya he dicho, señor, que así no se puede entrar, y gritó con fuerza: ¡Cabo de guardia, el General quiere forzar el puesto!*

Al ver esto uno de los sargentos corrió al cuerpo de guardia á llamar al cabo, y así que éste llegó á presencia del General, le dijo: — *Señor, la consigna que el centinela tiene es: que nadie puede entrar al laboratorio vestido de uniforme, por temor de un accidente, y es por eso que le ha resistido la entrada. Si V. E. quiere entrar, sícuse pasar á este cuarto á cambiar de traje, para que pueda hacerlo en la forma en que es permitido.*

En efecto, el General sin decir palabra entró al cuarto, se quitó su uniforme, se puso un par de alpargatas, pantalón, saco y gorro de brin, de varios que había con ese expreso destino, y presentándose al centinela con ese nuevo traje, no vaciló éste en abrirle la puerta y dejarlo entrar, seguido de dos sargentos que también cambiaron de vestido con el objeto de acompañarlo; y luego que el General hubo registrado este departamento y examinado los aparatos y el trabajo que se hacía, volvió á desnudarse para tomar su uniforme y retirarse. Montó á caballo, y al salir por el cuerpo de guardia me ordenó que le mandara á palacio, una vez que la guardia fuera relevada, al soldado que estaba de centinela en la puerta del laboratorio.

El soldado se presentó al General, y á su regreso al cuartel refería que éste, después de hacerle varias preguntas y de echarle un largo sermón sobre la subordinación, la obediencia y el patriotismo, le había regalado una onza de oro. — (G. ESPEJO.)

XIX.

Los Vascos.

(UNA TRAVESURA DE COLEGIALES.)

¡Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo! Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas; los árboles, frescos y contentos; el espacio abierto á todos rumbos, nos hacían recordar con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase de estudio. En la Chacarita estudiábamos poco, como era natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de *camotís* y, sobre todo, organizar con una estrategia científica las expediciones contra los *Vascos*.

Los *Vascos* eran nuestros vecinos hacia el Norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados. Separaba las jurisdicciones respectivas un ancho foso, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa planta baja y bravía.

Pasada la zanja, se extendía un alfalfar de una media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por dos ó tres pequeñas parvas de pasto seco. Más allá, el jardín de las Hespérides, los campos Elíseos, el Edén, la Tierra Prometida! Allí, en pasmosa abundancia, crecían las sandías, robustas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la *caladura* previsoras; la sandía ajena, vedada, la carne roja como el lacre, el *cucurbita citrullus* famoso, cuya reputación ha persistido en el tiempo y el espacio; allí doraba el sol esos melones de origen exótico, redondos, incitantes en su forma ingénita de tajadas; los melones exquisitos, de suave pasta perfumada y de exterior caprichoso, grabado como un papiro egipcio! No

tenían rivales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea reconocida en esa materia. Las excursiones á otras chacras nos habían siempre producido desengaños; la nostalgia de la fruta de los *vascos* nos perseguía á todo momento y jamás vibró en oído humano, en sentido menos figurado, el famoso verso de Garcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los *Vascos* no eran lo que en el lenguaje del mundo se llama personajes de trato agradable. Robustos los tres, ágiles, vigorosos y de una musculatura capaz de ablandar el coraje más probado, eternamente armados con sus horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada de pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos hombres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema: amaban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya los hados propicios nos habían permitido hacer con éxito una *razzia* en el cercado ajeno, cuando un día....

Eran las tres de la tarde y el sol de Enero partía la tierra sedienta é inflamada, cuando, saltando subrepticamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1.º de Caballería de línea, nos pusimos tres compañeros en marcha silenciosa hacia la región feliz de las frescas sandías. Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirada investigadora: ¡ni un vasco en el horizonte! Nos dividimos, y mientras uno se dirigía á la izquierda, donde florecía el *cantaloup*, dos nos inclinamos á la derecha, ocultando el furtivo paso por entre el alfalfar en flor. Llegamos, y rápidos buscamos dos enormes sandías que en la pasada visita habíamos resuelto dejar madurar algunos días aún. La mía era inmensa, pero su mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella y cuando bajé los ojos para buscar otra pequeña con que saciar la sed sobre el terreno.... un grito,

uno solo, intenso, terrible, como el de Telémaco que petrificó el ejército de Adrasto, rasgó mis oídos. Tendí la mirada al campo de batalla: ya la izquierda, representada por el compañero de los melones, batía presurosa retirada. De pronto, detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección, mientras otro pone la proa sobre mi compañero, armados ambos del pastoril instrumento, cuyo solo aspecto comunica la ingrata impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodamente sobre dos puntas aceradas que penetran....

¡Cómo corría, abrazado tenazmente á mi sandía! ¡Qué indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandonó en el momento terrible, quedando como trofeo sobre el campo enemigo! Y, sobre todo, ¡cuán veloz me parecía aquel vasco, cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los cabellos! Volábamos sobre la alfalfa: ¡qué larga es media cuadra!

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar mi presa á aquella fiera para aplacarla. Los recuerdos clásicos me autorizaban; pensé en Medea, en Atalanta; pensé en los jefes de caballería que regalan el camino de la *retirada* con las prendas de su apero; pensé.... ¡No! ¡era una ignominia! Llegar al dormitorio y decir: «¡me ha corrido el vasco y me ha quitado la sandía!» ¡Jamás! Era mi escudo lacedemonio: ¡vuelve con él ó sobre él!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero el vasco de mi compañero, por medio de una diagonal, habría llegado antes que yo, y debo declarar que, á pesar de la persecución personal del mío, los tres vascos me eran igualmente antipáticos. ¡Marché de cara al sol! como el Byron de Núñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fatigas diarias del rescate, había brillado en aquella ocasión; así, cincuenta pasos antes de llegar al foso, mi partido estaba tomado. Puse el corazón en Dios, redoblé de ligereza y salté.... Una desagradable impresión de espinas me reveló que había salvado el

obstáculo; pero ¡oh dolor! ¡en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé á mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba, en la seguridad de que iría á hacer compañía á la sandía. Pero aquel hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la zanja, apoyado en su tridente, empezó á injuriarme de una manera que revelaba su educación sumamente descuidada. Escapa á mi memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fué digna; sólo recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, sin duda para darle un destino contrario á los intereses positivos de mi vasco, ví á mis dos compañeros correr en dirección á *las casas*, y al vasco de los melones despuntar por el vado y dirigirse á mí. ¡De nuevo en marcha precipitada, pero seguro ya del triunfo!....

Eran las tres y media de la tarde y el sol de Enero partía la tierra sedienta é inflamada, cuando, con la cara incandescente, los ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zarzales hostiles, saltamos por la ventana del dormitorio. Me tendí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, reflexioné profundamente en ^{la} velocidad inicial que se adquiere cuando se tiene un vasco irritado á retaguardia, armado de una horquilla. — (MIGUEL CANÉ.)

XX.

Abrojos para los ojos.

Un mozo enfermo tenía
De los ojos á su padre,
Y curarle pretendía;
Que, en efecto, lo quería
Como si fuera su madre.
El remedio procurando
En un libro que se halló

De medicina, hojeando,
Un capítulo encontró
De lo que andaba buscando.
Abrojos para los ojos
El primer renglón decía;
Y sin leer más sus ojos,
Como estrella que Dios guía,

Fué al campo á buscar abrojos.
 Dos almorzadas muy buenas
 Trajo, y que quiso ó no quiso,
 Al padre que ve en sus penas,
 En los ojos al proviso
 Le puso un par de docenas.
 Un lienzo muy apretado
 Encima le puso luego,

Con que al padre desdichado
 Le saltaron de contado
 Los ojos y quedó ciego.
 A leer volvió con enojos
 Los renglones, y al mirarlos
 Despacio, vieron sus ojos:
Para los ojos abrojos
Son buenos para sacarlos.

(F. DE LEIVA.)

XXI.

El rancho.

A la margen de un arroyo encantador, á cuatro pasos de su orilla y á la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada en un ámbito de seis varas, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de juncos ó de ramas: tal es el rancho del carapachay (1). Es su obra de dos días, que dura algunos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir y otro cerca del techo para despensa, una mesa de ceibo, algunos bancos y platos de la misma madera, asador, olla y *pava* ó caldera de hierro, y un saco de camoatí para la sal y el *mate*. He aquí un edificio que con su menaje y todo, no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar, comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer. . . . pero que no se aloje en ella el que haya llegado á enervarse al extremo de ser más delicado que el picaflor, que la prefiera para suspender del pajizo techo la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las neecesidades ficticias y las vanidades del mundo

(1) Habitante de las islas.

no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos ó innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sinnúmero de costosas bagatelas!

¿Qué artesonado puede igualarse á la pompa y hermosura de un bosque de sauces de Babilonia que abraza en su inmensa bóveda la cabaña con su extenso patio, y la chalana y el baño delicioso defendido del sol por sus ramas colgantes frondosísimas?

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfacción con la salud), nada de las mesas opíparas se puede echar de menos al probar las sencillas preparaciones del fogón de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al fragante y jugoso asado, que sólo nuestros campesinos saben preparar. Dificilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como nutritivo y sano. Para el sobrio habitante de las islas, el simple *te del Paraguay* ó *mate*, suple, con ventaja para su paladar y su salud, por todos los licores y pociones conocidas. El agua exquisita que corre al pie del rancho del carapachay bastaría para hacerlo preferible á las habitaciones ciudadanas con todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz que todas las panaceas y elixires inventados para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del carapachay á la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana! ¡Qué encanto contemplar las bellezas de la primavera desde su rústico y pintoresco albergue! ¡Qué grato es á la alborada escuchar los cánticos de las aves y aspirar el aire vivificante de la mañana, que penetra en el rancho libremente, incitándonos á gozar el espectáculo de la aurora y del sol nascente! ¡Qué hermoso es el color de rosa y escarlata que baña las nubes del oriente al acercarse el astro al horizonte! Toda la naturaleza se despierta á gozar

el placer de la existencia desde los primeros albores del nuevo día. El verdor del follaje, la frescura del ambiente, la fragancia y belleza de las flores, el susurro de los árboles, la alegría de los pájaros, el brillo de la luz que embellece las hojas barnizadas por el rocío, y las aguas que centellean con sus reflejos, todo inspira el más puro alborozo, todo embriaga los sentidos en una voluptuosidad indefinible, y llena el espíritu de un sentimiento profundo de gratitud y admiración hacia el excelso Criador; todo nos inspira vehementes deseos de fijar nuestro domicilio en la cabaña situada á la margen del arroyo, á la sombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y su baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros canoros. — (MARCOS SASTRE.)

XXII.

Un viaje en diligencia.

El sol bañaba los campos reverberando sobre el pasto como si de la tierra saliese humo; la diligencia iba envuelta en una nube de polvo, y los caballos sudaban desde las orejas hasta las ranillas, llenos de espuma allí donde les rozaban los arreos, abriendo tamañas narices para aspirar el poco aire que corría.

De un solo tirón nos hicimos seis leguas, deteniéndonos tan sólo á la subida de los repechos, «pa dar un poco de resuello á estos mancarrones», decía el mayoral, y como cuadraba la casualidad de que siempre que parábamos era frente á una pulpería, él también tomaba, no sé si resuello, pero sí algo que se tomaba en vaso, y en seguida volvíamos á emprender la marcha, hasta que llegamos á la costa de Solís Chico, donde está la posta y la posada.

Bajamos como pudimos, pues estábamos enfumidos, como esos pollos que traen maneados al Mercado, y una vez en tierra, nos

entregamos todos á ejercicios gimnásticos de brazos y piernas para restablecer la circulación. Entre tanto, el mayoral y el cuarteador se ocupaban en desensillar los caballos. Salían los pobres mancarrones macilentos y trasijados, con el pescuezo agachado, oliendo el suelo, hasta que encontraban la tierra blanda, y allí se revolcaban, sin fuerzas casi para darse vuelta y volvían á levantarse hechos unos demonios, llenos de polvo desde el hocico hasta la cola, ó mejor dicho, embarrados con el polvo y el sudor que los bañaba.

Á la voz de que la comida estaba pronta, ninguno de los viajeros se hizo esperar. Entramos todos en el comedor, así llamado porque allí se comía, y nada más que por eso, pues servía también de alcoba y de sala, según la hora; y nos sentamos en torno de una mesa muy larga y muy ancha, en cuyo centro humeaba una gran sopera que contenía un cocido de fideos.

Este momento de la comida era el que yo temía, porque comprendía que no me sería posible seguir guardando el incógnito sin pasar por un grosero. El uno que pasa un plato, el otro que se empeña en servir vino, el de más allá que ofrece una presa más succulenta que la que á uno le ha tocado en suerte: todas esas son finezas á que hay que corresponder, dando las gracias, contestando á las preguntas, y entrando en conversación con los vecinos.

A poco rato ya chacoteábamos sobre el pan, sobre la procedencia leguminosa del café que nos servían, y ya creía yo que pasaría la cosa sin tener que exhibir mi fe de bautismo, cuando cata aquí que el que estaba á mi lado me dice:

—Usted ha de ser de la familia de fulano.

—No, señor, le contesté.

—Pues hombre, es usted tan parecido, que hubiera jurado que era hermano de mengano.

El hombre había errado el golpe, y yo, dispuesto á sostener

mi incógnito como si fuese una plaza de guerra, me encerré en un absoluto mutismo. En balde me buscaban la boca; las preguntas y las indirectas me pasaban zumbando por el oído, y yo, ¡chito! ni siquiera pestañeaba.

No sabiendo ya cómo buscarme la lengua, uno de mis compañeros me ofreció de sobremesa un diario.

— Gracias, le contesté; soy confitero.

Miróme mi hombre un tanto sorprendido, dudando entre si estaba loco ó pretendía burlarme de él, y yo, temeroso de que fuese á creer que quería hacer mofa, caí en la tontería de añadir:

— Le he dicho á usted que soy confitero, queriendo con eso significarle que, así como no hay nada que empalague más á un confitero que los confites, así, también, nada hay que empalague tanto como un diario á quien se ocupa, como yo, en hacerlos.

¡Nunca lo hubiera dicho! Todo fué descubrir mi malhadada profesión y caerme encima veintiocho ojos, correspondientes á catorce caras, que me refistoleaban de arriba abajo.

Aquella debilidad mía fué como abrir una brecha en la muralla de una plaza sitiada, y por allí me entraron á la carga.

— ¿Escribe usted en *El Siglo*, en *La España*, en *La...*?

— Escribo en *La Razon*.

¡Bomba! me miraron entonces con cara más espantada, y hasta creo que alguno me observó por detrás para ver si tenía la cola del diablo.

— ¡Ah! dijo uno, ya le conozco á usted; — usted es....

Y sin dejarle concluir, para evitar más interrogatorios, le interrumpí diciendo:

— Eso es, sí, señor; soy Sansón Carrasco, servidor de ustedes.

— ¿Hijo de....?

— No, señor; sobrino.

— Casado con la hija de....

— No, señor; con una sobrina.

— ¿Y va usted á Minas?

— Sí, señor, á Minas.

— ¿Por la salud?

— No, señor, por paseo.

— ¿Y qué dice usted de la situación, señor Carrasco? me preguntó uno que las echaba de político.

— No digo nada, le contesté. — Me he recetado ocho días de abstinencia política, y usted me perdonará si no le contesto, porque estoy firmemente resuelto á cumplir mi propósito.

— ¿Conque usted había sido el bachiller Carrasco...?

— Sí, señor, si usted no manda otra cosa.

Comprendí que estaba perdido. Tenía por delante doce leguas mortales, sin la defensa del incógnito, que tan útil me había sido hasta allí para observar la campaña que íbamos recorriendo.

Entonces, como el viajero que apercibe sus armas cuando va á pasar una espesura, acudí yo á preparar las mías. El libro que tenía estaba todavía con las hojas plegadas, y me apresuré á abrirlas con un cuchillo desde el principio hasta el fin para que no llegase un momento en que me quedara en descubierto.

— ¡A bordo! ¡á bordo! gritó el mayoral golpeando las manos, y volvimos á empaquetarnos dentro de nuestro vehículo. Yo subí el primero, me coloqué en mi rincón, dirigí una última mirada á la sierra que sombreaba delante de mí, mostrándome ya algunos de sus detalles, y abrí mi libro, colocándolo á la altura de los ojos para conservarme á la defensiva.

— ¡Vamos! gritó el mayoral al cuarteador, y éste dió una media vuelta, empuñó la cuarta, y tomó el camino. Íbamos despacio, bajando las barrancas del arroyo que corría muy angosto sobre su lecho de arena. Cuando llegamos á la orilla, el mayoral hizo chasquear el látigo, y gritó: « ¡heih! ¡tiren guapos! ¡firme boleros! » Se oyó el chapaleo de los caballos en el agua, las ruedas despidieron rayos líquidos al girar rápidamente dentro del

arroyo, y á todo escape subimos la barranca opuesta, dando tumbos y barquinazos que hacían crujir el maderamen del vehículo, entre los gritos roncós del mayoral que azuzaba á las bestias para que repechasen la cuesta.

Normalizada la marcha al trote, volví á mi libro y empecé á devorarme las páginas, mientras á mi alrededor se entablaban conversaciones animadísimas sobre el precio de los ganados, la duración de la sequía, los destrozos de la langosta y otros tópicos de circunstancias. Mareado con el tambaleo de la diligencia y con tener los ojos fijos sobre el libro, tuve forzosamente que dejar por un momento la lectura, y no bien levanté la vista, ya se me vino encima el viajero de última hora, á quien tanto miedo tenía desde que subió.

Me preguntó por mi familia hasta la cuarta generación; me contó cómo había sido él muy amigo de un tío mío á quien yo no conocí; me hizo saber que tenía relaciones con mi suegro, y con mi cuñado, y con mi conculnado, y una vez que concluyó con mi familia, iba ya á empezar con la suya; pero se tomó un momento para respirar, y ese momento lo aproveché yo para engolfarme nuevamente en mi lectura, cubriéndome la cara con el libro.

Aquello era un duelo sin cuartel. Mi contrincante esgrimía la lengua y yo mi libro, cubriéndome, atajándome, haciendo finzas para no darle entrada, pero así que el cansancio ó algún barquinazo me hacían abandonar mi posición, ¡zas! ya se me venía á fondo, me atacaba sin descanso, y no me dejaba hasta que yo no conseguía volver á restablecer mi sistema de defensa, abroquelándome con aquel libro salvador que la intuición del peligro me había puesto en las manos. — (DANIEL MUÑOZ.)

XXIII.

Los médicos de antaño y la visita.

— Juanillo, ¿dónde vas tan apurado? preguntóle un día un camarada al encontrarlo de paso en la calle.

— A buscar al médico, que le ha dado á Frascuela una puntada de costado, respondióle.

— ¿Y á cuál?

— A don José Giró, que es el médico de casa.

— Mira Juanillo, eso no es nada. Haz lo que dice Mandouti. — Hazle una salmuera bien hecha, que la beba bien caliente en ayunas, cuando apure más el dolor, y arrópala bien.

— Pero es que está muy mala, y es menester que la vea el médico.

— Bueno, si no encuentras en casa á don José, que tal vez habrá ido á ver sus enfermos al Hospital (1796), anda á buscar á Montúfar ó á Santisteban, que irán al momento.

Y siguió Juanillo su camino hacia la calle de San Carlos, donde vivía Giró, á quien tuvo la suerte de hallar en casa.

En el momento el médico se encapilló su capote de paño de tres esclavinas, — porque hacía frío, — tomó el sombrero y el bastón y se encaminó, á *patita*, por supuesto, porque en aquel tiempo no andaban los médicos en coche viendo sus enfermos.

Examina á la paciente, le toma el pulso con el reloj á la vista, — un reloj de aquellos grandotes de plata de antigua usanza, en cuya tapa se podía freir un huevo, — y pide tinta y papel para recetar.

Aquí fué el apuro. — Tintero, pluma y papel, ni por pienso tenía Juanillo. Esos artículos no eran como el *yesquero* que cualquiera tenía, y hubo que apelar al pulpero de la esquina, para que prestase el suyo y le diese una cuartillita de papel para la receta.

El médico la hace en el latinajo de uso, y allá va Juanillo á la Botica de Estrada ó Marull, por el remedio.

Giró sigue asistiendo puntualmente á la enferma, hasta que se pone buena. Se despide, y en el acto Juanillo le abona las visitas á razón de cuatro reales cada una, que era el arancel, y santas pascuas; porque eso de pasar el médico la cuenta, no se acostumbraba entre aquella buena gente, sino que el deudor, según el número de las visitas hechas, marcadas con rayitas en la pared, iba á abonarlas cuando tenía cómo.

De seguro que con tal arancel de visita médica, y con poca clientela por la corta población, y sobre todo, por la *peste de salud* de los moradores de San Felipe, el médico de antaño no había de hacerse rico, ni ganar siquiera para coche, si hubiese estado en boga.

Muy conformes con los cuatro reales, aquellos buenos galenos estaban prontos á cualquier hora para ir á prestar los auxilios de la ciencia donde se les llamaba.

Que la calentura, el tabardillo, el cólico, el empacho, la puntada, el reuma, el pasmo real, ó el *daño*, descomponían la máquina de alguno: lo primero era apelar á los remedios caseros, ó preguntar á la vecina ó á la comadre qué sería bueno hacerle. Si aconsejaba friegas ó unturas con grasa de lagarto, *enjundia* de gallina, unto sin sal, ó emplasto de cebolla blanca, ó cocimiento de ésta ó aquella yerbita, manos á la obra. Y si era de las que curaban *con cruces*, reliquias y *conjuros*, la fe te valga, y á ello. No hay para qué llamar al médico.

Y si se trataba del *séptimo varón*, abrirle la boca para ver el *cristo en el paladar*, con todas sus agüerías, y Dios te guarde.

¡Qué quieren ustedes! Cosas del tiempo de los tres botones, en que poco negocio podían hacer el médico y el boticario.

Pues, señor, el enfermo no mejora ni con las tisanas y unturas caseras, ni con los remedios de la comadre:—que venga el médico.

Y el médico venía, tomaba el pulso, examinaba la lengua, sorbía un polvo y, —no es cosa grave, —una purguita de maná y sen, un poco de crémor á pasto, una cataplasma, un sinapismo, un vaho, un baño de pies, una naranjada caliente, agua de arroz ó una sangría, y estamos á camino. Sana el enfermo.

Lo cierto es que el sepulturero tenía poco trabajo, y que la gente vivía luengos años.

Una vez llaman á don José Lajes á ver un enfermo de calentura, en tiempo de Sobremonte. Concorre al momento, lo ve y receta de prisa, pensando quién sabe en qué, *una carrada de ladrillos*. Llevan la receta á la botica, y el boticario suelta tamaña carcajada al leerla. La cosa no era para menos, encontrándose con una carrada de ladrillos por medicamento.

— Esto no hay en botica, buen hombre, le dice el boticario, ni usted podría con ello. Una carrada de ladrillos, es lo que dice la receta.

— ¡Ave María Purísima! dice el conductor. ¿Cómo puede ser eso?

— Pues, no hay más. Es una equivocación del facultativo; distraído sin duda ha puesto esto. Vaya y muéstrele la receta.

Así lo hizo, mientras el pobre enfermo esperaba el remedio.

— Hombre, es verdad, le dice el médico. He puesto un disparate, pensando en las papeletas del ladrillo para mi obra. Le haré otra receta, y todo se remedia.

El cuento quedó, y más de un chusco le decía al amigo, cuando hablaba de recetas: — ¡Que no sea como la de Lajes. . . !

Volviendo á nuestro tema de la visita médica, subsistió el arancel de los cuatro reales en la vida colonial, hasta muchos años después, en que subió á patacón, el año veintitantos. No conoció otro el médico de antaño. — (DE-MARÍA.)

XXIV.

Adiós á la patria.

Me voy, ¡adiós! mi corazón se parte,
Que dejo en tí cuanto adoré en la vida,
Cuanto en mis sueños de bondad quisiera,
Cuanto al amor y á la ilusión convida!
Dejo mi santa madre que meció
Mi cuna cuando niño,
Que la luz me prestó de su cariño
Para poblar la soledad de mi alma,
Cuando el dolor, con su potente mano,
Rasgó mi corazón! Madre querida,
Desde las olas del undoso Plata,
Que el débil barco sin piedad azotan,
Como azotan los golpes del destino
Al hombre en el camino de la vida,
Te envío con la brisa de la tarde
Un adiós de mi alma,
Más amargo que el agua que cruzamos,
Más sombrío que el cielo que nos cubre,
Y que asimismo con amor miramos,
Porque es el cielo de la patria amada,
En donde el alma y corazón dejamos!
Dejo mi anciano padre, que guiara
Mis primeras pisadas en el mundo,
Mi padre, cuya sien han marchitado
Setenta años de vida y de trabajo,
Y en cuyas blancas canas se reflejan
La honradez y virtud que lo han guiado!
Mi pobre padre, que luchara un tiempo
Por tí, ¡patria adorada!
La patria de su esposa y de sus hijos,
Y hoy (1) la ve mancillada
Por los mismos que entonces á su lado
El bien y la justicia defendían,
Contra un tirano vil que convirtiera

(1) Enero de 1865.

En un lago de sangre
La heroica tierra en que la lumbre viera!
Dejo mi hermana: mi querida hermana,
Imagen del candor y la ternura,
Que buena, cariñosa é inocente,
Me ha prestado su fe cuando he dudado,
Me ha dado su esperanza si he sufrido,
Y todos mis pesares y alegrías
Conmigo cariñosa ha compartido.
Dejo el hogar paterno, en donde todo
Tiene de mi existencia algún recuerdo.
Allí la cuna do el hermoso sueño
Dormía de la infancia bendecida;
Allí también mi lecho, do más tarde
Reposé del cansancio de la vida!
Allí mis libros, do el saber humano
He buscado anhelante
Para calmar el fuego de mi mente;
Allí la mesa do por vez primera,
Siguiendo la corriente
De mi exaltada y loca fantasía,
Escribí mi primera poesía!
Allí el hogar paterno,
De la familia la bendita calma!
Todos los puros sueños de mi mente,
Todo el amor y la virtud de mi alma!

(JOSÉ PEDRO VARELA.)

XXV.

La intolerancia religiosa.

Benjamín Franklin escribió contra las persecuciones religiosas la siguiente parábola, en que imitó con su ingenio ordinario el lenguaje de las Sagradas Escrituras:

« Y sucedió, después de eso, que Abrahán estaba sentado á la puerta de su tienda á la caída de la tarde.

« Y he aquí que un hombre, agobiado por la edad, venía por el camino del desierto, apoyado en su cayado.

« Y Abrahán se levantó de su asiento, y dirigiéndose hacia él le dijo : « Entrad, os lo ruego, y lavaos los pies y descansad esta noche ; y mañana os levantaréis temprano para continuar vuestro camino. »

« Y el hombre dijo : « No, permaneceré debajo de este árbol. »

« Pero Abrahán le instó tan vivamente, que el hombre cedió, y ambos penetraron en la tienda, donde Abrahán preparó un pan sin levadura, que ambos comieron.

« Y cuando Abrahán vió que el hombre no bendecía á Dios, le dijo : « ¿ Por qué no adoráis al Dios Supremo, criador del cielo y de la tierra ? »

« Y el hombre respondió : « Yo no adoro á vuestro Dios ni invoco su nombre, porque me he hecho un dios propio, que habita en mi casa y que me provee de todo lo necesario. »

« Y el celo de Abrahán se inflamó contra este hombre, y se levantó, y arrojándose sobre él, lo echó al desierto á fuerza de golpes.

« Y Dios llamó á Abrahán y le dijo : « Abrahán, ¿ dónde está el extranjero ? »

« Y Abrahán respondió : « Señor, él no quería adoraros ni invocar vuestro nombre, y por eso lo he arrojado al desierto, lejos de mí. »

« Y Dios dijo : « ¿ No lo he soportado yo durante trescientos noventa y ocho años ? ¿ No lo he alimentado y vestido yo, á pesar de su rebelión contra mí ? Y tú, un pecador, ¿ no has podido soportarlo una sola noche ! » — (FRANKLIN.)

XXVI.

Un episodio glorioso.

En el asalto de Montevideo por los cuerpos veteranos del general Auchmuty, en 1807, la artillería británica abrió con verdadero éxito sus fuegos, bien cerca de la muralla, por la puerta del sur, que servía de junción á las obras de la costa. Era el lado más débil: un lienzo sin terraplenes interiores, sin fosos ni contraescarpas. Abrir brecha, fué el intento. Bajo un fuego terrible, en pocos días, el proyectil del cañón inglés, vomitado constantemente sobre el muro, desde la batería de la costa y los poderosos buques de la escuadra alineados frente al cubo, horadó el granito, abriendo ancho hueco. Por entonces, ya las balas habían destrozado los revestimientos, parapetos y explanadas del próximo bastión. No se postró por eso el ánimo esforzado de la defensa. Era preciso suplir el lienzo de muralla que había saltado en mil fragmentos, y por cuya abertura ó boquerón siniestro, llovía la metralla entre espantosos ruidos. ¿Cómo hacerlo? Por allí iba á precipitarse la columna de ataque, como una onda irresistible que al destrozarse el dique sembraría por doquiera la desolación y el espanto.... Una voz valiente mandó cubrir la brecha en cierto instante solemne. — Los defensores se miraron con desesperación. — La artillería inglesa seguía rugiendo furiosa; un viento de muerte soplabá de la parte del mar; el granito volaba en trizas por los aires entre un torbellino de polvo y arenas; y revueltos los soldados en las banquetas de los flancos, mordían con rabia el cartucho, ya sin orden ni disciplina ante aquel huracán formidable que llevaba en sus alas ardiente plomo, ensangrentados guijarros y trozos de carne viva. En medio de escena tan pavorosa, otra voz robusta y potente gritó, dominando el tumulto:

¡barriquemos con cueros! Era nuestro capitán de milicias quien había hablado á la tempestad de balas. — Pero, ¿quién abriría la carga y llegaría á plantarse en mitad de la brecha por donde se deslizaba exterminador el torbellino de mortíferos cascos?....

El bravo capitán dió el ejemplo. Lanzóse rápido á una barraca cercana y volvió al antro infernal, con una pila de pieles secas sobre sus hombros. — La noche avanzaba lúgubre y oscura; un obús colocado en posición oblicua enviaba en sordo ronquido, sin cesar, á las alturas, en parabólicas trayectorias, sus bombas y metrallas, que el cañón sitiador retribuía sin tregua, á su vez, con andanadas de hierro. — La figura atlética del capitán de milicias dibujóse de improviso ante el boquerón, agobiadas las espaldas bajo el peso de la carga, volteóla con fuerza en medio de la brecha, y alentando entre enérgicos juramentos á sus soldados, corrió de nuevo al depósito y volvió á regresar con su dorso abrumado, semejante, en la obscuridad, á la carcama de una acémila que se rebela irritada á la aproximación de una tromba. — Por algunos momentos siguióse aquella faena homérica.... El sitio estaba sembrado de escombros y cadáveres. — Á pesar de la borrasca de plomo y fuego, las pilas de cueros coronaban ya la brecha en más de un metro de altura. Sentíase en el exterior sordo rebote de balas. El capitán, libre por quinta vez de su carga, retrocedía con el rostro al peligro, altivo y fiero, chorreando sudor heroico, jadeante, el pecho descubierto, paso á paso, casi ebrio con el humo de la pólvora.... De pronto, oyóse un choque seco: el titán se bamboleó con los brazos en alto, y tras aquella recia sacudida, desplomóse frente al parapeto, sin lanzar un gemido, el bravo capitán gallego. Una bala enorme le había atravesado el cuerpo.

Horas después, á manera de colosal salva de cañones en épicos funerales, las bocas todas de esa parte de la muralla

debían bramar á un tiempo, con horrísono estampido, dirigiendo sus fuegos convergentes sobre la columna inglesa de ataque, que entre profundas tinieblas erraba la brecha, y abrasarse con Browne el cuadragésimo regimiento bajo ese chorro espantoso de fuego; y caer Remy extinto al montar la pila, que el denodado capitán de milicias cubriera el primero con admirable esfuerzo. — (E. ACEVEDO DÍAZ. — *Ismael.*)

XXVII.

¡Que no sepa el General San Martín!

Hallándose el General don José de San Martín en el campamento de instrucción de Mendoza, entró un día á su escritorio el edecán de servicio, y le dijo:

— « Señor, ahí está un oficial que se ha presentado preguntándome si está visible don José de San Martín. — Como yo le manifestara que si buscaba al General en jefe lo encontraría en su despacho, me contestó: « Yo no busco al General en jefe, sino á don José de San Martín. »

El General San Martín dió orden de que se hiciera entrar al oficial, y una vez que éste penetró en su escritorio, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

Oficial. — Señor: ¿ es usted don José de San Martín?

El General. — Sí, señor, yo soy: ¿ qué se ofrece á usted?

O. — Es preciso, señor, que usted advierta que yo no vengo á buscar al General sino al ciudadano don José de San Martín.

El G. — Ya he dicho á usted que yo soy José de San Martín, la misma persona á quien usted busca.

O. — Pues bien, señor: usted me va á permitir que le revele en el secreto de la confianza, un caso extraordinario en que se halla comprometido mi honor, y quizá mi empleo y mi vida; en tal concepto, y bien poseído de la rectitud y magnanimidad

de su corazón, vengo ante usted como último refugio, á pedirle un consejo como un hijo á un padre, á un protector.

El G.— (Dominado de asombro y de curiosidad, le dijo:) Bien, señor, refiera usted su asunto.

O.— Señor: ha de saber usted que soy el habilitado del cuerpo tal (que tampoco señaló), y que ayer por la tarde recibí de la Comisaría de guerra la suma de tantos pesos que importa el socorro de oficiales y tropa de mi cuerpo. Iba por la calle tal, en que vive el oficial don fulano de tal, mi amigo, y se me ocurrió entrar á saludarlo porque está enfermo. Al entrar reparé que varios compañeros estaban jugando al monte, y después de algunas palabras con el enfermo que estaba en cama, acercándome á la mesa de juego ví que el tallador tenía por delante algunas onzas de oro y un montoncito de plata, como fondo de la banca. En ese momento se me vino á la imaginación, que del socorro que llevaba en una bolsa, á mí sólo me pertenecían tantos pesos, cuando estoy debiendo al sastre tanto y al zapatero cuanto, por las botas y el pantalón que traigo puestos; fuera de lo que debo al cigarrero y á la lavandera; y meditando que con mi socorro, aun cuando fuera doble de lo que es, no me alcanzaría para cumplir esos compromisos, aun quedándome sin medio, tuve en ese instante la diabólica tentación de arriesgar al juego mi parte, en el deseo de ganar para cubrir mis deudas. Pero, señor, fuí tan desgraciado, que en unas cuantas paradas perdí, no sólo mi socorro, sino tantos pesos más de lo perteneciente al cuerpo. Me causó tal impresión este hecho, que más me sobresaltaba cuanto más discurría sobre el tamaño de la falta que acababa de cometer. Puedo asegurar á usted, señor, que me horrorizaba la pena á que me había hecho acreedor por el desfalco, y más que todo, el sonrojo de llegar á verme ante un consejo de guerra y á presencia de mis compañeros de armas. Salí trastornado de aquella malhadada casa maldiciendo la hora en que entré, y sin atinar á donde diri-

girme, acerté por casualidad á pararme en el atrio de la iglesia de San Francisco. La obscuridad del sitio y la frescura de la noche lograron serenar un tanto mi imaginación, y analizando mi situación, la santidad del lugar parece que me trajo una inspiración sobre el partido que más me convenía en aquel conflicto. Sin embargo, me encaminé primero á casa de don fulano á suplicarle el favor de suplirme tal suma de dinero, prometiéndole reembolsársela de tal y tal modo, pero se me excusó cortésmente por falta de fondos. De allí pasé á lo de don zutano y después á lo de mengano, pero no fui más afortunado que con el primero. Salí profundamente afligido y desesperanzado de encontrar el remedio que buscaba; y, guiado de mi inspiración, he pasado la noche en funestas ansiedades, esperando que se abriera su casa, para echarme á los pies de usted y rogarle por lo que más ama, que se apiade de mi situación y salve mi honor. Yo le prometo, señor, que pasado este trance tan afligente para un joven pundonoroso como yo, pediré mi separación de la carrera militar y me ocuparé del servicio de su persona, como doméstico, como peón ó como usted quiera, á trueque de pagarle la suma que me supla y salve el honor de un joven inexperto, y lo que no es menos, la reputación de mi padre y mi familia, que no han tenido la más leve parte en mi culpa.

El General oyó esta dolorosa exposición, hizo en seguida algunas preguntas al oficial, y después, abriendo una gaveta de su escritorio, sacó en onzas de oro la suma pedida por éste, y al entregársela le dijo: « Vaya usted, y en el acto entregue ese dinero en la caja de su cuerpo, y que en su vida se vuelva á repetir el asunto de esta entrevista, porque si alguna vez el General San Martín llega á saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto lo manda fusilar. » — (G. ESPEJO.)

XXVIII.

Una estancia.

No ha mucho tiempo aún que, recorriendo
El rico suelo de la patria amada,
Rendido de fatiga busqué albergue,
Y ví á lo lejos pintoresca estancia;
Al pie de un cerro de verdura lleno,
Se alzaba una poética cabaña,
Y en su pajizo techo reflejaban
Del sol dorado los postreros rayos;
Corrían á su pie, de un arroyuelo
Las cristalinas y tranquilas aguas,
Y allí en dulce armonía iban bebiendo
El dichoso pastor y su majada;
La paloma torcaz desde los sauces
Que bordaban la orilla, tierno canto
Preludiaba á su amado, y en su arrullo
¡Cuántas notas de amor se adivinaban!
En confusa armonía, de los niños
La voz sonora, argentina y suave,
El relincho de un potro que buscaba
Su compañera errante y extraviada,
Agitando á los aires altanero
Las negras crines que ostentaba airado;
El sentido balar de las ovejas,
La tristísima endecha que el paisano
Cantaba al par del natural concierto,
Recordando las glorias de la patria:
Todo daba al paisaje una armonía,
Un colorido tal, tan tierno encanto,
Que quise ser partícipe de aquella
Dulce felicidad por un instante.
Llamé á la puerta, é invocando el nombre
Del que murió en la cruz para salvarnos,
Como es costumbre aún, santa costumbre,
En la sencilla gente de los campos,

Ví aparecer en ella noble anciano
Que afectuoso me dijo: «á Dios sean dadas»,
Y con francas maneras invitóme
Á descansar en su modesta estancia.
Entré y llamóme la atención al punto
Su sencilla cultura y su lenguaje,
Poco común entre las pobres gentes
Que viven olvidadas en los campos;
Por sus maneras comprendí que no era
Con un hombre vulgar con quien trataba,
Y prometíme conocer la historia
De su vida con todos sus detalles.
Después de frugal cena que mi huésped
Hizo con su bondad más agradable,
Para acortar las horas que en el campo
No sé por qué parecennos tan largas,
Al lado de un gran fuego donde ardía
El viejo tronco de robusto sauce,
Como antiguos amigos nos pusimos
Á departir con fraternal confianza.
Después de hablar de todo y ya agotados
Los temas generales en el campo,
No sé por qué incidente vino al caso
Hablar de nuestras guerras y la patria;
Ví á este nombre su frente oscurecerse,
Quedarse pensativo y meditando,
Y que dos gruesas lágrimas corrían
Por aquellas mejillas arrugadas.
La ocasión que propicia se mostraba
Aproveché yo entonces, preguntándole
Por qué el llanto corría en sus mejillas,
Y qué era lo que hacía derramarlo.
—¿Por qué? me dijo, porque veo triste
La cadena sin fin de sus desgracias,
Porque veo mi sueño se realiza
¡Oh mi terrible sueño de soldado!

(JOSÉ M. CASTELLANOS.)

XXIX.

Montevideo antiguo.

Si nuestros abuelos resucitaran se quedarían con la boca abierta, en presencia de las transformaciones que Montevideo ha sufrido en el transcurso de sesenta ó setenta años.

Rarísimas eran las calles que entonces estaban empedradas.

Las veredas eran tan angostas, que casi no podían caminar por ellas dos personas juntas.

El alumbrado era escasísimo y se hacía con velas de sebo, colocadas en faroles colgantes. Los transeuntes nocturnos llevaban siempre una linterna ó se hacían acompañar por un negro con un farolito, para no meterse en el lodo hasta el pescuezo ó para no romperse la crisma contra una reja ó contra un poste.

Jamás se barrían las calles, salvo en el radio de las tiendas, donde los dependientes de éstas efectuaban el barrido, una vez por semana.

Existían por todas partes inmensos pantanos, que á veces ocupaban cuadras enteras. Para pasar de una vereda á otra, los vecinos, generalmente los pulperos, improvisaban lo que se llamaba *un paso*, esto es, unos cuantos ladrillos ó pedazos de tabla colocados en hilera.

Todas las casas eran de un solo piso. No había sino rarísimas casas de alto. Los techos eran de teja acanalada y los pisos de las habitaciones y patios de ladrillo ó baldosa colorada. En las paredes sólo se empleaba el blanqueo, tanto en el exterior como en el interior; la pintura y el empapelado casi no se conocían, y menos el cielo-raso. La mayor parte de las casas ni siquiera se blanqueaban exteriormente: se dejaban sin blanqueo y muy á menudo sin revoque.

El exterior de las casas era muy afeado por unas inmensas

rejas voladas colocadas en las ventanas de la calle. Algunas sobresalían más de treinta centímetros, lo que, agregado á la estrechez de las veredas, ponía en constante peligro á los transeúntes, especialmente en las noches oscuras. Un periódico de aquellos tiempos decía, á propósito de esas rejas: « Un artesano honrado que tiene estropeado el brazo derecho por una de las innumerables rejas de ventana que usurpan el paso en nuestras veredas, y una señorita bonita que acaba de perder un ojo por la misma causa, van á presentarse al Honorable Cabildo para que, á más de obligar á sus dueños á pagar una multa por cada desgracia que originen, se imponga á cada una de estas ventanas una contribución anual mientras subsistan en el estado presente. »

A pesar de su fealdad é inconveniencia, las tales rejas prestaban algunos servicios á los buenos vecinos de aquella época, y entre otros, el de permitirles dormir, como era muy común entonces, con las ventanas abiertas en tiempo de verano; si bien es cierto que ni aun con rejas podían los amantes del aire fresco verse libres de la astucia de los cacos. Entonces no había ni serenos ni celadores apostados en las esquinas, y aunque los robos eran infinitamente menos frecuentes que en la actualidad, no dejaba de haber algunos. Uno de los medios de efectuarlos era el siguiente: armábanse los ladrones de una larga caña con un gancho ó anzuelo en un extremo, que introducían por la reja, y con la mayor destreza sustraían las ropas, sin ser sentidos por los dueños. No pocas veces, sin embargo, se despertaban los pacíficos habitantes á tiempo para ver salir balanceándose en la punta de una caña, su reloj con cadena ó un par de pantalones.

Las puertas de calle de las casas eran hechas á *macha martillo*, con un herraje formidable, capaz de resistir á los esfuerzos de una banda de ladrones. Todas ellas tenían un ventanillo, con una cruz de fierro, por donde los habitantes podían

ver con toda seguridad quién llamaba á su puerta, á cualquier hora del día ó de la noche.

Los caños de las aguas eran salientes y desaguaban sobre las veredas. Las aguas limpias y sucias salían por un albañal que desembocaba también en la vereda; de manera que, cuando llovía, los transeúntes recibían no sólo el agua que directamente les caía del cielo, sino la que á torrentes arrojaban los caños de las azoteas y los albañales de los patios.

Hasta el año 1810 era muy limitado el número de extranjeros que había en Montevideo.

Los ingleses, cuyo número era mayor que el de los demás extranjeros, dejando á un lado esa reserva que les es peculiar, y abandonando su costumbre de asociarse casi exclusivamente entre sí, estrechaban sus relaciones con las familias del país. Con las gentes de la clase baja no eran tan amistosas las relaciones; miraban ellas de reojo á los extranjeros, á quienes invariablemente clasificaban de ingleses, cualquiera que fuera su nacionalidad. Efectivamente, por muchos años, no sólo la plebe, sino aun la clase más elevada, llamaba *inglés* á todo extranjero, y para complemento, todo inglés debía llamarse *don Guillermo*.

Se recuerda á propósito de esto la siguiente singular apreciación de un hombre de campo. Existía aquí, por el año 28, un inglés á la sazón de 25 años, que había venido muy joven. Pronto aprendió el idioma y tomó nuestras costumbres, especialmente las del campo: andaba á caballo *á uso del país*, usaba riendas con pasadores y argollas de plata, espuelas del mismo metal, tomaba mate y usaba yesquero, tabaquera, etc., etc.

Un día conversando el paisano con un joven, le dice: «Niño, ¿conoce á don Guillermo?... ¡cómo no lo ha de conocer! ¡qué mozo tan *gueno*, mejorando lo presente! ¡qué caballero! Y después de haber puesto á su don Guillermo por las nubes,

terminó diciendo: «él es extranjero, es verdad, pero muy civilizado.»

La civilización para el buen paisano consistía en usar espuelas grandes y sentarse bien á caballo.

Las señoras inglesas particularmente, sufrían mucho cuando salían á la calle, debido á la grosería de los pilluelos, á quienes llamaba la atención la gorra ó sombrero que ellas usaban, llegando su atrevimiento hasta seguirlas á veces por cuadras enteras, gritando: «ahí va el lobo»; querían decir el globo, refiriéndose á la gorra. Las señoras, por supuesto, seguían su camino sin darse por aludidas.

El traje de las señoras del país fué por muchos años á la española, y á fe que era elegante y airoso. Usaban no sólo la graciosa *mantilla*, sino también gran variedad de pañuelos y chales con que se cubrían á veces la cabeza, bajándolos á la espalda en tiempo de calor. Jamás se cubrían la cara con velo ni cosa parecida.

Había un tapado que llamaban *rebozo*, muy generalizado entre las sirvientas y gente de color. Todas las negras lo usaban, y cuando hablaban con sus amos, con alguna persona de respeto, ó iban á *dar recado*, se descubrían, bajando el rebozo de la cabeza y dejándolo caer sobre los hombros. Este tapado era de bayeta con mucha frisa, casi siempre de color pasa.

Siempre se ha usado en nuestro país y probablemente en muchos otros, el calzado ajustado; pero el *taco alto*, que es una de las muchas locuras de la moda, no se conocía por fortuna.

La moda más estrafalaria de aquella época, era la de los *peinetones*. Eran éstos unas enormes peinetas que se ponían las señoras en la cabeza para adorno ó para colocar las mantillas. Había peinetones que tenían más de treinta centímetros de alto y más de ochenta de vuelo (1).

(1) Tomado de De - María, *Tradiciones*, — y de Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*.

XXX.

Visita á la casa paterna.

¡Cuántos años han pasado!
Pero nada se ha cambiado,
Más triste no más está.

Los años que transcurrieron
¡Ay! todo lo envejecieron;
Recuerdos no más hay ya.

Fuése el tiempo de ventura,
Su huella dejó amargura,
Su sombra dejó dolor.

¡Quién lo hubiera imaginado,
Cuando este lugar sagrado
Era un santuario de amor!

Es un panteón de memorias,
Recuerdo de otras historias
De santa felicidad;

De perdidas alegrías,
De otros venturosos días
De paz y tranquilidad.

¡Ah! todo en mi mente vive,
En mi presencia revive
El tiempo que ya pasó.

Hasta parece que el viento
Vuelve á tomar el aliento
Con que mi cuna meció.

El aire que leve pasa,
El silencio de la casa,
Todo me habla al corazón.

Y por eso es que palpita,
Y por eso es que se agita
Con extraña conmoción.

Todo está dél mismo modo,
Pero parece que á todo
Cubre un velo funeral.

A veces creo que suena
La voz de ternura llena,
De mi madre angelical.

Allí el jardín mustio y triste;
También á él lo reviste
Un ropaje de dolor.

Aun me parece que ufanas
Corren por él mis hermanas,
Llenas de vida y de amor.

El cuarto en que yo dormía,
El sitio donde solía
Con mis hermanos jugar.

Este otro que respetaba,
Lugar donde acostumbraba
Arrodillarme á rezar.

El patio en que retozábamos,
De la luna que admirábamos
Al apacible fulgor.

Los pilares denegridos
Llenos de nombres queridos
Que són memorias de amor.

Padres, hermanos queridos,
En estos sitios perdidos,
Hoy os quisiera encontrar.

Los que no estáis en el cielo
Venid, en mi desconsuelo
Acompañadme á llorar.

¡Todo calla y muere en torno;
No hay otro eco en el contorno
Más que el eco que hay en mí!

¡Ay, las plantas y las flores
Són los solos moradores
Que viven fieles aquí!

(RODRÍGUEZ VELASCO.)

XXXI.

Rencores femeninos.

La noticia de la muerte de Velarde llegó á Madrid al punto, y la condesa de Mazacán fué la primera que se presentó en casa de la Albornoz, con la intención dañadísima de darle la triste nueva. Inmutóse Currita atrozmente, y por un momento pareció que el mundo entero se le venía encima.

— En Madrid ha hecho esto una impresión horrible, dijo la Mazacán apretando el torniquete; todo el mundo habla de su pobre madre: era él su único amparo....

Currita comprendió el terrible reproche que esta intencionada observación encerraba, y sin tiempo para reflexionar, y convirtiendo en ira contra los demás el propio remordimiento, achaque común de todos los mezquinos, olvidóse de su suavidad y su mansedumbre, y se revolvió furiosa, como una gata arisca á que pisan el rabo; en la impetuosidad de su ira, cometió la imprudencia de disculparse.

— ¿Y qué tengo yo que ver con eso? gritó. ¿Acaso le he dicho yo que se bata? ¿Quién le mandó meterse en camisa de once varas?.... También el papel de don Quijote tiene sus quiebras, hija mía....

— Y las tuyas el de Dulcinea del Toboso, querida, replicó la Mazacán comenzando á sulfurarse.

— ¡Ya lo creo que las tiene!.... Sobre todo cuando se atravesaba lo que yo me sé....

— ¿Y qué es ello?....

— La envidia, hija, la envidia.

— ¿La envidia?.... ¿De quién?

— Tuya, por ejemplo.

La Mazacán saltó á su vez hecha una hiena, porque el tiro fué á dar en el blanco.

—¿Mía?—gritó.... ¿Yo.... envidia.... de.... tí? ¿De la Villamelón?....

¿De la Vi....lla....me....lo....na?....

Y se reía con una carcajada en que iban envueltos todos los rencoreillos femeniles de tiempos atrás almacenados, mientras acentuaba las sílabas de aquel Vi....lla....me....lo....na, que era, por una, extraña manía, el mayor insulto que podía hacérsele á Currita.

Entonces comenzó entre la espiritual Ofelia y la Diana cazadora, una contienda digna de tener á Pedro López por cronista. Peleáronse como dos raboneras, lanzándose á la cara verdades y calumnias, puñados de fango amasado con agua de Colonia, con el desparpajo y el encono de dos Marfisas ó Bradamantes de cabo de barrio, dispuestas á agarrarse por el moño y rodar por la mullida alfombra, lo mismo que ruedan las otras por en medio del arroyo. La Mazacán había roto los guantes apretando los puños, y daba gritos con su hermosa voz de soprano. La otra tiesa en su asiento, erguida la cabecita como la de una víbora que se defiende, escupía sus desvergüenzas sin moverse, sin mirar á ninguna parte, como una figurilla de ira petrificada.—(COLOMA.—*Pequeñeces.*)

XXXII.

El pan de oro.

Había una vez una viuda que tenía una hija muy hermosa.

La madre era humilde y modesta; pero la hija, Marienka, era el orgullo personificado. De todas partes le salían pretendientes; mas ninguno le convenía. Cuanto más se esforzaban por agradarle, más desdeñosa se mostraba.

Marienka dormía en el mismo lecho de su madre.

Una noche ésta hallándose desvelada, tomó el rosario y se puso á rezar por la salvación de su hija.

La madre contemplaba con amor la belleza de Marienka. De repente la joven empezó á reirse en sueños.

— ¡Qué hermoso sueño debe de tener! — pensó la madre, — cuando se ríe de esa manera.

Terminó en seguida su plegaria, guardó el rosario y colocando la cabeza al lado de la de su hija, se durmió.

Por la mañana al despertarse: — Querida hija, dijo, ¿qué cosa tan linda soñabas anoche, que estabas riéndote?

— ¿Qué cosa soñaba, mamá? Soñaba que había venido á buscarme un caballero en una carroza de cobre y que me había puesto en el dedo un anillo cuyas piedras brillaban como estrellas. Al entrar á la iglesia, el pueblo no tenía ojos sino para la Virgen y para mí.

— Hija mía, hija mía, ¡qué sueño tan orgulloso! — dijo la pobre madre, sacudiendo la cabeza.

Pero Marienka salió del cuarto cantando, sin hacer caso de las palabras de su madre.

Ese mismo día llegó á la casa un carrito conduciendo á un joven labrador, de buena presencia y aire satisfecho, que venía á pedir á Marienka que compartiese con él el pan del paisano. El pretendiente agradó á la madre; mas la orgullosa Marienka lo rechazó, diciendo:

— « Aunque hubieras venido en una carroza de cobre y me hubieras colocado en el dedo un anillo lleno de brillantes, yo no te tomaría por marido. »

Y el labrador se retiró maldiciendo á la joven orgullosa.

Á la noche siguiente, la madre se desveló, descolgó su rosario, y rogó ardientemente por la salvación de su hija. Y he ahí que Marienka volvió á reirse ruidosamente en sueños.

— ¿En qué sueña ella otra vez? se preguntó la madre, que rezaba sin cesar y no podía tomar el sueño.

Por la mañana al despertarse:

— Hija querida, le preguntó, ¿en qué soñabas anoche que te reías tanto?

— ¿En qué soñaba, mamá? Soñaba que venía á buscarme un caballero en una carroza de plata, y que me ofrecía una diadema de oro. — Cuando entraba á la iglesia, el pueblo se fijaba más en mí que en la Virgen.

— Cállate, hija. ¡Tú blasfemas! Reza, reza para no sucumbir á la tentación.

Pero Marienka se salió de la habitación para no oír el sermón de su madre.

El mismo día llegó á la casa una hermosa carroza. Un joven noble descendió de ella á pedir á Marienka que compartiese con él el pan de los caballeros. Para la madre era un gran honor, pero la vanidad es ciega.

— «Aunque hubierais venido en una carroza de plata, dijo Marienka al nuevo pretendiente; aunque me hubierais ofrecido una diadema de oro, yo no os querría por marido.»

— Cuidado, hija mía, decía la pobre madre, el orgullo es inspiración del infierno.

— Las madres no saben lo que dicen, pensó Marienka, y se salió, moviendo los hombros.

Á la tercera noche la madre no pudo dormir de inquietud; pasaba y repasaba las cuentas de su rosario, rogando por la salvación de su hija. Y he ahí que Marienka, en medio del sueño, soltó una carcajada de alegría.

— ¡Dios mío! dijo la madre, ¿qué nuevo sueño será éste? y lo pasó rezando toda la noche.

Por la mañana le preguntó á su hija:

— Hija mía, ¿qué soñaste anoche?

— Usted va á enojarse.

— Responde así mismo, replicó la madre; responde.

— Soñé que un noble señor había venido, acompañado por numerosa comitiva, á pedir mi mano. Su carroza era de oro, y me traía un vestido con encajes de oro también. Y cuando yo entraba á la iglesia, el pueblo no se fijaba sino en mí.

La madre cruzó las manos ; la hija, medio vestida, saltó del lecho y se alejó del cuarto para librarse de sermones que la fastidiaban.

El mismo día llegaron tres carrozas á la casa: una de cobre, otra de plata y otra de oro ; la primera con dos caballos, la segunda con cuatro y la tercera con ocho, todos cubiertos con arreos de oro y perlas. De la carroza de cobre y de la carroza de plata descendieron hermosos pajes, con calzones rojos y chaquetillas verdes ; de la carroza de oro descendió un hermoso caballero vestido de oro.

Penetró éste en la casa y doblando una rodilla en tierra, pidió á la madre la mano de su hija. — ¡Qué honor! pensó la pobre madre.

— He ahí mi sueño, dijo Marienka. — Ahí tiene usted, madre mía, cómo yo he tenido siempre razón, y cómo usted ha estado siempre equivocada.

É inmediatamente corrió á su aposento, arregló su ramillete de novia, y sonriente lo presentó al bello señor, como prenda de su compromiso. Y por su parte, el bello señor colocó en el dedo de Marienka un anillo cuyas piedras brillaban como las estrellas, ofreciéndole al mismo tiempo una diadema de oro y un vestido con encajes del mismo metal.

La orgullosa joven fué á vestirse para la ceremonia, mientras la madre, llena de inquietud, preguntaba al prometido :

— Mi buen señor, ¿qué pan ofrece usted á mi hija?

— En mi casa, respondió, el pan es de cobre, de plata ó de oro: ella podrá escoger.

— ¿Qué significa esto? — pensó la madre.

Marienka no se preocupó de nada; volvió de su aposento bella como el sol, aceptó la mano de su prometido, y partió para la iglesia, sin pedir siquiera la bendición á su madre. Dejaron á la pobre mujer rezando en el dintel de la iglesia, y cuando Marienka subió á la carroza, partió sin dirigir ni una mirada á su madre, sin pensar siquiera en decirle ¡adiós!

Los ocho caballos partieron al galope hasta llegar á una enorme roca, en la cual había un agujero grande como el portón de una ciudad. Los caballos penetraron en la obscuridad, la tierra tembló, y la roca se estremeció, hundiéndose en seguida. La novia tomó las manos de su esposo.

—No temas nada, mi hermosa; pronto aparecerá la claridad.

De repente mil antorchas se iluminaron: eran los enanos de la montaña, que con una tea en la mano, venían á saludar á la reina de las cavernas. Entonces supo Marienka quién era su marido. Pero bueno ó malo el genio, era tan rico, que ella aceptaba gustosa su nueva suerte.

Al salir de la obscuridad, avanzaron al través de bosques blanquecinos y de montañas inmensas que elevaban hasta el cielo sus picos pálidos y tristes. Los pinos, las hayas, los álamos, las encinas, las rocas, todo era de plomo. En el fondo de los bosques se destacaba una pradera, cuyas yerbas eran de plata; y en el fondo de la pradera había un castillo incrustado de oro, de diamantes y de rubíes. Allí se detuvo la carroza; el rey de las cavernas presentó su mano á la novia y le dijo:

—¡Hermosa mía! Todo esto te pertenece.

Marienka quedó encantada; pero no se hace un viaje tan largo sin sentir hambre. Por eso vió con verdadero placer á los enanos de la montaña preparar una mesa en que brillaban el oro, el cristal y las piedras. — Se sirvieron manjares admirables, platos exquisitos de esmeraldas, asados de oro en fuentes de plata. Todos comieron con placer, menos la novia, que pidió á su esposo un poco de pan.

—Traedle pan de cobre, dijo el rey de las cavernas.

Marienka no pudo comer.

—Traedle pan de plata, volvió á decir.

Marienka no pudo comer.

—Traedle pan de oro, dijo por último.

Marienka no pudo comer.

— Hermosa mía, exclamó el rey de las cavernas, lo siento mucho; pero, ¿qué puedo ofrecerte? — Nosotros no tenemos pan de otras clases.

La novia anegóse en llanto, y el marido rióse á carcajadas; su corazón era de metal lo mismo que sus dominios.

— Lloras si se te antoja, exclamó; eso no te servirá de nada. Ya tienes lo que deseabas: come el pan que has elegido.

Esa es la vida que la rica Marienka hace en su castillo,— muerta de hambre, y buscando en vano una raíz con que aplacar el mal que la devora. Dios le ha hecho el gusto para castigarla.

Tres veces al año, en la época de las rogativas, cuando la tierra se abre para recibir las lluvias fecundantes que el Señor le envía, Marienka vuelve al mundo. Vestida de harapos, pálida, exhausta, anda de puerta en puerta pidiendo limosna, y se considera muy feliz cuando se le arroja algún desecho y recibe lo que no se le da en su palacio de oro, esto es, un pedazo de pan ó un poco de piedad. — (LABOULAYE.)

XXXIII.

Un pequeño héroe.

Aquella tarde la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre, que tenía una pequeña tienda de mercería, había ido á Forlì, á compras; su madre le acompañaba, con Luisita, una niña, á quien llevaba para que el médico la viera, y le operase un ojo malo. Poco faltaba ya para la media noche. La mujer que venía á prestar servicio durante el día se había ido al oscurecer. En la casa no quedaba más que la abuela, con las piernas paralizadas, y Federico, muchacho de trece años. Era

una casita de un solo piso, colocada en la carretera y como á un tiro de bala de un pueblo, inmediato á Forlì, ciudad de la Romagna, y no tenía á su lado más que otra casa deshabitada, arruinada hacía dos meses por el incendio, sobre la cual se veía la muestra de una hospedería. Detrás de la casita había un huertecillo rodeado de seto vivo, al cual daba una puertecita rústica; la puerta de la tienda, que era también puerta de la casa, se abría sobre la carretera. Alrededor se extendía la campiña solitaria, vastos campos cultivados y plantados de moreras.

Llovía y hacía viento. Federico y la abuela, todavía levantados, estaban en el cuarto donde comían, entre el cual y el huerto había una habitación llena de muebles viejos. Federico había vuelto á casa á las once, después de pasar fuera muchas horas; la abuela le había esperado con los ojos abiertos, llena de ansiedad; clavada en un ancho sillón de brazos, en el cual solía pasar todo el día, y frecuentemente la noche, porque la fatiga no la dejaba respirar estando acostada.

El viento azotaba la lluvia junto á los cristales; la noche era oscurísima. Federico había vuelto cansado, lleno de fango, con la chaqueta hecha girones y con un cardenal en la frente, de una pedrada: venía de estar apedreándose con sus compañeros; llegaron á las manos como de costumbre, y por añadidura, jugó y perdió sus cuartos, extraviándosele además la gorra en un foso.

Aun cuando la cocina no estaba iluminada más que por pequeño velón de aceite, colocado en la esquina de una mesa que estaba al lado del sillón, sin embargo la pobre abuela había visto en seguida en qué estado miserable se encontraba su nieto, y en parte adivinó, en parte le hizo confesar á Federico sus diabluras.

Ella quería con toda su alma al muchacho. Cuando lo supo todo, se echó á llorar.

— ¡ Ah! no, — dijo al cabo de largo silencio; — tú no tienes corazón para tu pobre abuela. No tienes corazón, cuando

de tal modo te aprovechas de la ausencia de tu padre y de tu madre para darme estos disgustos. ¡Todo el día me has dejado sola! No has tenido ni siquiera compasión. ¡Mira, Federico! Tú vas por pésimo camino, el cual te conducirá á un fin triste. He visto otros que comenzaron como tú y concluyeron muy mal. Se empieza por marcharse de casa, para armar camorra con los demás chicos y jugar los cuartos; luego, poco á poco, de las pedradas se pasa á los navajazos; del juego á otros vicios, y de los vicios . . . al hurto.

Federico estaba oyendo, derecho, á tres pasos de distancia, apoyado en un arca, con la barba caída sobre el pecho, con el entrecejo arrugado, y todavía caldeado por la ira de la riña. Un mechón de pelo castaño caía sobre su frente, y sus ojos azules estaban inmóviles.

Del juego al robo, — repitió la abuela, que seguía llorando. — Piensa en ello, Federico. — Piensa en aquella ignominia de aquí, del pueblo, en aquel Víctor Monzón, que está ahora en la ciudad siendo un vagabundo; que á los veinticuatro años ha estado dos veces en la cárcel y ha hecho morir de sentimiento á aquella pobre mujer, su madre, á la cual yo conocía, y ha obligado á huir á su padre, desesperado, á Suiza. Piensa en ese triste sujeto, al cual tu padre se avergüenza de devolver el saludo, que anda en enredos con malvados peores que él, hasta el día en que vaya á parar á un presidio. Pues bien: yo le he conocido siendo muchacho, y comenzó como tú. Pienso que llegarás á reducir á tu padre y á tu madre al extremo á que él ha reducido á los suyos.

Federico callaba. En realidad sentía contristado el corazón, pues sus travesuras se derivaban más bien de superabundancia de vida y de audacia, que de mala índole; su padre le tenía mal acostumbrado, precisamente por esto, porque considerándole capaz en el fondo de los más hermosos sentimientos, y esperando ponerle á prueba de acciones varoniles y generosas, le dejaba rienda suelta, en la confianza de que por sí mismo se haría jui-

cioso. Era, en fin, más bien bueno que malo, pero obstinado; y, aun cuando estuviese con el corazón oprimido por el arrepentimiento, costábale dejar escapar de su boca aquellas palabras que nos obligan al perdón: — «¡Sí, he hecho mal, no lo haré más, te lo prometo; perdóname!» — Tenía el alma llena de ternura; pero el orgullo no le consentía que rebosase.

— ¡Ah, Federico! — continuó la abuela viéndole tan mudo. — ¿No tienes ni una palabra de arrepentimiento? ¿No ves á qué estado me encuentro reducida, que me podrían enterrar? No debieras tener corazón para hacerme sufrir, para hacer llorar á la madre de tu madre, tan vieja, con los días contados; á tu pobre abuela, que siempre te ha querido tanto; que noches y noches enteras te mecía en la cuna cuando eras niño de pocos meses, y que no comía por entretenerte: ¡tú no sabes! Lo decía siempre: — ¡Éste será mi último consuelo! — ¡Y ahora me haces morir! Daría de buena voluntad la poca vida que me resta por ver que te habías vuelto bueno, obediente, como en aquellos días . . . cuando te llevaba al santuario, ¿te acuerdas, Federico, que me llenabas los bolsillos de piedrecillas y hierbas, y yo te volvía á casa en brazos, dormido? Entonces querías mucho á tu pobre abuela; ahora, que estoy paralítica y que necesito de tu cariño, como el aire para respirar, porque no tengo otro en el mundo, una pobre mujer, medio muerta . . . ¡Dios mío! . . . — (DE AMICIS. — *Cuore.*)

XXXIV.

Un pequeño héroe.

(CONTINUACIÓN.)

Federico iba á lanzarse hacia su abuela, vencido por la emoción, cuando le pareció oír ligero rumor, cierto rechinar en el cuartito inmediato, aquel que daba sobre el huerto. Pero no comprendió si eran las maderas sacudidas por el viento, ú otra cosa.

Puso el oído alerta.

La lluvia azotaba los cristales.

El ruido se repitió. La abuela le oyó también.

—¿Qué es? —preguntó turbada, después de un momento.

—La lluvia, —murmuró el muchacho.

—Por consiguiente, Federico, —dijo la vieja, enjugándose los ojos: —¿me prometes que serás bueno, que no harás llorar nunca á tu abuela? . . .

La interrumpió nuevamente un ligero ruido.

—¡No me parece la lluvia! —exclamó, palideciendo. —¡Vete á ver!

Pero, —añadió en seguida, —no, quédate aquí; —y agarró á Federico por la mano.

Ambos á dos permanecieron con la respiración en suspenso. No oían sino el ruido de la lluvia.

Luego, ambos se estremecieron.

Tanto á uno como á otra les había parecido sentir pasos en el cuartito.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el muchacho, haciendo un esfuerzo.

Nadie respondió.

—¿Quién anda ahí? —volvió á preguntar Federico, helado de miedo.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, ambos lanzaron un grito de terror.

Dos hombres entraron en la habitación: el uno agarró al muchacho y le tapó la boca con la mano; el otro cogió á la abuela por la garganta; el primero dijo: —¡Silencio, si no quieres morir! —El segundo: —¡Calla! —y la amenazó con un cuchillo. Uno y otro llevaban un pañuelo oscuro por la cara, con dos agujeros delante de los ojos.

Durante un momento no se oyó más que la entrecortada respiración de los cuatro y el rumor de la lluvia; la anciana apenas podía respirar de fatiga: tenía los ojos fuera de las órbitas.

El que tenía sujeto al chico, le dijo al oído: —¿Dónde tiene tu padre el dinero?

El muchacho respondió con un hilo de voz, y dando diente con diente: —Allá. . . . en el armario.

— Ven conmigo, — dijo el hombre.

Le arrastró hasta el cuartito, teniéndole cogido por el cuello. Allí había una linterna en el suelo.

—¿Dónde está el armario? — preguntó.

Entonces, para estar seguro del muchacho, el hombre lo arrojó delante del armario, y apretándole el cuello entre sus piernas para poderlo estrangular si gritaba, y teniendo la navaja entre los dientes y la linterna en una mano, sacó del bolsillo con la otra un hierro aguzado que metió en la cerradura, forcejeó, rompió, abrió de par en par las puertas, revolvió furiosamente todo, se llenó las faltriqueras, cerró, volvió á abrir y rebuscó; luego cogió al muchacho por la nuca, llevándole donde el otro tenía todavía amarrada á la vieja, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta.

Éste preguntó en voz baja: —¿Encontraste?

El compañero respondió: — Encontré.

Y añadió: — Mira á la puerta.

El que tenía sujeta á la vieja corrió á la puerta del huerto á ver si se sentía á alguien, y dijo desde el cuartito, con voz que pareció un silbido: — Ven.

El que había quedado, y que todavía tenía agarrado á Federico, enseñó el puñal al muchacho y á la vieja, que volvía á abrir ya los ojos, y dijo: — Ni una voz, ó vuelvo atrás y os degüello.

Y les miró fijamente á los dos.

En el mismo momento se oyó á lo lejos, por la carretera, un cántico de muchas voces.

El ladrón volvió rápidamente la cabeza hacia la puerta, y por la violencia del movimiento se le cayó el antifaz.

La vieja lanzó un grito: — ¡Monzón!

— ¡Maldita! — rugió el ladrón, reconocido. — Tienes que morir. Y se volvió con el cuchillo levantado contra la vieja, que quedó desvanecida en el mismo instante.

El asesino descargó el golpe.

Pero con un movimiento rapidísimo, dando un grito desesperado, Federico se había lanzado sobre su abuela y la había cubierto con su cuerpo.

El asesino huyó, empujando la mesa y echando la luz por el suelo, que se apagó.

El muchacho resbaló lentamente de encima de la abuela, cayó de rodillas ante ella, y así permaneció con los brazos rodeándole la cintura y la cabeza apoyada en su seno.

Pasó algún tiempo; todo permanecía completamente oscuro; el cántico de los labradores se iba alejando por el campo.

La vieja volvió de su desmayo.

— ¡Federico! — llamó con voz apenas perceptible, temblorosa.

— ¡Abuelita! — respondió el niño.

La anciana hizo un esfuerzo para hablar; pero el terror le paralizaba la lengua.

Estuvo un momento silenciosa, temblando fuertemente.

Luego logró preguntar:

— ¿Ya no están?

— No.

— ¡No me han matado! — murmuró la anciana con la voz sofocada.

— No.... estás salvada, — dijo Federico con débil voz. — Estás salva, querida abuela. Se han llevado el dinero. Pero padre había recogido casi todo.

La abuela respiró con fuerza.

— Abuelita, — dijo Federico de rodillas y apretándole la cintura; — querida abuelita.... me quieres mucho, ¿verdad?

— ¡Oh, Federico! ¡Pobre hijo mío! — respondió aquella, po-

niéndole las manos sobre la cabeza. — ¡Qué espanto debes haber tenido! ¡Oh, santo Dios misericordioso! Enciende luz.... No, quedémonos á oscuras: todavía tengo miedo.

— Abuela, — replicó el muchacho, — yo siempre os he dado disgustos á todos.

— No, Federico, no digas eso; ya no pienses más en ello; todo lo he olvidado: ¡te quiero tanto!

— Siempre os he dado disgustos, — continuó Federico, trabajosamente y con la voz trémula; — pero.... os he querido siempre. ¿Me perdonas?.... Perdoname, abuela.

— Sí, hijo, te perdono; te perdono de corazón. Piensa, si no te debo perdonar. Levántate, niño mío. Ya no te reñiré nunca. ¡Eres bueno, eres muy bueno! Encendamos la luz. Tenemos un poco de valor. Levántate, Federico.

— Gracias, abuela, — dijo el muchacho, con la voz cada vez más débil. — Ahora.... estoy contento. Te acordarás de mí, abuela.... ¿no es verdad? Os acordaréis todos siempre de mí.... de vuestro Federico.

— ¡Federico mío! — exclamó la abuela, maravillada é inquieta, poniéndole la mano en las espaldas é inclinando la cabeza, como para mirarle la cara.

— Acordaos de mí, — murmuró todavía el niño, con la voz que parecía un soplo. — Da un beso á mi madre.... á mi padre.... á Luisita.... Adiós, abuela....

— En el nombre del cielo, ¿qué tienes? — gritó la vieja, palpando afanosamente al niño en la cabeza, que había caído abandonada á sí misma en sus rodillas; y luego con cuanta voz tenía en su garganta, gritaba desesperadamente: — ¡Federico! ¡Federico! ¡Federico! ¡Niño mío! ¡Amor mío! ¡Cielo santo, ayúdame!

Pero Federico ya no respondió. El pequeño héroe, el salvador de la madre de su madre, herido de una cuchillada en el costado, había entregado su hermosa y valiente alma á Dios. — (DE AMICIS. — *Cuore.*)

XXXV.

La reprimenda.

D. LUIS

Ya era

Tiempo de volver á casa;
Te aguardamos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vimos... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.

D. CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia
Y calentura, y...

D. LUIS

Pues mira

Que cuando otra vez suceda
No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas
Y que te lleven los trastos
Al mesón... ¡Pero que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fué la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
Silbar, rascarse las piernas
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas;
Interrumpir cuando hablaban
Los demás, no dar respuesta
Con tino ni reflexión....
¿Qué gracias eran aquellas
Tan pesadas que dijiste?
¿Quién te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la manteca
En la cocina, escaldar
Al gato, y...

D. CLAUDIO. De esa manera,
 Cuando vaya á alguna parte
 Me habré de estar hecho un bestia.
 Si no permiten un poco
 De libertad...

D. LUIS Pero es fuerza
 Que esa libertad moderen
 El respeto y la prudencia.

D. CLAUDIO. Yo no sé cómo entenderlo.
 Si uno calla, luego empiezan
 A decir que es un hurón;
 Si no calla...

D. LUIS Si no encuentras
 Medio, no es mucho que en ambos
 Extremos necio parezcas.
 Si ves que al ir á decir
 Una gracia se te suelta
 Un disparate, y el ceño
 De los demás te demuestra
 Que fuiste poco gracioso,
 ¿Por qué repites la escena?
 ¿Por qué quieres que á tí sólo
 Te escuchen? ¿Por qué no piensas
 Antes lo que has de decir?
 ¡Que haya cátedras y escuelas
 De saber hablar, y el arte
 De callar nadie le enseña!

(Hace que se va, y vuelve)

D. CLAUDIO. *(aparte.)* Si me apura más, tan fijo
 Que le digo cuatro frescas.

D. LUIS Mira que voy á escribir
 A mi cuarto. Si te quedas
 En casa, por Dios te pido
 Que no vayas á esa pieza
 Jalbegada del rincón
 A repetir la tarea
 De tu canticio infernal;
 Que después de ser tan bella
 La voz que tienes, no sabes
 Dejarlo, á todos molestas,

Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

(MORATÍN. — *La mojugata.*)

XXXVI.

Los fueguinos.

Los fueguinos revelan en su fisonomía la barbarie y el atraso en que viven. Su cabeza es grande, su cara redonda: tienen la nariz corta, estrecha entre los ojos y ancha en su extremidad, con ventanillas abiertas. Los ojos son pequeños, hundidos, horizontales y de color negro, pero casi siempre irritados por el humo de sus fogatas. La boca es grande, con labios gruesos, y dientes blancos, parejos y sin que les sobresalgan los colmillos. Las orejas son pequeñas y los pómulos poco salientes. El aire general de su fisonomía tiene más de rechazante que de feroz; en ella no se percibe ni inteligencia ni energía. Los fueguinos, dice el capitán Fitz Roy, «son de baja estatura, de mal aspecto y mal proporcionados. Su color es el de la caoba vieja, ó más bien el del cobre oscuro y del bronce. El tronco de su cuerpo es ancho en proporción de sus miembros torcidos y delgados. Su cabellera negra, ruda, inculta y extremadamente sucia, oculta á medias, y sin embargo embellece algo la más fea fisonomía que pueden ofrecer las facciones de un salvaje. Pasando su vida en pequeñas chozas, ó encogidos en sus canoas, sufren en la contextura y en la forma de sus piernas, y están obligados á andar de una manera embarazada, con las rodillas muy inclinadas. A pesar de ésto, son ágiles y fuertes. Frecuentemente no usan, ni para cubrir su desnudez, ni para conservar el calor, otra cosa que un pedazo de cuero de guanaco ó de piel de lobo marino ó de penguino, sujeto al costado ó á la espalda por una cuerda amarrada á la

cintura. Este cuero les sirve de bolsillo en que pueden llevar las piedras para sus hondas, ó los cueros que recogen ó que hurtan. Un hombre, á cualquiera parte que vaya, lleva siempre su honda á la espalda ó á la cintura.

« Las mujeres usan más vestido, esto es, casi un cuero entero de guanaco ó de lobo marino, con que se envuelven el cuerpo. Como está amarrado á la cintura, les sirve para cargar sus hijos. Ni hombres ni mujeres usan cosa alguna que reemplace á los zapatos. No usan ningún adorno en las narices, en las orejas, en los labios ni en los dedos; pero les gustan mucho los collares y los brazaletes. Cuando no tienen otra cosa mejor, los hacen con conchitas de moluscos, ó con huesos de aves, ensartados en fila; pero estiman mucho más para este objeto las cuentas, los botones, los pedazos de vidrio ó de loza. La cabellera de las mujeres es más larga que la de los hombres, menos inculta y seguramente más aseada que la de éstos. La peinan con una mandíbula de lobo marino, pero no la trenzan ni la atan, sino que la dejan crecer en completa libertad, menos encima de los ojos, donde se la cortan. Son pequeñas y tienen el cuerpo ancho para su estatura. Su rostro, sobre todo cuando son viejas, es casi tan desagradable como el de los hombres es rechazante. Cuatro pies y algunas pulgadas, he ahí la talla de estas fueguinas, que por cortesía llamamos mujeres. Jamás se mantienen derechas al andar; una actitud encorvada y una marcha torpe, forman su aire natural. Pueden ser las dignas compañeras de seres tan groseros; pero para gentes civilizadas, su aspecto es rechazante.— Los individuos de ambos sexos se untan el cuerpo con grasa, y se pintan la cara y el cuerpo de rojo, de negro ó de blanco. Se atan la cabeza con una cuerda hecha de nervios de animales; pero cuando van á la guerra, esa cuerda es adornada con plumas blancas. El humo de sus fogatas, viviendo encerrados en pequeñas cabañas, les hace tanto mal á los ojos, que éstos están siempre húmedos y

rojos. La costumbre de engrasarse el cuerpo para frotarse en seguida con una especie de tiza, con tierra ó con carbón, y sus infames alimentos, algunas veces podridos, producen los efectos que es fácil imaginarse. »

Las cabañas de los fueguinos se asemejan por su forma y por su tamaño á un montón de heno. Consisten simplemente en algunos palos clavados en el suelo y reunidos en su parte superior formando un cono. Los intersticios que quedan entre esos palos se cubren con algunos cueros, y más comunmente con un poco de yerba y con algunas ramas de árboles.

Esas cabañas, donde el hombre no puede ponerse de pie y donde muchas veces no caben más que una ó dos personas, representan apenas el trabajo de una hora. Los fueguinos, por otra parte, no las ocupan muchos días. Esencialmente nómades y movedizos, se trasladan sin cesar de un punto á otro buscando su alimento.

Donde los sorprende la noche, cinco ó seis de esos salvajes, desnudos, apenas protegidos contra el viento, la lluvia y la nieve en aquel clima inhospitalario, se tienden sobre el suelo húmedo, estrechados los unos á los otros, como montones de animales. En la bajamar, así en invierno como en verano, de día y de noche están forzados á levantarse para ir á buscar los moluscos en las rocas que las olas han dejado descubiertas. Las mujeres se arrojan al agua, aun á profundidades considerables, para procurarse los erizos, ó quedan largo tiempo sentadas en sus canoas, para pescar algunos pececillos, sin inquietarse por la lluvia y la nieve que cae sobre sus espaldas. Cuando han muerto á un lobo marino, ó cuando descubren alguna ballena varada en la playa, por más que se encuentre en estado de putrefacción, se dan el placer de un inmenso festín. Se hartan con este asqueroso alimento, y para completar la fiesta, — añade Darwin, — comen algunas semillas ó algunos hongos del país, que no tienen el menor gusto. Algunos via-

jeros los han visto cargar grandes pedazos de carne de ballena medio podrida. Para llevar más fácilmente esta carga, habían hecho un agujero en el centro de cada trozo, y pasando por él su cabeza, quedaba colocado sobre sus hombros como el poncho que usan los hombres de nuestros campos.

Los fueguinos, así hombres como mujeres, son excelentes nadadores. Pero, además, saben construir canoas de madera que dirigen con notable habilidad. En nada demuestran mayor inteligencia que en la fabricación y en el manejo de esas pequeñas embarcaciones, en que recorren los canales en busca de lobos marinos ó de peces. En esta parte, como en todas las otras manifestaciones del poder intelectual, tienen una gran superioridad los indígenas que viven en los archipiélagos que se extienden al noroeste del estrecho de Magallanes.

Las canoas de éstos son construídas con cinco grandes tablas, dos de cada lado y una en el fondo, adheridas por amarras hechas á manera de costura, con tallos de enredaderas ó con nervios de animales. Los intersticios y agujeros son tapados con cortezas de árboles reducidas por la trituración al estado de estopa. Se comprenderá mejor el esfuerzo que supone este trabajo, recordando que todo él es ejecutado con instrumentos de concha y de piedra. En el fondo de esas embarcaciones tienen siempre un fogón de tierra, y en él arden sin cesar algunos trozos de madera, á pesar de que, por medio de la piritá de hierro, saben aquellos isleños procurarse el fuego con una maravillosa destreza. Las mujeres tienen el encargo de remar en estas navegaciones, y allí, como en la cabaña, son ellas quienes mantienen el fuego. —Pero en la preparación de sus comidas, el fuego les sirve de poca cosa.

No conocen ninguna clase de ollas para cocer sus alimentos, y sólo cuando no están muy urgidos por el hambre, asan ligeramente los mariscos, los peces y los otros animales que comen.

De ordinario los devoran completamente crudos, y con una

ansia que deja adivinar largas horas y quizás días de un ayuno impuesto por necesidad. El capitán Wallis, que los vió comer carne podrida y grasa cruda de ballena con un apetito feroz, cuenta que uno de esos salvajes á quienes sus marineros dieron un pez poco más grande que un arenque, que acababan de sacar del agua, lo tomó con la mayor avidez, como un perro lo haría con un hueso, lo mató de un mordisco, y en seguida se lo comió comenzando por la cabeza y acabando por la cola, sin perdonar las espinas ni las aletas, ni las escamas, ni las entrañas. Uno de los más antiguos viajeros en aquellas regiones, Bernardo Janszen, cirujano de la expedición de Simón de Cortes (1599), ha contado la historia de una mujer fueguina que visitó una de las naves holandesas con dos hijos pequeños. Como no quiso comer la carne cocida, se le dieron algunas aves crudas. Ella las tomó, les arrancó las plumas gruesas, las abrió con una concha, les sacó las entrañas, y en seguida ella y sus hijos se las comieron de manera que la sangre les corría por el pecho. Aquella mujer permanecía impasible en medio de las carcajadas de los marineros. Un hecho curioso, observado por algunos viajeros, es que esos salvajes, al revés de los patagones, y de la mayor parte de los indios bárbaros, repugnan las bebidas alcohólicas, y no beben de ordinario el aguardiente que han solido ofrecerles los navegantes que los han visitado. — (BARROS ARANA. — *Historia de Chile.*)

XXXVII.

Un viaje.

Mi partida es forzosa: que bien sabes
Que, si pudiera yo, no me partiera.

LOPE DE VEGA.

El niño Goyito está de viaje. El niño Goyito va á cumplir cincuenta y dos años; pero cuando nació le llamaron niño Goyito, y niño Goyito le llaman hoy, y niño Goyito le llamarán treinta años más; porque hay muchas gentes que van al Panteón como nacieron.

Este niño Goyito, que en cualquiera otra parte sería un don Gregorión de buen tamaño, ha estado recibiendo por tres años enteros cartas de Chile, en que le avisan que es forzoso que se transporte á aquel país á arreglar ciertos negocios interesantísimos de familia, que han quedado embrollados con la muerte súbita de un deudo. Los tres años los consumió la discreción gregoriana en considerar cómo se contestarían estas cartas y cómo se efectuaría este viaje. El buen hombre no podía decidirse ni á uno, ni á otro. Pero el corresponsal menudeaba sus instancias; y ya fué preciso consultarse con el confesor, y con el médico, y con los amigos. Pues, señor, asunto concluído: el niño Goyito se va á Chile.

La noticia corrió por toda la parentela, y dió conversación y quehaceres á todos los criados; afanes y devociones á todos los conventos, y convirtió la casa en una Liorna. Busca costureras por aquí, sastres por allá, fondista por acullá. Un hacendado de Cañete mandó tejer en Chíncha cigarreras. La madre Trasverberación del Espíritu Santo se encargó en un convento de una parte de los dulces; Sor María Engracia fabricó en otro su buena porción de ellos; la Madre Salomé,

abadesa indigna, tomó á su cargo en el suyo las pastillas; una monjita recoleta mandó de regalo un escapulario; otra, dos estampitas; el padre Florencia de San Pedro corrió con los sorbetes; y se encargaron á distintos manufactores y comisionados, sustancias de gallina, botiquín, vinagre de los cuatro ladrones para el mareo, camisas á centenares, capingo (Don Gregorio llamaba *capingo* á lo que llamamos *capote*), chaqueta y pantalón para los días templados, chaquetas y pantalones para los días calurosos. En suma, la expedición de Bonaparte á Egipto no tuvo más preparativos.

Seis meses se consumieron en ellos, gracias á la actividad de las niñas (hablo de las hermanitas de D. Gregorio, la menor de las cuales era su madrina de bautismo), quienes, sin embargo del dolor de que se hallaban atravesadas con este viaje, tomaron en un santiamén todas las providencias del caso.

Vamos al buque. Y, ¿quién verá si este buque es bueno ó malo? ¡Válgame Dios! ¡Qué conflicto!—¿Se ocurrirá al inglés D. Jorge, que vive en los altos? Ni pensarlo: las hermanitas dicen que es un bárbaro, capaz de embarcarse en un zapato. Un catalán pulpero, que ha navegado de condestable en la *Esmeralda*, es, por fin, el perito. Le costean caballo: va al Callao, practica su reconocimiento, y vuelve diciendo que el barco es bueno, y que D. Goyito irá tan seguro como en un navío de la Real Armada. Con esta noticia calma la inquietud.

Despedidas. La calesa trajina por todo Lima. ¿*Conque se nos va Vd.*? ¿*Conque se decide Vd. á embarcarse?*.... ¡*Buen valorazo!* D. Gregorio se ofrece á la disposición de todos; se le bañan los ojos en lágrimas á cada abrazo; encarga que le encomienden á Dios; á él le encargan jamones, dulces, lenguas y cobranzas; y ni á él le encomienda nadie á Dios, ni él se vuelve á acordar de los jamones, de los dulces, de las lenguas ni de las cobranzas.

Llega el día de la partida. ¡Qué bulla! ¡Qué jarana! ¡Qué

Babilonia! Baúles en el patio, cajones en el dormitorio, colchones en el zaguán, diluvios de canastos por todas partes.

Todo sale, por fin, y todo se embarca, aunque con bastantes trabajos. Marcha D. Gregorio, acompañado de una numerosa caterva, á la que pertenecen también, con vendones y cordón de San Francisco de Paula, las amantes hermanitas, que sólo por el buen hermano pudieron hacer el horrendo sacrificio de ir por la primera vez al Callao. Las infelices no se quitan el pañuelo de los ojos; y lo mismo le sucede al viajero. Se acerca la hora del embarque, y se agravan los soponcios. — *¿Si nos volveremos á ver?* Por fin, es forzoso partir: el bote aguarda. Va la comitiva al muelle: abrazos generales; sollozos; los amigos separan á las hermanas. — *¡Adiós hermanitas mías! ¡Adiós Goyito de mi corazón! El alma de mi mamá Chombita te lleve con bien.*

Este viaje ha sido un acontecimiento notable en la familia; ha fijado una época de eterna recordación; ha constituido una era, como la cristiana, como la de la Egira, como la de la fundación de Roma, como el Diluvio Universal, como la era de Nabonasar. Se pregunta en la tertulia: ¿cuánto tiempo lleva fulana de casada?

—Aguarde usted: fulana se casó estando Goyito para irse á Chile.

—¿Cuánto tiempo hace que murió el guardián de tal convento?

—Yo le diré á usted: al padre guardián le estaban tocando las agonías al otro día del embarque de Goyito. Me acuerdo todavía que se las recé, estando enferma en cama, de resultas del viaje al Callao.

—¿Qué edad tiene aquel jovencito?

—Déjeme usted recordar. Nació en el año de Mire usted: este cálculo es más seguro: son habas contadas; cuando recibimos la primera carta de Goyito, estaba mudando dientes. Conque saque usted la cuenta.

Así viajaban nuestros abuelos; así viajarían, si se determinasen á viajar, muchos de la generación que acaba y muchos de la generación actual, que conservan el tipo de los tiempos del virrey Avilés; y ni aun así viajarían otros, por no viajar de ningún modo.

Pero las revoluciones hacen del hombre, á fuerza de sacudirlo y pelotearlo, el mueble más liviano y más portátil; y los infelices que desde la infancia las han tenido por atmósfera, han sacado de ellas, en medio de mil males, el corto beneficio, siquiera, de una gran facilidad locomotiva. ¿La salud ó los negocios, ó cualesquiera otras circunstancias aconsejan un viaje? Á ver los periódicos. Buques para Chile. Señor consignatario, ¿hay camarote? — Bien. — ¿Es velero el bergantín? — Magnífico.

Pasaje. — Tanto más cuanto. — Estamos convenidos. — Chica, acomódame una docena de camisas y un almofrez. Esta ligera apuntación al abogado, esta otra al procurador. Cuenta, no te descuides con la lavandera, porque el sábado me voy. Cuatro letras por la imprenta, diciendo adiós á los amigos. ¡Eh! llegó el sábado. Un abrazo á la mujer, un par de besos á los chicos, y agur. Dentro de un par de meses estoy de vuelta.

Así me han enseñado á viajar, mal de mi grado, y así me ausento, lectores míos, dentro de muy pocos días. Éste y no otro es el motivo de daros mi segundo número antes que paguen sueldos. — (FELIPE PARDO Y ALIAGA.)

XXXVIII.

El combate de San Lorenzo.

ESTRENO DE LOS GRANADEROS Á CABALLO.

Los enemigos habían avanzado mientras tanto unos doscientos metros, en número como de 250 hombres. Venían formados en dos columnas paralelas de compañía por mitades, con la bandera

desplegada y traían dos piezas de artillería de á cuatro al centro y un poco á vanguardia de las columnas, marchando á paso redoblado, á son de pífanos y tambores.

En aquel instante resonó por la primera vez el clarín de guerra de los Granaderos á caballo, que debía hacerse oír más tarde por todos los ámbitos de la América. Instantáneamente salieron por derecha é izquierda de las alas del monasterio los dos escuadrones sable en mano, y en aire de carga, tocando á degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda y Bermúdez por la derecha. San Martín, que era el que tenía que recorrer la menor distancia, fué el primero que chocó con el enemigo.

El combate de San Lorenzo tiene de singular que ha sido narrado con encomio por el mismo enemigo vencido. El jefe de la expedición española, dice en su parte oficial: « Por derecha é izquierda del monasterio salieron dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que, á todo galope, sable en mano, cargaban despreciando los fuegos de los cañoncitos, que principiaron á hacer estragos en los enemigos desde el momento que los divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de la que les causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez, atacando á nuestra gente con tal denuedo, que no dieron lugar á formar cuadro. Ordenó Zabala á su gente ganar la barranca, — posición mucho más ventajosa, por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia, cuando vió al enemigo cargar segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente formó, aunque imperfectamente, un cuadro, por no haber dado lugar á hacer la evolución la velocidad con que cargó el enemigo. »

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas en la primera carga, que fué casi simultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo á varios de ellos en la punta de sus bayo-

netas. San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el Comandante Zabala, jefe de toda la fuerza del desembarque. Al llegar á la línea recibió á quema-ropa una descarga de fusilería y un cañonazo á metralla, que matando su caballo le derribó en tierra, tomándole una pierna en la caída. Trabóse á su al rededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya á atravesarlo con la bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria, lo traspasó con su lanza. Imposibilitado de levantarse del suelo y de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiese venido en su auxilio echando resueltamente pie á tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza á su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancia que los enemigos, reanimados por Zabala á los gritos de *¡ Viva el rey !* se disponían á reaccionar, y recibe en aquel acto dos heridas mortales, gritando con entereza: « ¡ Muero contento ! ¡ hemos batido al enemigo ! » Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila: era natural de Corrientes, y murió dos horas después repitiendo las mismas palabras. Casi al mismo tiempo el Alférez Hipólito Bouchard arrancaba con la vida la bandera española de manos del que la llevaba, habiendo el Capitán Bermúdez, á la cabeza del escuadrón de la derecha, hecho retroceder la columna que encontró á su frente, aun cuando su carga no fué precisamente simultánea con la que llevó en persona San Martín. La victoria, que apenas había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora.

Los españoles desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, abandonaron en el campo su artillería, sus muertos y heridos, y se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, donde intentaron formar cuadro. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de sus balas

hirió mortalmente al Capitán Bermúdez, en el momento en que llevaba la segunda carga y había asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín, á consecuencia de su caída. El Teniente Manuel Díaz Vélez, que lo acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el ímpetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en su caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca, y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos no pudieron mantener la posición y se lanzaron en fuga á la playa baja, precipitándose muchos de ellos al despeñadero, por no acertar á encontrar las sendas de comunicación. Una vez reunidos en la playa y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los Granaderos consiguieron reembarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y su abanderado, dos cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos, entre éstos su propio Comandante Zabala, cuya bizarra comportamiento no había podido impedir la derrota. — (B. MITRE. — *Historia de San Martín.*)

XXXIX.

El inválido.

¿ No miráis aquel mendigo
De aquella iglesia á la puerta,
Cuya miseria despierta
Simpática compasión,
Y que á todos los que pasan,
Tendiendo mano transida,
Pide con voz dolorida
Una limosna por Dios?
Es un mártir de la patria,
Un soldado valeroso
Del estandarte glorioso
Que el hemisferio cruzó ;

Soldado que en otro tiempo
Hizo temblar al guerrero,
Y que hoy pide al pasajero
¿ Una limosna por Dios !
Ved : en su manga derecha
Se perciben dos galones,
Y de Maipo los cordones
Que la patria le donó ;
Cabo inválido, sin brazo,
Sólo le resta en la tierra
Pedir después de la guerra
¿ Una limosna por Dios !

A la puerta de la iglesia
 Rememora sus hazañas
 Y las gloriosas campañas
 Que en otros días siguió;
 Y mostrando con orgullo
 En su frente un ancha herida,
 Pido con voz dolorida
¡Una limosna por Dios!

«Fuí soldado de los Andes,
 «En Maipo cabo me hicieron,
 «Y las balas deshicieron
 «Mi brazo en Ituzaingó.
 «Entonces mi voz se oía
 «En medio del fuego recio,
 «Y hoy me arrojan con desprecio
«¡Una limosna por Dios!

«¡De frente! ¡A la bayoneta!
 «El coronel nos gritaba,
 «Y sin miedo nos llevaba
 «A la boca del cañón.
 «Al brazo el arma llevaba,
 «Metralla y bala llovía,
 «Y entonces yo no pedía
«¡Una limosna por Dios!

«¡Cuántas veces en los Andes,
 «Al venir la madrugada,
 «En medio de una nevada
 «Mi bigote emblanqueció!

«Hoy la nieve de los años
 «Mi cabello ha encanecido
 «Y extendiendo la mano y pido
«¡Una limosna por Dios!
 «¿Dónde están mis camaradas
 «Del Cerrito y Ayacucho,
 «Que mordían el cartucho
 «Con indomable valor?
 «¿Dónde están? Tal vez ahora
 «Duermen en la tumba helada,
 «Ó piden con voz quebrada
«¡Una limosna por Dios!
 «Como ellos yo moriré,
 «Y en la tierra de mi fosa
 «¿Qué alma verterá piadosa
 «Una gota de dolor?
 «Y cuando en algún camino
 «Bajo los años sucumba,
 «¿Quién dará para mi tumba
«¡Una limosna por Dios!»

Cesa, cesa en tus lamentos,
 Cabo lleno de laureles,
 Que hay olvidos más crueles
 Que los que llora tu voz:
 La República Argentina,
 Bajo el yugo de un tirano (1),
 Pide al mundo americano
¡Una limosna por Dios!

(BARTOLOMÉ MITRE.)

XL.

Consejos á un joven jornalero.

Llevado del deseo de agradaros, he extendido, en obsequio vuestro, los pensamientos siguientes, que tan útiles me han sido, y que pueden serlo igualmente á vosotros, si los seguís.

(1) ROSAS.

Tened presente que el *tiempo* es dinero. El que pudiendo ganar con su trabajo dos pesos fuertes diarios, se pasea ó está ocioso la mitad del día, aunque mientras se pasee ó esté en la ociosidad no gaste sino tres reales, no solamente ha desembolsado esta cantidad, sino que ha gastado, ó mejor dicho, ha tirado un peso fuerte además.

Acordaos siempre que el *crédito* es dinero. Si un hombre, después de cumplido el plazo de mi deuda, deja el dinero en mi poder, me da su interés ó todo el producto que puedo sacar del dinero mientras lo deja en mis manos. El beneficio sube á una suma considerable para el hombre que tiene un crédito extenso y sólido y que hace buen uso de él.

No olvidéis que el dinero es de naturaleza prolífica. El dinero puede engendrar dinero; los hijos que ha producido engendran otros con suma facilidad, y así sucesivamente. Cinco pesetas empleadas valen seis; vueltas á emplear valen siete y ocho maravedís, y así proporcionalmente hasta cien doblones de oro. Cuanto más se multiplican los empleos del dinero, más se aumenta, y los beneficios que produce son más rápidos. El que mata una marrana preñada extermina su descendencia hasta la milésima generación. El que disipa un peso fuerte destruye todo lo que éste pudiera producir, y hasta muchos centenares de reales.

Tened presente que una cantidad de más de treinta pesos fuertes al año puede reunirse con sólo economizar menos de media peseta diaria. Mediante esta corta suma, que sin echarse de ver se prodiga diariamente, ya sobre el tiempo, ya sobre el gasto, un hombre con crédito tiene sobre su sola garantía la posesión constante y el goce de seiscientos pesos fuertes á cinco por ciento. Este capital, puesto en giro activo por un hombre industrioso, produce grandes ventajas.

Acordaos del proverbio que dice: *El buen pagador es dueño de la bolsa ajena*. El que es conocido por su puntualidad en

pagar al plazo prometido, puede en todos tiempos y circunstancias disfrutar de todo el dinero que sus amigos tengan disponible; recurso que es á veces de mucha utilidad. Después del trabajo y de la economía, lo que más contribuye en el mundo á la prosperidad de un joven, es la puntualidad y la honradez en sus tratos. Por esta razón no guardéis el dinero que hayáis pedido prestado una hora más del momento en que hayáis prometido devolverlo, no sea que la falta de exactitud os cierre para siempre el bolsillo de vuestro amigo.

En cuanto á crédito, se debe atender á todas las minuciosidades. El ruido de vuestro martillo, que á las cinco de la mañana ó á las nueve de la noche resuena en el oído de vuestro acreedor, os le hace propicio para seis meses más; pero si os ve en un billar, si oye vuestra voz en la taberna, cuando debierais estar trabajando, á la mañana siguiente envía por su dinero, pidiéndolo antes que os convenga devolverlo. Con la observancia de estos pormenores manifestaréis si vuestras obligaciones están presentes á vuestra memoria; ellos os harán adquirir, no solamente la reputación de un hombre de bien y amigo del orden, sino que á la par aumentarán vuestro crédito.

Guardaos de caer en el error de muchos de los que tienen crédito, es decir, de considerar como vuestro todo lo que poseéis, y vivid con arreglo á este principio. Para evitar este falso cálculo, tened en regla una cuenta exacta de lo que gastáis y de lo que recibís. Si desde un principio os tomáis el trabajo de anotar hasta las cosas más frívolas, experimentaréis bellísimos efectos; conoceréis con qué asombrosa rapidez una suma de pequeños gastos asciende á una considerable, y echaréis de ver lo que hubierais podido ahorrar, y lo que podréis ahorrar en lo venidero sin demasiada violencia.

Por fin, el camino de la fortuna será, si lo queréis, tan llano como el camino del mercado. Todo depende principalmente de dos palabras: *Trabajo y economía*, es decir, no di-

sipar ni *tiempo* ni *dinero*, sino hacer de entrambos el mejor uso posible. Sin trabajo ni economía no haréis nada; con trabajo y economía lo haréis todo. El que gana todo cuanto puede ganar honradamente, y ahorra todo lo que gana, excepto los gastos necesarios, no puede dejar de *enriquecerse*, á menos de que el Ser que gobierna el mundo, y hacia el cual todos deben elevar sus ojos para alcanzar la bendición de sus honrados esfuerzos, no haya determinado, en la sabiduría de su providencia, alterar el concierto admirable del universo.— (FRANKLIN.)

XLI.

Una tragedia.

Pasaron el puente viejo, que estaba solitario, y costearon el río por su margen izquierda, teniendo á un lado los sauzales de la ribera y al otro las quintas más pintorescas de las Conchas. Llegaron en breve al puente nuevo, y antes de que Rodolfo, advertido con retardo por Orfilia, pudiera detener los briosos caballos, hallábase el break en la mitad de aquél.

—Aquí es nuestro paseo, dijo Orfilia; bajemos. Estaba aquel sitio lleno de gente. Se formaban grupos alegres de señoritas y caballeros á cada lado del puente, junto á las balaustradas, y los niños corrían en todas direcciones, lanzando jubilosos gritos, en tanto que los botes y los *gigs* cruzaban por el río con bulliciosos navegantes de domingo. Era el cielo de un azul muy límpido; suavísima la brisa, y el sol se ocultaba entre las arboledas lejanas de las islas, con arboles tenues, vagarosos, en la dulzura infinita de la tarde.

Mientras Orfilia y los suyos bajaban del break, Marta se encaramaba con Rodolfo y le decía:

Fíjate como nos mira la gente.... ; A tí, sobre todo, te

están devorando con los ojos.... ¿Sabes por qué? porque nadie ignora que mi látigo ha cruzado tu rostro.... Vengo á tu lado para exhibir tu ignominia ... Pero todos ignoran el por qué de los furores de mi látigo.... ¿Sabes que tengo tentaciones de decirlo ahora á todos?

— ¡A mí, al menos! murmuró Rodolfo.

— ¿No te bajas, Marta? preguntaba Orfilia, acercándose al pescante.

— Después, después; de esta altura parece mucho más lindo el paisaje.... ¿no es verdad, Rodolfo?

Orfilia y el doctor Arismendi se miraron, sin poder disimular su contrariedad creciente.— El señor Sánchez y doña Margarita, un poco más distantes, estaban entretenidos con el nieto.

— ¡Ten piedad de mí! respondía Rodolfo....

— ¡Piedad! ¿Acaso la tuviste tú conmigo? ¿Acaso con nadie la has tenido? ¡Mira!

Marta señalaba un bote que avanzaba para pasar debajo del puente, y en cuya popa, como una pareja matrimonial, se sentaban Genoveva Ortiz y don Alejo Núñez.

— Ésa es una mujer honrada, y tú la has calumniado con jactancia infame....

— ¡Deliras!

— ¡Marta! ¡te estamos esperando! decía Orfilia, con cierta severidad en ella inusitada.

— ¡Un momento! ¡un momento! contestó la joven.

Y después, volviéndose á Rodolfo:

— ¡Ah! no te permitiré ahora que la insultes.... A ella debo haber salvado de tu vil celada....

— Eres tú, replicó Rodolfo, una víctima de sus intrigas.... Te ha engañado.... te ha mentado.... Soy yo el calumniado....

No pudo Marta contener una carcajada sarcástica, que to-

dos oyeron en el puente. Aquella escena, que podía llegar á extremos deplorables, sublevaba el buen sentido de Orfilia.

— ¡Marta! repitió, te estamos esperando. . . . ¡Baja, pues!

— ¡Un momento, un momento! repitió ella también, agitando su mano izquierda, enguantada de negro.

— Explicame el sentido de tu carcajada, decía Rodolfo, desconcertado y trémulo.

— ¡Necio! son mis oídos los que te calumnian. . . . ¿No lo has comprendido entonces? Yo estaba presente en aquel mediodía de Febrero, á tu espalda, apenas separada de tí por una débil tela, cuando tú le revelabas á Genoveva todos los secretos de tu corazón y de tu vida. . . . Tuve que huir, horrorizada de tus infamias. . . . ¿Comprendes ya por qué te odio y te castigo sin compasión?

Al oír esa revelación, siempre temida y siempre desechada, sintió Rodolfo como que las tinieblas invadían súbitamente el cielo y que se abría la tierra para arrastrarle á sus abismos.

Oyóse en ese instante, á lo lejos, el ronco silbato de una locomotora.

— ¡Marta! ¡Marta! exclamó Orfilia, el tren va á llegar; es peligroso que te quedes en el break; ¡baja, por Dios, baja!

Había, en efecto, algún peligro. — No tenía espacio el carruaje para volver atrás, y hacia adelante la vía férrea cortaba la salida del puente, á pocos metros de distancia. Si los caballos se espantaban al acercarse el tren, podría ocurrir una catástrofe. Ellos estaban, entre tanto, con la cabeza muy erguida, husmeando el horizonte, moviendo incesantemente las orejas, hermosos é imponentes en la fijeza estatuaría de su musculatura vigorosa.

Sin escuchar las exhortaciones de su amiga, Marta proseguía:

— ¡Jamás hubiera imaginado que en el corazón de un hombre cabía tanta perversidad, tanta corrupción! ¡Eres un monstruo!

— ¿No oyes el silbato? continuaba Orfilia con afligido acento. El tren se aproxima. . . . ¡Baja pronto, Marta, baja pronto!

— Sí, señorita, dijo el doctor Arismendi, forjando autoridad para su palabra sin influencia, es menester que baje.

Y Marta, arrebatada por el huracán de sus pasiones, mirando fijamente á Rodolfo, á través de la gasa negra que envolvía su rostro :

— ¡Enmudeces! ¡Tiemblas como una mujer ante la responsabilidad de tu crimen! . . . ¡Y todos te contemplan asombrados! — ¡Mira! Te estoy ajusticiando antes de ajusticiarme á mí misma por el delito de haberte amado.

— Si no callas, Marta, dijo Rodolfo, reaccionando sobre su inmenso abatimiento, suelto las riendas y vamos á estrellarnos contra la locomotora que avanza . . .

— ¡Hazlo! ¡hazlo! exclamó la joven con súbita alegría; ¡apresurarías mi hora completando mi venganza!

La locomotora despuntaba en el extremo visible de la curva, entre penachos de humo y bocanadas de vapor, devoradora, rugiente. — Piafaban los caballos con estremecimientos nerviosos.

Orfilia tendía á Marta sus dos manos, repitiendo todavía sus ruegos, y el doctor Arismendi, aturdido é incierto, ordenaba á otro individuo de la servidumbre de la quinta, que fuese á tener de la rienda el caballo del lado derecho; — ¡pero ya era tarde! Sonaba el chasquido de un látigo; arrancaban encabritados los caballos; rodaba *Luigi* por el suelo; agitaba Marta sus dos brazos exhalando hirientes gritos; y en seguida, entre unánimes exclamaciones de horror, la locomotora y el break chocaban en la vía férrea con un espantoso estruendo de catástrofe. — (C. M. RAMÍREZ. — *Marta*.)

XLII.

Un sueño.

¡Soñé! — ¡qué cosas se ven en sueños! —
Que Dios estaba de buen humor,
Y que riendo de ver tan viejos
A mi levita y á mi calzón,

Me dijo: «Escucha: sabe que quiero
Darte una prueba de mi bondad,
Un don magnífico que te reservo:
Quiero que rico puedas gozar.

«Pues he resuelto que no te quejes,
Y tengas plata con profusión.
Siempre que quieras, la mano mete
En el bolsillo del pantalón,

«Y un peso fuerte sacarás siempre;
Puedes hacerlo con rapidez.
Pues es lo mismo, que siempre un fuerte
En el bolsillo debes tener.»

¡Lo que es un sueño! Yo no creía,
Pero la mano llevé al calzón,
Y en el bolsillo... ¡un peso! ¡oh dicha!
¡Estar despierto me pareció!

Rápida al punto volví la mano,
Saqué otro peso, y otro después...
Seguí sacando, siempre sacando
Pesos y pesos... muchos saqué.

Sacaba un peso y otro venía
Al mismo punto y en vez de aquél,
Y de mi mano ágil y lista
Iba creciendo la rapidez.

Iba sacando pesos y pesos,
Y sobre el suelo formé un montón;
Montón que siempre, siempre subiendo
Una muralla blanca formó.

Mi ansia, mi anhelo iban creciendo
Cuanto subía más el montón;
Ya no veía, me hallaba ciego;
Me ví inundado por el sudor.

Como en ayunas, estaba débil,
Y tiempo hacía que estaba allí....
Sentí mi brazo desfalleciente
Perder sus fuerzas.... rindióse al fin....

Vinieron juntos á suplicarme
Todos mis hijos con mi mujer,
Que algo comiera; pero yo... «Gasten»,
Sólo diciendo, nada escuché.

Siempre anhelante hice otro esfuerzo:
Quise más pesos de allí extraer;
Pero no pude, diéronme vértigos;
Cayendo exánime me desmayé....

Volví á la vida vuelto del sueño:
¡Lo que es un sueño! pensaba yo;
Me había dormido teniendo puesto
Mi pobre y único viejo calzón;

Y desgarrado ví que tenía
Y hecho pedazos mi pantalón.
¡Lo que es un sueño! que en más desdicha
Tanto dinero me sumergió.

Noté con esto, pero ¡qué tarde!
Que en el bolsillo se debe echar
Siempre dinero... mas, no sacarle
Sino por grande necesidad.

(GREGORIO GONZÁLEZ GUTIÉRREZ.)

XLIII.

Los aspavientos de una viajera.

El timbre eléctrico que anuncia la llegada de nuevos viajeros comenzó á repicar en aquel instante, y á poco llegó Gorrío Sardona, muy conmovido, anunciando que la señora de López Moreno se apeaba en aquel momento en el *Grand Hotel*, que venía de Madrid, y que á poco más la asesinan en el camino.

—¡Trae una oreja colgando!—añadió tirándose de una suya.

Horrorizóse la concurrencia, y todos salieron á su encuentro, deseosos de ver á la banquera desorejada. La duquesa, sin embargo, temiendo sin duda que trasladase ésta á sus orejas las famosas hipotecas que sobre sus tierras tenía, quiso escurrirse por la sala de lectura, con tan mala suerte, que fué á toparse en el patio mismo con la López Moreno, su hija Lucy, dos doncellas, un criado, diez y siete baúles y número ilimitado de cajas y sombrereras. La banquera llegaba pálida y abatida, y traía, en efecto, ensangrentado el lóbulo de la oreja izquierda.

Al verse cogida la duquesa, salió al encuentro de la López Moreno, exclamando muy cariñosa:

—¡Pero, Ramona!.... ¿cómo no me ha avisado Vd.?....

—¿Avisar?—exclamó con espanto la López Moreno.—¡Gracias que llego con vida!.... ¡Qué viaje, duquesa, qué viaje!.... En el camino, á poco más me asesinan.... ¡Nací ayer!.... ¡Un milagro! ¡un milagro!....

—¡Qué horror!—exclamó la duquesa.

Y mirando en torno suyo, con la esperanza de que el prodigio divino no hubiera alcanzado también al señor López Moreno, añadió:

—¿Pero dónde está su marido de Vd.?.... ¿No viene?....

La tierna esposa hizo otro gesto de espanto, y contestó sin enternecerse demasiado:

—En Matapuerca está.... ¡si es que vive!....

—¿En Matapuerca?— exclamó Diógenes.—¡No puede ser!.... Será en Matapuerco....

—No, no, en Matapuerca,—replicó la López Moreno sin comprender la pulla del viejo.

Y rodeada de todos los españoles, que atraídos por la curiosidad iban poco á poco acudiendo, la voluminosa señora comenzó el relato de sus infortunios.... De aquella hecha se llevaba la trampa á la España entera: la genté se escapaba de Madrid á bandadas, y no parecía sino que la trompeta del juicio final había sonado en la corte.

—¡Me alegro!— exclamó Diógenes.—A esa trompetita estoy yo aguardando.... ¡Qué cosas han de saberse cuando diga el ángel: cada peso duro con su dueño y cada hijo con su padre!....

La duquesa le hizo callar de un abanicazo, y la López Moreno, llena de satisfacción al verse objeto del interés de todos, continuó el relato de su susto, un susto atroz, una barbaridad de susto.... El tren traía cuarenta y dos coches atestados de gente, que iba á Biarritz, á San Juan de Luz, á Bayona, á cualquiera parte con tal de pasar la frontera. En Vitoria añadieron otra máquina, y entraron cuatro compañías del Regimiento de Luchana. ¡Malo!.... Por la noche todo fué bien; pero al llegar á Alsasua, ¡Virgen Santísima!.... ¡Los carlistas!! Y de pronto—¡prurrruumm!!—¡Una descarga atroz!....

—Pero de repente, hija, de repente; sin avisar siquiera, sin decir agua va: nada, nada, nada. ¡Prurrruumm!—caiga el que caiga.... La tropa—¡claro está!—contesta—¡prurrruum!—otra descarga.... Yo muerta, Lucy muerta, debajo del asiento, sin resollar siquiera, y ¡prurrruumm! arriba, ¡prurrruumm! abajo, hora y media de tiritos.... De pronto se abre la ventanilla, entra una mano, me arranca una oreja y se va ...

—¡Qué atrocidad!—exclamaron todos; y Gorito Sardona, con su guasona formalidad, añadió:

—¿Pensarían hacer una chuleta?....

—No, señor,—replicó la víctima algún tanto ofendida.—Lo que pensaron fué llevarse un brillante de quinientos duros que traía en ella, y se lo llevaron en efecto.... Decían luego que fué un pillete de la estación; pero á mí no me quita nadie de la cabeza que fué el cura Santa Cruz.... Como que ésto era en mitad del túnel, á oscuras, y en la pared de enfrente ví yo la sombra del sombrero de teja....

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero Vd. vió á los carlistas?....

—¿Que si los ví? Al salir del túnel, en un altito, había un montón de ellos, y en medio uno con entorchados, que era don Carlos.... Lucy decía que no, pero yo creo que sí. Uno chiquitillo, bizco, con barba rubia, picado de viruelas, que nos hizo con el puño así....

Y la señora de López Moreno enarbolaba el suyo robustísimo, con gesto horrible de amenaza.

—Pero si don Carlos es muy alto, moreno, con barba negra.... Yo le conocí en Vevey....

—Pues vendría disfrazado; no es tan difícil teñirse la barba de rubio.

—Pero es imposible, teniendo dos metros de largo, encogerse hasta tener la mitad.

—Podrá ser que me equivoque, pero lo dudo,—replicó la López Moreno, que no renunciaba fácilmente á la honra de haber sido amenazada por un puño real.—(COLOMA.—*Pequeñeces.*)

XLIV.

En la cordillera.

En mi calidad *inalienable* de porteño, ayuno de granito y de basalto, huérfano de mesetas, de morros y promontorios, sin conocer otros *montes* que los de durazno, ¡cuánto no ansiaba por acercarme á ese lindero del occidente argentino divinizado en los cantos guerreros con que me había arrullado en la cuna! ¡Qué ansia tenía por poner mi pie donde le estamparon los valientes de San Martín y los leones de Necochea!

Un día 6 de Mayo, de un año que no quiero acordarme, esos Andes tan deseados se presentaron á mi vista. Sus cumbres celestes, como nuestra bandera, en la mañana y al ponerse el sol, rosadas como la inocencia y la juventud, fueron para mí verdaderos iris de bonanza, después de cuarenta días de *capa* y tempestades en ese *cabo*, acabador de toda paciencia, que se llama de Hornos. . . .

En todo esto cavilaba, mi querido amigo, en tanto que la luna de la noche del 31 de Marzo brillaba sobre mi cabeza peregrinando por el cielo transparente de la provincia de Aconcagua. Aquella luna era verdaderamente para mí, luna de Valencia, porque estaba acostado sobre mis ponchos de viaje en el patio de la casa de mi *arriero*, á quien me había entregado con la docilidad de un fardo para que me transportase á Mendoza.

Una mula con el equipaje y provisiones, dos de remuda, el guía tras de ellas, y yo cabalgando en silla inglesa á retaguardia, íbamos en procesión por una senda angosta á las cuatro de la mañana siguiente. La luna no alumbraba; las estrellas tímidas todavía ante la reina eclipsada, no alumbraban tampoco; y yo sólo contaba para mi salvación con el instinto de mi cuadrúpedo y del bípedo delantero. No sabía si caminaba para adelante ó para atrás; y por salir de una ofuscación muy frecuente en seme-

jantes situaciones, llevaba la mano á la cabeza del caballo porque me parecía que el animal estaba al revés. « Las tinieblas estaban sobre la haz del abismo », como en el primer capítulo del Génesis. Poco á poco comenzó á fosforecer la columna del vapor tibio de la respiración de las bestias; el aire tomó el oriente de las perlas; la inevitable compañera de todo cuerpo, comenzó á marcarse en el suelo; hasta que al fin, el dedo de Dios « separó la luz de las tinieblas », que huyeron. ¡Qué sitios tan bellos había robado la noche á mi contemplación! La montaña estaba á mi derecha; el torrente á la izquierda. Unas *tunas* del género *cirio*, más corpulentas y cilíndricas que las que conocemos aquí, reunidas en familias de cinco y seis individuos de todas edades y estaturas, se levantaban verdes y airosas, con envidia del aficionado á jardines. Con este instinto del mal que distingue al hombre, las hacía *emigrar* con la imaginación, y las colocaba dentro del círculo artificial de un parque á la inglesa. No sólo por sus formas y color que eran bellos, la naturaleza les había dado aduladores para realzar sus méritos. Una planta parásita llamada *quiltre*, que á merced de sus tenaces púas se injerta en los árboles hasta connaturalizarse con ellos, formaba de rojo y amarillo guirnalda preciosas sobre la cabeza de los cactus; en otros, ceñidos más abajo por las mismas flores, remedaban sartas de corales en la garganta de una mujer de Arauco. Piedras enormes, árboles pequeños, obligaban al sendero á arrastrarse por aquellas faldas como una serpiente: que tal parece en realidad, cuando la vista puede descubrir la serie sin interrupción de sus anillos blanquizcos.

Voy á hacer una advertencia. Cuando le diga á usted me paré, almorcé aquí, comí allá, dormí en tal parte, no era yo el que tenía cansancio, hambre ni sueño, sino las mulas ó el conductor, porque mi voluntad no entraba para nada en la formación de las leyes de aquella república ambulante. Por otra parte, las jornadas están señaladas por la naturaleza, por decirlo así, combinada por

la necesidad del transeunte en las Cordilleras. Es preciso parar á comer donde haya agua y sombra; dormir en paraje abrigado y en las cercanías de algunas yerbas para que pasten las bestias.

A las once y media de la mañana mi caballo no quiso obedecer á las espuelas; lo atribuí á la mala calidad del pihuelo ó á la peor colocación de estos instrumentos pedestres que se me habían subido á las pantorrillas. Pero esto era un mal juicio en toda la extensión de la palabra. El pobre cedía á una costumbre inveterada; habíamos llegado al lugar de almorzar, y á fe que el sitio era á propósito para el efecto. Un hilo de nieve derretida caía transparente de la montaña por entre sombra de árboles, y un peñón plano y extenso prestaba mesa para una orgía de veinticinco cubiertos. Esta piedra rodeada en círculo de otras en forma de pirámides, altas y truncadas, realizaba con perfección la idea que tengo de las aras drúidicas de los antiguos galos; y por un raptó vagabundo de la imaginación, me transporté al teatro de Carlos Alberto, en donde había oído por primera vez aquella sublime elegía que inspiró á Bellini el presentimiento de una muerte prematura. El poco respeto que me infundía el criterio músico del muletero, me dió ánimo para echar al aire algunas notas, y entoné la famosa cavatina de la sacerdotisa sacrílega: *¡Casta Diva! . . .*

Un pollo fiambre y un trago de jerez *bien rubio*, me habían infundido tan buen humor, que me puse á reir á vista de un espectáculo artísticamente interesante y patético también, que en aquel momento se ofreció á los ojos de *Norma*. Un anciano vestido pobrementé, descendía en sentido opuesto al nuestro la ladera del camino, colgadas dos *arganitas* de cuero á los ijares de su mula *cuyana*, ética y tropezadora. La fruta que traía en ellas no la producen ni los árboles ni las plantas. Eran dos chiquillos de cinco á seis años que, hincaditos, parecían esas *ánimas* de bulto que con las manos juntas al pecho, coloca la piedad pedigüeña

sobre las alcancías de las iglesias católicas. Murillo, que ha llenado los conventos de España con esos lienzos inmortales que representan la huida á Egipto de la Santa Familia, habría tomado de aquí asunto para un cuadro original como pocos.

Siguiendo nuestro camino, nos encontramos hasta tener literalmente á nuestros pies el torrente compañero fiel del sendero. El salto se presentaba en el fondo de la sima dando salida, por un corte gigantesco de la montaña, al agua anhelante por esparcirse en un lecho menos limitado que el que la trac emparedada por un trecho considerable. El cauce por donde corre allí, está sembrado de piedras de colores variados y de formas redondas, dadas contra la voluntad del granito por esa pertinacia del agua, que eternamente se desliza y que se ha presentado como imagen del triunfo de la constancia: «la gota horada la piedra». Fuera imposible contemplar aquel espectáculo sin atribuir inteligencia á la lucha que levantaba espumas de plata y de jazmines en torno de los guijarros desnudos. Allí había sin duda Náyades que lavaban sus encajes y sus túnicas de Cambray con pasta perfumada de almendras de la fábrica de Monpelas; ¡Ninfas de la fuente que contaban sus amores desconocidos y desgraciados á los escasos viajeros! y de ellas (no puede por menos) es esa cadencia monótona que llena el oído y convida á «soñar é imaginar con desaliño», frase castiza que guardo en la memoria porque me parece la traducción más genuina del verbo francés *rêver*, que tanto da que hacer á los traductores noveles . . . — (JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.)

XLV.

Facundo Quiroga acosado por un tigre.

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de travesía. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste

y desamparado, y el viajero que viene del Oriente no pasa la última *represa* ó aljibe de campo sin proveer su *chifle* de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue:

Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado á uno de ellos á abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* á pie, con su montura al hombro, á fin de escapar á las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre ó la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquél, pues un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo el rastro de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir á veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla: entonces el tigre empieza á gustar con preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado á este nuevo género de caza, la caza de los hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones, convoca á los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*; que rara vez escapa á la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo hubo caminado unas seis leguas, creyó oír bramar el tigre á lo lejos y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido, como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro y sólo á larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más dis-

tinto, más vibrante que el que le precedía. Al fin, arrojando la montura á un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar á su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino. El tigre marchaba á paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia á medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino, pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrá de un manotón, esporeando en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve á buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa á su presa haciendo con su peso balancearse al algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entonces ya no bramó el tigre: acercábase á saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose á dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaba un temblor convulsivo que iba á obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre; y, al fin, bramando de cólera, se echó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Dos horas mortales hacía ya que duraba esta escena horrible; la postura violenta del gaucho, y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado á debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba á caer en la ancha boca de la fiera, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación. En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la

escena, y, volar á él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera estirada á dos lazos, no pudo escapar á las puñaladas repetidas, con que, en venganza de su prolongada agonía, la traspasó el que iba á ser su víctima.

«Entonces supe lo que era tener miedo», decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando á un grupo de oficiales este suceso. — (SARMIENTO.)

XLVI.

Plegaria á Dios.

¡Ser de inmensa bondad! ¡Dios poderoso!
A vos acudo en mi dolor vehemente...
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad ese sello ignominioso
Con que el hombre manchar quiere mi frente!
¡Rey de los reyes! ¡Dios de mis abuelos!
Vos sólo sois mi defensor, ¡Dios mío!...
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sur, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos, todo fenece
Ó se reanima á vuestra voz sagrada.
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Ya no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve á través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillando á la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adán, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mustia y llorosa,
Siguió tu muerte como helíaca estrella.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impio,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz, acabe mi existencia ...
Cúmplase en mí tu voluntad, ¡Dios mío! ...

(GABRIEL DE LA C. VALDÉS.)

XLVII.

Batalla de Don Quijote con los molinos de viento.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; así como don Quijote los vió, dijo á su escudero:—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó poco más desaforados gigantes con quienes pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que ésta es buena guerra y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. — ¿Qué gigantes? — dijo Sancho Panza. — Aquellos que allí ves,—respondió su amo, —de los brazos largos, que le suelen tener algunos de casi dos leguas. —Mire vuestra merced,—respondió Sancho,—que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. — Bien parece,—respondió don Quijote,—que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y

ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.— Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.— Levantóse en esto un poco de viento y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:— Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.— Y en diciendo esto, encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance lo socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.— ¡Válgame Dios!--dijo Sancho—¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? — Calla, amigo Sancho,— respondió don Quijote,— que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.— Dios lo haga como puede,—

respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio espaldado estaba; y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino de puerto Lápice.— (CERVANTES.)

XLVIII.

Una fúnebre carga.

Entretanto, mi lecho de campaña había sido también preparado; después de cenar, me tendí en él vestido, como tenía por costumbre, y encendiendo un buen cigarro,—placer inefable en la Cordillera como en todos los sitios salvajes, donde las delicadezas de la civilización adquieren un mérito extraordinario,—dejé vagar la mirada por los cielos y el alma por el inmenso mundo moral, más grande aún que esa bóveda que me cubría. Pocas noches de mi vida recuerdo más serenas y más bellas. Era un portento de calma; no corría el menor viento, y el silencio solemne sólo se interrumpía á momentos por uno de esos ruidos misteriosos y lejanos de la montaña, que el eco suave reviste del acento de una queja apagada. Á pocos metros corría con imperceptible rumor un hilo de agua. Las estrellas tenían una claridad intensa y el ojo se detenía extasiado ante su rápido y fugitivo fulgor. Los recuerdos venían y el sueño se alejaba....

El guía se me acercó y me dijo:—¿No puede dormir, señor?—No, pero no lo siento. La noche está muy linda.—¿Por qué no toma un mate y hace hablar á don Salvador? Es un viejo que conoce medio mundo y que sabe más que Licurgo. Ha andado por Chile, Bolivia y el Perú, y conoce palmo á palmo el terreno donde á esta hora han de estar peleando los ejércitos.

Me picó la curiosidad, me incorporé en la cama y dije en

voz alta:—« Don Salvador, si no tiene mucho sueño, ¿quiere acercarse un poco? Tomaremos un mate y charlaremos. » Don Salvador se levantó inmediatamente, hizo rodar la piedra en que se sentaba, hasta cerca de mí, y sonriendo, se sentó nuevamente.

—Figúrese don Salvador, que hace tres días largos que ando entre los cerros, solo y sin desplegar los labios, porque los otros se quedan siempre atrás.

—Nosotros estamos acostumbrados, señor. Pero una vez, hace ya muchos años, yo también, en un viaje largo, me fastidié de andar solo, encontré un compañero, ¡que más vale no lo hubiera encontrado! y me pasó un caso del que no me he de olvidar nunca.

—¿Era un bandido?

—No, señor; pero, si tiene paciencia, le contaré cómo fué aquello, para que después Vd. lo cuente, aunque no se lo crean. Pero le juro que es cierto, y sino, pregúntelo en el Perú, adonde dicen los amigos que Vd. va.

Fué entonces que don Salvador me narró la curiosa aventura, que á mi vez puse por escrito apenas me fué posible, en mi estilo llano y simple, no atreviéndome á imitar el lenguaje especial y pintoresco con que el narrador la adornó.

Don Salvador era de San Juan; en su juventud, como peón, había recorrido casi todo el territorio de la República conduciendo mulas de un punto á otro, á las órdenes de un capataz. Fué así que se encontró en Salta, donde entró á servir á un arriero viejo y conocido, acompañándole á llevar una arria á Bolivia. Allí se quedó algunos años, y luego, siempre en su oficio, pasó al Perú, se hizo un pequeño capital, que bien pronto el juego disipó; obligado á volver al trabajo, tomó la profesión de chasqui ó propio, para lo que lo hacía idóneo su fuerza infatigable para andar á caballo, ó más propiamente, en mula. Pero ese oficio, en una tierra donde el indio marcha más

rápidamente que la bestia y puede pasar por sitios donde aquélla no se arriesga, no era por cierto muy lucrativo. — No es mi objeto narrar las peripecias de la vida de don Salvador, cómo del interior del Perú pasó á la costa, cómo se hizo más tarde minero en Copiapó, pasando luego de nuevo á la República Argentina y ocupando por fin el honroso puesto de *correo*, que desempeñaba hacía diez años.

Fué en uno de sus viajes como chasqui que le ocurrió el caso á que él se refería. Estaba en la provincia de Cuzco y volvía de un pequeño lugar, al Norte, cerca de la raya de Junín, que se llama Inchacate. El camino es generalmente accidentado hasta llegar á la vieja capital de los Incas, pero no ofrece dificultad de ningún género. Es una senda seguida y angosta, que trepa los cerros, se hunde en los valles y costea los montes altos. Hay pocos ríos y torrentes que atravesar. El clima es dulce y la naturaleza pródiga en esas regiones predilectas de la vieja raza.

Una mañana, al romper el día, don Salvador, que había hecho noche entre Santa Ana y Chinche, después de haber dejado á su izquierda una pequeña población llamada Buenos Aires, cerca de Chancamayo, la que, según me decía, le había hecho acordar de los porteños, una mañana, pues, se puso nuevamente en camino, con el espíritu alegre, la mula descansada y caliente el estómago con un trago de aguardiente. Don Salvador silbaba, cantaba vidalitas, pero se aburría, porque don Salvador era hombre social y le gustaba en extremo echar su párrafo. A eso de las ocho de la mañana, le pareció percibir bastante lejos, como á una legua larga, un viajero que, montado como él en una mula, trepaba una cuesta. Aunque el desconocido marchaba á paso vivo y le llevaba bastante delantera, don Salvador no desesperó de alcanzarlo, y con tal objeto empezó á apurar su mulita. De tiempo en tiempo el viajero desaparecía á sus ojos, para reaparecer más tarde, según los

accidentes del camino, sin que don Salvador ganara sensiblemente terreno.

Así marchó hasta la parada de mediodía, que no dudaba haría también su hombre, pues sólo loco podía seguir viaje bajo aquel sol abrasador. A eso de las tres se puso de nuevo en camino, y, sea que el desconocido hubiera prolongado más su reposo ó que su mula empezara á fatigarse, el hecho es que, poco después de las cinco, al caer á un valle, vió al viajero como á unas dos cuadras delante de él. Don Salvador ahuecó la voz, hizo bocina con sus manos y empezó á gritar lo más fuerte que pudo: «¡Párese, amigo!» El *amigo* seguía impertérrito su marcha, pero la distancia que los separaba disminuía rápidamente. Don Salvador gritaba, silbaba, producía todos los ruidos imaginables sin éxito ninguno. Era imposible que aquel hombre, por más sordo que fuera, no hubiera oído el tumulto que se hacía á su espalda. Don Salvador comenzó á enojarse, y dejando de gritar, consideró al altivo viajero con atención.

Montaba una mulita baya, pobremente aperada, á lo que podía ver, y que marchaba con su paso monótono, llevando la cabeza casi entre las piernas. El jinete, que don Salvador sólo veía de espaldas, era un hombre sumamente alto y erguido; llevaba un pesado poncho azul oscuro que le cubría todo el cuerpo y que descendía hasta más abajo de las rodillas. La cabeza, á más de un sombrero de fieltro y de anchas alas caídas, estaba cubierta por un pañuelo colorado. Unas grandes botas completaban el traje.

Don Salvador consiguió alcanzarlo, porque la mulita baya había aflojado considerablemente el paso. Cuando estuvo cerca de él, vió que traía la cara casi completamente cubierta con el pañuelo, como quien busca ocultarse.— Aunque á don Salvador le pareció que el que así viajaba no debía andar en cosas buenas, como estaba caliente con su rónquera adquirida inútilmente, al pasar á su lado, le dijo:— «Buenas tardes le

dé Dios. ¿Sabe que había sido sordo?»—El viajero no contestó una palabra.—«Cuando un cristiano habla, se le contesta,» añadió don Salvador, sin obtener respuesta alguna. Un momento titubeó entre *armarla*, como él decía, ó seguir tranquilamente su viaje. Su buen sentido triunfó, y lanzando al viajero su flecha de Parto en un sarcasmo, picó su mula y siguió adelante. Al caer la noche llegó á Huiro, un pueblito miserable, y se detuvo en una posada muy pobre que había á la entrada, tenuta por un indio viejo.

Después que desensilló la mula, se sentó en la puerta con el indio y se pusieron á charlar, cuando apareció como á una cuadra, el viajero silencioso.

— Ahí viene don Juan en la baya, dijo el indio viejo.

— ¿Y quién es ese don Juan? preguntó don Salvador con una curiosidad mezclada de ironía.

— Don Juan Amanchi, mi compadre, un indio viejo de Pancartambo. Allí tiene su familia, y siempre que va al Norte, pasa la noche en casa.

— ¿Y qué tal hombre es?

— Excelente y servicial con todo el mundo.

Don Salvador se mascó el bigote y puso una cara altanera, porque don Juan llegaba en ese momento. Su mula, fatigada, se detuvo á la puerta, y el indio posadero salió á recibirlo.

Llegado junto al viajero, le habló, le tocó, y dándose vuelta, dijo sencillamente á don Salvador:

— Pobre don Juan, ¡viene muerto!

Más tarde, en el Perú, pude verificar la exactitud de la narración de don Salvador. Hasta no ha mucho, se encontraban en los caminos del interior algunas mulas llevando la fúnebre carga. La huella es única, la mula marcha á la querencia, no había otro medio de transporte, y el indio, que durante la monarquía incásica vivía y moría en el mismo pedazo de suelo, como el siervo feudal, encargaba siempre por una tradición de su raza, que en caso

de muerte, lo confiaran á su mula fiel, que lo llevaría á reposar entre los suyos.

Don Salvador ensilló de nuevo su mula y se puso en marcha sin demora. Desde entonces, jamás hace esfuerzos por alcanzar á los viajeros que le preceden en las rutas de la tierra. — (MIGUEL CANÉ.)

XLIX.

Un hombre sin colocación.

La misma noche tuvo un feliz encuentro en el pasillo de la casa, que era el foro ó parlamento en que se ventilaban las cuestiones de aquella federación de familias. Habiendo dejado á su amo dormido, salió á ver si podía hacer callar á unos chiquillos que alborotaban. Vió pasar á un hombre, que miraba al suelo, rozando su cuerpo contra la pared, al mismo tiempo que andaba vacilante. Reconoció al punto, y tirándole del faldón de una especie de levita, que del cuerpo de aquel fantasma pendía, le dijo:

— ¡Don José! . . . ¿Ya no me conoce?

El otro se detuvo y le miró. Sus ojos, cual si acabaran de verter copiosísimo llanto, estaban húmedos.

Sus erizados pelos bermejos se querían echar fuera sediciosamente del abollado sombrero que los oprimía y avasallaba. De su rostro emanaba una tristeza sepulcral, como de los anafres de las vecinas del pesado tufo, y así como en éstos, por los agujerillos, se ven las brasas quemadoras, así en el entenebrecido rostro de Ido, se veían brillar ascuas de un mirar ansioso y famélico.

Más con el alma atenta que con el oído, enteróse Felipe de los conceptos de aquella voz que dijo:

« ¡Ah! . . . tú eres el Doctorcillo Centeno, el que estaba en casa de don Pedro . . . ¿Vives aquí?

Hubo mutuas explicaciones, y ofrecimiento de domicilio. Ido, tomando á Felipe por un brazo, retrocedió á la escalera, y se sentó en el último peldaño de ella.

« Siéntate aquí y hablaremos, dijo con voz desvanecida y vagarosa, cual si las palabras, teniendo miedo del aire en que vibraban, quisieran retroceder para volverse á la boca. Sabrás, Felipe, como estoy sin colocación desde hace tres meses. Y por más que busco, y aro la tierra para encontrarla, nó puedo conseguirlo. He visitado á todos los maestros, y nada. He ido á todos los colegios, y en ninguno hay vacante. Lecciones particulares, ¡Dios las dé! . . . de modo que estoy, hijo, á la cuarta pregunta. . . . con mi señora enferma y cuatro hijos, cada uno con su boca correspondiente.

Preguntóle discretamente Felipe los motivos de su salida de la casa de Polo, á lo que el pendolista contestó de este modo:

« ¡Ay! hijo, tú te marchaste antes que el bueno de don Pedro empezara á hacer las grandes locuras que hemos visto . . . Ya sabes qué genio de Barrabás tenía y cómo nos trataba . . . El genio se le podía llevar, anda con Dios; pero hay cosas, amigo Felipe, que ofenden á un hombre digno. Yo á nadie faltó. ¿ Por qué no se me ha de tratar con miramiento y buena crianza? Ya, cuando tú estabas, el maestro me decía palabras malsonantes; pero como él mismo se reía, pasaban por bromas. « Es usted más tonto que el cerato simple ». Esto era á cada momento. Bien; pase como un desahogo . . . Pero cuando una cosa se repite y se repite . . . Yo paso una broma, pero que me pongan motes no me gusta. Don Pedro, últimamente, ya no me llamaba por mi nombre, sino que me decía: « *Cerato simple*, haga usted esto ó lo otro. *Calamidad*, esto ó aquello . . . » Los chicos se refan y no me respetaban nada. También entre ellos no faltaba quien dijera: « *Cerato*, vete al acá ó al allá ». Francamente, naturalmente, amigo Felipe, esto ya es . . . porque si un chico me falta una vez, se lo paso; pero que me

tomen como cuento de risa.... Si á uno le mandaba una cosa, me respondía: « *Dido*, nó me da la gana.... » « *Dido*, vete á donde quieras ... » Francamente, naturalmente.... ya estaba yo trinando en mi interior, y con una cosa que me revolvía las tripas. Don Pedro no hacía más que disparatar cuando tomaba las lecciones, y todo lo decía al revés, y echaba la culpa á los chicos y á mí. Un día se puso como un león, echando lumbré por aquellos ojos, con espuma en la boca; y empezó á tirarnos á todos los libros, los tinteros, las plumas, las pizarras. Nos apedreaba. A muchos les hizo heridas.... Todos estábamos aterrados. Cogió al chico de Pasarón y le tiró al aire. A todas éstas renegaba de la escuela y decía maldiciones impropias de un sacerdote.... Francamente, naturalmente, esto no se podía aguantar. Aquel día se retiraron de la escuela muchos niños y el padre de Nicomedes vino hecho una fiera, se trabó de palabras con don Pedro, y por poco se pegan. Otro día el maestro estaba como un idiota, no decía palabra; tenía una especie de modorra, y hasta parece que se le caía la baba.... No te rías; sí, á aquel hombre le pasa algo.... Enfermo está no sé de qué.... Pues, como te decía, sin más ni más, salió con la pitada de que yo le quitaba los alumnos y que yo era un acá y un allá. Yo le dije: « Francamente, naturalmente, señor don Pedro.... » Y él me contestó: « porque usted, bajo esa capita de santo, es capaz de asesinar á su padre.... » Francamente, naturalmente, yo.... ¿qué había de hacer?.... Total, que me marché. Aquí me tienes, pues, sin colocación, pasando las de Caín para mantener tanta familia. ¿Vives tú con un señor que parece está enfermo, y que, según dijo doña Cirila, es algo poeta?

— ¿Qué es eso de algo? — replicó Felipe, ofendido de que se escatimaran así las facultades literarias de su señor. Mi amo es de lo que no hay en eso del drama y la poesía.

— Pues hijo, — manifestó don José, alzando un poco la aba-

tida voz, por los bríos que le daba la esperanza, — á ver si me proporcionas algún trabajo. Quizás tenga tu amo cosillas que copiar. . . .

— Por ahora, señor don José, no sé si habrá algo; pero no está mi amo muy en fondos para encargarse ese trabajo. . . . Más adelante puede. . . . porque tenemos unos dramas que el señorito va á poner en limpio.

— ¡Dramas! Pues venga. Que me dé lo que pueda á cuenta. . . . Yo también hice un drama en mi juventud; y en esta miseria de ahora, se me ha ocurrido retocarlo, á ver si alguna compañía me lo quiere representar. Es cosa del conde Ansures, y todo, todito, me lo hice en sonetos. . . . Francamente, naturalmente, creo que no sirve para nada.

— Me voy, no sea que se despierte, — dijo Centeno, cansado de las confidencias de Ido.

Éste le detuvo, y con voz más alentada, que declaraba el esfuerzo de su cobarde espíritu, le dijo estas palabras:

« Felipe, tú no sabes lo triste que es volver á casa á estas horas sin traer nada, y cuando á uno le están esperando desde media tarde, creyendo que trae los imposibles. . . . Si algún día eres padre de familia, sabrás lo que esto es. Francamente, hijo, yo no sé si me habrás comprendido: sino, te diré que me hagas el favor de prestarme dos reales, si los tienes, y dispensa mi atrevimiento. . . . que francamente, naturalmente, nunca creí que un hombre como yo, dedicado á la enseñanza. . . . »

Aquel apóstol de las gentes, aquel faro de las sociedades, aquel portero de la inmortalidad, el santo, el evangelista de la civilización, el pescador de hombres sacó de su bolsillo una cosa que, por las trazas, debía de ser pañuelo, y lo aproximó á las fuentes de ternura que tenía por ojos. Felipe, hasta lo más hondo de sus entrañas conmovido, se registró bien los bolsillos, y todo lo que había en ellos se lo dió. — (PÉREZ GALDÓS. — *Doctor Centeno*.)

L.

La provocación.

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,
Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte ó de perder la vida,
Un hombre entró embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero:
Víbrale al rostro el corazón enojos,
El paso firme, el ánimo altanero,
Encubierta fatídica figura,
Sed de sangre su espíritu secó,
Emponzoñó su alma la amargura,
La venganza irritó su corazón.

Junto á don Félix llega... y desatento
No habla á ninguno, ni aun la frente inclina;
Y en pie y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.

Miró también don Félix al sombrío
Huésped que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frío
Fijos en él los suyos, sonrió.

DON FÉLIX.

Buen hombre, ¿de qué tapiz
Se ha escapado,—el que se tapa,—
Que entre el sombrero y la capa
Se os ve apenas la nariz?

DON DIEGO.

Bien, don Félix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

DON FÉLIX.

(Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego.)

Perdisteis.

JUGADOR TERCERO.

Sí; la fortuna
Se trocó: tiro y van dos.
(*Vuelven á tirar.*)

DON FÉLIX.

Gané otra vez.
(*Al emboxado*). No he entendido
Qué dijisteis, ni hice aprecio
De si hablasteis blando ó recio,
Cuando me habéis respondido.

DON DIEGO.

A solas hablar quería.

DON FÉLIX.

Podéis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía.
Y si Dios aquí os envía
Para hacer mi conversión,
No despreciéis la ocasión
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo mi absolución.

DON DIEGO (*desemboxándose con ira.*)

Don Félix, ¿no conocéis
A don Diego de Pastrana?

DON FÉLIX.

A vos no, mas sí á una hermana
Que imagino que tenéis.

DON DIEGO.

¿Y no sabéis que murió?

DON FÉLIX.

Téngala Dios en su gloria.

DON DIEGO.

Pienso que sabéis su historia
Y quién fué que la mató.

DON FÉLIX (*con sarcasmo.*)

¡Quizá alguna calentura!

DON DIEGO.

¡Mentís vos!

DON FÉLIX.

Calma, Don Diego,

Que si vos os morís luego,
Es tanta mi desventura,
Que aun me lo habrán de achacar,
Y es en vano ese despecho;
Si se murió, á lo hecho pecho,
Ya no ha de resucitar.

DON DIEGO.

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
Ó echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiaros,
El corazón arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
Satisfacción muy ligera,
Y os diera mil, si pudiera,
Y os las quitara después.
Jugo á mis labios han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas
Basta mi sed á calmar.
¡Villano!
(*Tira de la espada: todos los jugadores se interponen.*)
Fuera de aquí
A armar quimera.

DON FÉLIX (*con calma levantándose.*)

Tened,

Don Diego, la espada, y ved
Que estoy yo muy sobre mí,
Y que me contengo mucho,
No sé por qué, pues tan frío
En mi colérico brío
Vuestras injurias escucho.

DON DIEGO.

(*Con furor reconcentrado y con la espada desnuda.*)

Salid de aquí; que á fe mía,
Que estoy resuelto á mataros,
Y no alcanzara á libraros
La misma Virgen María.
Y es tan cierta mi intención,
Tan resuelta está mi alma,
Que hasta mi cólera calma
Mi firme resolución.
Venid conmigo.

DON FÉLIX.

Allá voy;

Pero si os mato, don Diego,
Que no me venga otro luego.
A pedirme cuenta. Esperad,
Cuento el dinero... uno... dos...

(*A Don Diego.*)

Son mis ganancias; por vos
Pierdo aquí una cantidad
Considerable de oro
Que iba á ganar... ¿y por qué?
Diez... quince... por no sé qué
Cuento de amor... ¡un tesoro
Perdido!... voy al momento.
Es un puro disparate
Empeñarse en que yo os mate:
Lo digo cómo lo siento.

DON DIEGO.

Remiso andáis y cobarde,
Y hablador en demasía.

DON FÉLIX.

Don Diego, más sangre fría:
Para reñir nunca es tarde.
Y si aun fuera otro el asunto,
Yo os perdonara la prisa:
Pidierais vos una misa
Por la difunta, y al punto...

DON DIEGO.

¡Mal caballero!...

DON FÉLIX.

Don Diego,
Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa:
La ví, me amó, creció el fuego,
Se murió, no es culpa mía;
Y admiro vuestro candor,
Que no se mueren de amor
Las mujeres hoy en día.

DON DIEGO.

¿Estáis pronto?

• DON FÉLIX.

Están contados.
Vamos andando.

DON DIEGO.

¿Os reís?

(*Con voz solemne.*)

Pensad que á morir venís.

DON FÉLIX (*sale tras de él embolsándose el dinero
con indiferencia.*)

Son mil trescientos ducados...

(ESPRONCEDA. — *El Estudiante de Salamanca.*)

II.

El tío Frasquito.

Engomado, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los pies, por no permitirle andar de otra manera el calzado estrechísimo, que le torturaba, sin disimularlos del todo, dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el *tío Frasquito*, tío universal de toda la grandeza de España y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorrones de oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid* de la corte.

Llamábale todo este mundo el *tío Frasquito*, porque el buen tono así lo había decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo antes ó siglo después, con la suya preclarísima; á los demás, sin rechazar tampoco lo apócrifo del parentesco, colocábalos con cierta protectora condescendencia, en la categoría de sobrinos espurios.

En medio, pues, de esta familia universal se destacaba el tío Frasquito hacía medio siglo, viendo desfilar generaciones y generaciones, legítimas ó espurias, de sobrinos y sobrinas, que nacían y crecían, se casaban y multiplicaban, se morían y se podrían, sin que abroquelado él tras el corsé apretadísimo que sujetaba las insolentes rebeldías de su abdomen, hubiese pasado jamás de los treinta y tres años; los suyos, semejantes á las semanas de Daniel, eran años de años, aunque más complacientes que aquéllas, se alargaban ó encogían, según demandaban las circunstancias.

Susurraba la leyenda que el tío Frasquito llevaba en su cuerpo treinta y dos cosas postizas. Es lo cierto, que en el

mómento en que lo presentamos á nuestros lectores, volviendo del Pasaje Jouffroy, para confirmar á sus compatriotas la abdicación del Duque de Aosta; la obesidad había trocado su talle de palmera en puchero de Alcorcón, y el arte, la industria y hasta la mecánica, trabajaban de consuno á porfía, en la restauración diaria de aquel Narciso trasnochado, en riesgo siempre de convertirse en acelga, como en flor se convirtió el antiguo Narciso de la Mitología griega.

El tío Frasquito era soltero, rico, vivía ordenadamente, no tenía vicios conocidos, ni tampoco deudas; era afable, cortés, servicial, complaciente; tenía modales de doncella pudorosa, y cadencias en la voz de damisela presumida. Coleccionaba sellos diplomáticos, bordaba en tapicería, tocaba desastrosamente la flauta y pronunciaba las *erres* de esa manera gutural y arrastrada, propia de los parisienses, que imitan en España algunos afrancesados elegantes, y es defecto natural en otros muchos, para quienes se inventó aquello: *El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramón Ramírez se lo ha robado*.

Entró, pues, el tío Frasquito en la terraza con ademanes de doncella atribulada, y todos se agolparon en torno suyo, acosándolo á preguntas. . . . ¡Todo, todo quedaba por nuevos partes confirmado, y el *sauve qui peut* (1), era en Madrid general!!!

Corroborábase la noticia de que don Amadeo había huido á Lisboa con su familia, y el telégrafo transmitía los nombres de los individuos que formaban el primer ministerio de la recién nacida República.

— ¡De la República Española! — exclamó el tío Frasquito quitándose el sombrero, con burlesca solemnidad.

Y entre risas despreciativas y observaciones irónicas, comenzó á leer en su elegante carterita, donde estaban apuntados, los nombres de los nuevos Ministros. . . . ¡Pero qué nombres, vir-

(1) Sávese quien pueda.

gen santísima! ¡Si aquello era cosa de morir de risa! Figueras, Castelar, Pí y Margall, los dos Salmerones, Nicolás y Paquito.... Córdoba.

—¡Córrrdoba, señorrres, Córrrdoba!.... Ferrnandito Córrrdoba rrrepublicano!.... ¡Quién lo creyerra, cuando íbamos juntos á casa de la Benavente, cuando Ferrnando VII lo envió á Porrtugal con su hermano Luis, detrrrás del Infante don Carlos y la princesa de Beyrra!.... Porr supuesto que yo erra entonces un niño, una verdaderra criatura....

El tío Frasquito no cayó en la cuenta de que según aquellos datos, debió de haber asistido seis años antes de su nacimiento á los saraos de la duquesa de Benavente, y prosiguió enumerando á los ministros restantes, Echegaray, Beranger y Becerra!.... ¡Santo Dios!

¡Y qué chistosamente cursis resultaban siempre aquellos demócratas!.... ¿Pues no se les había ocurrido lo primero, ir á darle una serenata al interesantísimo don Emilio, tocando la Marsellesa?....

—¡Qué delicia!— exclamó Currita.—¿Y no les echó él un discursito?....

—¡Ya lo creo!.... Desde el balcón, como cantaba la Nilson en Viena; y luego obsequió á la concurrencia con carramelos y cigarrritos....

—¡Qué monada!.... De seguro que este invierno tendrá recepciones.

—¡Sí! para los ciudadanos *sans culottes* (1).

—¡Polaina!— exclamó Diógenes.—En cuanto cuelgue un jamón en la puerta, tiene allí á Madrid entero, y tú, Curra, irás la primera....

Azoróse el tío Frasquito al oír la voz de Diógenes, y temiendo alguno de sus amagos de intempestivo cariño, fué escurriendo con disimulo, soltando casi á media voz su última noticia.—(COTOMA.—*Pequeñeces.*)

(1) Descamisados.

LII.

Mi padre.

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las olas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «Á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja:
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

«Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno,
Guarda tu honor para vivir honrado.

« Ama la libertad, libre es el hombre,
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.

Este código augusto, en mi alma pudo
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada:
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Éstos los dignos de su nombre sean.

(JUAN DE DIOS PEZA.)

LIII.

El sombrero.

El nombre castellano de sombrero debe venir de *sombra*, que es su afín más cercano; pero en tiempos remotos debió llamarse *chapó* (el mismo *chapeau* de los franceses), según se colige de aquel cuasi verso que pinta tan bien á los fanfarrones, y que dice:

Caló el chapó, requirió la espada,
Fuése y no hubo nada.

¿Por qué, pues, no figura esta voz en el Diccionario de la lengua?

Nada hay que se parezca tanto á su dueño como el sombrero, y esto no es un pensamiento original, sino una verdad confesada por todos. Guárdaos de dejar el sombrero en parte alguna donde queráis estar oculto, porque éste es el *individuo* más indiscreto que yo conozco.

—¿Está aquí Fulano?

(La escena pasa frente á la sala de recibo.)

—No, señor.

Pero el sombrero grita más alto desde la mesa:

—Sí, señor.

Y ahí tienen ustedes un hombre perdido.

Las más veces no hay necesidad de preguntar, sino que el sombrero se adelanta y dice:

—¿Busca usted á Fulano?—¡Aquí está!... ¡aquí está!

—¡Qué bien hacen las señoras y señoritas en no usar sombrero sino á caballo!

Ningún pintor ha podido retratar tan hábilmente como el sombrero la cara de quien lo lleva. La misma fotografía es incapaz de obrar este prodigio; y por esto será que casi siempre, y como por instinto, rehusa uno hacerse retratar con sombrero; sí, señores: el sombrero es el rival casi siempre victorioso de los retratistas y de los fotógrafos. Un retrato con sombrero equivale á la repetición del original en el mismo cuadro.

Cuando uno va á comprar un sombrero, procura que *le quede bien*, esto es, que *se le asimile*. Si esto no sucede, el sombrero es el primero que grita:

—¡Qué feo!

Pero si el individuo insiste en comprarlo y luego en usarlo, el sombrero no se lo pasa sino refunfuñando los primeros días, hasta que al fin acaba por amoldarse pacientemente á la cabeza de su amo, y al cabo de cierto tiempo ya los dos, sombrero y dueño, no son más que *uña y carne*.

Este inseparable compañero del hombre, necesario para él y que parece tan inofensivo, adolece, sin embargo, ¡quién lo creyera! de dos defectos graves: el primero está ya apuntado, y consiste en su *indiscreción*; defecto de que parece incorregible. El segundo consiste en travesuras de mal gusto, cuando encuentra cómplices ó instigadores para ello. Allá va el caso.

Llega Vd. desprevenido á la esquina de la plaza á tiempo que el viento sopla con su descortesía de costumbre; y antes que Vd. tenga tiempo para llevarse la mano á la cabeza, el sombrero le dice:

— ¡Adiós, amigo!

Y se echa á volar por esos mundos como alma que lleva el diablo.

¿Qué hacer? Vd. no se resuelve á abandonar de buenas á primeras aquel *caro* amigo, porque al fin y al cabo le ha costado su dinero; ni Vd. es tan inhumano que lo deje tampoco á merced de los vientos.

Corre Vd. tras él. El sombrero se detiene un momento como para esperarlo, ó quizá para tomar aliento, y parece decirle con socarronería:

— ¿Á que no me coges?

Y, cuando Vd. va á ponerle el pie encima para retenerlo y castigarlo así á un tiempo por su infidelidad, el sombrero se pone de un vuelo á cien pasos de distancia, hasta que al fin queda aprisionado entre dos piedras, ó embarcado en el caño vecino, ó trepado en alguna altura, riéndose á carcajadas con todos los circunstantes, de su maldita travesura.

Si esto sucede en tierra, ¡pase! Al fin el tunante es aprehendido y escaementado. Pero, ¿si pasa en el mar? Allí no hay más remedio que despedirse de él para siempre y dejarlo bogar á sus anchas entregado á su destino.

Para prevenir estas travesuras *sombreriles* (perdóneseme el adjetivo) se ha inventado el *barboquejo*, sustituido reciente-

mente con una cuerdecita elástica que pone disimuladamente en comunicación la copa del sombrero con uno de los ojales ó botones de la levita.

Nadie pondrá en duda la importancia histórica del sombrero, cuando se recuerda que un sombrero fué la causa inmediata de la libertad helvética.

— ¡Aquí pongo este sombrero para que todo el mundo lo salude, y morirá quien no lo haga!

Esto dijo un día Gesler, gobernador de Helvecia por el duque de Austria, colocando un sombrero con tal objeto en la plaza pública de Altorf.

Un hombre se sonrió con desdén y pasó por delante del sombrero sin inclinarse.

— ¿Quién es ese insolente? preguntó Gesler indignado.

— Ese insolente, contestan la historia y la leyenda, ese insolente se llama *Guillermo Tell*, y es el libertador de la Suiza.

Quitarse el sombrero es de ordinario un signo de veneración y de respeto hacia los lugares donde se hace ó hacia las personas con quienes se hace. Sin embargo, yo he notado que los judíos no se quitan el sombrero en la sinagoga, y sé que los cuáqueros tampoco se descubren la cabeza en ninguna parte ni delante de nadie. ¡Tanto mejor para ellos! ¡Quién fuera cuáquero!

El *déspota* Carreño, á quien yo tengo serios motivos para aborrecer con todas las veras de mi alma, dice, si mal no recuerdo, que una de las cosas que más contribuyen al lucimiento de una persona es el *calzado limpio*. ¡Cómo se conoce que aquel *tiranuelo* latino-americano tiene siempre los ojos clavados en la tierra, y no mira al cielo ni siquiera de frente! Mucho más acertado sería decir que lo que más hace valer una persona es un *sombrero nuevo*. La prueba de esto está en que un sombrero viejo y sucio es indicio de penuria ó des-

aseo, y hace siempre despreciable á la persona que lo lleva. Apelo sino á los muchachos del pueblo, que poseen admirablemente este secreto. — (FRANCISCO TAVERA B.)

LIV.

Doña Rita material.

« El otro día estuve en casa de mi comadre, y la encontré furiosa como un león. Usted debe conocerla: es una señora de regular estatura, regordona, blanca ella, frente chica, estrecha; cara musculosa, inmóvil, prosaica; ojos diáfanos que muestran, sin poesía y sin misterio, un fondo más material y más mudo que la porcelana; sencilla, naturalota, que de todo se ríe á carcajada suelta; con más de diez hijos; no sabe leer, ni escribir, ni lo echa de menos; no hay forma de hacerla pronunciar palabra que no denote la cosa más material; dice *replública* por república, *treato* por teatro.

— ¿Qué tiene usted, comadre? ¿qué la han hecho?

— ¡Qué he de tener, compadre, sino que cuanto más vive una, más ve! ¡Quién lo hubiera dicho! Mi primo, el alcalde de este barrio, con quien nos hemos criado juntos, uña y carne con Donato, mi marido, que todos los días viene á casa, y muchas veces se queda á comer, á quien no hace tres días le mandé un pastel de choclos, ha tenido alma de sentenciar en contra nuestra, en una demanda que tenemos contra un gringo; ¡y contra un gringo, vea usted! por unos espejos que nos vendió muy caros, y se los quisimos volver á los seis días.

— Pero, comadre, permita usted que le confiese que en todo eso nada veo de extraordinario; y al contrario, yo no encuentro ahí otra cosa que la conducta ordinaria de un hombre de bien. ¿Usted no sabe que un Juez debe ahogar todas sus simpatías personales para no escuchar otra voz que la de la razón? ¿Y que

si de otro modo procede, es un mal hombre, un perjuero, un criminal, un vendedor de la fe pública?

—¡Ave María, compadre, qué ponderaciones! Ésa ya es mucha delicadeza. ¡Qué! ¿no sabemos lo que es Juez? ¡Dónde se ha visto eso, de que porque uno sea Juez ya no ha de conocer á sus parientes, ha de ser un traidor! ¿Y á quién ha de preferir si no prefiere á sus parientes y amigos? ¿A los desconocidos, á los forasteros, á los pobres que nunca le han de dar nada? No diga, compadre, por Dios: eso no se ha visto nunca. Diga usted que á una cuando la ven mujer Muy bien que con el finado Donato no hubiese hecho eso.

Y cuando una está con la mala, no hay cosa que no le suceda.

—¿Ha tenido usted alguna otra ocurrencia, comadre?

—Con Marica también he quebrado

—¡Es posible, comadre! ¿Con su mejor amiga? ¿Y por qué fatalidad?

—Que esa zonza, á quien le ha entrado por hacerse la francesa, como si no supiéramos que es hija de un carnicero, y que ha nacido en cuarto á la calle, se puso anoche á reir de mí, porque fui al baile

—¿Por qué fué usted al baile?

—Pues con las seis niñas y

¿Y qué más?

—Y las chiquitas, y las dos negritas, y la china, y tío Domingo, el pobre que también quiere ver; ya usted sabe, él nos ha criado; y Fierabrás, el perro, que es el único que nos acompaña. ¡Ahora vea usted qué novedad ésta! Como si toda la vida no hubiese ido así á los bailes, y no digo á los bailes, á las visitas también, y á las tiendas, y á la iglesia, y á los paseos, y nadie me ha dicho nunca nada. ¿Y acaso yo no más voy? ¿Y mi comadre Juana? ¿Y Dolores? ¿Y Pepa? Y mil señoras, ¿cómo van, sino lo mismo? ¿Por qué no se ríen de todas ellas? Si la cosa fuese tan ridícula, ¿la había de usar todo el mundo?

—¿Todo el mundo la usa?

—¡Todo el mundo, compadre! ¡Valiente! ¡Qué! ¿usted es extranjero? ¿No ha visto en las tertulias más criadas que señoras, y más criaturas que criadas?

—Por mi parte, comadre, le aseguro que yo no me fijo en eso; pero si la cosa es tal cual usted la pinta, ya es cosa de otra especie. Yo siempre respeto lo que hace todo el mundo, y le aconsejo á usted que haga otro tanto. Porque una cosa para ser buena y verdadera, no necesita sino que todo el mundo la practique. El mundo, es decir, la multitud, hace la verdad y la justicia. No se cure usted de indagar si una cosa es cierta y buena en sí, con tal que la multitud la observe. Yo no sé si esto será progresivo, porque no sé lo que es progreso. Pero sí sé que así lo pasará usted gorda, contenta y en paz con todo el mundo, y lo que importa es vivir gorda y contenta, aunque arda Troya. ¿No es verdad, comadre?

—Cabal, compadre.

Pues, ¿no lo decía yo?— (ALBERDL.)

LV.

El consejo maternal.

—Ven para acá, me dijo dulcemente
Mi madre cierto día;
(Aun parece que escucho en el ambiente
De su voz la celeste melodía.)

—Ven y dime qué causas tan extrañas
Te arrancan esa lágrima, hijo mío,
Que cuelga de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer en el alma de sus hijos
Como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?

Ven para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí á llorar. — Nada, le dije;
La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón, y lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
Se turbó su pupila,
Y enjugando sus ojos y los míos,
Me dijo más tranquila:

— Llama siempre á tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta ó viva;
Si está en el mundo, á compartir tus penas;
Y sino, á consolarte desde arriba!...

Y lo hago así cuando la suerte ruda
Como hoy perturba de mi hogar la calma:
Invoco el nombre de mi madre amada,
Y entonces siento que se ensancha el alma!

(O. ANDRADE.)

LVI.

Las niñas vanidosas.

Mientras tales cosas pasaban en las casas consistoriales, ocurrían otras de bien distinta naturaleza junto al mismo regato de que se ha tratado, á la escasa sombra que proyectaba el aún no bien formado follaje de dos cortas hileras de chopos, á las cuales se llamaba en la villa la *alameda grande*.

Como el día era de trabajo y la hora la menos á propósito para el descanso, eran dueñas absolutas de todo el paseo, para correr por él sin estorbos ni tropiezos, hasta media docena de niñas, de nueve años la más esponjada: todas risueñas, todas ágiles, todas

hechiceras, como son todas las niñas á esa edad, cuando no están cohibidas por la opresión del vestido de gala ó de las botitas recién estrenadas.

Tras aquellas niñas tan alegres, que corrían y gritaban sin cesar un punto, no corría sino andaba á lentos pasos, mustia y como recelosa, otra niña no menos agraciada y no más entrada en años que ellas. Había, sin embargo, notables diferencias entre una y otras. De éstas, las que no eran rubias eran muy blancas: aquélla era morena. Las que corrían eran ágiles como cabritillas, y al correr parecía que no tocaban el suelo con sus diminutos pies; la que las seguía con la vista, era de formas más abultadas y de movimientos menos suaves y graciosos; y aunque vestía lo mismo que ellas en forma y calidad, en la combinación de los colores y en *el aire* de su vestido, había algo que no era del mejor gusto. Indudablemente aquella niña no pertenecía, como las otras, al *buen tono* de la villa, y por eso no tomaba parte en sus juegos más que con la intención.

He observado muchas veces que las niñas de corta edad son muy exigentes en la elección de amigas, por lo cual difícilmente se familiarizan con las que no sean de su categoría social, ó de otra más alta, si es posible. Los niños son todo lo contrario: parece que tienen á gala asociarse para sus juegos y empresas, á todo lo más perdido y desarrapado que encuentran en la calle.

La niña rezagada de nuestra historia seguía siempre, y aunque de lejos, las evoluciones de las que corrían, y frecuentemente, al encontrarse con alguna de ellas, corría también como si se forjara la ilusión de que la perseguían al *escondite*, ó la disputaban el sitio á las *cuatro esquinas*.

Y como estas *libertades* se las había permitido varias veces, en una de ellas la niña con quien tropezó se detuvo jadeante; y echándose atrás los rizos con ambas manos, exclamó en el tono más desdeñoso que pudo:

— ¡Qué plaga, hija! . . . ¡Cómo se agarra!

— Eso es de familia, — dijo otra que se paró á su lado.

— Pues vamos á decirla una fresca, — añadió otra; — á ver si se va.

— ¡Si yo creo que hasta debe tener *miseria*, mujer! — apuntó una delgadita como un mimbre, que oscilaba mucho al andar, y se chupaba un dedo en cuanto se paraba. — ¡Cómo se *arrasca*!

— Oye, tú, — dijo al oído de la anterior, abriendo mucho los ojos y enarcando las cejas, una pequeñuela, muy nerviosa y asombradiza. — ¿Si traerá la navaja?

— ¿Qué navaja? — preguntó la delgadita, no muy segura de su valor.

— Una muy grandona que tenía en la mano el otro día, á la puerta de su casa.

— ¿Y qué nos haría con ella, tú? . . .

— ¡Madre de Dios! . . . Como estamos aquí solas y en medio de este bosque. . .

— ¿Quieres que nos vayamos á casa?

— ¡Para ella estaba! — dijo con desenvoltura una mayorzuela que había oído estas observaciones.

— ¡Miedosas, más que miedosas! . . .

— ¡Pues juega tú con ella sino!

— ¡Cómo no juegue yo con ese pendón! . . . Primero iba y se lo decía á mi papá. . .

— ¿Vamos á buscar el perro que tenemos nosotras en la huerta, y á *hinchársele* aquí mismo? — propuso la miedosa.

— ¿Y si la come toda?

— ¡Que se la coma! Mi papá es alcalde. . .

— Sí; pero eso lo castiga Dios . . . y puede que nos caiga algo malo. . .

— Pues ¿qué hacemos sino?

— Vámonos á aquel rincón, á ver si se queda aquí sola y después se marcha.

Y esto dicho, las vanidosillas fueron desfilando lentamente y mirando hacia atrás con el rabillo del ojo; llegaron á un ángulo de la alameda, y allí se acurrucaron en el suelo, formando estrecho y apretado círculo.

Á todo esto, la pobre desdeñada niña, que había estado observando á las otras durante su breve diálogo, mirando de reojo y mordiéndose las uñas, cuando las vió sentadas se dirigió hacia ellas paso á paso, con la cabeza gacha; y al estar á media vara de las desdeñosas, se dejó caer al suelo lentamente y se puso á deshojar las florecillas del césped, sin arrancarlas, flechando ojeadas de través de vez en cuando al grupo, y sorbiendo muy recio el aire con las narices.

—¡Hija, qué peste de chica!— exclamó impaciente la mayorzuela al verla á su lado otra vez.—¡Ni aunque fuera de engrudo!

—¡Así ella se pega!— observó la más cachazuda.

—¡Si el otro día la ví yo limpiarse las narices con la enagua!—dijo muy admirada la delgadita, sonándose las suyas con los dedos.

—¿Vamos á arañarla?— propuso la nerviosa, crispando los dedos.

—Eso no es de tono, hija,— respondió la mayor.— Mejor es otra cosa, ahora que me acuerdo.

—¿Qué cosa es?

—Darla mate, para que rabie de envidia.

—Pues empieza tú.

—Verás qué pronto. Amigas de Dios,— continuó muy recio, de modo que lo oyera la intrusa;— mi papá vino de las Indias el año pasado . . . y trajo cinco fragatas cargadas de onzas . . . y un negrito para que le sirviera el chocolate . . . y es tan rico, que se cartea con el rey de las Indias . . . y á mí me da dos reales cada vez que es su santo . . . y yo los echo en lo que me da la gana . . . y tengo tres muñecas de

resorte, y un muestrario de botones que le regaló á mamá para mí una modista que quitó la tienda.... y tengo dos marmotas de lana para ir al colegio en el invierno.... porque yo voy al colegio, y no á la escuela de zurriburri, como algunas infelices.... que yo conozco.... y puede que no estén muy lejos de aquí. Yo voy á cumplir siete años; y cuando los cumpla, me dará mamá una pechera de imitación, que ella ya no pone, para hacer unos encajes á la muñeca grande; y un señor que viene á casa, me da dos cuartos todos los domingos; y si yo quisiera, me regalaría una almohadilla de coser, con su llave de oro y su dedal de plata.... y y (Ahora tú, dijo á la nerviosa, que la seguía por la derecha; la cual, después de estremecerse y mirar con ojos espantados á la solitaria niña, continuó:)

—Pues mi papá es alcalde de toda la villa, y tiene tres casas como tres palacios, y un primo en la corte del rey; y mi mamá tiene una doncella que es hija de condes, y siete vestidos para cada hora que da el reló, y una cadena así, así, así de larga, que le costó un millón á papá cuando estuvo en París de Francia. Y cuando yo sea grande, me comprarán tres vestidos cada mes, y un reló con diamantes y botas á la emperatriz. Yo voy también al colegio con ésta; y en mi casa se come principio todos los días, y los domingos se toma café; y mi papá tiene un perro en la huerta que muerde á las tarascas pegotonas.

—Yo soy hija de Juez,—dijo la que seguía á la nerviosilla; y siendo hija de Juez, á mi papá le sirven cuatro Alguaciles, de levita, y le llaman *usía*; y además le pagan una onza cada día todos los españoles; y cuando va á Madrid, vive en los palacios del rey; y la otra noche me dijo en la mesa que si le tocaba la lotería me iba á comprar una caja de música. Y mi mamá compra los garbanzos por mayor: ayer compró tres libras; y por Navidad nos regalan pavos los señores que van

á casa porque tienen pleitos; y yo tengo muchos vestidos, más de tres, y dos pares de botas, con las que tengo puestas y otro par que me harán para San Pedro, si le cae á papá la lotería; y mi papá es tan poderoso, que manda á la cárcel á todo el que quiere, á le manda ahorcar, como ya lo ha hecho otras veces; y si yo le dijera que metiera en la cárcel á una pego-tona que yo sé, en seguida la metía.

— Pues en mi casa, — continuó la delgadita, dejando de chuparse el dedo, — todo es un puro merengue. Mi mamá no come más que pastelillos; mi papá, bizcochos; y yo, jalea; y mi hermana Carmen, suspiros. No queremos puchero, porque no es de tono; y por eso á las muchachas les damos hojaldre. Y mi papá recibe todos los años, de renta, más de doce sacos de harina, quince arrobas de manteca y dos cajas de azúcar de la Habana ... Porque mi padre es indiano y trae todas las noches mucho dinero á casa, cuando viene de la tertulia, adonde va también el juez, el papá de ésta; y si no comieran tanta inmundicia algunas niñas zanguangas que yo sé, no estarían tan pringosas, y tendrían mejor educación.

— Toda mi casta, — dijo la más seria y conceptuosa, — viene de reyes; y en mi casa las camas son de oro y las ropas de seda de la India; y si mi papá gana el pleito que le defiende el papá de ésta, ensanchará la huerta en más de otro tanto. . . . y como soy tan fina por principios, cuando me apesta una niña ordinaria, se lo digo; y al sol.

— Pu... pu... pues yo, — concluyó la sexta, que era bastante tartamuda, — ta... ta... ta... también...

Oír ésto, y soltar la carcajada la niña, hasta entonces taciturna y desdeñada, fué una misma cosa.

— ¡Y se chancea! — exclamaron admiradas las otras.

— ¡Ta... ta... ta...! — repetía entre carcajada y carcajada la burlona.

— ¡El demonio de la!

— ¡El diantre de! . . .

— ¡Miren si! . . . ¡Atreverse á burlarse de una niña fina!

— Y sí; y me río. ¿Y qué? Ta...ta...ta...

— Ahora mismo voy á decírselo á mi papá, — exclamó la que nos dijo ser hija del juez.

— Y dile de paso que pague los doscientos reales que debe á mi padre, — replicó con desgarro la amenazada.

— ¡Ay, qué atrevida!

— Déjate, que yo traeré el perro, — dijo la nerviosa.

— ¡Fachenda traerás tú! Y no tendrás tanta cuando le ajusten las cuentas á tu padre en el ayuntamiento.

— ¡Ay, qué bribona!

— ¡Chismosas!

— ¡Pegotona, aceitera!

— ¡Hambronas! ¡tramposas, más que tramposas!

— ¡Aldeana! ¡Tarasca!

— ¡Golosas! ¡Relambidas!

— ¡Ta...ta...ta...tab... taberna! — logró decir la tartamuda, después de un esfuerzo desesperado.

— ¡Tar...tar... tartajosa! — la contestó, remedándola, la otra.

En ésto se oyeron muy cercanos los ladridos de un perrazo. La del alcalde, pensando que era el de su huerta, que venía á vengarla, comenzó á gritar:

— ¡Aquí, chucho, aquí! . . . ¡Éntrala, éntrala! . . .

— ¡Á ella, chucho, á ella, que aquí está! — gritaron á coro sus amigas.

La amenazada chica comenzó á mirar, asustada, en todas direcciones; y aunque no se veía el perro, como los ladridos se oían cada vez más cerca, dió á correr desesperadamente, buscando la entrada de la villa por un atajo.

— ¡A ella, chucho! — seguían gritando las otras, — cómela, cómela!

Y viendo que el perro no aparecía, siguieron á la fugitiva arrojándole piedras, con una de las cuales la descalabraron al fin.

—¡Que me matan!—gritó la pobre chica llevándose las manos á la cabeza.

Pero cuando, al retirarlas, las vió manchadas de sangre, su espanto no tuvo límites, y sus alaridos pudieron oirse desde media legua.

Entonces retrocedieron aterradas las perseguidoras, cuya intención no alcanzaba más que á meter miedo á la fugitiva; pero al volver á la alameda, se hallaron con el perro que, por desgracia, no era el del alcalde. Acabaron de aturdirse en su presencia, y huyeron á la desbandada; mas el animal, «á una quiero y á la otra la dejo», hartóse de romper vestidos; y sabe Dios qué más hubiera roto, si á los gritos y á los ladridos no hubieran acudido algunas personas que ahuyentaron á palos á la fiera, y condujeron al pueblo á las inocentes criaturas, bien merecedoras del susto que pasaron, si se les toma en cuenta lo que hicieron padecer á la pobre descalabrada.— (JOSÉ M. DE PEREDA. — *Los hombres de pro.*)

LVII.

Una aventura en Calabria.

... Pues, señor, viajaba yo un día por Calabria: país ése de gentes perversas que, según entiendo, no aman á nadie, y aborrecen sobre todo á los franceses. El deciros el por qué, sería largo: sea bastante dejar sentado que nos profesan mortal odio, y que pasa uno muy malos ratos si llega á caer en sus manos. Tenía por compañero á un joven de una apostura... á fe mía, semejante á la de ese señor que vimos en el Rincy, ¿estáis? y mejor tal vez aún. No digo eso para despertar vuestras simpatías, sino

porque es la verdad. En aquellas montañas, los caminos son precipicios; nuestros caballos andaban con mucho trabajo; llevando mi compañero la delantera, una senda, que le pareció más practicable y más corta, nos extravió. Fué culpa mía: ¿debía yo fiarme en la prudencia de un joven de veinte años? Buscamos, mientras fué de día, nuestro camino por entre aquellos bosques; pero, cuanto más buscábamos tanto más nos perdíamos, y estaba ya oscura la noche cuando llegamos cerca de una casa muy oscura. Entramos en ella, no sin recelo, pero ¿qué hacer? Allí encontramos á toda una familia de carboneros sentados á la mesa, comiendo, donde, por primera palabra, se nos convidó á hacer otro tanto. Mi joven compañero no se hizo de rogar: henos allí, pues, comiendo y bebiendo, él á lo menos, pues en cuanto á mí, examinaba el sitio y la facha de nuestros huéspedes. Facha de carboneros tenían, es cierto; pero la casa, más bien aspecto de arsenal mostraba. Allí no se veían sino fusiles, pistolas, sables, cuchillos, machetes. Todo me desagradó, y bien eché de ver que asimismo, desagradaba mi persona. Mi compañero, todo lo contrario: era de la familia, se reía, charlaba con ellos; y por una imprudencia que yo hubiera debido prever (¡más qué, si estaba escrito! . . .), ¡imaginaos un poco! en casa de nuestros enemigos más acérrimos, solos, extraviados, tan lejos de todo humano auxilio, y en seguida, para nada omitir de cuanto pudiera perdernos, la echó de hombre rico, prometió á esas gentes, para el gasto y para nuestros guías al siguiente día, cuanto quisieran. En fin, habló de su balija, insistiendo en que la cuidasen mucho y la pusiesen en la cabecera de su cama; no quería, decía, otra almohada. ¡Ah juventud! ¡juventud! ¡cuán digna de compasión es vuestra edad! ¡Prima, creyeron que llevábamos los diamantes de la corona! Lo que había en esa balija que tanta solicitud le infundía, eran las cartas de su novia.

Concluída la cena, nos dejaron; nuestros huéspedes dormían abajo; nosotros en el cuarto alto, donde habíamos comido. Un

camaranchón de siete á ocho pies de alto, al que se subía por una escalera, era el dormitorio que nos esperaba, especie de nido, en el que se introducía uno arrastrándose por debajo de alfajías cargadas con las provisiones de todo el año. Mi compañero trepó allí solo, y se acostó ya dormido, puesta la cabeza sobre la preciosa balija. En cuanto á mí, determinado á pasar la noche en vela, hice buen fuego, y me senté cerca. Había ya la noche transcurrido casi enteramente con bastante quietud, y empezaba á serenarme, cuando, en momentos en que el día no podía tardar en despuntar, oí debajo de mí á nuestro huésped y á su mujer hablando y riendo; y aplicando el oído á la chimenea, que comunicaba con la de abajo, distinguí perfectamente estas textuales palabras del marido: « ¡Y bien! acabemos de una vez: ¿será preciso matar á ambos? A lo cual contestó la mujer: sí. Y no oí ya nada.

¿Qué os diré? Me quedé que apenas respiraba, frío como un mármol mi cuerpo; al verme no hubierais sabido si estaba muerto ó vivo. ¡Gran Dios! ¡cuando pienso en ello todavía! . . . ¡Nosotros los dos, casi sin armas, contra ellos, doce ó quince, que tantas tenían! ¡Y mi compañero, muerto de sueño y de fatiga! Llamarle, hacer ruido, no osaba; escaparme solo, no podía; la ventana no era muy alta, pero abajo, dos enormes dogos aullando como lobos. . . . En qué apuros me hallaba, imaginadlo, si es posible. Al cabo de un cuarto de hora, que fué muy largo, oigo en la escalera á alguien, y por las rendijas de la puerta, veo al padre con su lámpara en una mano, y uno de sus grandes cuchillos en la otra. Subía, su mujer tras él; yo detrás de la puerta. Abrió, pero antes de entrar, puso en el suelo la lámpara, que vino á alzar su mujer; luego, entra descalzo, y ella desde afuera, le decía en voz baja, tapando con los dedos lo sobrante de luz de la lámpara: *anda despacio, despacito*. Habiendo alcanzado al pie de la escalera, sube con el cuchillo entre los dientes, y llegando á la altura de la cama, ofreciendo ese pobre joven tendido su garganta

descubierta, agarra con una mano su cuchillo, y, con la otra.... ¡oh prima!.... empuña un jamón que colgaba del techo, corta una tajada, y se retira como había venido. La puerta se cierra de nuevo, la lámpara se va, y me quedo solo entregado á mis reflexiones.

Luego que amaneció, toda la familia con gran estrépito, vino á despertarnos, como lo habíamos encomendado. Traen de comer; sirven un almuerzo muy aseado, muy bueno, os lo aseguro. En él figuraban dos enormes pollos, de los cuales era preciso, dijo nuestra huésped, llevarnos el uno y comer el otro. Al verlos, comprendí en fin el sentido de estas terribles palabras: *¿será preciso matar á ambos?* Y me imagino, prima, que tenéis penetración bastante para adivinar lo que significaban. — (P. L. COURRIER. — *Carta á una prima.*)

LVIII.

¡Todavía está allí!

Es media noche. Los relojes marcan la hora con lentas campanadas, cuyos ecos metálicos vibran por largo rato, enseñoreándose del espacio hasta perderse en murmullos débiles que se apagan en las tinieblas.

La ciudad duerme con toda la pesadéz del primer sueño, desiertas las calles, sin más pobladores que las dos hileras de faroles que las iluminan, y de trecho en trecho algún guardián que bosteza recostado en una esquina.

La bahía retrata en su plana superficie la luz de los faroles de los muelles, que se proyectan hasta larga distancia en surcos amarillentos, y en medio de la oscuridad se destacan los resplandores rojos y verdes de las linternas de á bordo.

Todo está en calma y tranquilidad. La brisa ha barrido los vapores que la ciudad exhala en sus horas de actividad, y el

fresco de la noche ha purificado el aire viciado durante el día por la humareda de las chimeneas y el respirar de los hombres y bestias que transitan afanados y sudorosos.

Los contornos de las azoteas se pierden en la penumbra, y por allá arriba se oye de vez en cuando el destemplado maullido de un gato, amoroso reclamo con que llama á su favorita, que acude á la cita saltando pretils y deslizándose por entre las rejas con desgoznadas contorsiones.

De repente, en medio del sepulcral silencio que reina, resucitan los ruidos que dormían. — Ruedan los carruajes, óyense pasos apresurados de personas que marchan en tropel, y los conductores de los tranvías soplan en sus cornetas toques repetidos en demanda de pasajeros.

Ha terminado el teatro, y de aquel único centro en actividad á tales horas, se derrama la multitud en todas direcciones, abrigados los hombres dentro de sus sobretodos, y rebujadas las mujeres en sus tapados forrados de raso con que cubren la ligereza de sus trajes de gala.

Aquellos contornos vuelven á vivir por un rato. Los *dilettanti* se retiran repitiendo los últimos trozos de música que han oído, y los profesores de la orquesta salen apresurados, llevando los unos los féretros negros de los violines, y los otros las trompas y fagotes cuidadosamente abrigados dentro de fundas de género.

Al poco rato rueda el último carruaje que lleva á las artistas; apáganse las luces del vestíbulo, y el teatro queda sumido en la oscuridad, frío y mudo, guardando entre las bambalinas los últimos acentos de Raúl y Valentina al caer arcabuceados por los fanáticos que capitaneaba Saint-Bris.

La ciudad ha vuelto á su silencio; apenas si á la distancia se oyen los cantos de los que acortan el camino repitiendo á voz en cuello lo que han oído, haciendo la parte de bajo, de barítono, de tenor, de contralto y de soprano, como esos mú-

sicos ambulantes que llevan consigo toda una orquesta que hacen funcionar con la boca, con las manos, con los codos, con la cabeza y con los pies.

El cielo está espléndido. Aprovechando la ausencia de la luna, se han venido á curiosar lo que pasa en la tierra todas las estrellas que pueblan el infinito. La bóveda oscura está claveteada con tachuelas brillantes, en toda su extensión, destacándose entre la muchedumbre, Marte con su resplandor rojizo; Saturno con sus argentados reflejos; el Alpha de Orión como un brillante de Golconda; la Cruz del Sur, aislada allá sobre el horizonte; las tres Marías en el zenit; y titilando con variados matices, las siete cabrillas, dos rojas, dos verdes, dos azules y la séptima mecelilla, según cuenta Sancho que las vió, cuando jinete en las ancas de Clavileño, se remontó hasta aquellas alturas para caer sobre el reino de Candaya, dando fin y remate á la aventura de la Dueña Dolorida.

Pero donde las estrellas se agrupan y se apiñan, es en la *vía láctea*, la gran carretera de los cielos por donde discurren esas miríadas de pobladores del espacio que recorren mil leguas por minuto sin fatiga ni vértigos. Parece una gran calle enarenada con polvo de luz y regada con una dilución de fósforo que relampaguea en el fondo negro de la bóveda. De pronto, de aquella masa se desprende una partícula que atraviesa la atmósfera como una flecha de luz y va á morir entre las tinieblas, como muere una brasa sumergida en el agua.

Y siguiendo la estela brillante que en el espacio traza aquel bólido desprendido de esos mundos desconocidos que gravitan en distancias inconcebibles, se percibe hacia el Oriente, sobre el horizonte, una faja luminosa que mancha el cielo en una gran extensión. Es el cometa, con su flamígero penacho de millones de leguas, que sigue su ignorada ruta volteando con una rapidez que la mente no acierta á comprender, porque

hasta la velocidad de la bala disparada de un fusil es insuficiente para establecer un término de comparación.

¡Todavía está allí! á pesar de las profecías de la ciencia, y cada día apresura su salida como si quisiera hacerse admirar de todos, anticipándose á la hora en que los habitantes de este raquíptico mundo se recogen á descansar de sus fatigas.

¿Qué es ese penacho luminoso que sigue al astro en su vertiginosa peregrinación por los espacios siderales? ¿Qué materia forma esa cabellera fosfórica que flota en la inmensidad con sutiles hebras de luz?

La ciencia no ha dicho todavía su última palabra al respecto, y mientras la controversia esté en pie, tiene todavía la imaginación el campo abierto para lanzarse á las más atrevidas conjeturas. El fenómeno está visible, pero nadie se lo explica.

Parece que la mano de un artista gigantesco hubiese sumergido una enorme brocha en esa sustancia luminosa que tapiza la vía láctea, y que después de sacudirla en el manto negro de la noche salpicándolo con gotas de luz, hubiera trazado una pincelada inmensa en el segmento más oscuro del círculo celeste como rúbrica del autor de esa tela inimitable que envuelve á nuestro planeta.

Y á medida que va subiendo sobre el horizonte, va creciendo su intensidad luminosa, que se derrama en vaga claridad sobre la ciudad que reposa y el río que dormita hama-cándose en suaves ondulaciones, que acompañan las embarcaciones meciéndose mansamente y cuyos mástiles dibujan su aguda silueta en la penumbra argentada por el resplandor del cometa.

¡Qué apacible tranquilidad preside en ese momento á todo lo que duerme! Hasta parece que la tierra se hubiese detenido en su precipitada carrera por el espacio para reposar flotando en el éter.

Ni un bulto, ni una sombra interrumpía la línea recta de las calles que se pierden en las hondonadas del terreno, y cuando el guardián nocturno se separa de su puesto para recorrer la manzana, sus pasos resuenan en el enlosado de la vereda, y se repercuten en las paredes de la acera opuesta, como si algún ser invisible fuese siguiéndole á poca distancia.

Una campanada suena en el reloj de la plaza principal, y su eco vibra por largo rato aumentando y disminuyendo con metálico zumbido, como si se hubiese pulsado una gruesa bordona, y al mismo tiempo una lechuza, de guardia en la abertura del mechinal, repite por dos veces su *¡sshh! ¡sshh!* como haciendo callar al bronce que ha venido á interrumpir el silencio en que la ciudad reposa de las fatigas del día.

Y entretanto, el cometa voltea por el espacio alejándose de nosotros con una velocidad de veinte mil leguas por hora, como espantado de las miserias de este raquítico mundo, mientras que á nuestra vez navegamos por el espacio con no menos celeridad, recorriendo la ruta, que lo mismo que á nosotros, traza el astro-rey á todos esos planetas que tachonan el cielo, y que giran en luminosa pléyade por los espacios! Ashaverus del infinito, condenados á caminar siempre, sin que les sea concedido un instante de reposo.

Pero, en su precipitada fuga, no logra aún ocultarse á nuestra vista. El núcleo se ha borrado ya, pero el chorro de la luz que derrama en el espacio, como estela de su tránsito, ése todavía está allí! — (DANIEL MUÑOZ.)

Noviembre 9 de 1882.

LIX.

El huracán.

En las márgenes del Tigre están sembradas á trechos y como perdidas entre arboledas y jardines, las elegantes casas de campo que han fabricado las familias pudientes de la ciudad de Buenos Aires, dejando atrás, y paralela á sus fondos, la vieja calle de las Conchas. Esos vistosos edificios, de arquitectura caprichosa y variada, están como las casas del pueblo sobre arquerías ó empalizadas para dejar paso á las aguas de las altas mareas, que suelen inundar todo el lugar, convirtiéndolo en una Venecia silvestre, cuyas avenidas en esos momentos se ven surcadas á la vez por embarcaciones ligeras, por coches ó carretones y por jinetes que se mezclan y alternan en gran algarazara.

Mi mansión era una bella casita que pertenece al dignamente afamado doctor Albarelllos, y que está escondida entre árboles gigantescos, rodeada de emparrados y de enredaderas que extienden sus gajos y sus flores, trepando hasta el segundo piso de aquel pequeño *chalet* suizo.

La mañana del 19 de Marzo (1866) era bellísima, como todas las del otoño en estas latitudes. Los árboles y flores habían aumentado su brillantez con el abundante rocío de la noche; los bulliciosos *horneros* saltaban con esa vivacidad que les es peculiar por todas partes, por las enredaderas y los terrados, por los balcones y las cornisas, repitiendo sus gorjeos; y la tenca, que allí llaman calandria, aunque no pertenece á la familia, y con más propiedad el *Burlón*, se remontaba y se abatía remedando al hornero, y tomándole sus temas para variarlos en escala y trinos admirables de dulzura y armonía.

El Tigre estaba de baja, y un gran buque de vela que carenaban cerca del puente estaba casi en seco, de modo que

los calafates hormigueaban sobre la quilla, haciendo un ruido disonante con sus martillos. Yo los miraba al través de los sauces, desde el balcón, y extendía mi vista río abajo por la calle que le forman sus márgenes de verdura hasta la estación, donde la locomotora despidiendo columnas de humo y de vapor, se adelantaba y retrocedía, ensayando su próximo viaje á la ciudad. Por la orilla izquierda del río corrían, y por sus aguas bogaban á toda fuerza los pasajeros que iban á tomar el tren de la madrugada. La locomotora paró y cerró sus válvulas, y de repente soltó al aire su trompeta y partió rauda, arrastrando sus largos wagones barnizados y despidiendo gruesas bocanadas de vapor sucesivas unas en pos de otras, que subían y se quebraban dejando una larga cauda blanca flotante, que desapareció á lo lejos con el acompasado estruendo del tren.

El sol se había elevado mucho ya en el horizonte para borrar con sus torrentes de luz las medias tintas y bellas sombras de la mañana. El viento del Oeste había principiado á soplar caliente y terroso. El río bajaba cada momento más. Los habitantes y paseantes del lugar se encerraban en sus casas. Los calafates trabajaban con menos bulla y el movimiento de los barqueros y gente trabajadora del muelle y de la estación se había paralizado.

Todo el día estuvo pesadísimo. Nubes de polvo blanquizas y rojizas cubrían el sol y se despedazaban en la atmósfera en girones, en remolinos, en espirales, según las corrientes del viento. El horizonte se estrechaba á veces y se oscurecía, ó se aclaraba y dilataba con alguna ráfaga que llevaba el polvo al río. El calor era intenso y molesto.

Como á las cuatro de la tarde el viento calmó casi enteramente, y la calma fué sofocante, porque la atmósfera quedó cubierta de nubes de polvo desiguales, densas las unas, claras y vaporosas las otras. La parte del Plata estaba despe-

jada. Las aguas ya no corrían en la baja marea, y el Tigre estaba seco.

Yo vagaba entonces por las avenidas que están á la derecha del Tigre, y notaba con extrañeza que, á pesar de ser media tarde, los pájaros buscaban sus alojamientos. Los hornos habían dejado de reir, y posaban con tristeza á la puerta de sus hornos. Los pequeños cardenales de pechuga carmesí hacían buena amistad con los chingolos, jilgueros y chirihúes, apiñándose en grupos entre las más espesas ramas de los ceibos, cuyas flores purpurinas caen entre los juncuales, donde se elevan apenas dos metros los ceibos nuevos. Bandadas de corpulentos chajaes pasaban en silencio hacia el sud y como abatiéndose, en tanto que los picaflores se precipitaban como una flecha en línea recta, sin detenerse á temblar sobre las flores.

Eran las cinco cuando llegué á la apartada y bella casita de campo de una noble familia, que rivaliza en bondades y en bellezas con las primeras de la reina del Plata.

El jardín está delante de la casa que se eleva sobre una arquería de ladrillo y que tiene una escalera de mármol, por donde se sube á la galería abierta que resguarda las habitaciones. El lugar es enteramente despejado, y esto mediante, podía divisarse desde el jardín una montaña tan alta como los Andes, que palpablemente se adelantaba por el lado del Nordeste con una velocidad solemne, imponente.

Era con toda propiedad una montaña de tres á cuatro mil metros de elevación, obscura y densa, como se ven los Andes á las últimas luces del crepúsculo de la tarde; y sus crestas eran desiguales y caprichosas. — Al través de las nubes pardas, terrosas, en ebullición, en vorágine, en torbellinos que formaban aquella masa gigantesca en veloz movimiento, se veía una obscuridad densa, negra, que era como el cuerpo de la montaña. Este espectáculo era sublime y producía la impresión indescifrable que causa el gran poder de la naturaleza

puesto en acción. Yo no podía darme cuenta del fenómeno, por más que le consagraba toda mi atención.

Estaba estupefacto, cuando alcancé á percibir un ruido espantoso, indefinible, que crecía, que se convertía en un fragor incomparable ni aun con el de las estupendas cataratas que forma el Amazonas al chocar con las marcas del Océano. Una de las señoras que recogía flores levanta su vista, ve adelantarse la montaña, y corre á las habitaciones llamándome y exclamando: ¡huracán!

En ese momento la montaña se acercaba al Tigre, á trescientos metros de la casa, y se sentía claramente el crujido de las arboledas y de los sauces que se quebraban á su paso. Apenas habíamos ganado las habitaciones y cerrado las puertas, cuando ya el huracán estaba sobre la casa, y alcanzó á penetrar por una ventana derribando con espantoso estruendo un tabique interior de ladrillos. Afortunadamente, uno de los dueños de casa, auxiliado por otro hombre, logró cerrar la ventana, quedándose en ella para sujetarla con todas sus fuerzas.

La casa se estremecía como un buque agitado por las olas. Una oscuridad más densa que la de una noche tenebrosa, nos envolvía. En una noche de tinieblas la vista alcanza á divisar algo, sombras, bultos informes; pero yo me apegaba á las vidrieras y veía menos que con los ojos cerrados. Todo era negro, renegrido; el polvo del huracán y del tabique derrumbado se sentía, se respiraba; el trémulo movimiento de la casa daba vértigos, el estruendo asordaba y casi ahogaba los lamentos de las señoras, haciendo sentir sus gemidos como á lo lejos. ¡Momentos espantosos, supremos, en que no se siente, se muere, y en que se necesita una voluntad poderosa para reflexionar y observar!

La oscuridad densa duró poco más de diez minutos, que parecían un siglo; pero el huracán continuaba en toda su fuerza. Al favor de la claridad incierta que sucedió, se veía llover á

torrentes barro líquido en chorros continuos, multiplicados, y de entre ellos cruzaba transversalmente el granizo ó piedra de media pulgada de espesor, que saltaba en el suelo ó se chocaba en los pilares y la verja.

La casa se estremecía aún, y yo esperaba verla despeñarse de repente, por cuyo motivo me empeñaba en colocar á las señoras en los ángulos de la sala para salvarlas; pero una de ellas, llorando y rezando con un hermoso chico en los brazos, y las otras desesperadas por no tener á su lado los suyos, no paraban un instante y recorrían los salones siempre llorando y gimiendo.

Entretanto llovía y granizaba á cántaros, pero la fuerza del tiempo amainaba. El huracán había durado en todo su furor más de una hora. Eran las seis y cuarto, y en esos momentos recorría la superficie del Plata á una distancia de 180 kilómetros, en la cual había tomado otra dirección, pues no se sintió lo mismo en Montevideo. Si hubiera conservado su furia y su curso del nordeste, á esa hora debía haber causado los mismos estragos en aquella ciudad, pues la violencia de su carrera había sido de cincuenta metros por segundo. Hora y media antes de visitar á Buenos Aires, es decir, á las tres y media de la tarde, había pasado por el Rosario, aunque con menor violencia. — (J. V. LASTARRÍA.)

LX.

La historia del negro.

JUAN. Buenos días, señorita.

LOLA. Adiós, Juan, —¿y mi don Diego?

JUAN. Me ha dicho que vendrá luego
á ponerse á vuestros pies.

LOLA. En lo galante y cumplido
con que traes el recado,

pronto conocer es dado
el amo tuyo quién es.

JUAN. Mi amo, señora, es un ángel,
con toda el alma de un bravo.

LOLA. Dime Juan: ¿eres su esclavo?

JUAN. No los tiene mi señor;
pero por él sin pensarlo,
hasta la vida daría:
le quiero por su hidalguía,
le adoro por su valor.

LOLA. ¿Hace mucho que le sirves?

JUAN. Si mi memoria no miente,
cuatro años precisamente
cumplen en el día de hoy.

LOLA. ¿Quieres contarme tu historia?

JUAN. Si me lo mandáis, señora.

LOLA. No mando, suplico ahora.

JUAN. Pues á complaceros voy:

El color de mi cara
os dará á conocer que fué, señora,
el blanco sol del África mi cuna,
y del desierto en la tostada arena
me arrojó la fortuna
por suerte, del esclavo la cadena.
Un hijo que tenía
de diez años de edad, también esclavo,
mi destino seguía,
y atravesando el férvido oceano,
vendióse nuestra sangre y nuestra vida
á la sorda avidéz de un castellano.
De la América ardiente
rociarnos las fértiles llanuras
con el servil sudor de nuestra frente,
y trabajando allí sin esperanza,
del látigo al crujido,
sólo soñaba el alma en la venganza
digna del hombre de color vendido!
Un día en el trabajo
corriendo tras ligera mariposa
alegre el hijo mío se distrajo,

y un blanco capataz con saña fiera,
le cruzó con el látigo la cara:
mi corazón se altera
al recordar la sangre que brotara;
tiré con mano ruda
el hacha con tal ira á su cabeza,
que si le acierto á dar salta sin duda,
como en manos de un niño una cereza.
Frustróse mi venganza,
y huyendo del castigo y la tortura,
cogí á mi herido hijo,
y vagando sin tino,
eché á correr del monte en la espesura
sin más guía que Dios en mi camino.
De cansancio rendido
corrí la noche entera,
sin escuchar, señora, más ruido
que el salvaje rugir de una pantera;
y en cuanto amanecía
mi pecho de terror se estremecía;
la sangre al escucharlo se me helaba,
y comprendí para desgracia mía,
que la fiera mis pasos rastrea.
Sin armas yo para luchar con ella
y abrumado del peso de mi hijo,
pensé rendirme á mi maldita estrella,
y tras mi infausta suerte
terminar mis angustias con la muerte.
Sentíala moverse entre el follaje,
cuando escuché á mi espalda un caballero
exclamar: «¡Qué brava es! Llevarme quiero
«la hermosa piel de ese animal salvaje.»
Midiendo la distancia con arrojo,
la tiende el arcabuz con faz serena:
el tiro entonces suena,
y le metió la bala por un ojo.
«Negro, dijo, tirándome el cuchillo,
«que la desuelles por favor te ruego.»
Y obedecí su voz como un chiquillo,
porque el joven aquel....

LOLA. (*Atajándole.*)

Era mi Diego.

JUAN. Era don Diego, sí; sólo en su labio
hay sonrisa á la vista de una fiera,
y él sólo tiene la certera mano
que ni el peligro ni el temor altera;
y volviéndose á mí, noble y humano:
«¿Cómo sin armas, dijo,
«te atreves á pisar estos lugares,
«exponiéndote, necio, á la tortura
«de ver que un tigre te devore un hijo?»
Dile yo á conocer mi desventura,
y al escuchar mi dolorosa historia,
más de una vez en su morena cara
asomaron los tintes de la ira;
y en vano se esforzara
para borrar con su nervuda mano
de dolor una lágrima sencilla,
que despuntando entre sus negros ojos
pugnaba por saltar á su mejilla.
«Vén, infeliz, me dijo;
«yo compraré tu sangre al europeo,
«de padre serviré á tu pobre hijo,
«si al África volver no es tu deseo;
«mas si pisar prefieres
«las arenas del Africa tostada,
«la suerte ya cesó de ser contraria:
«puedes marchar si allí tienes la amada,
«y alzar en el desierto tu plegaria.»
Entre ríos de llanto,
yo besé aquella mano bienhechora,
y perdonad á mi cariño santo
si lloro aún al recordarlo ahora:
desde entonces resbala mi existencia
sobre su sola huella,
y miro siempre en él mi providencia,
como el marino á la polar estrella;
y adiós la idea de su mente
en su mirada vaga,
porque la deuda que mi pecho siente,
sólo, señora, el corazón la paga.

LOLA. (*Enternecida.*)

Ámale como le ama el alma mía:
sé su ángel tutelar.

JUAN.

Sedlo vos, señora,
si conocéis la ciega idolatría
con que don Diego vuestro nombre adora.

(CAMPRODÓN.—*Flor de un día.*)

LXI.

El testamento de un padre.

¡Hija mía! pocos días de vida me quedan. Quiero, pues, antes de separarme de tí, dirigirte algunas palabras, porque estoy seguro de que mis últimos consejos se grabarán en tu alma.

Muchos días de felicidad he disfrutado en la tierra, pero los mejores han sido los que pasé al lado de mi buena hija. Una niña cual tú eres no puede menos de hacer muy venturosos á sus padres. ¿Qué padre no se regocijaría al ver en su amada hija tanto candor y tanta bondad? Así tu padre, antes de morir, te da las gracias por el amor y respeto con que has correspondido á sus cuidados.

Ahora voy á abandonarte, hija mía, pero ten confianza, que la Providencia no dejará de velar sobre tí y te conducirá por medio de las penosas pruebas de esta vida á la felicidad de la que está por venir.

Te dejo sin caudales; mas espero que lo preciso para vivir no te faltará nunca. El trabajo y la habilidad son tesoros que ningún revés agota. Yo jamás aprecié mucho las riquezas, porque, en mi concepto, la plata no da la paz ni la felicidad. Por otra parte, creo que lo necesario, cuando lo suministra una honrada y virtuosa medianía, siempre basta para satisfacer á los que viven como hemos vivido, sin abrigar otras aspiraciones que las que permiten la moderación y modestia.

Cultiva sin descanso tus preciosas facultades y procura adelantarte más y más en las labores y habilidades propias de tu sexo: la afición al trabajo y la economía son virtudes necesarias, indispensables en tu posición. Aun cuando te dejara yo una pingüe herencia, te aconsejaría lo mismo, porque nunca vale tanto el dinero, como cuando se le recibe en pago del trabajo ejecutado concienzudamente. La actividad, hija mía, es de un valor inmenso en la juventud; ella es la protectora de la virtud, y á ella son debidas las comodidades de una vejez honrada y tranquila.

Muchos hay que podían ser dichosos y no hacen más que lamentarse de las penalidades y espinas de la vida. ¡Ay! ¡es porque ignoran el medio de arreglar y moderar sus deseos! Siempre ansiosos de nuevos goces, su corazón queda vacío y nunca logran saciarle. No ven la felicidad sino en las vanas ilusiones que no es dado al hombre realizar. . . . Huye, hija mía, de asemejarte á estos seres desgraciados, y vive contenta con lo que te dé la Providencia.

Si fuere poco, no apetezcas más, ni juzgues más felices á los otros porque poseen más. El corazón de las mujeres, abierto comúnmente á las seducciones de la vanidad y amigo de todo lo que deslumbra la vista, es muy propenso á este defecto: ten cuidado de evitarlo. Si la fortuna mejora y eleva algún día tu posición, no por eso te vuelvas presumida y arrogante, ni pierdas el apego á la medianía. En tus ratos de ocio busca en la conversación de gentes juiciosas é instruídas, así como en la lectura de buenos libros, una distracción útil y entretenida. Pero no leas con la ligereza fatal con que lo hacen muchas jóvenes que sólo buscan escenas frívolas y cuadros fantásticos de una vida novelesca y extravagante. Lecturas de esta clase nada añadirían á tu instrucción ni tampoco te ayudarían en el desempeño de tus deberes. Lee despacio, con reflexión y poco de una vez. Vierte después en el papel las impresiones de tus lecturas, pues así se aviva

el ingenio, se temple la imaginación, se adorna la memoria y se perfecciona el talento. Pero antes de abrir un libro, consulta con una persona de luces y sigue sus consejos, teniendo presente que las novelas ocultan por lo común un gran peligro para la juventud, y que algunas de las mejores ocultan, bajo formas halagüeñas, un veneno mortal.

Sé siempre buena, afectuosa y complaciente para con los demás, y ten presente esta máxima que mi larga experiencia me enseñó. Los hombres son mejores que lo que se cree comúnmente; pero rara vez tan perfectos como quisieran parecerlo. Existe en su corazón el germen de las más sublimes virtudes, pero muchas veces la ligereza del genio, el interés ó la vanidad lo sofocan, y sólo Dios puede hacerlo revivir. Aquel cuyas palabras y acciones prudentes y modestas sean los indicios de un carácter sincero, generoso y noble, sólo debe merecer la estimación, como el único digno de tus prendas y de tu virtud.

En cuanto á las sociedades bulliciosas y las reuniones brillantes, éstas nunca te darán una felicidad apetecible. Acuérdate de que vale más vivir aislado que con el corazón vacío en medio de gentes vanas atolondradas y estragadas.

Si cumples fielmente con tus deberes, el cielo te bendecirá. Piensa en el amor que te he profesado hasta el momento de nuestra separación dolorosa, y después de haber llorado á tu mejor amigo, procura cobrar valor y fortifica tu alma con la contemplación del premio que Dios reserva á aquellos que en esta tierra le aman y le sirven sometién dose á su santa voluntad.

Adiós, mi amada hija, adiós; no olvides las últimas palabras de tu padre. — (VERDOLLÍN.)

LXII.

Una nariz.

(ANÉCDOTA DE CARNAVAL.)

—Ó yo soy de otra especie, ó tú calumnias á los hombres, serranita. Desata, sino, esa carátula envidiosa de mi dicha, y verás cómo, lejos de entibiarse, se aumenta mi cariño. Y no creas que es tan aventurada mi proposición. ¿Dónde puede residir esa fealdad con que pretendes asustarme? ¿No estrecho en la mía tu hermosa mano? ¿No me está enamorando tu pie donoso y pequeñuelo? ¿No me hieren los rayos de esos morenos ojos encantadores? Esas trenzas de ébano que forman tan bello contraste con la animada blancura de tu garganta, ¿de quién son sino tuyas?

—Pues con todos esos primores que tanto encareces, te aseguro que soy una visión y que has de horripilarte si me descubro.

—¡Oh que no! ¡Si es imposible!.... Tu cuerpo, tus facciones....

—¿Las has visto todas?

—Puedo decir que sí. La *nariz* es lo único.... (Aquí me interrumpió con una carcajada.) ¿Te ríes?.... ¿Eres acaso.... roma?

—Ó Cartago. ¿Qué sé yo? No te empeñes en averiguarlo.

—No, no es posible que una nariz anómala y heterogénea desluzca el grato conjunto de tantos atractivos. Y sobre todo, yo acepto todas las consecuencias del favor que te pido. Con esa boca, con esos ojos.... yo te permito que seas chata ó narigona.

—¡Imprudente!

—¡Ea, descúbrete! Salga el sol para mí á las dos de la mañana.

—¡Temerario!

—¿Me obligarás á que te lo ruegue de rodillas? ¿Me expondrás á ser la irrisión del baile?

—Basta; bien. ¡Tú lo quieres! Me vas á ver sin máscara. ¡Que hayamos de ser tan débiles las mujeres!... Pero, á lo menos, no sean mis manos las que abran la caja de Pandora. Recibe por las tuyas el castigo de tu loca impaciencia.

—¿Eso más? ¡Oh gloria! ¡Oh ventura! ¡Envidiadme, mortales! ¡Dadme la lira, oh musas! En este momento soy Píndaro, soy Tirteo....

—En este momento eres un insensato.

—¡Qué rabia! No acierto á desatar este nudo... Lo cortaré... ¡Ah! Ya está. ¡Hermo....

No pude concluir el vocablo; tal fué mi sorpresa, tal mi asombro, tal mi terror. ¡Qué nariz! ¡Qué nariz!! ¡Qué nariz!!! No hubiera creído que la naturaleza fuese capaz de llevar á tal extremo el pleonismo, la hipérbole, la amplificación. El soneto de Quevedo:

Érase un hombre á una nariz pegado....

sería pobre y descolorido para pintarla. Aquella no era nariz humana. Aquello era una remolacha, un alfanje, un guarda-cantón, una pirámide de Egipto. ¡Gran Dios! ¡Y dicen que nuestra patria se está regenerando! ¿Pues cómo se consienten todavía tamaños abusos? Si es justo condenar todo lo que se oponga á la marcha lenta, pero progresiva, de nuestras instituciones, todo lo intempestivo, todo lo *exagerado*, ¿cómo no se da una ley contra la *exageración* de las narices?

En medio del horror que me causaba aquella funesta mutación de escena, hubiera yo querido separarme de la nariguda serrana sin incurrir en la nota de grosero. Hice increíbles esfuerzos para proferir algunas frases de galantería... ¡Imposible! Si hubiera yo tenido delante de mí un espejo, estoy seguro de haber visto entonces la cara de un tonto.

Por dicha mía, la serrana, que sin duda había aprendido á resignarse con su deformidad y con todos los efectos de ella, se reía muy de buena fe, no sé si de mi conflicto ó de sí propia. Esto me dió ánimo para levantarme con pretexto de ir á saludar á un amigo, y sin osar mirarla otra vez, me despedí con un seco y displicente *á los pies de usted*.

El rubor daba alas á mis pies; la cólera me cegaba; me faltaba tierra para huir; tropezaba en muebles, en personas, en mí mismo, y me hubiera marchado á mi casa, sin esperar el coche ni rescatar la capa, á no haberme excitado la misma pesadumbre que tenía, un hambre tan desahogada. . . . como la nariz á cuya sombra anocheció mi alegría. Volé, pues, al *ambigú*, me apoderé de una mesa, arrebaté la lista, pedí lo que más pronto me pudieran traer; comí, no ya con apetito, con ira, de cuatro platos diferentes, y ya me iban á traer el quinto, cuando he aquí que se sienta enfrente de mí. . . . ¡Justicia divina! . . . la misma serrana, ó por mejor decir, la misma nariz que poco antes me había horrorizado. Mi primer impulso fué levantarme y correr; pero la chusca serrana me dejó petrificado, diciéndome con una dulzura infernal:

— ¡Qué! ¿Se va usted por no convidarme á cenar?

Yo me turbé como un necio. . . . y la *nariz* se reía, y por mi desgracia no se reía el galán que la acompañaba, que lo hubiera celebrado por poder desahogar contra él mi furor.

— Señora. . . .

— No le haré á usted mucho gasto. Un vaso de ponche á la romana, y nada más.

Semejante descaro me picó vivamente y resolví vengarme mofándome de ella.

— Tendré muchísimo gusto en obsequiar á usted, señorita; pero temo que esa nariz usurpe las funciones de la boca. Si no se quita usted la *careta*, no sé cómo. . . .

— Claró está. No había de beber con ella. Me la quitaré.

— ¡Cómo! ¿Qué dice usted? Pues

En esto echó mano á su nariz y ¡se la arrancó!

¡Pecador de mí! Era postiza, era de cartón, y quedó descubierta la suya verdadera, no menos agraciada y perfecta que las demás facciones de su cara.

¿Cómo pintar mi vergüenza, mi desesperación al ver tan preciosa criatura y al recordar la ligereza, la descortesía, la iniquidad de mi conducta? Iba á pedirla mil perdones, á llorar mi error, á besar postrado el polvo de sus pies; pero la cruel dió el brazo á su pareja, me desconcertó con una mirada severa, y desapareció, diciéndome fríamente: *Beso á usted la mano.* — (M. BRETÓN DE LOS HERREROS.)

LXIII.

El tremedal.

A veces sucede, en ciertas costas de la Bretaña ó de la Escocia, que un hombre, un viajero ó un pescador, caminando en bajamar por la playa, lejos de la orilla, observa de repente que, desde algunos minutos antes, va andando con alguna dificultad. Bajo sus pisadas, el suelo de la playa parece formado de pez, á la cual se pega la suela; aquello ya no es arena, es liga. La playa, sin embargo, está enteramente seca, pero á cada paso que se da, desde el momento en que se ha levantado el pie, la huella que él deja se llena de agua. Por lo demás, la vista no ha notado cambio alguno; la inmensa playa está llana y tranquila, toda la arena presenta el mismo aspecto, nada distingue el suelo que es sólido del suelo que no lo es ya. La alegre nubecilla de los pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente sobre los pies del transeunte. El hombre entre tanto prosigue su camino, marcha hacia adelante, se apoya en la tierra, y procura acercarse á la costa. No está inquieto. ¿Y

por qué inquietarse? Sólo que siente algo como si el peso de sus pies aumentara á cada paso que da. De improviso se hunde. Se hunde dos ó tres pulgadas. Indudablemente no va por buen camino, y se detiene para orientarse. De repente mira á sus pies. Sus pies han desaparecido. La arena los cubre. Saca al fin sus pies de la arena, quiere volverse sobre sus pasos, vuélvese, en efecto, hacia atrás, pero se hunde más profundamente. La arena le llega al tobillo; arranca los pies de allí y tira hacia la izquierda; la arena le llega á la mitad de las piernas; se inclina hacia la derecha, la arena le llega á las rodillas. Entonces ya reconoce con indecible terror que se halla empeñado y atascado en la playa resbalosa y movediza, y que tiene debajo de sí el medio espantoso en el cual es tan imposible al hombre marchar como al pez nadar. Arroja al suelo su carga si la lleva, aligerándose de peso como el buque que está en peligro; pero ya no es tiempo: la arena le llega por encima de las rodillas.

—Llama á gritos, agita el sombrero ó el pañuelo: la arena le va sepultando cada vez más; si la playa está desierta, si la tierra se halla demasiado lejos, si el banco de arena tiene demasiado mala reputación, si no hay algún héroe en las cercanías, es asunto concluído, está condenado al hundimiento. Está condenado á ese espantoso enterramiento, largo, prolongado, infalible, implacable, imposible de diferir ni de apresurar, que dura horas eternas, que no concluye nunca, que os coge de pie, libre y en plena salud, que os tira de las piernas, que, á cada esfuerzo que intentáis, á cada clamor que lanzáis, os arrastra un poco más abajo, que parece como que os castiga de vuestra resistencia acrecentando la presión, que hace sumergir lentamente al hombre en la tierra dejándole tiempo para mirar el horizonte, los árboles, la verde campiña, el humo de los hogares en la llanura, las velas de los buques en el mar, las aves que vuelan y que cantan, el sol, el cielo. El hundimiento es el se-

pulero convertido en marea y que asciende del fondo de la tierra hacia un ser viviente. Cada minuto es un supulturero inexorable. El desdichado procura sentarse, acostarse, arrastrarse; todos los movimientos que hace contribuyen á enterrarle cada vez más; se endereza, y vuelve á sumergirse más profundamente; se está viendo sepultar; brama, implora, grita á las nubes, se tuerce los brazos, se desespera. Vedle ya hundido en la arena hasta el vientre; la arena le llega al pecho; ya no es más que un busto; levanta las manos, lanza furiosos gemidos, clava sus uñas en el suelo de la playa, quiere asirse de aquella frágil ceniza, se apoya sobre sus codos á fin de sustraerse á aquel blando estuche que le encierra, á aquella vaina traidora que tan obstinadamente ciñe y circunda su cuerpo como la hoja de una espada, ya solloza frenético; la arena sube sin cesar. La arena llega á los hombros, la arena cubre el cuello; ahora ya sólo la cara es visible. La boca grita, la arena la tapa al fin; silencio. Los ojos miran aún, la arena los cierra; noche. En seguida, la frente decrece, un poco de pelo se estremece encima de la arena; una mano sale, ábrese paso al través de la superficie de la playa, se remueve y se agita, y desaparece. Siniestra desaparición ó supresión de un hombre.

A veces sucede que el jinete se hunde con su caballo; á veces el carretero se sumerge con la carreta; todo zozobra y se obscurece bajo aquella playa. Es el naufragio fuera del agua, el naufragio en seco, la tierra ahogando al hombre. Penetrada de Océano, la tierra se convierte en emboscada. Se ofrece como una llanura, y se abre como una onda. El abismo suele tener de estas traiciones. — (VÍCTOR HUGO. — *Los miserables*.)

LXIV.

Una visita.

— Beso sus pies, mi señora,
— Servir á usted caballero.
— Siéntese usted. Muchas gracias.
— Parece que está molesto ;
Tome el sofá. — No, señora ;
Estoy aquí bien : aprecio.
— Es que suele el taburete
Ser muy incómodo asiento.
— No, mi señora, estoy bien
Donde quiera que me encuentre.
¿ No tiene usted novedad ?
— No, señor ; gracias. — Celebro
¿ Y el señor don Luis ? — Salió
A la calle ha poco tiempo ;
Sin novedad. — ¿ Y el chiquito ?
— Gracias, señor, está bueno ;
¡ Es tan gracioso ! ¡ si viera !
¡ Tan lindo, que es un portento
Josefa, trae á Lisandro
A que le hable á don Anselmo.
(Y no responde.) ¡ Josefa !
¡ Josefa ! (¡ si se habrá muerto !)
¿ Pues ve usted ? Si las criadas
Sólo sirven de tormento...
— Sí, señora, y es difícil
Encontrar una entre ciento.
— Permitame usted, señor,
Que dentro de poco vuelvo.
Quizá será que Lisandro
Todavía está durmiendo.
— No vaya usted, mi señora,
Á despertarle. — No ; creo
Que está en el jardín jugando :
Le traigo en este momento.

— Dispense usted que le haya
Dejado solo. — Yo siento
Haber á usted molestado...
— No es molestia, don Anselmo.
Aquí le traigo á Lisandro:
Va usted á ver su espejo.
¡ Jesús! ¡ qué ropa tan sucia!
Parece sepulturero.
Venga, le ato la camisa,
Que tiene suelto ese cuello;
No le paran los botones,
Pues los arranca al momento;
Nada le dura... Es preciso
Hacerle ropa de cuero.
Arrímese, Lisandrito,
¿ No saluda á don Anselmo?
No sea tonto... — Venga acá...
¿ No me saluda? — No *quero*.
— ¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja! ¡ ja! ¡ qué gracioso!
Mírele usted... ¿ no es muy bello?
— Sí, señora, y no desmiente
Que usted lo llevó en su seno,
Lisandro, ¿ no me conocé?
Venga acá. — ¡ Qué majadero!
No le doy una cosita
Si no le habla á don Anselmo.
Si usted le viera, señor,
Cuando está solo: ¡ qué juegos!
¡ Qué gracias dice! no cesa
De hablar y decir portentos.
Le viera usted remedar
Á cuantos pasan: ¡ al perro
Lo imita tan bien!... Lisandro,
¿ Cómo hace Turco? — No *quero*.
— ¿ Así se dice á mamá?
¡ Que dirá este caballero!
Que es bobo; no, pero el niño
Sí me obedece, ¿ no es cierto?
Remede á Turco, mi hijito,

Y esta tarde va á paseo.
¿Cómo hace? ¿á ver? — Guá, guá, guá.
— ¡Qué bien lo hace! déme un beso.
La fábula diga ahora
Que aprendió en Samaniego.
— ¿Y sabe leer el chico?
— No, señor, ya va aprendiendo
Con una facilidad...
Casi todo el alfabeto
Lo sabe, y apenas hace
Unos seis meses y medio
Que empezó á aprender, pues tiene
Un admirable talento.
— Sí, señora, y lo demuestra
Lo que ha aprendido tan presto.
— Sí, señor, para su edad
Son seis meses poco tiempo...
— ¿Y qué edad tiene? — Siete años
Ha de cumplir en Febrero,
Y así tan niño se aprende
Cualquier cosa en un momento.
Diga, pues, la fabulita:
Deje el gato: estése quieto:
¡A ver! con formalidad;
Lisandro, no sea travieso...
La de la Zorra y el Busto,
Que estudió con tanto empeño.
— *La Zorra le dijo al Busto*
Cuando lo olió... — ¡Bueno! ¡bueno!
Siga... á ver... ¿ya no se acuerda?
— *Bonito, pero sin seso.*
— Muy bien, muy bien, Lisandrito.
Déme un abrazo, mi cielo.
¿No dijo con mucha gracia
La fábula, don Anselmo?
— Sí, mi señora, muy bien;
Habla con mucho despejo.
— ¡Y hasta oído de poeta
Va sacando el bribonzuelo!

— Sí, señora, pues recita
Con mucha gracia los versos.
— ¡Si esto es una maravilla!
¿No es cierto, hijito? ¿no es cierto
Que en usted tengo un tesoro?
¿No es cierto que vale un reino?
Don Anselmo, le aseguro
Que saben en estos tiempos
Tantas cosas los muchachos,
Que se hace duro creerlo;
Por esta razón yo juzgo
Que aprendidos nacen. — ¡Cierto!
Dice usted muy bien, y sabe
Más un muchacho que un viejo.
— Mi señora, hasta otro rato.
— ¿Por qué tan pronto? yo espero
Que no se vuelva á perder
Otra vez por tanto tiempo.
— Sí, señora, y más despacio
volveré... Mucho celebro
Que se halle sin novedad.
— Hasta después, don Anselmo.

Y así salió renegando
Este pobre caballero,
Harto ya de necedades
De la madre y del chicuelo.
Al verse libre en la calle
Alzó las manos al cielo,
Dándole gracias á Dios
Porque en libertad le ha puesto;
Pero lleno de basura
Y ajado vió su sombrero;
Se halló con bastón sin borlas,
Y con un guante de menos;
Manchados los pantalones,
Sucios casaca y chaleco:
Sólo entonces conoció
De Lisandrito el portento.

(GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.)

LXV.

El fugitivo.

Las tinieblas empezaban á difundirse, densas, aumentadas por la espesura del follaje en aquellos lugares imponentes. Había cesado la música de los pájaros, y otros ruidos muy distintos turbaban á intervalos el silencio de la selva. De apartados sitios, tal vez de los juncuales de la opuesta margen, llegaba ronca la que-rella del puma concolor, y entre los ceibos gruñía el *carpincho* sordamente al abandonar el fondo de las aguas. Al pie de negros arrayanes solía agitarse algo de invisible y temeroso, que el jinete ahuyentaba á su paso, lanzando un agudo silbido; el coatí se escurría gruñendo, el hurón volvíase á su cueva diligente, y el lagarto se deslizaba entre las yerbas con la rapidez de una saeta. A veces, presentábase de improviso un claro en la tupida bóveda y el manso fulgor de las estrellas se esparcía como una gasa blanquecina y transparente sobre el verde de las cúpulas, para desaparecer bien pronto con su girón de cielo, al penetrarse bajo nuevas y lóbregas techumbres. En estos senos oscuros brillaban infinitas fosforescencias, ojos luminosos entre las ramas, ejércitos desordenados de lampíridos que se esparcían en todo el largo del sendero cubriendo el ambiente de fantásticos resplandores. Diríase una banda de crespón, cuajada de lentejuelas de oro. En los grupos de guayacanes al final de este sendero, el *ñacurutú* lanzaba sus gritos tristes.

El jinete volvió á detenerse para observar el sitio, que parecía conocer en sus menores detalles.

Los guayacanes formaban una isleta rodeada de arenas al frente, y el sendero, un recodo. Por allí venía un aura fresca, trayendo el eco sonoro de agua que corre en cauce considerable.

Era el río.

El fugitivo avanzó con sigilo, reprimiendo la impaciencia de

su caballo que tropezó en algunos troncos de palmeras que obstruían la senda; magníficos ejemplares derribados por el *facón* ó la sierra, al solo objeto de poner el rico cogollo al alcance de la mano. Pronto respiró el jinete el aire libre, y vióse en la ribera arenosa, exhibiéndose á su frente un vado de pocos metros de anchura, y más allá, como alto muro negro, la selva secular que resguardaba con sus grandes y enmarañadas espesuras el otro borde del río. Acercó la espuela á los ijares, y recogiendo las piernas casi al nivel del lomillo, se entró sin vacilación en el agua. El alazán sumergióse hasta el pecho, resoplando. El paso estaba á *volapié*. Bien presto, entre bullente espuma, el caballo alcanzó la pequeña barranca y salvó el arrenal, sepultándose nuevamente bajo la diestra de su jinete, en un camino estrecho y tenebroso, semejante al recorrido.

Empezaba la segunda marcha, entre arboledas, lianas y malezas bajo profunda sombra sembrada de luciérnagas y coleópteros zumbadores. Esta parte de la selva era más tupida y opaca, difundiéndose su lobreguez á largas distancias. El sendero bifurcado aquí hubiera hecho titubear en pleno día á un caminante osado; en medio de la densa noche, sin embargo, guiado por el instinto el alazán ó por el amor de una *querencia*, sintiendo floja la rienda, enderezóse por el ramal izquierdo de aquella enorme Y trazada bajo el cielo del bosque por el pie de la alimaña, antes que por la planta del hombre. Su cuerpo rozaba las columnatas arbóreas, y la cabeza del jinete solía tocar el tejido de enredaderas, que tapizaban la bóveda, agitando en su tránsito todo un mundo invisible.

Transeurridos algunos minutos de marcha, el camino hizo una curva sensible, y empezó á ensancharse, presentando en la bóveda frecuentes claros. Próxima estaba una pradera. A esa altura, el alazán dió un relincho, y sacudió el cuello con alborozo.

El mozo de la melena llevó la mano á los labios en forma de bocina, y, á su vez, lanzó un grito especial.

Contestóle un silbido.

Siguió entonces avanzando; y penetró en la pradera.

En este espacio, á trechos despejado, el *matoojo*, el *sarandí* colorado y el *guabiroba* formaban islas, y en su suelo arenoso y caliente, preferido de los ofidios, hacía oír su silbo agudo y penetrante la víbora de la cruz. El jinete lo atravesó á paso rápido, y llegado que hubo á una nueva aspereza en que crecían el coronilla, el *timbó* y la «rama negra», desmontóse, siguiendo á pie con el caballo del cabestro, ya inclinándose para abrirse camino por pequeñas abras, ya evitando las espinas del *tala* ó del aramo, ya retrocediendo á ocasiones, para hacer diversos rodeos ó dejar paso libre á algún animal selvático sorprendido lejos de su madriguera.

Esta marcha no duró mucho.

Encontróse de pronto en un sitio descubierto tapizado de césped, en el que sólo se alzaban las «sombras de toro» hacia el fondo, junto á unas piedras, y apacentaban varios caballos vigorosos.

La selva ceñía esta pequeña pradera como un cinturón, sus trayéndola por completo á toda mirada investigadora. Era un asilo secreto, una guarida inaccesible, un *poirero* en el monte, fresco y fértil, circunvalado de acacias, higuerones, *plumerillos* y laureles blancos á que daba riego un brazo pequeño del río, y en donde ofrecíanse al alcance de la mano, como pródigos dones de un oasis salvaje, los agrestes frutos del guayabo, el *arazá* y el *pitanga*, y líquenes sabrosos, hongos blancos y morados en los troncos del *quebracho* ó del canelón fornido.—
(E. ACEVEDO DÍAZ.)

LXVI.

El castellano viejo.

—«Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mía.—Espera un momento, le contestó su esposa, casi al oído; con tanta visita, yo he faltado algunos momentos de allá dentro y.... —Bien, pero mira que son las cuatro.... —Al instante comeremos....» Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

«Señores, dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones; exijo la mayor franqueza: en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios.—No importa: te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala: un poco ancha te vendrá.—Pero, Braulio.... —No hay remedio: no te andes con etiquetas; y en ésto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados, se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación

de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa: así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos, una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento, porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques, como cuerpitos intermedios entre las salsas y las solapas.

—«Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el anfitrión, una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys»; frase que creyó preciso decir. Necia afectación es ésta, si es mentira, dije yo para mí; y si es verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburríamos unos á otros.

—«Sírvasse usted.—Hágame usted el favor.—De ninguna manera.—No lo recibiré.—Páselo usted á la señora.—Está bien ahí.—Perdone usted.—Gracias.—Sin etiqueta, señores,» exclamó Braulio, y se echó él primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato;

cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura:—siguíele un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro, y otros, y otros; mitad traídos de la fonda, que ésto basta para que excusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizecaína auxiliar, tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

«Este plato hay que disimularle, decía ésta de unos pichones; están un poco quemados.—Pero, mujer....—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más en el fuego! Se puso algo tarde.—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado?—¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.—¡Oh, está excelente! exclamábamos todos, dejándonoslo en el plato; ¡excelente! Este pescado está pasado.—Pues en el despacho de la diligencia del fresco, dijeron que acababa de llegar.... ¡El criado es tan bruto!—¿De dónde se ha traído este vino?—En eso no tienes razón, porque es....—Es malísimo.» Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido, para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas había podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.—«Señora,

no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenía. — ¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás.... — Usted, señora mía, hará lo que.... — ¡Braulio! ¡Braulio!

Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero, todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un gallo cebado; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. — «Este gallo no tiene coyunturas,» exclamaba el infeliz, sudando y forcejeando, más como quien cava, que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas, resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el gallo, violentamente des-

pedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera en el palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpiísima camisa: levántase rápidamente, á este punto, el trinchador, con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el gallo y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el gallo en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. — «¡Por San Pedro!» exclama, dando una voz, Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. «Pero sigamos, señores, no ha sido nada,» añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí, las hay para mí,

infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cecezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversaci6n; roncas ya las voces piden versos y décimas; y no hay más poeta que Fígaro.

«Es preciso.—Tiene usted que decir algo, claman todos.—Désele pie forzado; que diga una copla á cada uno.—Yo le daré el pie: *A don Braulio en este día.*—Señores, ¡por Dios!—No hay remedio.—En mi vida he improvisado.—No se haga usted el chiquito.—Me marcharé.—Cerrar la puerta.—No se sale de aquí sin decir algo.» Y digo versos, por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro al aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.—(MARIANO J. DE LARRA.)

LXVII.

Rumbo.

No hay luz. Una sombra ya
Ha borrado el horizonte,
Y en la cuchilla y el monte
La noche durmiendo está.
En vano la vista va

Buscando extraño fulgor,
Que al mirar en derredor
Todo el espacio apagado,
Parece un mundo enlutado
Por implacable dolor.

Morales, el paisanito
De las costas del Tornero,
Va en el lomo de su overo
Caminando al trotecito.
Lleva el rumbo bien escrito
En su mente y en su tino,
Que hasta la «Estancia del Pino»,
Conclusión de sus jornadas,
Hay diez leguas acostadas
Á lo largo del camino.

Y entre el monótono ruido
Del trote lento y pesado,
Y el barullo del recado
Que se queja de oprimido,
Y entre el alegre silbido
Y la marcha acompasada
De la coscoja bordada
Que se entretiene rodando,
Él va la noche escarbando
Con golpes de su mirada.

Pisa lomas, cruza el llano,
Pasa el arroyo y la sierra,
Como arreglando la tierra
Con la palma de su mano.
Y es tan seguro baqueano
Aquel resuelto jinete,
Que, cual si fuera un juguete,
Abras, sendas y picadas,
Parece que están atadas
Al cabestro de su flete.

Sigue el viaje; y olvidado
De estudiar el derrotero,
Piensa un rato, placentero,
En la prenda de su agrado.
Un pañuelo que le ha dado
Lleva al cuello como seña

De su esperanza risueña,
Y con febriciente anhelo
Besa agitado el pañuelo
Como si fuese á la dueña.

Corta campo, bien seguro
De no errar una pulgada,
Y la gramilla aplastada
Gime sobre el suelo duro.
No demuestra gran apuro
De dar fin á su excursión,
Y con la firme intención
De pronto encontrar la Estancia,
Mata el tiempo y la distancia
Entonando un pericón.

En la larga travesía
Recorre todo el pasado,
Un recuerdo perfumado,
Otro con melancolía;
Y siempre atento á su guía,
Se ve pintado en su ceño,
Que lucha con fiel empeño
Para dejar derrotadas
Las guerrillas avanzadas
Del ejército del sueño.

Y cuando el sol despertaba
Para alumbrar el camino,
En esa «Estancia del Pino»
Morales desensillaba.
Poco después se sentaba
Con el mate y la caldera,
Dejando gruesa bajera
Sobre el lomo del overo,
Como recurso certero
De sabia higiene campera.

(ELÍAS REGULES.)

LXVIII.

El hogar paterno.

La casa de mi madre, obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transecurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella á que se apegaba la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente á mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, ó ejércitos de soldados de la misma pasta para engreirme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos: uno, sirviendo de dormitorio á nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados á causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera, que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos

que un nuevo día llegaba, y con él, la necesidad de hacer por el trabajo frente á las necesidades. Algunas ramas de la higuera iban á frotarse contra las murallas de la casa y, calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban á la estación, ofreciendo para el 23 de Noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos é higuera fueron personajes, más tarde, de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, á no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomadas en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera, y cuanta fabricación femenina requería habilidad consumada, siempre fué encomendada á estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza, y deja poquísimos dineros.

Nuestra habitación permaneció tal como la he descrito hasta el momento en que mis dos hermanas mayores llegaron á la edad núbil: entonces hubo una revolución interior que costó dos años de debates, y á mi madre gruesas lágrimas, al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos que no eran aquellos de la existencia colonial de que ella era el último y más acabado tipo. Son vulgarísimos y pasan inadvertidos los primeros síntomas con que las revoluciones sociales que opera la inteligencia humana en los grandes focos de civilización, se extienden por los pueblos de origen común, se insinúan en las ideas, y se infiltran en las costumbres. El siglo

XVIII había brillado sobre la Francia y minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias y aun excitando odio y desprecio por las cosas hasta entonces venerandas, sus teorías políticas, al paso que habían trastornado los gobiernos, desligado la América de la España, y abierto sus colonias á nuevas costumbres y á nuevos hábitos de vida. El tiempo iba á llegar en que había de mirarse de mal ojo y con desdén la industriosa vida de las señoras americanas, propagarse la moda francesa, y entrar el afán en las familias por ostentar holgura, abundancia y distribución en las habitaciones, y por la hora de comer retardada de las doce del día en punto á las dos, y aun á las cuatro de la tarde. ¿Quién no ha alcanzado á algunos de esos buenos viejos del antiguo cuño, que vivían orgullosos de su opulencia en un cuarto redondo con cuatro sillas pulverulentas de vaqueta, el suelo cubierto de cigarros, y la mesa, por todo adorno, con un enorme tintero erizado de plumas de pato, sino de cóndor, sobre cuyos cañones, de puro antiguas, se habían depositado cristalizaciones de tinta endurecida? Éste ha sido, sin embargo, el aspecto general de la colonia, éste el menaje de la vida antigua. Encuéntrasele descrito en las novelas de Walter Scott ó de Dumas, y vense frecuentes muestras vivientes aun en España y en la América del Sur, los últimos de entre los pueblos viejos que han sido llamados á rejuvenecerse.

Estas ideas de regeneración y mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII, ¡quién lo creyera! entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas á la edad en que la mujer comprende que su existencia está vinculada á la sociedad, que tiene objeto y fin esa existencia, cuando empezaron á aspirar las partículas de ideas nuevas de belleza, de gusto, de comfortable que traía hasta ellas la atmósfera que había sacudido y renovado la revolución.

Las murallas de la común habitación fueron aseadas y blanqueadas de nuevo, cosa á que no había razón de oponer resistencia alguna. Encontróla la manía de destruir la tarima que ocupaba todo un costado de la sala con su *chuse* (1) y cojines, diván, como he dicho antes, que nos ha venido de los árabes, lugar privilegiado, en que sólo era permitido sentarse á las mujeres, y en cuyo espacioso ámbito, reclinados sobre almohadones (palabra árabe), trababan, visitas y dueños de casa, aquella bulliciosa charla que hacía de ellos un almácigo parlante. ¿Por qué se ha consentido en dejar desaparecer el estrado, aquella poética costumbre oriental, tan cómoda en la manera de sentarse, tan adecuada para la hoiganza femenil, por sustituirle las sillas en que, una á una y en hileras como soldados en formación, pasa el ojo revista en nuestras salas modernas? Pero aquel estrado revelaba que los hombres no podían acercarse públicamente á las jóvenes, conversar libremente y mezclarse con ellas, como lo autorizan nuestras nuevas costumbres; fué sin inconveniente repudiado por las mismas que lo habían aceptado como un privilegio suyo. El estrado cedió, pues, su lugar en casa á las sillas, no obstante la débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un extremo á tomar mate por las mañanas con su brasero y caldera de agua puestos en frente en el piso inferior, ó á devanar madejas, ó bien llenar de noche sus canillas para la tela del día siguiente. No pudiendo habituarse á trabajar sentada en alto, hubo de adoptar el uso de una alfombra para suplir la irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos años.

El espíritu de innovación de mis hermanas atacó en seguida objetos sagrados.

Protesto que yo no tuve parte en este sacrilegio que ellas cometían, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época.

(1) Palabra quichua, que significa alfombra.

Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, Santo Domingo y San Vicente Ferrer, afeaban decididamente la muralla. Si mi madre consintiera en que los descolgasen y fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba un aspecto nuevo y moderno y una elegancia refinada; porque era bajo la seductora forma del buen gusto que se introducía en casa la impiedad iconoclasta del siglo XVII[.]

La lucha se trabó, pues, en casa entre mi pobre madre que amaba á sus dos santos dominicos como á miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y á las preocupaciones de la época. Todos los días, á cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba á los santos como si quisieran decirles: «han de salir para afuera»; mientras que mi madre, contemplándolos con ternura, exclamaba: ¡pobres santos, qué mal les hacen donde á nadie estorban! Pero, en este continuo embate, los oídos se acostumbraban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque, vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo muchas veces adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse á ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto, y, de una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco á poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar el brazo á torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió á misa' ó á una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver lisas murallas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y á juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos para

pedirles perdón con sus oraciones, permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que al fin el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; y después del estrado y los santos, las miradas cayeron en mala hora sobre aquella higuera viviendo en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero para mi madre era una cuestión económica á la par que afectaba profundamente su corazón. ¡Oh! ¡si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía ó neutral ó inclinarme débilmente en su favor á causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia á todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar á la edad provecta, es un ser dotado de vida que ha adquirido derechos á la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba á su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, estallaban con nueva fuerza los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre, que se negaba obstinadamente á permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso hubieron perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol y el tem-

blar de las hojas sacudidas por el choque como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué éste un momento tristísimo, una escena de duelo y arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre; las lágrimas asomaron á sus ojos como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción mientras se preparaba la familia para salir á la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después, la higuera yacía por tierra, enseñando su copa blanquecina á medida que las hojas marchitándose dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que, por tantos años, había prestado su parte de protección á la familia. — (D. F. SARMIENTO.)

LXIX.

Caracteres.

Estos caracteres son tan generales, que nadie podría decir: —éste soy yo, sin ser un zonzo; ni dejar de serlo tampoco, diciendo: aquí no hay nada mío.

A don Petardo no se le puede decir cómo está usted, porque esta pregunta, que las más veces se arroja como cosa perdida, se le convierte á él en sustancia. La toma á la letra, y por supuesto no hay temor de quedar sin respuesta: él nos impondrá hasta los más remotos detalles de un fuerte cólico de que acaba de escapar; de las causas remotas y próximas que han podido producirlo; de cómo no puede ponerse al abrigo

de estas peligrosas influencias, por sus numerosos compromisos, atenciones, tareas, etc., etc.; de los resultados infaustos que habrían sucedido á su desastrosa muerte, felizmente evitada. Y no hay quien le diga á don Petardo: Señor grosero, á nadie le importa que haya usted estado malo, ni que lo esté actualmente, ni que esté muerto también: usted no vale nada, ni para la patria, ni para la ciencia, ni para nadie: usted es un pobre diablo; ¿por dónde se puede figurar que haya interés en saber los detalles de sus achaques tan insignificantes como su vida y su muerte? Conteste usted estoy bueno, aun cuando esté muriéndose, si no quiere pasar por un hombre insoportable, objeto del terror y de la fuga de todo el mundo. Sólo á los hombres como Napoleón se puede oír con gusto la narración de sus mezquindades.

—Y usted, don Serafín, usted no puede oír hablar de nada, sin traernos inmediatamente un cuento al caso; usted no puede vivir sino contando: todo lo cuenta usted, hasta sus más insignificantes pequeneces; usted no dice un juicio sobre nada, ni suyo, ni ajeno; se diría que usted es irracional al ver el ningún uso que usted hace de su razón;—pues, señor.... que me sucedió....—pues, señor, que salí....—pues, señor, que fuí....—pues, señor, que dije, que me dijo, que le contesté; y de aquí no hay quién lo saque á usted. Si al menos contase usted con alguna rapidez, con alguna gracia; y no que todo, de pe á pa cuanto ha sucedido lo ha de contar, y tampoco una, sino mil veces, y siempre del mismo modo. Usted no abstrae, no compendia, no reduce, no dice lo que hay en sustancia, sino que comienza desde lo más remoto como el Génesis. —«En el principio crió Dios el cielo y la tierra.» De modo que usted nos fatiga, nos da sueño, nos mata: usted es insoportable, don Serafín, cuando empieza á contar, es decir, toda su vida. Yo le diré cómo cuenta usted: para decir que está herido en una mano, dice usted:—«Pues, señor, ayer á eso

de mediodía pasaba por el café de Catalanes, y se me antojó entrar. Ha de advertir usted que yo jamás entro al café, porque á pesar de que siempre he sido muy afecto al billar, que es un juego tan lindo, como usted sabe, y mucho más para los que lo entendemos un poco, desde que me casé, tengo por costumbre almorzar en casa. Merceditas no quiere almorzar sola, me ruega que la acompañe, me engaña con sus monadas, ya usted la conoce, y cada día está peor. Allí encontré á Pepe que estaba tomando un panal, con Anastasio, el hijo de la viuda de Peñalves. Apenas entré, ya oí que me decían de atrás, porque yo entré distraído, como ando siempre, ya usted conoce mi cabeza, oí que me gritaban: — «Serafín, Serafín»; dí vuelta, y me encontré á Pepe. Me acerqué y me hizo sentar y llamó al mozo y le pidió otro panal; y ya comenzamos á embromar: esto fué embromar y embromar, que cuando acordé eran ya las tres; le dije: Pepe son las tres y en casa se come á las dos; me voy. — Luego hace una hora que han comido: vente conmigo, Serafín, vamos á comer á casa. Me instó, me rogó, me molió y tuve que ir. ¡Pobre Pepe! somos íntimos desde chiquitos. Anduvimos juntos en la escuela; su madre tenía extremos conmigo; nos mandaba á jugar á la calle apenas iba yo á su casa. Pues, señor, que comimos, que conversamos, que embromamos, que dormimos la siesta, que nos levantamos, que tomamos mate y nos vestimos. En esto pasa uno de estos que pone cristales y dice Pepe: — Hombre, deseando estaba uno de estos gringos, — y abrió la ventana y le dijo: — schit, schit, y dió vuelta el gringo y vino. Eran grandes los cristales, y dijo: Es preciso achicarlos un poco. Sacó el diamante y cortó uno; me acerqué, y de puro curioso, ya sabes lo que soy yo, tomé el diamante. Entonces me dijo Pepe: «¿á qué no sabes cortar un vidrio?» — «Y le dije á que sí sé.» Tomé el diamante y rayé; y al tomarlo para partirlo se me escapó, y al barajarlo me corté en esta mano que tengo atada. — Hijo de

Satanás: ¿y en dos palabras no podías decir toda esa bobería, sin acumular sobre nuestra paciencia tanta ociosidad que para maldita la cosa viene al caso? Vete, demonio; y ojalá no fuera sino tuyo este maldito vicio: raro es el viejo y la vieja, y el mozo y la moza que no se te parezca.

—¡Eh!.... Aquí está otro que no sabe hablar de sí propio. Éste es don yo. Yo para todo, yo en todas cosas, y siempre yo. Yo tengo una fortuna.... Vd. no sabe lo que soy yo.... Yo soy la criatura más rara.... Sólo yo me entiendo.— Es la fraseología constante de don yo. El yo es odioso, ha dicho Pascal; el yo es ridículo, ha dicho Nodier. Pero don yo no lee ni á Pascal ni á Nodier. Y aunque los leyese, él siempre diría: — «Con esto no tengo que ver yo.» Se puede calcular la necesidad de un hombre fácilmente por el número de *yoes* que emplea por minuto en una conversación ordinaria, porque todo necio, todo zonzo, todo grosero, todo hombre sin crianza empieza y acaba todas sus frases por el vocablo *yo*.

— Véanlo á don Ceferino. Trae setenta años sobre las espaldas, y setenta mil canas sobre la cabeza, y setenta mil necesidades dentro de la cabeza. Para él no hay nada bueno en estos tiempos: ni religión, ni ciencia, ni riqueza, ni moral; todo ésto pereció con la era de oro de nuestros virreyes; y si no lo confiesa él así, á lo menos lo siente así. Devorado de envidia y de cólera contra la superioridad de la juventud que no puede contestar, no pudiendo comérsela, gasta á lo menos con ella una severidad de bronce, que él traduce hipócritamente en un interés puro por sus progresos. Todo joven que sabe algo y da esperanzas, nunca carece de alguna tacha por la cual no sea para él un joven malo, licenciado, temible. En teniendo una toda la rudeza suficiente para hacerle caso, en celebrando con carcajadas vulgares sus gracias necias, en abriendo la boca á sus enormes barbarismos, ya es uno el joven más cumplido, más instruído, más hábil, más digno de servir de norma y de esperanza para todos.

Ahora reparen ustedes en el lector; tiene tal vez de todos estos caracteres: es tal vez otro don Serafín, otro don yo. Sin embargo él se quedará riendo de ellos, ponderando su exactitud y aplicándolos á sus distintos amigos.

Así son siempre los lectores necios, es decir, casi todos los lectores:—encuentran exacto lo que ven censurado; cuidan de aplicar á los demás, pero ni por el pensamiento les pasa la sospecha de que á ellos también puede ser aplicable.

¡Triste condición la nuestra! Que no ha de ser posible corregir á un hombre con preceptos generales, sino que ha de ser necesario decirle:—Usted es un necio, un impertinente, un torpe, un mal hombre; lo cual es lo mismo que decirle:—desde hoy ya es usted mi mortal enemigo, sin dejar por eso de ser todo lo que es.—(JUAN B. ALBERDI.)

LXX.

Al pasar.

Sola en el campo, en la arruinada ermita
Á la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Vestía el traje villanesco, saya
Corta, listada, un delantal
Festonado con cintas, de anafaya,
Y una toca plegada de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
Si pude conocerla; ¡cuán gentil!
Más fresca que las néveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz era de un timbre
Más suave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color!

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
No atinó á recordarme, se turbó;
Mas luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

—«¡Cómo! ¿sois vos? me dijo conmovida;
«¡Vos aquí en la comarca!... ¿la salud
«Sentís de nuevo acaso enflaquecida,
«Y en procura volvéis de aire y quietud?»

—«No, Blanca, á otro país voy de camino;
«No cual en otro tiempo vuelvo aquí,
«Enfermo y fatigado peregrino,
«En busca de la calma que perdí.

«Y bien lo siento, á fe... ¡ah, quién me diera
«Habitar otra vez el romeral,
«Perderme entre la viña en la pradera,
«Beber el agua virgen del raudal!»

No era é e el desco caprichoso
Del que aspira á una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldeana bella
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando: —«¡Ya murió!»

—«¡Murió! ¿cuándo murió?» —«Cumplirá un año
«Lo que empiecen las uvas á pintar;
«Dios alejó al pastor de su rebaño.
«¡Ah! si vierais, ¡desierto está el hogar!»

Yo estimaba á aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingenuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

— «¿ De qué murió? » la dije. — « Estaba fuerte
« Como el tronco que veis de ese abenuz;
« ¡ Un día entre la mies le halló la muerte
« Allí donde se alza aquella cruz! »

— « ¿ Y os dejó alguna hacienda? » — « Lo bastante
« Para vivir: la casa, y más aquel
« Molino que se ve blanquear distante,
« Los bueyes, el sembrado y el verjel. »

— « ¡ Pobres! ¿ y tú madre? » — « Lloro el día entero;
« Si queréis verla os llevaré: venid,
« Está allá abajo al canto del otero,
« Á la sombra tejiendo de la vid. »

— « Es tarde ya, » la contesté; « y aun queda
« Lejos la aldea adonde voy: á más
« Temo afligirla; el cielo la conceda
« El consuelo á sus penas, la dirás. »

— « Mas al menos, » repuso, los colores
« Animándola el rostro, « aceptaréis
« Del jardín de mi padre algunas flores
« Plantadas por su mano: ¿ os negaréis? »

¡ Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguíla, pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

(C. GUIDO SPANO.)

LXXI.

La conciencia.

Caín con las greñas dispersas, seguido de su mujer y de sus hijos, cubierto con pieles de animales, llegó al caer de una tarde al pie de una montaña.

Su mujer y sus hijos le dijeron:

— Echémonos á tierra y durmamos.

Caín no podía dormir; permaneció despierto al pie del monte.

Levantó por casualidad la cabeza, y en el fondo de los negruzcos cielos vió un ojo muy grande abierto en las tinieblas, que le miraba fijamente.

— ¡Estoy demasiado cerca! murmuró estremeciéndose; y despertando á sus hijos y á su fatigada mujer, comenzó otra vez su precipitada fuga.

Caminaba con la palidez en el rostro, estremeciéndose al menor ruido, mirando atrás sin descansar, sin dormir, sin detenerse: pronto hubo llegado á las orillas del mar en el país donde más tarde se estableció Asur.

— Paremos, dijo, porque este sitio es seguro, detengámonos: hemos llegado á los confines del mundo.

Pero al sentarse, vió entre los sombríos cielos el mismo ojo que le contemplaba. Entonces se estremeció y se apoderó de él un vértigo.

— ¡Escondedme! gritó.

Y con el dedo en la boca, los hijos contemplaban al anciano, que temblaba fuera de sí.

Caín dijo á Tabel, padre de los que habitan el desierto bajo tiendas de pelo:

— Extiende hacia este lado la tela de tu tienda.

Y la tela fué extendida, y cuando estuvo asegurada con

pesos de plomo, preguntó Tsila la niña blonda, la hija de sus hijos, con voz dulce como la aurora:

—¿Veis algo todavía?

Y Caín respondió:

—¡Aun veo el mismo ojo!

Tabel, padre de los que atraviesan las aldeas soplando la gaita y golpeando el tamboril, exclamó:

—Yo sabré construir una barrera.

Y construyó un muro de bronce y detrás colocó á Caín.

Y Caín dijo:

—El ojo me mira aún.

—Es preciso construir un círculo de torres tan formidable, que nada pueda acercarse á él. Edifiquemos una ciudad con su ciudadela, y la cerraremos después.

Entonces Tubalcain, padre de los herreros, construyó una ciudad maravillosa. Mientras la edificaban, sus hermanos cazaban á los hijos de Enós y á los de Seto: si alguien pasaba por allí, se le quitaban los ojos; por la noche arrojaban flechas á las estrellas. El granito reemplazó á las paredes de tela; unas piedras estaban unidas á las otras con lazos de hierro; parecía aquella una ciudad infernal; la sombra de las torres extendía la noche por los campos vecinos; los muros tenían el espesor de los montes; sobre la puerta se grabaron estas palabras: *Ni Dios pasa.*

Cuando todo estuvo concluído, colocaron al abuelo en medio de una torre de piedras. Allí permaneció inquieto y lúgubre.

—¡Padre mío! preguntó con voz temblorosa Tsila, ¿ha desaparecido?

Y Caín respondía:

—No, aun lo veo.

Y añadió:

—Quiero vivir debajo de la tierra como un muerto, debajo

de su sepulcro. Nadie me verá, ni tampoco verá yo cosa alguna.

Y se abrió un hoyo y Caín dijo:

—Está bien.

Después descendió él solo al interior de aquella sombría bóveda. Cuando estuvo sentado en su silla en la oscuridad, y luego que sobre su cabeza hubieron cerrado la puerta del subterráneo, Caín levantó la cabeza y quedó aterrado: el ojo estaba dentro de la tumba y lo miraba fijamente.—(VÍCTOR HUGO.)

LXXII.

Los Sargentos de Tambo Nuevo.

(UN EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA.)

El enemigo, mientras tanto, á pesar de su reciente victoria, carecía de víveres y de elementos de movilidad, y refugiado en las alturas, rodeado de poblaciones hostiles, hallábase reducido á una completa nulidad. El general argentino, aprovechándose de esta circunstancia, destacó montoneras y partidas en todas direcciones, con el objeto de estrechar su círculo de acción; comisionó á Cárdenas, Lanza y otros caudillos, para que con sus indios procurasen cortar sus comunicaciones con la Paz y el Desaguadero, y destacó á algunos oficiales de valor acreditado, para que hostilizaran de más cerca los destacamentos que aún no se habían reconcentrado á Condo. Entre estos jefes de partida empezó á distinguirse entre amigos y enemigos el teniente de Dragones don Gregorio Araoz de La Madrid. Activo y fogoso, reunía á las puerilidades de un niño, la audacia de un héroe de leyenda. Aunque poco capaz de concebir un plan militar, tenía todas las calidades que se requieren para golpes de mano temerarios. El general supo utilizar sus dis-

posiciones. Un día lo llamó y le dijo: «Esoja usted cuatro hombres de su compañía y marche á traerme noticias exactas de la vanguardia enemiga que está en Yocalla.» Al poco rato volvió La Madrid con sus cuatro voluntarios, y le dijo: «Mi general, ya estoy pronto y sólo falta que V. E. me dé un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo, y poderle traer las noticias con la exactitud que desea.»—El general Belgrano le contestó sonriéndose: «Usted sabrá proporcionarse el pasaporte.» La Madrid, guiado por un indio por senderos excusados, y trasnochando con una gran nevada, fué á amanecer sobre el campo de Yocalla, donde se hallaba Castro con su división, y á cuatro cuadras de él, tomó prisionera una partida de cinco hombres, que había salido á hacer su descubierta sobre la nieve. Dos de estos prisioneros pertenecían á los juramentados en Salta, y los dos fueron remitidos al general para que le diesen las noticias que necesitaba.

Hallándose La Madrid á la cabeza de 12 hombres (pues había recibido un refuerzo de 8 hombres), se consideró en aptitud de acometer empresa de mayor magnitud, y resolvió sin pérdida de tiempo atacar una compañía de cazadores montados, que sabía haber destacado el jefe de la vanguardia realista, con el objeto de cortarle la retirada luego que él se comprometiese en la quebrada de Tinguipaya, que era el camino preciso que debía llevar para acercarse á Yocalla. En la noche del 24 de Octubre, púsose en marcha á la cabeza de su pequeño destacamento, con el ánimo resuelto de sorprender los cazadores enemigos, que según noticias se habían situado en el portezuelo de la quebrada, en la posta denominada de Tambo Nuevo. Para llegar á este punto, se hacía necesario remontar una áspera cuesta flanqueada por hondos despeñaderos. La Madrid, que conocía el terreno, hizo adelantar como batidores á los soldados José Mariano Gómez, tueumano, y Santiago Albarracín y Juan Bautista Salazar, cordobeses. Estos tres va-

lientes soldados llegaron al pie de la cuesta, echaron pie á tierra, y la subieron silenciosamente con el caballo de la rienda. Al pisar la cumbre, creyeron oír el relincho de un caballo, y muy luego vieron brillar á la distancia la luz de la posta, y acercándose más, distinguieron perfectamente un centinela apostado en las casuchas. Deslizándose como sombras y aproximándose á ellas al abrigo de las quiebras del terreno, se convencieron de que allí estaban en efecto los realistas, pero á la excepci3n de los relinchos de los cincuenta caballos de la compa1a encerrados en el corral de Tambo Nuevo, ning3n rumor llegaba á sus 3idos. Los tres batidores siguieron avanzando, y descubrieron un cuerpo de guardia. Era la avanzada de la compa1a enemiga. El centinela estaba desentado 3 dormía inclinado sobre el fusil. Las armas estaban apoyadas contra la pared á cargo del centinela. En el interior del rancho ardía un candil encima de una carpeta, sobre la que se veía un naípe. A su alrededor dormían tranquilamente once soldados. A poca distancia á retaguardia, descansaba el resto de la compa1a en número de cuarenta hombres.

Los tres batidores concibieron el atrevido proyecto de apoderarse solos de la guardia. Pensarlo y hacerlo fué la obra de un momento. Uno de ellos se lanzó rápidamente sobre el centinela, y lo desarmó y rindió, antes que pudiera articular un grito de sorpresa; otro se apoderó de las armas; y el tercero, colocándose en medio del resto de la guardia con su carabina amartillada, intimó á todos rendici3n. Todos se rindieron, y uno por uno fueron maniatados, por los tres batidores, quienes echándolos por delante volvieron á bajar la cuesta. El sargento de la guardia prisionera, aprovechándose de las fragosidades del terreno, se arrojó por un despe1adero, y fué á dar la alarma al resto de la compa1a que aun dormía tranquila.

Los batidores de La Madrid se incorporaron muy luego á él, y le presentaron once prisioneros y doce fusiles. Sin ti-

tubear, avanzaron los doce dragones patriotas en busca del grueso de los cazadores enemigos, que encontraron ya en marcha en disposición de bajar la cuesta. Trabóse un tiroteo en la obscuridad de la noche, y los realistas en la creencia de ser atacados por fuerzas superiores, se replegaron á la posta, y fortificándose en el corral de piedras, gritaron: *¡Viva la Patria!* en señal de rendición, cesando el fuego. Las primeras luces del alba les hicieron conocer el corto número de patriotas, y entonces volvieron á romper el fuego, pero sin abandonar los muros del corral.

La Madrid emprendió entonces su retirada, más pesaroso de no haber tomado la compañía entera, que satisfecho de la ventaja obtenida. Llegados al cuartel general con los prisioneros, los tres valientes batidores fueron recompensados por el general Belgrano con el glorioso título de *Sargentos de Tambo Nuevo*, con el cual han pasado á la historia, para enseñar que cuando un ejército está animado de nobles pasiones, hasta los simples soldados tienen las inspiraciones de los héroes. — (B. MITRE.)

LXXIII.

El médico á palos.

Don Jerónimo. — Anímate, hija mía, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Ésta es la niña, señor doctor. ¡Hola! arrimañ sillas.

(Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pie.)

Bartolo. — ¿Conque ésta es su hija de usted?

Don Jerónimo. — No tengo otra, y si se me llegara á morir, me volvería loco.

Bartolo. — Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué? no hay más

que morirse sin licencia del médico? No, señor, no se morirá.... Vean ustedes aquí una enferma que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre más tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro á usted.... ¡Bonita cara tiene!

Doña Paula. — ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Don Jerónimo. — Vaya, gracias á Dios que se ríe la pobrecita.

Bartolo. — ¡Bueno! ¡Gran señal! ¡gran señal! Cuando el médico hace reír á las enfermas, es linda cosa.... Y bien, ¿qué la duele á usted?

Doña Paula. — Ba, ba, ba, ba.

Bartolo. — ¡Eh! ¿qué dice usted?

Doña Paula. — Ba, ba, ba.

Bartolo. — Ba, ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es ésa? Yo no entiendo palabra.

Don Jerónimo. — Pues ése es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted qué desconsuelo para mí.

Bartolo. — ¡Qué bobería! Al contrario, una mujer que no habla es un tesoro. La mía no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaría muy bien de curarla.

Don Jerónimo. — A pesar de eso, yo le suplico á usted que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

Bartolo. — Se la aliviará, se la quitará: pierda usted cuidado. Pero es curación que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

Don Jerónimo. — Sí, señor, con bastante apetito.

Bartolo. — ¡Malo!.... ¿Duerme?

Andrea. — Sí, señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

Bartolo. — ¡Malo!.... ¿Y la cabeza la duele?

Don Jerónimo.—Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

Bartolo.—¿No? ¡Malo!... Venga el pulso... Pues amigo, este pulso indica... ¡Claro! está claro.

Don Jerónimo.—¿Qué indica?

Bartolo.—Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

Don Jerónimo.—¿Secuestrada?

Bartolo.—Sí, por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho: curará.

Don Jerónimo.—Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

Bartolo.—Este accidente ha podido proceder y procede (según la más recibida opinión de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora doña Paulita el uso expedito de la lengua.

Don Jerónimo.—¡Este hombre es un prodigio!

Lucas.—¿No se lo dijimos á usted?

Andrea.—Pues á mí me parece un macho.

Lucas.—Calla.

Don Jerónimo.—Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

Bartolo.—Se puede y se debe hacer.... El pulso.... (Tomando el pulso á doña Paula.) Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

Don Jerónimo.—¿Y qué dijo?

Bartolo.—Cosas divinas.... La otra....

La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.

A ver la lengüecita.... ¡Ay, qué monería!.... Dijo.... ¿Entiende usted el latín?

Don Jerónimo.—No, señor; ni una palabra.

Bartolo.—No importa. Dijo: *Bonus bona bonum*. Que quiere decir, que esta falta de coagulación en la lengua la

causan ciertos humores que nosotros llamamos humores.... acres, proclives, espontáneos, y corrumptentes. Porque como los vapores que se elevan de la región.... ¿Están ustedes?

Andrea. — Sí, señor; aquí estamos todos.

Bartolo. — ...de la región lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazón, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es, según la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores.... ¿Me explico?

Don Jerónimo. — Sí, señor; perfectamente.

Bartolo. — Pues, como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Docceo, docces, docere.* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

Don Jerónimo. — Cuanto hay que decir.

Ginés. — Es mucho hombre éste.

Don Jerónimo. — Sólo he notado una equivocación en lo que....

Bartolo. — ¿Equivocación? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

Don Jerónimo. — Creo que dijo usted que el corazón está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

Bartolo. — ¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí, señor; antiguamente así sucedía, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

Don Jerónimo. — Perdone usted si en esto he podido ofenderle.

Bartolo. — Ya está usted perdonado. Usted no sabe latín, y por consiguiente está dispensado de tener sentido común.

Don Jerónimo. — ¿Y qué le parece á usted que debemos hacer con la enferma?

Bartolo. — Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se le darán unas buenas friegas.... bien que eso yo mismo lo haré.... y después tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

Andrea. — ¡Qué disparate!

Don Jerónimo. — ¿Y para qué es buena la sopa en vino?

Bartolo. — ¡Ay amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pía máter, y hace hablar á los mudos.

Don Jerónimo. — ¡Pues no lo sabía!

Bartolo. — ¡Si usted no sabe nada!

Don Jerónimo. — Es verdad que no he estudiado ni....

Bartolo. — ¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted cómo á los loros los atracan de pan mojado en vino?....

Don Jerónimo. — Sí, señor.

Bartolo. — ¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos también á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará más que siete papagayos.
— (MORATÍN.)

LXXIV.

Tiro de bolas.

Era la tarde: el sol triste
Descendía lentamente,
Y al pie de los altos montes
Lanzaba sus rayos tenues,
Sus apagados destellos
Reflejaban débilmente
En la cima de una sierra

Llena de misterios siempre,
Que el Uruguay atraviesa
Con blanda y fugaz corriente.
Trinaban las avecillas,
Gemía amoroso el césped,
Y las perdices saltando
Ocultas entre las mieses,

De cuando en cuando turbaban
 Con ronco vuelo (que miente
 El ruido del cascabel,
 Que da nombre á horrible sierpe),
 El majestuoso silencio
 De aquella llanura verde,
 Donde la vista engañada,
 A lo lejos, muchas veces,
 Mira un bello panorama
 Que en el espacio se pierde.
 Era la hora más triste
 Que el vistoso campo tiene,
 Cuando el crepúsculo errante
 Su manto de sombra extiende.
 Hora de afán y misterio
 Y de asechanzas alevés,
 Que al hallarse en despoblado
 El cauto gaucho teme,
 Si su alazán fatigado
 No camina velozmente
 Hasta encontrar algún rancho
 Donde poder guarecerse,
 Y descansar sin recelo
 Mientras el alba amanece.

Aquella hora misteriosa
 Para el indígena tiene
 Un encanto indefinible,
 Que á solas marchando siente.
 La vista de sus *cuchillas*,
 De sus bosques eminentes,
 De sus plácidos riachuelos,
 Del ganado, que rebelde
 Prisionero en los corrales,
 Mostrar su altivez aun quiere;
 Las carretas que crujiendo
 Hacen resonar sus ejes,
 Con un monótono ruido
 Que anuncia su marcha breve;
 El mesurado galope

De algún próximo jinete,
 Que al pasar, si no conoce
 Saluda muy cortésmente;
 Y si es amigo al instante
 Su brioso corcel detiene;
 Y sobre todo, el silencio
 Que al tumulto se sucede,
 Cambiando la escena entera
 Cuando las sombras descienden
 En los últimos reflejos
 Que el sol moribundo vierte,
 Todo reunido despierta
 En su fantasía ardiente
 Una emoción que le agita
 Pero que explicar no puede.

.....
 Pero triste, silenciosa,
 La luna por Occidente,
 Con aureola encarnada
 Entre las nubes se mece,
 Y rápida por instantes
 En lento girar asciende,
 Iluminando los campos
 Do con lumbre transparente
 En la empinada *cuchilla*
 Su albo disco resplandece.
 Y Celiar sin zozobra,
 Porque es aunque joven fuerte,
 Por la mitad de la sierra
 Iba al trote lentamente.
 Cuando huyendo el *baqueano*
 Le grita: ¡los indios vienen!
 Sin inmutarse el gallardo
 Mancebo la cara vuelve,
 Echa mano á las pistolas,
 Y valeroso detiene
 Al ágil potro que para
 Las orejas velozmente;
 Observa á poca distancia
 Diez hombres de poncho verde,

Cuyos rostros, bajo un ancho
 Pañuelo desaparece.
 El joven conoce al punto
 Cuál es su intención aleve,
 Y juzgando contra tantos
 Imposible defenderse,
 Cierra espuelas á su potro
 Y en la fuga busca inerte
 Su salvación... ¡Vano empeño!
 Los que alcance le dan, tienen
 En vez de caballos, águilas
 Que el aire veloces hienden;
 Y ¡deteneos! le gritan
 Más furiosos persiguiéndole,
 Y arrojándole las *bolas*
 Que silbando y revolviéndose,

En los pies de su caballo
 Se enredan como serpiente
 Que en derredor de su presa
 Sus mil anillos extiende,
 Al instante, encadenado,
 El parejero no puede
 Ni obedecer á la espuela,
 Ni romper sus grillos fuerte;
 En inútiles esfuerzos
 Se agita, pugna, pretende
 Sacudir sus ligaduras;
 Pero vacilando pierde
 El equilibrio, y al punto
 Da en tierra con el jinete,
 Como formidable mole
 Que de un monte se desprende.

(A. MAGARIÑOS CERVANTES.)

LXXV.

El Tupungato.

Una tarde, á la caída del sol, bajábamos en la posta del Desaguadero, desde donde yo esperaba divisar las Cordilleras. A medida que el astro descendía en un horizonte brumoso, se dibujaba allá en los cielos un domo inmenso, un hemisferio, que parecía más bien una ilusión de óptica. Era el Tupungato que estaba velado por la bruma de la tarde, y que empinaba su cabeza sobre el horizonte opaco, como si estuviera pendiente del firmamento y separado del mundo. Con el crepúsculo, se elevaron nuevos vapores que ocultaron aquel portentoso, dejándome una anhelante y religiosa impresión. ¡Ya había entrevisto á mis queridos Andes!

Al otro día hice el camino en una constante ansiedad, divinando por momentos algunas cimas nevadas, cuando los ár-

boles ó el polvo lo permitían. Pero, en la mañana siguiente, desde el Ramblón á San Martín, el espectáculo era imponente, pues la vista abarcaba una dilatadísima extensión de la cadena de los Andes.

¿Qué es la vista de los Alpes desde Claréns, en comparación de la de los Andes desde la despejada campaña de Mendoza? Allá ha podido Byron lanzar esta exclamación, cuya religiosidad admira Michelet: «Lo que aquí se siente está más alto que una pasión individual, más que todo amor de este mundo. Es el sentimiento de lo grande, de lo sublime, del amor universal.» A la vista de los Andes, el alma enmudece, la palabra no asoma á los labios, porque la impresión que se siente no tiene lenguaje.

Una inmensa cadena de brillantes colosales cruza el horizonte á la altura de los cielos hasta donde puede alcanzar la vista, del austro al setentrion. Las líneas circulares y suaves del cerro de Tupungato contrastan con los angulosos picos de la sierra de las Vacas, y con la caprichosa punta del Aconcagua que, más atrevido que todos, se remonta á la región del éter, mostrando el último esfuerzo que la tierra ha hecho para alcanzar á los dominios del sol. Por el sud se prolongan, hasta perderse de vista, los esbeltos cerros, los bultos de apilados picos, figurando el conjunto de las torres de una ciudad aérea, las curvas sinuosas que, ora se remontan, ora descienden, dibujando de plata el azul de la atmósfera.

¡Salve, portentosos Andes! ¡Al fin vuelvo á vuestros brazos á sentir el halago de vuestras brisas! ¡Salve, generadores de la vida, que distribuíis los climas y los vientos, el calor y el agua, que formáis los valles templados de las mieses, y las ardientes hojas del café, del ananá y la chirimoya! ¡Sois la imagen del infinito, centro de poesías y de verdad, que habéis afrontado los siglos de una eternidad, siempre jóvenes y bellos!—
(J. V. LASTARRIA.)

LXXVI.

La última bendición de mi padre.

Han pasado muchos años: yo era un niño que apenas contaba cinco de edad; pero el recuerdo de aquella escena estará siempre vivo en mi mente.

Era una tarde de otoño, lloviznosa y fría, y yo estaba sentado en un corredor junto al jardín rodeado de mis juguetes, que en aquella edad y aquellos momentos era mi única ambición, mi felicidad, mi todo. «Ven conmigo,» — me dijo, acercándose á mí una hermana de mi madre. «Déjeme jugar,» — le respondí; pero ella, sin decir nada, me tomó en sus brazos. Yo noté en su voz que había un acento extraño, y ví que estaba muy pálida y que tenía lágrimas en los ojos. Yo no podía comprender qué era aquello; pero ella me conducía á toda prisa, y no atendía á mis preguntas.

Entramos en el aposento de mi padre: todo estaba cerrado, y apenas penetraban algunos rayos de luz por un postigo entreabierto. Había muchas personas allí; pero reinaba un silencio tan profundo como en una iglesia.

En un extremo del aposento estaba la cama de donde mi padre no se levantaba hacía mucho tiempo; apenas se podía distinguir el bulto de su cuerpo bajo las blancas y delgadas sábanas que lo cubrían: tenía su hermosa cabeza reclinada hacia atrás sobre altas y muelles almohadas; y me pareció más pálido y más triste que nunca. Mi madre estaba de pie, junto á la cabecera del lecho, y de cuando en cuando dirigía palabras cariñosas á mi padre, pero él no hablaba: — respondía sólo con las miradas de sus grandes y bellos ojos, que podían decirlo todo. Cada una de mis dos hermanas estaba á un lado de la cama, y tenía entre sus manos una de mi padre. Ellas no querían llorar; pero las lágrimas se les saltaban de los ojos.

Cuando yo entré en el aposento, mi padre me vió, é hizo un esfuerzo para levantar la cabeza; pero luego la dejó caer pesadamente sobre la almohada; y extendiendo un brazo, me llamó hacia él. Mi tía me acercó á su lado. Entonces mi padre fijó en mí su mirada: sus ojos brillaban más que nunca y me pareció que estaba alegre, porque se sonrió dulcemente. Luego puso una mano sobre mi cabeza, hizo un poderoso esfuerzo para hablar (me acuerdo como si fuera ahora), y dijo: «Dios te haga bueno y te bendiga . . . » Pero no pudo continuar; apartó de mi cabeza su mano; y levantándola en alto, hizo tres veces la señal de la cruz, volviendo sus ojos cada vez hacia uno de sus tres hijos. Después estrechó una mano de mi madre entre las suyas; derramó dos lágrimas, que eran las que le quedaban, quizá. Luego su mirada quedó seca é inmóvil, y se puso aun más pálido.

Los amigos separaron del lecho y sacaron del aposento á mi madre y mis hermanas; pero me dejaron olvidado. En seguida ví entrar un hombre, á quien acostumbrábamos llamar «padre» también: era el sacerdote de familia.—Se adelantó hacia la cama de mi padre; puso en su mano un cirio encendido, y comenzó á recitar con voz solemne, palabras que me eran desconocidas; pero pude comprenderlo una vez que dijo: «hijo mío, Dios te llama, y tú vas donde está él.»—Sí, respondió mi padre,—dió un suspiro sin esfuerzo ninguno, y cerró sus ojos.—El sacerdote se arrodilló por un momento; luego se levantó, y al salir del aposento reparó en mí, y me llevó fuera.

¡Ya era huérfano! Y sin embargo, pocos momentos después volví á sentarme en el corredor junto al jardín, rodeado de mis juguetes, y contento. ¡Qué feliz es un niño!

Han pasado muchos años; pero mi consuelo en los borrascosos días de la desgracia es la fe que tengo en que Dios oirá LA ÚLTIMA BENDICIÓN DE MI PADRE.—(TOLÓN.)

LXXVII.

Modismos.

Daré la explicación de algunos modismos cuyo origen ha llegado á mis oídos, aunque no respondo de la exactitud; porque no soy ministro, y sólo los ministros son responsables de sus actos, según la Constitución vigente.

Se dice de uno que corrió en cuanto vió el peligro, que «tomó las de Villadiego», y éste es un modismo que los extranjeros no aciertan á traducir. Hay francés que leyendo cierto pasaje del Quijote, dice: tomó las evillas de Don Diego. Si no me han informado mal, hay en España un pueblo llamado Villa-Diego, donde se hacen exquisitas alpargatas, y si esto es verdad, está explicado el dicho vulgar, que quiere decir: tomó las alpargatas, porque sabido es que este calzado viene de molde para correr. He dicho que viene de molde y no sé la razón, como tampoco sé por qué se dice hablando de un sujeto revoltoso: «el mejor día le ahorcan»; yo creo que el día que ahorcan á un hombre es el día peor de la vida para el ahorcado. Ésto se parece á lo que decimos cuando estamos enfermos: si tenemos un divieso muy malo ó un constipado peor, exclamamos: ¡qué buen constipado tengo! ¡qué buen divieso me ha salido en tal parte! Así como cuando á uno le han herido bien ó le han metido en un calabozo donde está tan bien preso que no puede escapar, decimos: «Fulano está muy mal preso; Mengano está muy mal herido.»

Per si mis lectores ignoran el origen del dicho vulgar «ahí me las den todas», voy á explicarle tal como me lo hicieron tragar. Cuéntase que hubo un corregidor en una villa. Cuéntase que este corregidor tenía un alguacil muy tonto. Cuéntase que hubo en el pueblo una riña. Cuéntase que el alguacil mandado por el corregidor fué á poner en paz á los comba-

tientes. Cuéntase que éstos, en lugar de respetar al alguacil, le arrearon cuatro bofetones y le echaron de allí con cajas destempladas. Y cuéntase que el alguacil volvió al corregidor, mediando entre los dos el siguiente diálogo:

— Señor corregidor, cuando yo voy á una parte á nombre de usía, ¿no represento á usía?

— Sí, hombre, sí.

— Y cuando represento á usía, ¿no soy la misma persona de usía?

— Sí, hombre, sí.

— Y si mi persona es la persona de usía, ¿mi cara no es también la de usía?

— Sí, hombre, sí.

— Y cuando pegan una bofetada en esta cara, ¿no es pegarla en la cara de usía?

— Sí, hombre, sí; pero ¿dónde vas á parar?

— Señor, á que los de la riña me han dado cuatro bofetadas en esta cara, que es la cara de usía, y por consiguiente usía ha sufrido también las bofetadas.

Entonces el còrregidor, con toda la formalidad que ustedes pueden figurarse, dijo: «ahí me las den todas».

Explicaré también el dicho vulgar: «lo dicho dicho, y la jaca á la puerta». Dícese que andaba un rey cazando, vestido de cazador. Dícese que le encontró un sujeto que venía á pretender. Dícese que hablando con el rey incógnito, que entonces era un simple cazador, éste le dió pocas esperanzas en el negocio. Dícese que el pretendiente aseguró al cazador, que si el rey no le hacía justicia le llamaría rey injusto, rey impío y otros insultos semejantes. Y dícese que al día siguiente tenían el pretendiente y el rey este otro diálogo:

— Señor, yo vengo á pedir justicia.

— ¿Y si yo no quiero hacer justicia?

— Yo no puedo creer que V. M., tan benigno como es, deje de hacer justicia.

--Pero ¿y si se me antoja no hacer justicia?

--V. M., el más justo de los reyes, no puede menos de hacer justicia.

--Bien, hombre; pero supónte tú que yo no quiero hacer justicia.

El pretendiente se le quedó mirando, y conociendo que el que le hablaba era el cazador del día antes, le aplicó la boca al oído y le dijo: «Señor, lo dicho dicho.» ¿Sí? contestó el rey; pues mira: la jaca tienes á la puerta, ya estás aquí de más. Y el vulgo, que tuvo noticia del suceso, dijo desde entonces en lances parecidos: «Lo dicho dicho, y la jaca á la puerta.»

Y explicaré por fin las indirectas del Padre Cobos, aunque ésta es de aquellas cosas que por sabidas se callan.

Había un padre guardián, no sé dónde, que, como todos, se tomaba unas jícaras de chocolate de padre y muy señor mío. Un amigo del fraile, aficionado al chocolate, dió en visitarle á menudo y siempre á la hora en que tomaba su paternidad el chocolate, el cual padre era tan fino, que siempre mandaba hacer otra jícara para el amigo. Pero como el amigo estuvo abusando de la bondad del padre días y más días, hubo éste de quejarse del amigo pegotón, á lo cual contestó el lego que quedaba de su cuenta echarle una indirectilla para hacerle perder la costumbre. Convino el padre guardián, y notó que el amigo no volvía por el convento, y deseoso de saber la indirecta del lego, que se llamaba el Padre Cobos, le preguntó al cabo de quince días, qué había dicho á su amigo que no había vuelto ni aún á visitarle. Una indirecta, le contestó el padre Cobos; le dije: mire usted, señor don Fulano, no sea usted bárbaro y váyase á su casa á tomar el chocolate; porque el padre guardián dice que es usted un glotón salvaje, y cada vez que usted viene le hace una gracia como si le rallaran las tripas. El amigo, que oyó tales indirectas, tomó el tole hacia su casa, sin decir esta boca es mía, y cayó tan en gracia al

padre guardián la indirectilla, que la divulgó, y desde entonces fueron proverbiales en España las indirectas del padre Cobos. — (JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS.)

LXXVIII.

Yamandú.

Rompe el silencio un indio. Dando saltos
Desaforado llega;
Da un grito clamoroso, y con su lanza
Pasa de un viejo tronco la corteza.
Habla con grandes voces, sacudiendo
Su cabellera negra;
Sus palabras parecen alaridos
De una ruda y fantástica elocuencia;
Y salta como el tigre, y con la maza
El cuerpo se ensangrienta,
Y sobre el negro matorral de plumas
La bola agita atada á su muñeca.
Son de hierro los miembros de aquel indio;
Su talla gigantesca;
Ramas de sauce negro, los cabellos
Sobre el rostro y los hombros, se despeñan,
Y en los ojos pequeños y escondidos
Las miradas chispean
Como las aguas negras y profundas,
Tocadas por el rayo de una estrella.
Es el cacique *Yamandú*. Los indios
Se alzan y lo rodean.
¿Qué quiere *Yamandú*? Reclama el mando
Mostrando sus heridas y su fuerza.
Nadie como él se descompone el rostro
Con espantosa mueca,
Ni lanza el alarido que, en la lucha,
Brotó del hueco de su boca abierta;

Nadie como él en el hinchado labio

La señal atraviesa

Que distingue á los indios de las tribus
Que más espanto infunden en la guerra.

¿Quién sino él, entonces, á los indios

Llevará á la pelca?

¿Quién sino él, que de enemigos muertos
Cien cabelleras en su toldo ostenta,

Y adorna su garganta con collares

De los dientes y muelas

De *aroehanes*, vencidos, cuyas pieles
Forman de su arco la flexible cuerda?

Jamás el gamo, huyendo en la llanura,

Pudo esquivar su flecha,

Ni el avestruz el golpe de su bola

Que silba como víbora sedienta.

¡Ahú! con grito prolongado clama.

Aquí en el *urunday*

El indio *Yamandú* clavó su lanza...

¡Nadie la arrancará!

Yo he peleado con ella entre las tribus

Que ven salir el sol;

No la he roto jamás en la rodilla,

Ni en mi brazo tembló.

La he clavado en el bosque donde encienden

Los caciques *chanús*,

Y los *minuanos*, *tapes* y *bohones*,

Los fuegos de su hogar.

Yo arranqué la sangrienta cabellera

Del fiero *tubichá*,

Cuya piragua atravesó las ondas

Del río como mar.

¡Ved mi pellejo! Tiene más heridas

Que plumas el ñandú,

Y que lunas han visto los ancianos

Salir del *guaycurú*.

Yo derramo la sangre de mi cuerpo,
Y de ella en el chireal
Brotan los *yacarés* que entre los juncos
Duermen del Uruguay.

Los rayos de los blancos no penetran
En mi curtida piel,
Más dura que la piel de la tortuga
Que cría el *Arapey*.

Mirad mis ojos: brillan en la sombra...
Son de *ñacurutú*...
¿Cuál de los indios tiene la mirada
De mis ojos de luz?

(J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN.)

LXXIX.

El valor de los hombres.

Yo quisiera hacer el análisis cuantitativo, el inventario de todas esas gentes que pasan por la calle y que tienen un valor diferente. Con el conocimiento de la vida práctica, tú aprenderías más, muchísimo más, que leyendo cien volúmenes de moral y filosofía. Los libros, por bellos y buenos que sean, no dan más que la esencia de las flores del prado ó del jardín, nunca las flores vivientes sobre su propio tallo. La ciencia es la sombra de las cosas y no delinea sino el contorno; no les puede dar color ni sustancia. Los hombres en acción, los hombres tomados sobre el campo de batalla de la vida, son lecciones vivas, que valen cien libros. Y si una lección hablada vale siempre más que la página de un libro, es porque la primera es más viva y se acerca más al hombre en acción.

Tratemos de hacer el inventario de este hormiguero humano que se agita á nuestra vista. Primero que nada los hombres tienen distinto valor según la edad, la fuerza muscular, la sa-

lud. Ese valor es el valor vital, el valor físico, el valor material. Es el valor sobre el cual se tejen todos los otros valores de un orden más elevado; es como la urdimbre sobre la cual un hábil tejedor entreteje después hilos de oro ó de algodón, de plata ó de seda, formando una tela que valdrá poco ó que costará mucho dinero.

El hombre antes que ninguna otra cosa debe ser sano, robusto. Es una suerte nacer sano; pero es un deber conservar la salud que la naturaleza nos da al nacer; y es un derecho y un deber el mejorarla. La salud es la primera riqueza, y sin ella no valen nada ni los millones, ni el talento, ni la ilustración.

Los hombres, pues, que aparecen y desaparecen en el torbellino de la calle, valen, ante todo, por la salud y la robustez que tengan. El más sano y el más robusto es el que vale más, y el que menos vale es el más débil y el más enfermo. ¿De qué sirven, en efecto, los ímpetus de la pasión, las luces de la inteligencia, y el fondo de las ideas, si las manos que deben manejar estos tesoros son impotentes para emplearlos y gozarlos?

El segundo de los valores, bajo el cual podemos designar á los hombres, es el *valor moral*. Digo segundo, porque lo desenvuelvo más tarde, no porque haya otro valor más digno y elevado. Desde el punto de vista ideal el valor moral es el primero de todos.

El valor moral nace de la perseverancia en el cumplimiento de nuestros deberes de hijos, de hermanos, de padres, de ciudadanos, de hombres. Aquel que ama más, que ama siempre, que no odia nunca; que siempre perdona, que reprime sus malos instintos; que ni por la amenaza de un mal ó por las seducciones del interés, es capaz de cometer la menor villanía, la más pequeña baja, es el hombre que tiene el mayor valor posible.

Y así como entre un peso y un millón existe una escala extensísima de múltiples grados, del mismo modo en el valor moral la escala humana nos presenta grados infinitos, y cada uno de nosotros debe tratar de alcanzar el más alto posible. Tratándose de bèleza, de riqueza y de talento, las posibilidades de ascender son limitadas; pero en el campo moral cada uno puede llegar, á ser el más honrado, el primero entre los hombres de bien. Y te aseguro, Enrique mío, que yo nunca me he sentido más satisfecho de mí mismo, y más orgulloso de ser hombre, que cuando, viendo á un semejante que había cedido á las seducciones del vicio, á las tentaciones de un acto ilícito, he podido decirme á mí mismo, golpeándome el pecho: «¡Ah! ¡por Dios! ¡yo no habría hecho eso jamás!»

La vida está llena de sorpresas y de tristes accidentes; y cuando nos creemos más seguros contra un ataque, cuando creemos garantida nuestra felicidad en todas las agencias de seguros y en todas las cajas de ahorro, un huracán imprevisto nos derriba por tierra, nos reduce á postración y nos persuade de que todos nuestros palacios estaban contruidos sobre arena. Entonces nada puede consolarnos sino la conciencia de nuestro valor moral, y ésta basta la mayor parte de las veces para levantar el espíritu y restablecernos en el sendero florido de la esperanza, y quizá también para restituírnos la felicidad.

Otro gran valor humano es el de nuestra inteligencia. Nacemos con cierta fuerza intelectual, pero con la educación nos es dado aumentarla en intensidad, y hacerla sobre todo más activa, más apta para toda clase de trabajos. Tú has visto en mi jardín varios pinos robustos y á su lado otros pequeños y moribundos. Y sin embargo todos eran de la misma fuerza; pero el terreno diferente en que fueron plantados y el diferente cuidado con que han sido cultivados, los ha hecho distintos. Lo mismo sucede con nuestra inteligencia: crece y se vigoriza con ese cultivo que se llama la instrucción, mientras

que se debilita si es abandonada en el terreno estéril de la inercia y de la ignorancia.

Y después, prescindiendo del grado de fuerza de la inteligencia, si nosotros la apreciamos desde el punto de vista de los conocimientos que pueden adquirirse, el valor intelectual de los hombres crece en razón directa de su instrucción. Antes que todo miramos la fuerza que ha elaborado el material recogido, después el orden con que se ha dispuesto á fin de que sea posible manejarlo fácilmente y adaptarlo á las necesidades de la vida.

En igualdad de fuerza el valor de la inteligencia crece con el número de nuestros conocimientos. Toda ciencia nueva que se aprende es una llave que nos abre nuevos mundos, que nos revela nuevas regiones, que nos enriquece con nuevas fuerzas y nuevos medios. Y lo mismo sucede con cada arte, con cada nueva industria que agregamos á nuestro pensamiento. — (MANTEGAZZA. — *Testa.*)

LXXX.

Cristóbal Colón.

Rey. — Un proyecto verdaderamente atrevido ha concebido éste: ¿es acaso un español?

Duque. — Ahí le tenéis, señor; bien le podéis preguntar.

Rey. — ¿Cuál de los dos es?

Duque. — Éste.

Rey. — ¿Por consiguiente eres tú, nuevo Tales, quien abrigas la pretensión de salir de este mundo para ir en busca de otro sobre nuestro globo?

Colón. — Noble rey de Lusitania, yo soy Cristóbal Colón; nací en Nervi, pequeño lugar de Génova, flor de Italia, y actualmente vivo en la isla de Madera. Allí tomó puerto, no

hace mucho tiempo, cierto piloto, y yo le dí asilo en mi humilde casa. Se había visto combatido mucho tiempo por la tempestad; volvía con una salud quebrantada, y en breve murió. Pues aquel hombre, á lo que estaba para exhalar el último aliento, « Colón (me dijo con una voz débil y trémula), no me queda más que un medio de agradecerte la hospitalidad que generosamente me has dado, no obstante tu modesta fortuna. Son estos papeles, que contienen mi testamento, mis últimas disposiciones. No poseo otros bienes; con dejártelos, te dejo todas mis riquezas de pobre piloto. Pero tienes que saber que en mi último viaje, mientras iba por mar hacia Poniente, se levantó de repente una horrorosa tormenta, que me arrastró á mares donde con estos ojos ví un cielo enteramente nuevo, y un país desconocido; un país cuya existencia ni siquiera han sospechado jamás los hombres, y que sin embargo toqué yo con mis pies. La misma borrasca que á pesar mío me había arrastrado allá, volvió en cierto modo á llevarme á España, después de haber ejercido su furor no sólo contra los árboles y aparejos de la nave, mas también contra mi vida misma. Toma mis papeles, y ve si tienes suficiente arrojo para semejante empresa, persuadiéndote de que, si Dios te auxilia, vas á adquirir una fama inmortal. » — Apenas había pronunciado estas palabras, cuando exhaló el último suspiro. Yo, que á pesar de mi humilde condición, noto en mí el conocimiento y el ánimo para cosas grandes (lo digo sin ostentación), quiero, si vos me concedéis vuestro amparo, ser el primer argonauta de aquel desconocido país; sí, señor: quiero daros un nuevo mundo, que por tributo os pague oro, plata, piedras preciosas, y de donde saquéis aun más honra y gloria. Confiadme cierto número de portugueses, unos cuantos buques y algunas carabelas, y además unas pocas barcas; entraré en mares que no han sido surcados todavía, os haré reconocer por señor del camino que el sol azota cuando está más caluroso, y obligaré á

los habitantes de aquellos países á que vengan á besar humildemente vuestros pies.

Rey.—No sé, Colón, cómo he podido escucharte hasta el cabo sin echarme á reír. Verdaderamente eres el hombre más loco que se haya visto jamás bajo las estrellas. ¿Y qué? ¡un pobre diablo que tú has visto morir, en un acceso de frenesí, ha podido darte tanta ilusión con poner en tus manos algún pedazo de papel! Por supuesto, no quiero creer que seas un trapacero intrigante, y que hayas querido burlarte de mí. Los más célebres cosmógrafos han dividido siempre la tierra en tres partes: Europa, Asia y Africa; Europa, que es la más pequeña, tiene á Roma por capital, y por regiones principales á Francia, España, Italia, Grecia, Alemania y Cerdeña. África, que es más importante (quiero decir, en cuanto á extensión), y que en otro tiempo vió triunfar y llorar á Cartago, contiene la Libia, la Etiopia, el Egipto, la Numidia y la Mauritania. Asia, dependiente antiguamente de Troya, encierra la Media, la Persia, la Albania, la Palestina, la Judea, la Escitia, la Arabia y la Gedrosia. Fuera de estas tres partes, no es posible, en mi concepto, que tú halles otras, salvo si las subdivides, ó á no ser que tú sepas más que el gran Tolomeo. Vete, amiguito, á curar tu cabeza enferma; y en vez de imitar á los alquimistas, ocúpate de la realidad; no te metas en conquistar más que las cosas cuya existencia está demostrada por el testimonio de nuestros ojos, y no te encapriches en lo que es imposible, si no quieres perder el juicio. . . . ¿Sobre qué débiles fundamentos has tú fabricado el mundo? ¿y cómo has podido creer que una línea trazada en el papel sea el camino del sol? . . . (*al duque*): ¡Insensatos, que van corriendo siempre tras de su pérdida, y acarrear fastidios á los reyes! Vete, Colón, anda á cantar tus maravillas en Castilla, donde se las tragan más gordas; en cuanto á Portugal, lo que yo deseo es que no permanezcas más tiempo en él. (*Se sale con el duque.*)

Bartolomé.—Si te parece, de contado tomo el camino para Inglaterra.

Colón.—Y yo el de Castilla, por ser un país á que siempre he tenido mucha inclinación... Sólo estoy temiendo que esté demasiado ocupado el rey de España en el continente, para que pueda dar la mano á una empresa marítima.

.....
Duque de Medinaceli.—Jamás he visto otro más divertido. ¿De dónde sois, hombre?

Colón.—Noble duque de Medinaceli, generoso descendiente de los Guzmanes y de los Cerda, tened la bondad de escucharme un ratito siquiera, y en pago dignese el señor hacer ilustre para siempre á vuestra posteridad en esta hermosa España. Conforme os he dicho, mi nombre es Colón; nací por la parte de Génova, y vivo en la isla de Madera.

Duque de Sidonia.—Á fe mía, mejor hubierais hecho con quedaros en ella. No había para qué venir hasta acá para hablarnos de tan extravagantes proyectos. ¿Qué es eso de antípodas? ¿qué es eso de nuevo mundo?

Colón.—Examinad esta carta marina.

Medinaceli.—¿Cuál?

Colón.—Ésta.

Medinaceli.—Es una verdadera carta de loco. No os habéis olvidado más que de una cosa, y es el camino del juicio.

Sidonia.—Ved hasta dónde puede la ambición arrastrar á los hombres. En la carta de este atolondrado, el Nilo, el Indio, el Ganges y el Éufrates ni tampoco son perceptibles.

Colón.—¿Esto os parece? Sin embargo ahí está bien marcada toda su corriente.

Medinaceli.—Sería menester creerlo porque lo decís así.

Sidonia.—Su vestido le sirve de testigo.

Medinaceli.—¿Ignoráis acaso, hombre de bien, que tanto los antiguos como los modernos han tratado la cuestión de si es

posible que vivan hombres en la zona tórrida, bajo un fuego sempiterno?

Colón.—Sin embargo, señor, en la Escitia hay hombres vivos, á pesar del rigor del clima; ¿y por qué no ha de haberlos en un país abrasado del sol?

Sidonia.—En este caso deben admitirse los antípodas, se debe admitir que hay hombres que tienen las plantas de los pies en sentido opuesto á las nuestras, y sin embargo andan lo mismo que ando yo ahora.

Colón.—Pues cabalmente, tales son los hombres que quiero yo ir á descubrir.

Sidonia.—Bonita fábula, por cierto. Á Esopo la había yo de recomendar, si existiera aquel hombre todavía. ¡Hombres en pie debajo de nuestros pies!

Colón.—Pues, ¿y por qué no? así como hay hombres que viven medio año sepultados en las tinieblas de la noche, ¿por qué no habría otros que viven en condiciones enteramente opuestas? Pensad cuán rígidos son los hielos de Noruega.

Medinaceli.—Entonces, sencillote, vos sólo seríais más docto que toda la antigüedad, la cual había también medido la tierra hasta en sus más pequeñitas fracciones. Marchaos, pues; id á aquel hermoso país que el sol tuesta, pero cuidado con el caso de Felontes.

Sidonia.—¡Qué idea tan extravagante! ¡en un país quemado por el sol no se abrasarían los hombres! ¿ó cómo es posible figurarse hombres abrasados, y no obstante vivos?

Colón.—Puede suponerse por inducción, señor, al ver lo que sucede en el Norte.

Sidonia.—En cuanto á ésto, es un hecho que ya es sabido.

Colón.—Lo será igualmente el que os estoy diciendo yo. Sí, y aun cuando combatieran mi proposición todos los matemáticos de este mundo, había yo de sostenerla como verdadera.

Medinaceli.—Querido duque, es por demás cansarnos así; dejémosle. Vos decís que hay un mundo nuevo; pues bien: cogedlo.

Colón.—Precisamente, para ello imploro vuestro apoyo.

Medinaceli.—Mil gracias; para mí el único mundo es Celi.

Sidonia.—Y Sidonia es mi universo.

Y se marcharon riéndose; y á Colón al salir, por poco no le silban los lacayos y ayudas de cámara. El uno le dice: «Señor Colón, ¿no me daréis una esquinita de aquel mundo, á mí que ninguna culpa tengo en el error de estos señores?» y otro: «Yo, señor, tengo frío en invierno, y con gusto iría á aquel otro mundo, donde el sol, muy rojo, muy ardiente, os asa con sus rayos.» — (LOPE DE VEGA.)

LXXXI.

El nuevo mundo.

La luz de la alborada, la luz apetecida
Con ansia indefinible, con vértigo mortal,
Las brumas de la noche quebrando á su venida,
De zafiros, y perlas, y nácares vestida,
Tendió por el espacio su túnica estival.

Los ámbitos brillaron con fosforencias de oro,
El piélago tiñeron cambiantes de arrebol,
Y cual lejanos ecos de misterioso coro,
El himno de las aves del trópico, sonoro,
Vibró en el occidente, — y en el oriente el sol!...

¡Dignísimos preludios del mágico concierto
Que arrebatar debía el alma de Colón!
Dignísima lumbrera del hemisferio incierto,
Á cuya luz había, como un Edén, abierto
Su vasto panorama la incógnita región!

Colón la contemplaba de pie, sobre la popa,
Cruzados ambos brazos, radiante de altivez;
Y en torno, de rodillas, la miserable tropa,
Que ayer volver quisiera las quillas hacia Europa,
Hoy, muda de entusiasmo, prostérnase á sus pies!

La vista del marino con embriaguez se fija
En la región que inunda de súbito la luz,
Y no hay portento, nada que su ambición exija,
Que no halle en ese suelo, que espléndida cobija
La bóveda cerúlea del célico capuz!

Embalsamadas auras, arroyos cristalinos,
Magníficos estuarios, vegetación feraz;
Ejércitos alados de melodiosos trinos,
Riquezas minerales, veneros diamantinos,
Y cúspides y valles de deliciosa paz.

Rugientes cataratas, enmarañados montes,
Volcanes que vomitan el oro en profusión,
Hermosas perspectivas, sombríos horizontes,
Cuadrúpedos diversos, gigantes mastodontes...
Sublinidad doquiera, doquiera animación!

Y sobre las colinas, ó en la risueña falda
Cubierta de palmeras que grata sombra dan,
Teniendo por techumbre sus copas de esmeralda,
Arroyos por alfombra, montañas por espalda,
De indígenas mil tribus que viven sin afán...

¡Soberbio panorama! magnífico hemisferio
Que enamorado besa del trópico la luz,
Y ejerce sobre el alma, bañado de misterio,
La mágica influencia y el poderoso imperio
De un sueño iluminado por bíblico trasluz.

Colón lo contemplaba: su corazón se henchía
Con toda la grandeza de aquella creación!...
Su pensamiento osado los siglos trasponía,
Y en lúcidas visiones el porvenir veía
Que al hombre deparaba la fúlgida región;

La luz del Evangelio, las ciencias y las artes,
La industria y el comercio, so el reino de la ley,
Alzar con ufanía sus libres estandartes,
Y el sello del progreso llevar á todas partes
La humanidad, reunida en una sola grey.

Y envuelta en los efluvios del áureo firmamento,
Teniendo por alfombra la rica inmensidad,

El Plata y Amazonas por brazos, por asiento
La cumbre de los Andes, y el fervido concento
Del Niágara por himno, surgir la Libertad!

(H. FAJARDO.)

LXXXII.

El Fuerte de Santa Teresa.

Es el Fuerte de Santa Teresa, situado en la costa del océano, en el Departamento de Rocha, uno de los más hermosos monumentos de los tiempos coloniales.

Lo levantaron con esmero los portugueses en 1762, y cayó, al año siguiente, en poder de los españoles, rindiéndose á discreción sus defensores, intimidados por la amenaza del ataque, que en caso de resistencia, habría de llevarse sin dar cuartel, según las terribles instrucciones de la Orden General, comunicada al ejército por el esforzadísimo Cevallos, en la víspera del proyectado asalto.

No estaba el Fuerte, cuando pasó al dominio de los soldados españoles, del todo concluído en su interior, y faltábanle en el exterior los fosos y demás obras accesorias de defensa.

Atendidas sus condiciones y posición estratégica, era adecuado para inapreciables servicios en la guerra, en la época de su construcción.

Domina una inmensa zona, porque á tiro de sus cañones está el camino preciso, que no puede ensancharse, á causa de la Laguna de los Difuntos y de los bañados de la India Muerta y San Miguel. Hay que pasar necesariamente por la *Angostura*, que así se llama el terreno firme que la Fortaleza alcanza con sus fuegos.

La forma geométrica del edificio es un pentágono irregular, y la materia de construcción sillería de granito. Son los sillares del labrado más pulcro y de la más estricta igualdad.

De techos nada queda; pero se conocen bien las diversas reparticiones, que aparte de la techumbre y puertas y ventanas, que tampoco existen, conservan intactas las paredes y las formas. Así, fácilmente se comprende dónde estuvieron las cuadras, la capilla, el hospital, los cuartos de oficiales, los depósitos, etc.

Mirando al Oeste está la entrada principal, y casi única, pudiera decirse, porque, si bien al Sur, con vista al mar, hay otra pequeña puerta reservada, es para usos muy limitados, siendo sus objetos principales, practicar, por su medio, salidas falsas como ardid de guerra, ó escapadas verdaderas en caso apurado.

Reyes, en su *Descripción Geográfica de la República*, llama la «puerta oculta del socorro» á esa pequeña abertura que mira al Sur, y cuya designación técnica es la de poterna.

Cinco garitas, correspondientes á cada ángulo del pentágono, y que revelan la más primorosa ejecución artística, salen completamente fuera de la muralla, destacándose como un púlpito en las paredes de un templo. Constituye cada una de ellas, en su línea, una pequeña obra de gusto, que tanto seduce por su graciosa forma externa, como por la comodidad y holgura que dentro ofrece al centinela. Son circulares, y en su parte superior las remata una cúpula ó pequeña media naranja, trabajada con el más exquisito esmero.

Toda la construcción respira un alto tono, manifestado en el primor de sus detalles, y en la elegancia de sus relieves arquitectónicos.

¡Pronto va á desaparecer el Fuerte de Santa Teresa, dejando en las páginas de la Historia la estela de las desgracias y las glorias de que ha sido teatro!

Viento de ruina zumba en sus almenas; el salitre de las aguas del océano alcanza á dos cañones sin cureña que yacen allí fuera de su sitio; la herrumbre descascara la antes tersa

y bruñida superficie del metal, y arranca en costra rojiza, las armas de Castilla en él grabadas. Una vegetación robusta, é implacable en sus ensanches, abre, para sus añosos troncos, inmensas grietas, y separa unos de otros los sillares que jamás conmoviera el cañón del portugués ó el español. Viste el interior de la muralla el musgo de los sitios abandonados, húmedos, tristes; y no se oye, en el recinto solitario, el rumor de más pisada que la del gaucho errante que á la hora de la siesta se halló casualmente por allí, y fué á buscar la sombra de la bóveda del pórtico. Vela después la tranquilidad de ese hombre, sólo un instante, el vil carancho, que hallando sueño transitorio en lo que imaginárase el eterno sueño de la muerte, bate sus alas, palpando el desengaño, y abandona, con lúgubre graznido, aquel montón de piedras sin cebo á sus instintos repugnantes.

¡Pronto va á desaparecer el Fuerte de Santa Teresa!

Las dunas que lo acechan ya desde el pie de su muralla, concluirán por tragarlo, sepultándolo en honda tumba de arena. Pero, vinculado su recuerdo á sucesos de inmortal memoria, no se perderá su nombre con los médanos inmensos que la ocultan á los ojos del viajero.

Don Pedro de Cevallos, primer virrey del Río de la Plata, y una de las más soberbias figuras de la historia colonial del siglo XVIII, sabrá sacarlo del olvido. Cuando su biógrafo, al relatar la brillante campaña comenzada el año 1762, en que el héroe paseó sus tercios de triunfo en triunfo, desde la Colonia del Sacramento hasta Río Grande, cuente la rendición del coronel portugués Tomás Luis Osorio, después condenado á muerte por ese acto, tendrá que convenir en que, bajo otro mando que el de Osorio, apoderarse del Fuerte con la guarición veterana que tenía, habría sido empresa difícil y digna de poner á prueba, una vez más, el empuje de las reducidas tropas de Cevallos.

Y cuando la historia uruguaya sea estudiada por algún escritor que, como el doctor López, reanime las tradiciones del pasado, salvando del olvido hermosísimos detalles, que los historiadores de otra escuela menosprecian, el nombre del coronel Leonardo Olivera, surgirá con lauro inmarcesible, sorprendiendo á los brasileiros en Diciembre de 1825, para contribuir así, en su esfera, con el combate de Santa Teresa, al acrecentamiento de aquel fecundo haz de gloria que proyectó sus más fulgentes rayos en los días de Sarandí é Ituzaingó!—(LUIS MELLÁN LAFINUR.)

LXXXIII.

Hombro contra hombro.

Ó LA VENGANZA DE GUAYMIRÁN.

Entre las varias tribus que poblaban el hermoso territorio que hoy forma la República Oriental, los guaraníes ocupaban un lugar prominente, aunque en guerra abierta con los charrúas y los *mamaluco*s del Brasil, sus implacables perseguidores, que les daban caza como á bestias feroces, los herraban y vendían como esclavos.

En una de las muchas invasiones de éstos, los guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampados en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y próximos á venir á las manos, cada uno se retiró con su gente donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymirán, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás, formando alas paralelas, marcharon hacia el Norte.

El enemigo, que acechaba sus movimientos, cuando los vió divididos y bastante lejos unos de otros, cayó sobre ellos y los fué batiendo en detalle.

Los que escaparon de aquella espantosa carnicería, anduvieron tres días y tres noches vagando por los montes, perseguidos siempre por los mamalucos, hasta que muertos de hambre y de frío pudieron llegar á las márgenes del Uruguay, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Estaba muy crecido el río y había vara y media de agua sobre el paso, que era un estrecho banco de arena. La fuerza de la corriente ponía espanto, y los baqueanos declararon que era imposible pasar.

Los fugitivos, cuyo número crecía por instantes, llegaban, y al ver á sus compañeros detenidos por aquel obstáculo insuperable, se sentaban tristemente á la orilla del río, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Empezó á despuntar el alba y á divisarse en lontananza, en la cumbre de las lejanas cuchillas, las hordas de los mamalucos, que husmeaban su presa.

Las mujeres y niños rompieron en sollozos y gemidos.

Algunos hombres corrieron instintivamente hacia la orilla, pero al tocarla, retrocedieron amedrentados por el imponente espectáculo que ofrecía el Uruguay desbordado.

Un joven alto, robusto, de vigorosa musculatura y excelente nadador, detúvose únicamente, y confiado en su destreza y en sus nervios de acero, se precipitó en el río.

Otro y otros le siguieron.

Lucharon un momento . . . pero debilitados por el cansancio y la falta de alimento, remolinearon, y describiendo un ancho círculo, desaparecieron arrebatados por la fuerza de la corriente.

Poco después sus cadáveres flotaban sobre las olas.

Horrible desesperación se apoderó del alma de los guar-

nies, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rugido de un trueno: los enemigos acababan de divisar á los dispersos.

— ¡Protegednos, hermanos! — gritó un anciano adivino, dirigiéndose á sus antiguos compañeros; — los mamalucos después de degollarnos pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar, y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte, iluminando con rasgos de fuego aquella escena desgarradora.

— Sí, es preciso salvarlos, — exclamó un joven entusiasta; ¡caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres si no lo hacemos!

— Unidos, somos invencibles, — tornó á decir el adivino; — pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables.

Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su común creencia, y herido en la pupila por su luz irresistible, sacudió su larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que le dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó:

— Que cien hombres de los más fuertes, enlazadas las manos con las manos, hombro contra hombro, se adelanten en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río. Nosotros haremos

lo mismo, y formaremos así un estrecho canal que sirva de tránsito á los débiles y de invencible barrera á la pujanza del río.

Así lo ejecutaron, y entonces á favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella, el resto de los fugitivos pasó y trasladó á la otra orilla á los niños, á los heridos y á las mujeres.

Cuando llegó el feroz mamaluco encontró la playa desierta; pero confiado en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los guaraníes derrotados ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche, y restablecidos de sus fatigas, en la madrugada del siguiente día, aliados con la numerosa falange de Guaymirán, sorprendieron á los mamalucos y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del Río de la Plata y de toda la América española; partidos que por diversos senderos perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la Patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán: unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, seréis la presa y el escarnio de las más despreciables tribus. — (A. MAGARIÑOS CERVANTES.)

LXXXIV.

Las advertencias de doña Perfecta.

— Mira, sobrino, tengo que advertirte una cosa, — dijo doña Perfecta, con aquella risueña expresión de bondad que emanaba de su alma, como de la flor el aroma. — Pero no vayas á creer que te reprendo, ni que te doy lecciones: tú no eres niño y fácilmente comprenderás mi idea.

— Ríñame usted, querida tía, que sin duda lo mereceré, —

replicó Pepe, que ya empezaba á acostumbrarse á las bondades de la hermana de su padre.

—No, no es más que una advertencia. Estos señores verán como tengo razón.

Rosarito oía con toda su alma.

—Pues no es más, —añadió la señora, —sino que cuando vuelvas á visitar nuestra hermosa Catedral procures estar en ella con un poco más de recogimiento.

—Pues ¿qué he hecho yo?

—No extraño que tú mismo no conozcas tu falta, —indicó la señora con aparente jovialidad. —Es natural: acostumbrado á entrar con la mayor desenvoltura en los ateneos, clubs, academias y congresos, crees que de la misma manera se puede entrar en un templo donde está la Divina Majestad.

—Pero, señora, dispénsese usted, —dijo Pepe, con gravedad. —Yo he entrado en la Catedral con la mayor compostura.

Si no te riño, hombre, si no te riño. No lo tomes así, porque tendré que callarme. Señores, disculpen ustedes á mi sobrino. No es de extrañar un descuidillo, una distracción.... ¿Cuántos años hace que no pones los pies en lugar sagrado?....

—Señora, yo juro á usted.... Pero en fin, mis ideas religiosas podrán ser lo que se quiera; pero acostumbro guardar la mayor compostura dentro de la Iglesia.

—Lo que yo aseguro .. vamos, si te has de ofender no sigo.... lo que aseguro es que muchas personas lo notaron esta mañana. Notáronlo los señores de González, doña Robustiana, Serafinita, en fin.... con decirte que llamaste la atención del señor Obispo.... Su Ilustrísima me dió las quejas esta tarde en casa de mis primas. Dijome que no te mandó plantar en la calle porque le dijeron que eras sobrino mío.

Rosario contemplaba con angustia el rostro de su primo, procurando adivinar sus contestaciones antes que las diera.

— Sin duda me han tomado por otro.

— No.... no.... fuiste tú.... Pero no vayas á ofenderte, que aquí estamos entre amigos y personas de confianza. Fuiste tú, yo misma te ví.

— ¡ Usted !

— Justamente. ¿ Negarás que te pusiste á examinar las pinturas, pasando por un grupo de fieles que estaban oyendo misa?.... Te juro que me distraje de tal modo con tus idas y venidas, que.... Vamos.... es preciso que no lo vuelvas á hacer. Luego, entraste en la capilla de San Gregorio; alzaron en el altar mayor, y ni siquiera te volviste para hacer una demostración de religiosidad. Después atravesaste de largo á largo la Iglesia, te acercaste al sepulcro del Adelantado, pusiste las manos sobre el altar; pasaste en seguida otra vez por entre el grupo de los fieles, llamando la atención. Todas las muchachas te miraban y tú parecías satisfecho de perturbar tan lindamente la devoción y ejemplaridad de aquella buena gente.

— ¡ Dios mío ! ¡ Todo lo que he hecho !.... — exclamó Pepe, entre enojado y risueño. Soy un monstruo y ni siquiera lo sospechaba.

— No, bien sé que eres un buen muchacho, — dijo doña Perfecta, observando el semblante afectadamente serio é inmutable del canónigo, que parecía tener por cara una máscara de cartón. Pero, hijo, de pensar las cosas á manifestarlas así con cierto desparpajo, hay una distancia que el hombre prudente y comedido no debe salvar nunca. Bien sé que tus ideas son. ... no te enfades; si te enfadas me callo.... digo que una cosa es tener ideas religiosas y otra manifestarlas....

— Señora, por Dios.... — exclamó Pepe con disgusto. — Veo que tengo muy mala reputación en Orbajosa.

Los demás seguían guardando silencio.

— Pues decía que no te vituperaré por esas ideas.... Ade-

más de que no tengo derecho á ello, si me pusiera á disputar contigo, tú, con tu talentazo descomunal, me confundirías mil veces.... no, nada de eso. Lo que digo es que estos pobres y menguados habitantes de Orbajosa son piadosos y buenos cristianos, si bien ninguno de ellos sabe filosofía alemana; por lo tanto, no debes despreciar públicamente sus creencias.

Querida tía, — dijo el ingeniero con gravedad: — ni yo he despreciado las creencias de nadie, ni yo tengo las ideas que usted me atribuye. Quizás haya estado un poco irrespetuoso en la Iglesia: soy algo distraído. Mi entendimiento y mi atención estaban fijos en la obra arquitectónica, y francamente, no advertí.... pero no era éste motivo para que el señor Obispo intentase echarme á la calle.

Pepe Rey sentía en su espíritu excitación tan viva, que á pesar de su mucha prudencia y mesura no pudo disimularla.

— Vamós, veo que te has enfadado, — dijo doña Perfecta, bajando los ojos y cruzando las manos. — ¡Todo sea por Dios! Si hubiera sabido que lo tomabas así, no te habría dicho nada. Pepe, te ruego que me perdones.

Al oír esto y al ver la actitud sumisa de su bondadosa tía, Pepe se sintió avergonzado de la dureza de sus anteriores palabras, y procuró serenarse. — (PÉREZ GALDÓS. — *Doña Perfecta*.)

LXXXV.

Tomás Mejía.

I.

Mientras Juárez indomable
Va á los desiertos del Paso
Á defender su bandera,
Firme como un espartano,
En Méjico, sostenido
Por el invasor extraño,
Se erige un trono y le ocupa,
Más que ambicioso, engañado,
Un ilustre descendiente
Del más grande de los Carlos.

Joven, soñador y apuesto
Asciende á lugar tan alto,
Sin ver que á lo lejos flota
El pendón republicano,
Y sin recordar al pueblo
Por quien se sueña llamado,
En otro tiempo á un monarca
Lanzó del trono al cadalso.

Recibiéronle animosos
Los que el cetro le entregaron,
Y al entrar por nuestras calles
Fué tan grande el entusiasmo,
Que del nuevo rey los ojos
No pudieron, deslumbrados,
Mirar que las bayonetas
Que lo estaban custodiando
Eran de extranjerías tropas
Capaces de abandonarlo.

II.

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio

En medio de las azules
Ondas del Mediterráneo
Como un nido de gaviotas
Sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,
No son tuyos estos lagos,
Ni estos sabinos del bosque
Que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende
Tu acento, nada ha guardado
Cenizas de tus mayores
Que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre
De Cuauhtémoc ni de Hidalgo;
Cuanto te cerca es ajeno,
Cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble, ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio
Y aquellas ondas azules
De tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas
Que se alzarán á tu paso,
Cuando pronto te abandonen
Los que te están custodiando,
Hallarás como consuelo,
Como abrigo, como amparo,
La firmeza y el arrojo
Del soldado mejicano
Que cumple con su bandera
Satisfecho y resignado.

¡Torna, príncipe, al castillo
Donde viviste soñando,
Que por las gradas de un trono
Subir se puede á un cadalso!

III.

Con inusitada pompa,
En el ya imperial palacio
Se celebran los natales
Del reciente soberano.

Ya las guardias palatinas
De uniformes encarnados,
Apuestos forman la valla
Luciendo adargas y cascos.

Ministros y chambelanes,
Consejeros y vasallos,
Ostentan con arrogancia
Sus pechos condecorados.

El salón de embajadores,
Por su lujo aristocrático,
Recuerda á los que lo miran
De antiguos tiempos el fausto.

De pronto, por todas partes
Se extiende un rumor extraño,
Y es que las gradas del trono
El Archiduque ha pisado.

Diversas clases sociales
Deben de felicitarlo
Y ya están los oradores
Por cada clase nombrados.

Un jurisconsulto experto,
Elocuente, pulcro y sabio,
Es de la magistratura
El representante nato.

Le toca el lugar primero,
Habla con acento claro,
Con respeto se le escucha,
Se le mira con agrado,
Y estudio y saber revela
Cada frase de sus labios.

Su discurso no fué breve,
Su estilo elegante y franco,
Y al acabar dijo alguno:
«¡Bien por Lares!» anhelando

Aplaudirlo, sin hacerlo
Por respeto al soberano.

Con elegancia vestido,
Al clero representando,
Se acercó un obispo al trono
Y dijo un discurso largo,
Lleno de notas y citas
Latinas, propias del caso.

Era el orador de fama
Por su elocuencia y su rango,
Célebre en aquellos tiempos
Entre oradores sagrados.

«No estuvo corto Ormachea»,
Dijo después de escucharlo
Alguno á quien ya cansaba
La severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo
Después en aquellos ámbitos
Al ver que al trono llegaba.
A paso lento un soldado
De cabellos y ojos negros,
Tez cobriza, aspecto hurao,
Descendiente de las razas
Que en Anahuac habitaron
Antes de que la conquista
Empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco
La oscura tez del soldado
Con la tez brillante y blanca
Del Archiduque germano!

Quedó el indígena absorto,
Meditabundo y cortado,
Sin articular palabra,
La frente y los ojos bajos.

—¿Quién es? preguntó un curioso,
Y le respondió un anciano:

—Se llama Tomás Mejía,
Y es general reaccionario;
Viene á hablar por el ejército.
—¿Y él hizo el discurso?

—Varios

Le escribieron, y ninguno,
Según dicen, le ha gustado;
El que dirá lo habrá escrito
Ó Muñoz Ledo, ó Arango,
—Escuchemos.

Transcurrían
Unos minutos muy largos;
Mejía estaba en silencio
Todo tembloroso y pálido,
En silencio los presentes
Y en silencio el soberano.

De pronto ven con asombro
Que el indígena soldado,
Abriendo los negros ojos
Que brillaban animados,
Perora sin dar lectura
Al papel que está en sus manos.

—«Majestad»—calló un momento—
«Majestad»—siguió turbado—
«Majestad, yo no he aprendido
«Lo que otros por mí pensaron,
«Pero si usted lo que busca
«Es un corazón honrado,
«Que lo quiera, lo respete,
«Lo defienda sin descanso
«Y le sirva sin dobleces,
«Sin interés, sin engaño,
«Aquí está mi corazón,
«Aquí están, señor, mis brazos
«Y en las horas de peligro,
«Si al peligro juntos vamos,
«Lo juro por mi bandera,
«Sabré morir á su lado.»

Con lágrimas en los ojos,
Trémulo Maximiliano,
Las fórmulas de la corte
Por un instante olvidando,
Bajó del trono y al punto
Dió al general un abrazo,

Que aplaudieron los presentes
Con lágrimas de entusiasmo.

IV.

Cayó el Príncipe más tarde,
Y con él cayó el soldado
Que le dijo esas palabras
Llenos los ojos de llanto.

Á don Tomás le ofrecieron
Del patíbulo salvarlo,
Y él respondió: «Solamente
Que salven al soberano.»

Un general victorioso,
De gran poder y alto rango,
Que le estaba agradecido
Por algún hecho magnánimo,
Fué y le dijo: «Yo podría
«Lograr veros indultado;
«Os estimo y necesito
«Á toda costa salvaros.
«¿Queréis que os salve? decidlo,
«Que no me daré descanso
«Hasta que al fin me concedan
«Lo que para vos reclamo.»

—«Sólo admitiré el indulto,
Respondió el indio soldado,
Si me viene juntamente
Con el de Maximiliano.»

—Me pedís un imposible.

—Pues me moriré á su lado.

—Pensad que tenéis familia.

—Tan sólo á Dios se la encargo.

—Soy capaz de protegeros
Si os resolvéis á fugaros.

—¿Y al Emperador?—No; nunca.

Pues su misma suerte aguardo.

Y como lo sabe el mundo,
Juntos fueron al cadalso
Y así selló con su sangre
Lo que dijeron sus labios.

(JUAN DE DIOS PEZA.)

LXXXVI.

La modestia.

I.

La modestia es una cualidad de tanto mérito y realce, que no puede confundirse con otra alguna ni oscurecerse con ninguna nube.

La modestia es el mayor encanto de la mujer, ó mejor dicho, el complemento de sus encantos, pues ella puede compararse á esos diáfanos y blancos velos que las mujeres echan sobre su rostro para parecer más bellas.

Y así como esos velos ocultan los más leves defectos del semblante encubriéndolos vagamente, y hacen resaltar todas las perfecciones de la que los usa, del mismo modo la modestia disimula todos los defectos del carácter y hace resaltar todas las bellas cualidades.

No hay falsa modestia: la que sin poseerla pretende hacer alarde de ella, no conseguirá más que ponerse en ridículo rebajándose lastimosamente.

Porque la modestia es tan suavemente humilde, que ni se da cuenta de su propia belleza, ni se toma el trabajo de mostrarse.

Se la adivina como á la violeta, por su aroma: se la busca, y una vez encontrada, se la contempla con arrobamiento y se la ama.

La modestia es dulcemente majestuosa: altiva con su suavidad; amable y encantadora como todas aquellas prendas que tienen su base en la excelencia y bondad del corazón.

Una mujer que no haga alarde de lo que vale, es una cosa tan rara, ó al menos se considera tan escasa, atendida la vanidad que se achaca á nuestro sexo, que con razón se la contempla con admiración y simpatía.

¿Y sabéis lo que es la simpatía? Es uno de los más dulces lazos del género humano; es el término que separa el cariño de la indiferencia; en las mujeres, es el primer eslabón de la cadena de la amistad; en los hombres, es el primero de la cadena del amor.

Los lazos de la simpatía fuertes y durables, son gratos, expansivos, libres de toda sujeción, porque la simpatía no nace de las leyes del deber, ni nace de la gratitud, ni es esclava de las exigencias de la sociedad; la simpatía espontánea brota en el corazón como brota una madre selva en las tapias de un huerto ó de un patio.

La simpatía y la modestia jamás se separan, sobre todo en la mujer; porque la simpatía que ésta inspira, es casi siempre emanada ó nacida de su modestia.

II.

La modestia tiene dos manifestaciones: modesta es la mujer que en su porte, en su traje y en sus modales, conserva aquella dulce dignidad que la impide todo movimiento indecoroso ó poco conveniente; y modesta es la que ningún alarde hace de su mérito, la que le deja adivinar ó que se descubra sólo por su propio brillo.

Sea cualquiera de estas dos formas que tome la modestia, cautiva siempre: *la alabanza propia envilece*, ha dicho un sabio, y esto lo vemos confirmado todos los días; el mérito de una persona, por grande que sea, es despreciado, si ésta hace de él una ridícula ostentación, ó si mira con desdén el de los demás.

Y este desprecio hacia la altanería es inherente á la naturaleza humana: cada uno de los mortales tiene su dignidad, que es muy peligroso hollar; y á falta de dignidad existe en todos, un sentimiento invencible de amor propio.

Por eso las personas modestas son tan simpáticas y tienen

tantos amigos; aunque la simpatía es espontánea, casi nunca es motivada, y una persona dulce y modesta despertará muchas más simpatías que una vana y altanera.

A la mujer modesta se le concede mérito de buena voluntad, por lo mismo que ella parece desconocerlo.

A la que exige homenajes, se le niega hasta las atenciones más comunes; porque, fuerza es confesarlo, en nuestro sexo predomina la envidia, y por eso dije en otra ocasión, que la mujer que ha nacido privilegiada en las dotes intelectuales, tiene que hacerse perdonar esta ventaja por su dulzura y suavidad.

Lo mismo que dije tocante á la belleza intelectual, digo ahora respecto de la hermosura física.

La que se ensoberbece con ella, la que exige admiración, lejos de obtenerla, únicamente conseguirá que se le niegue todo mérito; ó si se le concede, lo que es todavía peor, que se le rebaje con alguna calumnia inventada por la envidia y la maledicencia.

La modestia es casi siempre un puerto seguro contra todos los peligros; porque la modestia es más benignamente dulce y bella, que ni exige homenajes ni ofende á nadie.

III.

La modestia impone deberes que quizá parecerán muy arduos á las jóvenes cuya educación haya hecho que los desconocieran; porque es muy cierto que la modestia la inculca una buena madre en el carácter de sus hijas desde su más tierna edad.

La modestia prohíbe toda postura indecorosa, los modales desenvueltos, los trajes cuya hechura exagerada dé lugar á la crítica por llamar excesivamente la atención.

La modestia exige esa delicada reserva de que ya he hablado, y aconseja á la mujer á salir poco de su casa y á no prodigarse demasiado en público.

La modestia exige que toda joven ignore ó al menos aparente ignorar todo aquello que su edad y estado le prohíben saber.

Por más que halague á una joven por la viveza de su carácter, esa reputación de *gracia* y de *chiste* que se concede á otras, debe despreciarla por la de *modestia*; confundir la *gracia* con el *chiste*, es un error lamentable: la *gracia* es casi inseparable de la modestia; el *chiste* sienta bien algunas veces al hombre, pero jamás á la mujer, porque es consecuencia de la desenvoltura.

He visto muy de cerca algunas jóvenes que apenas habían salido de la infancia y empezaban teniendo en la conversación libertades; inocentes en un principio, pero que eran aplaudidas como otras tantas gracias; aquellas licencias fueron creciendo poco á poco mucho más de lo conveniente; mas los padres y hermanos exclamaban sin cesar:

— ¡Qué chistes tan oportunos! ¡qué sal! ¡qué chispa!

Y la sal y la chispa se convirtieron al fin en una desenvoltura repugnante, en una maledicencia insoportable, y en una absoluta falta de pudor y de delicadeza.

¿Cómo era posible que estas mujeres no estuviesen rodeadas de enemigos? *Quizá*, sin más faltas que sus *chistes* y su *sal*, han perdido su reputación por la venganza de los que han sido ofendidos por su maledicencia, ó blanco de sus *chispeantes* burlas.

La que ansía la reputación de chistosa será muy fácil que adquiera la de maldiciente; porque de la sátira á la murmuración, es tan rápido el declive, que no basta la débil inteligencia de la mujer para que la conduzca por él sin despeñarla.

La madre que ambicione la felicidad de su hija, hágale entender, desde que su tierna inteligencia lo permite, que es preferible pasar por mujer modesta que por mujer vivaz y chistosa: á estas últimas se las teme; las primeras son casi siempre simpáticas, ó al menos se juzgan inofensivas.

La modestia llegará á serles natural si la buena educación les hace comprender su belleza, porque si bien es cierto que la modestia nace con la criatura, no lo es menos que ésta puedé adquirirla aunque haya nacido destituída de ella.

Si á una niña, en vez de aplaudirle los modales desenvueltos de que use, se le afean, aconsejándole otros más dulces y templados, es indudable que dejará los primeros para no hacerse odiosa.

Si se le enseña á hablar poco y oportunamente, á no criticar á nadie y á cuidar de sus propias acciones y decoro, seguramente que no charlará sin tino cayendo en la murmuración, — escollo inevitable cuando se habla mucho.

Si se le dice que la gracia es la moderación, la dulzura, la templanza, la modestia, en fin, no hará alarde de descoco ni de chistes poco convenientes en su edad.

Por último, si se conserva en su alma esa flor delicada que se llama pudor, no la veréis nunca con la mirada oblicua de la hipocresía, ni como esa descocada que vende el fatal *¿qué se me da á mí?* cáncer de nuestra sociedad y de la virtud de la mujer. — (De la *Revista Literaria*.)

LXXXVII.

El mendigo.

Otberto. — ¡Santo cielo! Todo se confunde en mi turbado espíritu. ¡Huir con Regina! ¡huir de este siniestro burgo!.... ¡Oh! si estoy soñando, no me despertéis, por piedad. ¿Conque es verdad, alma mía, que me perteneces? Huyamos sin aguardar á la noche; huyamos desde luego. ¡Ah! ¡si pudieras tú saber!.... Allá el edén radiante.... detrás de mí el abismo. Huyo hacia la felicidad; huyo delante del crimen....

Regina. — ¿Qué estás diciendo?

Otberto. — No, no temas nada; huiré.... Pero mi juramento.... ¡Gran Dios! Regina, he jurado.... ¿Qué importa? Huiré, me escaparé.... Dios mío, juzgadme. Ese anciano es tan bondadoso como augusto, y debo obedecerle en todo. Ven, partamos: todo nos favorece y nada puede impedir nuestra fuga.

(Durante estas últimas palabras Guanhumara ha vuelto por la galería del fondo conduciendo á Hatto, que ve á los amantes abraxados. Hatto hace una seña y se acercan tras él príncipes, burgraves y soldados. El marqués les indica los amantes, los cuales no cedian de ver nada en su amoroso éxtasis. Al volverse Otberto para salir con Regina, se alza el celoso Hatto ante él. Guanhumara ha desaparecido.)

Regina. — ¡Hatto!

Otberto. — ¡Ah!

Hatto. — Arqueros, prended á este hombre y á esta mujer.

Otberto (sacando su espada y teniendo á raya á los soldados). — Marqués Hatto, sé que eres un infame, un traidor, un impío abominable y bajo. Quiero saber ahora si se encuentra en tu corazón el miedo, fango vil que deja siempre el vicio. Sospecho que eres un cobarde, y que todos estos señores, mejores que tú, van á tener ocasión de verlo. Yo represento aquí, por su elección soberana, á Regina, doncella noble y condesa del Rhin, que á tí te rechaza y me ama á mí. Hatto, yo te desafío á pie con toda suerte de armas, en campo cerrado, sin dilación, sin cuartel, á cara descubierta, á la orilla del río, á donde se arrojará el vencido. Mata ó muere. *(Regina cae desmayada y se la llevan sus doncellas. Otberto corta el paso á los arqueros que intentan acercársele otra vez.)* ¡Cuenta con dar un paso! Hablo á estos señores. Escuchad todos, duque de Turingia, pendragón de Bretaña, barones y marqueses y burgraves, yo abofeteo á vuestra vista á este barón é invoco aquí para castigarlo el derecho de

franco arquero ante vosotros. (*Tira su guante al rostro de Hatto. Entra el mendigo y se confunde con los circunstantes.*)

Hatto. — Te he dejado hablar, y sabe Dios que mi espada tiembla aún en su vaina. Ahora te digo: ¿quién eres tú... tan bravo? ¿Eres hijo de rey, duque, conde ó margrave para que así te atrevas á retarme? Dime siquiera tu nombre. Pero ¿lo sabes tú tampoco? Te llamas el arquero Otberto. (*A los señores.*) Miente. (*A Otberto.*) Mientes. Tu nombre no es Otberto. Yo voy á decirte de dónde vienes y lo que vales. Tu nombre es Yorghi Spadaceli. No eres ni siquiera hidalgo. Tu abuelo era corso y esclava tu madre. Mira si te conozco: eres un vil falsario, esclavo é hijo de esclava. ¡Atrás! (*A los otros.*) Si alguno de vosotros quiere batirse por él, acepto el desafío, á brazo partido, aquí, en la avenida, puñal en mano y á pecho descubierto. Pero tú, vil aventurero, escapado de los hierros, ve á tirar tu guante á los criados.

(*Le da con el pie al guante de Otberto.*)

Otberto. — ¡Miserable!

El mendigo (á Hatto). — Marqués, tengo noventa y dos años, pero yo os haré frente. Una espada.

(*Tira su báculo y toma una espada de una pancplia.*)

Hatto (riéndose). — Faltaba un bufón á este paso de comedia, y aquí está ya, señores. ¿De dónde sale tan digno defensor? Hemos pasado del gitano al mendigo. ¿Tu nombre?

El mendigo. — Federico de Suabia, emperador de Alemania.

Magno. — ¡Barbarroja!

(*Asombro y estupor. Apártanse todos formando una especie de círculo al rededor del mendigo, que saca de entre sus andrajos una cruz pendiente de su cuello y la levanta con la mano derecha teniendo la otra sobre la espada hincada en el suelo.*)

Mendigo. — He aquí la cruz de Carlomagno. (*Pausa.*) Yo, Federico, señor del monte en que nací, rey electo de los Ro-

manos, emperador coronado, rey de Borgoña y de Arlés, portandestandarte de Dios, profané el sepulcro en que duerme Carlomagno. Pero hice penitencia; he pasado veinte años en el desierto orando y gimiendo de rodillas, viviendo del agua del cielo y de las yerbas de las rocas. Fantasma de que huían con espanto hasta los pastores, el mundo entero me ha creído entre los muertos. Pero oigo la voz de mi patria que me llama, y salgo de las sombras á que voluntariamente me había desterrado. Tiempo es ya de levantar la cabeza. ¿Me reconocéis?

Magno (acercándose.) — Tu brazo, César.

Mendigo. — ¡Ah! ¿buscas la marca del hierro candente que me hizo uno de vosotros? Hela aquí. *(Presenta el brazo á Magno, que lo examina atentamente.)*

Magno. — La verdad me obliga á declarar aquí que, en efecto, es el Emperador Federico Barbarroja.

(El estupor sube de punto; el círculo se ensancha. El emperador apoyado en la espada les dirige á todos una mirada terrible.) — (VÍCTOR HUGO. — *Los burgraves.*)

LXXXVIII.

La medida del valor de los hombres.

Ahora, Enrique mío, piensa un poco en las diferencias que deben existir entre todos los hombres de la tierra, cuando hay que medirlos desde el punto de vista de sus diversos valores. Nuestras monedas no son más que de cobre, de plata y de oro; pero ¿cuántas diferencias hay entre los hombres, ya sea que los apreciemos por su fuerza física ó por su salud, por su valor moral ó por su valor intelectual!

¡Y nosotros nos contentamos con una docena de adjetivos para clasificarlos y distinguirlos! Ticio es débil y Cayo es robusto; Carlos es bueno y Pedro es malo; Teodoro es torpe y

Edmundo es inteligente. Acostúmbrate, Enrique, á meditar sobre la ligereza de nuestros juicios expresados con tan pobres y confusos adjetivos. ¡Todo un hombre medido, pesado, juzgado con una sola palabra!

Los botánicos, cuando describen en sus *Floras* una especie cualquiera, emplean á menudo un par de páginas, llenas de palabras analíticas y sutiles, con el fin de que la planta pueda ser distinguida de las otras análogas, ¡y nosotros para avaluar un hombre adoptamos un solo bautismo!!

Sin embargo, Enrique mío, nada importa tanto en la vida como conocer á los hombres, á esos seres con quienes debemos vivir y trabajar, y de quienes depende en una grandísima parte nuestra propia felicidad. Contrae el hábito, en tiempo, de observar á tus compañeros, á tus amigos, y de estudiarlos con el mismo empeño con que estudias el lenguaje, la geografía, la historia. Acostúmbrate á observar al hombre antes que á ninguna otra criatura, antes que á ninguna otra cosa animada ó inanimada, y date á menudo, por tema de tus composiciones, la descripción de un carácter humano.

Empieza por observar y estudiar al hombre que tú conoces mejor y que vive contigo veinticuatro horas al día; esto es, á tí mismo. Sabe que no es cosa fácil; al contrario, es de las cosas más difíciles el conocerse á sí mismo; pero éste es el alfabeto de todas las ciencias, es la base tetragona sobre la cual reposa todo el edificio de nuestra instrucción. Los pintores hábiles obtienen gran éxito haciendo su propio retrato. ¿Por qué no hemos de obtener todos el mismo éxito reproduciéndonos nuestra propia imagen moral é intelectual?

El conocimiento de los hombres es una cosa tan vital, tan importante, que si á mí me preguntaran: cuál es la primera condición para lograr éxito en los negocios, yo respondería:

— *Conocer á los hombres.*

Y si me preguntaran cuál es la primera virtud para ser hombre de Estado, para ser un gran general, yo contestaría:

— *Conocer á los hombres.*

— ¿Cuál es la primera cualidad para ser un excelente abogado, ó un perfecto juez?

— *Conocer á los hombres.*

— ¿Cuál la primera condición para ser un buen maestro, un pedagogo ilustre?

— *Conocer á los hombres.*

— ¿Cuál la primera condición para ser feliz?

— *Conocer á los hombres.*

— ¿Y si debiésemos aprender una sola cosa en este mundo, la más necesaria, la más esencial, la más indispensable?

— *Conocer á los hombres.*

Conocer á los hombres es la ciencia de las ciencias, el arte de las artes,—y muchos hombres han conseguido llegar á hacerse grandes, inscribir sus nombres en bronce ó en mármol, sólo porque poseían esta virtud de las virtudes. Ningún príncipe, ningún general, ningún gobernante ha pasado el límite de las mediocridades, cuando le ha faltado el conocimiento de los hombres. Aun las mismas eminencias, que han dejado páginas inmortales en la historia, erraron, cuando por ligereza ó por soberbia, no supieron estudiar á los hombres. Si Julio César, uno de los más grandes genios del mundo, hubiese estudiado mejor el carácter de Bruto, no se hubiera dejado matar por él y habría llegado á ser Emperador,—Roma hubiera tenido muchos años menos de guerra civil, y los pueblos de aquel tiempo habrían ganado algo teniendo por soberano al gran Julio en vez de tener al astuto Augusto. Y si Napoleón dominó por tantos años á casi toda la Europa, fué, no solamente porque era el primer soldado de su tiempo, sino principalmente porque conocía de una manera profunda á los hombres.

Los ingleses, que son los primeros comerciantes del mundo, miden el valor de los hombres por la fortuna que tienen, y dicen: «Ticio vale 4000 libras esterlinas», para significar que

tiene cerca de 20,000 pesos. Ellos no desprecian seguramente los otros valores humanos, pero empiezan por medir lo que es más fácil de medir; es decir, el dinero que el hombre posee.

Y ciertamente que el dinero es una gran fuerza, es el coeficiente máximo de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones, y cuando es manejado por una buena inteligencia y por manos honradas, aumenta mucho nuestro valor. El dinero no debe ser ni despreciado ni adorado. El que lo desprecia mucho puede dejar pasar los mejores años sin enriquecerse y hallarse á la vejez sin recursos, y sobre todo sin ese bien de los bienes que se llama la independencia. Nosotros podemos limitar hasta el extremo nuestras necesidades; pero sin dinero no se vive, y si las enfermedades ú otros accidentes nos encuentran sin recursos, tenemos que ocurrir á los otros, cosa humillante y dolorosa. Un hombre bueno sin dinero es poco útil para sí mismo, y completamente inútil para los demás; un hombre bueno y rico puede proporcionarse muchos bienes y proporcionarlos á sus semejantes. Despreciar el dinero es, pues, una pura y simple tontería; es lo mismo que despreciar la fuerza de los soldados prontos á combatir y á vencer; es lo mismo que despreciar el sol, que da la vida á todas las criaturas de la tierra y á las de los otros planetas, desconocidas para nosotros.

Y por otra parte, pensar demasiado en el dinero, hacerlo la primera y última aspiración de la vida, es otro error, puesto que se hacen muchas villanías, y quizá las peores, por enriquecerse, y si el dinero se tiene guardado en las cajas, no sirve para nadie y es como si no existiese.

Por eso tú debes medir á los hombres antes que por el dinero, por la salud, el corazón y la inteligencia, que són las verdaderas y seguras medidas del valor humano. Y al tomar

esas medidas, ten cuidado de la primera impresión, que es á menudo errónea, y casi siempre superficial.

Hablo por experiencia; entusiasta y susceptible como soy, siento rápida y vigorosamente la simpatía y la antipatía; por lo cual, cuando veo por primera vez una persona, me siento súbitamente atraído ó repelido por ella. Y me equivoqué muy á menudo, casi siempre. Más bien dicho, me equivocaba, porque las duras lecciones que la experiencia me ha dado, me han hecho más reflexivo y más prudente en mis juicios. Cuando una persona, antes de conocerla, me parecía simpática, yo encontraba en ella todo bueno y todo bello. Al medir su valor exageraba la belleza, la bondad y la inteligencia; por lo cual me entregaba á ella en cuerpo y alma, ofreciéndole sin vacilaciones mi amistad. Muchas veces, sin embargo, la experiencia me demostraba que había mirado á esa persona al través de los lentes de la simpatía que agrandan las cosas buenas, y tenía con vergüenza, ó al menos con gran embarazo, que retirarle mi amistad, refrenar mi entusiasmo; en una palabra, tocar retirada.

Otras veces, en cambio, la persona me parecía á primera vista antipática, y á través del vidrio verde de la antipatía, veía en ella todo malo, todo grosero, sin poder disimular y ocultar mi repugnancia. Y sin embargo muchas veces el hombre bajo una mala corteza ocultaba una excelente pasta, y yo perdía un amigo ó tocaba la dificultad de acercarme á él para pedirle su amistad, después de haberle demostrado mi antipatía.

Antes de juzgar á un hombre piensa bien, piensa mucho, y entre tanto conserva tus relaciones con él sobre la base de una cortés indiferencia. Hay necesidad de verlo y de estudiarlo cuando esté alegre y contento, y sobre todo cuando esté triste; cuando va con viento en popa y cuando sopla sobre su barquillo un viento adverso. Y después, cuando se empie-

zan á leer algunas sílabas, algunas frases en ese libro de mil páginas que se llama un carácter, hay necesidad de confrontarlo con otros hombres conocidos ya enteramente, tomándolos como punto de comparación, como tipo de medida. Y no solamente debemos compararlos con los hombres vivos, sino también con los muertos; con los más grandes, con aquellos que han dejado escritos sus nombres en las páginas de la historia. Hay aun necesidad de compararlos con los tipos ideales que cada uno de nosotros ha concebido en su imaginación. El hombre perfecto no existe en la naturaleza, pero existe en nuestro cerebro, y estudiando un hombre verdadero, un hombre vivo, debemos medir y calcular en cuanto se aproxima ó se aleja, de ese tipo perfecto que ideamos en nuestra mente.

Enrique mío, si tus maestros de Turín hubiesen podido oír esta alocución mía, estoy seguro que se habrían reído, encontrando extraño que yo quiera enseñar á un niño de quince años á estudiar y á conocer á los hombres, — cosa que no saben hacer muchos que tienen los cabellos canos. Yo, sin embargo, á pesar de no ser más que un humilde marino, tendría fuerza y valor para defenderme de la acusación de tus profesores.

Yo les diría que en la escuela se enseña demasiada teoría y muy poca práctica; y que si los maestros no pueden dictar los preceptos del arte de vivir, lo deben hacer en familia los padres y los amigos de la casa, porque cada hombre que encontramos en la calle, cada escena, aun la más simple de la vida doméstica, puede proporcionarnos una lección práctica sobre esa ciencia de las ciencias, que enseña á ser feliz y á hacer felices á los demás.

A tu edad hay necesidad de echar en la tierra muchas semillas, aunque todas no puedan germinar al mismo tiempo. Unas nacen primero, otras nacen más tarde, quizás tardísimo; pero si la semilla es buena y la tierra no se descuida, á su

tiempo se alcanzará el resultado de cada grano que hayamos arrojado en el suelo.

Tú, que hasta ahora no habías oído hablar del arte de conocer á los hombres y de medir su valor, podrás quizás encontrar nuevo y raro todo lo que estoy diciéndote; pero después, tú mismo, volviendo á pensar, encontrarás en lo que te he dicho, materia de meditación, de reflexión y de estudio.—¿No has visto cuántos años necesita un maestro de piano para obtener cierto grado de ejecución? Se requieren largos y fastidiosos trabajos de escalas, de ejercicios, de pruebas y más pruebas,—y nadie pensaría que en esos molestos esfuerzos se halla el germen de toda esa armonía y de toda esa melodía, que encantarán más tarde los oídos del tocador y de los que lo escuchen. Eso mismo pasa con el estudio del hombre.—Ahora, á tu edad, se observa poco y con mucha impaciencia; la atención se cansa fácilmente; pero mientras no alcanzas á comprender que el estudio de los hombres es el más importante de todos, trata de ensayarte en el conocimiento de tus condiscípulos y compañeros de juego, ejércitate en medir su valor,—y poco á poco llegarás á ser un profundo conocedor del corazón humano, y cuando seas hombre y puedas aprovechar todos los días de ese conocimiento, te acordarás del pobre viejo tío Bautista, que ya habrá muerto, y que te enviará desde el otro mundo un saludo lleno de ternura.—(P. MANTEGAZZA. — *Testa.*)

LXXXIX.

El mejor testigo.

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.

Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está como presidente
Del Tribunal superior,
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón,
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropón,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo, en Zocodover,
Gritan en discorde son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos: — ¡Justicia,
Jueces, justicia, señor! —
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos

Se agitan al rededor.
Alzola cortés Don Pedro,
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo :

— ¿ Mujer, qué quieres ?

— Quiero justicia, señor. —

— ¿ De qué ?

— De una prenda hurtada. —

— ¿ Qué prenda ?

— Mi corazón. —

— ¿ Tú le diste ?

— Lo presté. —

— ¿ Y no te lo han vuelto ?

— No. —

— ¿ Tienes testigos ?

— Ninguno. —

— ¿ Y promesa ?

— ¡ Sí, por Dios !

Que al partirse de Toledo

Un juramento empenó.

— ¿ Quién es él ?

— Diego Martínez.

— ¿ Noble ?

— Y capitán, señor. —

— Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala ;

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado son.

Un portero levantando

El tapiz, en alta voz

Dijo : — El Capitán Don Diego. —

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

— ¿ Sois el Capitán Don Diego,

Díjole Don Pedro, vos ?

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez :

— Yo soy. —

— ¿ Conocéis á esta muchacha ? —

— Ha tres años, salvo error. —

— ¿ Hicisteisla juramento

De ser su marido ? —

— No. —

— ¿ Juráis no haberlo jurado ?

— Sí, juro. —

— Pues id con Dios.

— ¡ Miente ! — clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.

— Mujer, ¡ piensa lo que dices !

— Digo que miente, juró. —

— ¿ Tienes testigos ? —

— Ninguno. —

— Capitán, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda

Con bruzca satisfacción,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme gritó :

— ¡ Llamadle, tengo un testigo,

Llamadle otra vez, señor ! —

Volvió el Capitán Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcón,

La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió :

— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razón. —

— ¿ Quién ?

— Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó

Mirándonos desde arriba. —

— ¿ Estaba en algún balcón ? —

— No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que expiró.

— ¿Luego es muerto?

— No, que vive. —

— Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

— El Cristo de la Vega
A cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:

«La ley es ley para todos;
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay más Tribunal que Dios.
Haremos.... lo que sepamos:
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la vega
Tomaréis declaración.

(JOSÉ ZORRILLA.)

XC.

La madre.

Luego, volvía en sí: la idea de que dentro de pocos momentos abrazaría á su madre, le venía de nuevo á las mientes, y saboreaba, como la vez primera, toda su dulzura; se le animaban los ojos, los labios le temblaban, todas las facciones se

le transfiguraban de la alegría. Entreabría sus labios una leve sonrisa, después una sonrisa abierta y franca, por fin, un sollozo de convulsiva risa; el pecho y la espalda se le levantaban y bajaban, como si hubiese dado una larga carrera; otro sollozo, otro más fuerte, otro aún, una explosión de llanto, y se dejaba caer sobre el lecho, con el rostro entre las manos, y sofocaba contra las mantas de la cama aquella mezcla de lloro y risa, sacudiendo todavía la cabeza, como si dijese: ¡Pobre madre mía!

—¿Te vuelves imbécil? —gritó un cabo, atravesando la cuadra y deteniéndose al umbral de la puerta por donde tenía que salir.

El soldado se estremeció, se levantó en pie, se volvió y lo miró con los ojos húmedos de lágrimas y la boca abierta á la sonrisa. No había comprendido. El cabo marchóse murmurando: — ¡Qué estúpido!

Al quedar solo, estuvo un minuto pensativo; luego, como impulsado por una idea súbita, cogió la mochila, púsola sobre la cama, la abrió, después de haber tentado algún rato con los dedos trémulos las hebillas de las correas, metió dentro furiosamente las dos manos, sacó de prisa cepillos, peines, cuchara, todos sus enseres; los ordenó sobre la cubierta; empuñó un cepillo, apoyó un pie sobre uno de los banquillos de la cama, inclinóse y comenzó á cepillar con toda su fuerza los botines, deteniéndose de vez en cuando para ver si quedaban bien. — Quiero estar más limpio que un espejo, — decía entre sí, poniendo la cara muy seria y continuando el cepilleo. — Quiero parecerle bien. -- Limpios ya los botines, siguió cepillando todo el uniforme; después registró otra vez la mochila, y sacó un espejito redondo, abriólo, se miró....

Cuando el ánimo está profundamente agitado por un sentimiento fuerte y generoso, y la imaginación llena de risueños pensamientos, los ojos y la sonrisa se impregnan también de

la nobleza de aquel afecto y de la serenidad de aquellas ideas, hasta el punto de que el rostro menos bello se ilumina en aquel instante con un resplandor de hermosura. No es extraño, pues, que el buen soldado, mirándose en el espejo, y viendo resplandecer el alma en el semblante, sonriese con ingenua complacencia....

Se oye abajo, en la escalera, rumor de pasos precipitados: el soldado escucha; el rumor se acerca; se oyen los pasos en la próxima estancia; es el cabo de guardia; entra, mira al redor, ve á nuestro joven.

— Oye, — exclama, llamándolo por su nombre; — á la puerta hay una mujer que te busca.

— ¡Madre mía! — gritó con súbito impulso el hijo, y echó á correr; atravesó volando las cuadras; precipitóse por la escalera, devoró el patio, se lanzó á la calle, entrevió una figura de mujer, se dirigió á ella, deslumbrado y ciego; ella le abrió los brazos, él cayó en los suyos, y los dos dieron un grito. El hijo posó las abiertas palmas sobre las sienes de la madre, clavó los dedos entre sus cabellos canosos, le inclinó la cabeza hacia atrás, le miró á los ojos que estaban fijos en los suyos; después apretó aquella cabeza querida sobre su hombro, la cubrió con sus brazos, pegó los labios á sus cabellos, que habían quedado descubiertos al caer la campesina toca. La buena mujer ahogaba sus sollozos contra el hombro del hijo, y abrazándolo por la cintura, dejaba correr las descarnadas manos sobre el tosco capote, que para ella en aquel momento valía más que un manto real.

Los soldados de guardia, separándose á respetuosa distancia, contemplaban inmóviles y silenciosos aquel sagrado abrazo, aquel semblante animado por profundísima impresión.

Yo, que aquel día estaba de guardia en el cuartel, hallábame allí cerca, á la puerta de mi pabellón, y miraba también.

— Repóngase, madre, hágase ánimo; no llore así... ¡Dios

mío! ¿Es éste motivo para llorar? — decía el hijo con voz cariñosa, y con ambas manos le colocaba tras las orejas los cabellos, que en el ímpetu del primer abrazo se habían descompuesto y enmarañado. La anciana continuaba sollozando, sin lágrimas ni palabras, hasta que levantando los ojos al rostro del hijo, sonrió, dió un gran suspiro, como si le quitasen un peso del corazón y, murmurando:

— ¡Hijo mío! — abrazóle de nuevo.

— ¿Está usted cansada? — preguntóle el soldado, desenlazándose de sus brazos.

— Un poco, — respondió ella, sonriendo. Y volvió los ojos y miró al rededor, buscando dónde dejar el voluminoso fardo que traía.

— Entre usted aquí, — dije yo, abriendo la puerta de mi pabellón.

— ¡Oh, señor oficial! — exclamó, volviéndose hacia mí, y saludándome con una reverencia; — gracias, señor oficial.

Su hijo quedó algo confuso.

— Entrad, — repetí; — entrad.

Entraron tímidamente y se acercaron á la mesa; la anciana dejó sobre ella el bulto; yo me separé á alguna distancia.

— Deja que te vea, hijo mío; vuélvete del otro lado.

El soldado, sonriendo, se volvía á un lado y otro, para que ella lo contemplase. Y ella, haciéndose atrás, midiéndolo de pies á cabeza y juntando las manos, exclamaba afectuosamente: ¡Qué bien estás así! — Y se sentía rejuvenecer la pobrecilla, y casi le entraban ganas de ponerse á brincar. Se acercaba, se alejaba, volvía á acercarse y lo devoraba con los ojos. Le ponía las manos sobre los hombros, y las dejaba correr á lo largo de los brazos hasta cogerle las manos; aproximaba el rostro á su pecho para examinar los botones; después, notando que le había empañado con el hálito la chapa del cinturón, se la limpiaba con la punta del delantal; finalmente,

después de haberlo mirado y remirado un buen rato, le echó amorosamente una vez más los brazos al cuello, llamándolo por su nombre.

Luego, separóse repentinamente de él, preguntándole:

—¿Y la guerra?

El hijo sonrió, y ella repitió:

—¿Y la guerra, cuándo vas á la guerra?

—Pero ¿quién habla de guerra?

—¿Qué? ¿De veras? ¿No hay guerra?—preguntó muy contenta;—¿no hay guerra ni la habrá?

—Si la habrá ó no la habrá, no es cosa que puede saberse....

—Luego, la habrá. Dime la verdad, hijo mío.

—Pero ¿qué quiere Vd. que sepamos nosotros, pobres soldados?

—Pues, si no lo sabéis vosotros, que hacéis la guerra,—replicó con acento de profunda convicción,—¿quién lo ha de saber?

Y dicho esto, permaneció inmóvil, aguardando contestación, con tal aspecto y actitud de curiosidad, con una sonrisa tan afectuosa en los labios, y con un resplandor tan inefable en los ojos, que su hijo, sonriendo también, quedóse extático mirándola, y le pareció tan bien en aquel momento, sintió en las entrañas un nuevo y tan vigoroso impulso que le arrojaba hacia ella, que se le echó encima de un salto, le apretó la cabeza entre las manos, se la besó, se la meneó juguetonamente como se hace á los niños, y poniéndole otra vez los labios en la frente, murmuró sonriendo:—¡Viejita mía!

Y yo, mirando aquello, apoyado de espaldas á la pared, pensaba así:

—Ahí tenéis un hombre que adora á su madre. No puede dejar de ser un buen soldado, respetuoso, dócil, pundonoroso y valiente. Valiente sí, porque las almas que sienten el amor de una manera profunda y firme, no pueden ser cobardes. Ese

soldado, si va á la guerra, se hará matar en el campo de batalla y expirará con el nombre de su madre en los labios.

Enseñadle lo que es la patria, hacedle comprender que la patria son cien mil madres y cien mil familias como la suya, y amará la patria con entusiasmo. Pero hay que comenzar por la madre. ¡Oh! si se pudiera descubrir el primero y verdadero germen de todas las acciones honradas y generosas de que nos enorgullecemos, lo descubriríamos siempre en el corazón de nuestra madre. ¡Cuántas medallas del valor militar debieran brillar sobre el pecho, no de los hijos, sino de las madres, y cuántas coronas de laurel, en vez de ceñir una frente juvenil, debieran colocarse sobre alguna cabeza cana! ¡Madres, no debierais morir nunca, ó debierais, por lo menos, estar al lado de vuestros hijos y acompañarlos hasta el fin en el camino de la vida! Ante vosotras, aunque fuésemos ancianos, seríamos siempre niños, y os amaríamos con el mismo amor. Y vosotras nos dejáis solos.... ¡Oh, no, solos no! Nos queda vuestra grata memoria; vuestra querida imagen está siempre ante nuestros ojos; vuestros cariñosos consejos están siempre presentes en nuestro espíritu. Y esto nos basta. Cada vez que nos asalta el tedio de la existencia, ó algún cruel desengaño hace nacer en el corazón un sentimiento de odio á los hombres, entre los hombres y nosotros surgirá vuestra imagen santa, pacificadora; nos parecerá que nos llama por nuestro nombre vuestra dulce voz, con la cual nos reprendíais y amonestabais cuando éramos pequeñuelos, y doblaremos irresistiblemente las rodillas, y juntaremos las manos ante vuestra imagen y os pediremos perdón!.... — (DE AMICIS. — *La vida militar.*)

XCI,
El ombú.

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil, su sol ardiente;
Minas de plata, el Perú;
Montevideo, su cerro;
Buenos Aires, — patria hermosa, —
Tiene su Pampa grandiosa:
La Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura extendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener dónde posar,
Es la Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz.
El bibí, los macachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos;
Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad,

Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el caraucho;
Si la peste amaga el rancho,
Sobre el techo el buho está;
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante chajá.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

¡El Ombú! — Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano,
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó;
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan róida,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero,
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto,
El Ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor;

Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa,
Muchas razas él cobija:
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pie;
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza,
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta,
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominios dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el Ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado,
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!

El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido ;
Á su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!...

A su sombra melancólica,
En una noche serena,
Amorosa cantinela
Tal vez un gaucho cantó ;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el Ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra,
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;
Ó tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos,
Pone paz á dos esposos
Ó en las carreras es juez.

Á su pie trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar

El Ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

(LUIS DOMÍNGUEZ.)

XCH.

Muerte de Zapicán y otros caciques charrúas.

Penetráronse los españoles de que á pesar de todos sus esfuerzos la situación no se decidía en su favor, pues les era contrario hasta el suelo que pisaban en tierra uruguaya. Mientras Melgarejo estuvo ausente, se descubrió la conspiración de Yamandú, el cual encontróse á punto de abordar la armada de Zárate viniendo con once canoas en aire de prestarla socorro, pero advirtiéndole que le miraban con desconfianza, no llevó á cabo su intento y se limitó á avituallarla de los víveres, con cuyo cebo disimulaba sus verdaderas intenciones. Quedó prevenido Zárate contra el indio, y no menos lo quedó Melgarejo: así es que determinó ir en busca de Garay, único capitán que podía ayudarles á salir con bien de la precaria situación en que se veían enredados. Partió, y explorando las vecindades del Uruguay y del Paraná con la actividad que le era peculiar, tomó lenguas de la situación de aquel caudillo y de los inconvenientes que le habían imposibilitado de incorporarse á Zárate.

En el ínterin que esto sucedía, llegó de la Asunción un bergantín que había despachado Martín Suárez de Toledo en socorro de los españoles del Adelantado, é incorporándose á Garay que venía de camino con algunos barcos, le sirvió de mucho consuelo aunque fué breve la satisfacción: un deshecho temporal, haciendo doble estrago en las filas españolas, dispersó esta pequeña armada é hizo zozobrar todas las naves de

Zárate, quedando las gentes de este último nuevamente libradas á las desventuras que la incomunicación y el hambre podían irrogarles. Afortunadamente para el Adelantado, llegó algunos días después de tamaño contratiempo el capitán Melgarejo, que había sido feliz en su excursión, pues encontró á Garay, quien le dió bastimentos y le instruyó de los planes que meditaba para batir á los charrúas. Celebraron entonces consejo los españoles y determinaron abandonar la isla de Martín García, conviniéndose en establecer una población en las riberas del río San Salvador, tributario del río Uruguay. A fin de poner en práctica esta idea, fabricaron una embarcación con las tablas de la zabra que allí padeció naufragio, y embarcando Melgarejo en este barquichuelo y en su bergantín á las mujeres y los enfermos, dió la vela para la punta del río Uruguay, donde les dejó con buena escolta. Y mientras Zárate y los suyos quedaban en Martín García, y las mujeres y los enfermos en las riberas de San Salvador, marchó el Capitán Melgarejo en busca de Garay, al cual no se incorporó en el momento más necesario, por causa de una nueva tempestad que le tuvo á punto de perderse con todas sus gentes.

Bien necesitaba Garay de la ayuda de sus compañeros de armas en los momentos apurados en que se veía, porque á no ser el esforzado valor que animaba su espíritu, hubiese sucumbido á las sucesivas contrariedades que le originaba su situación excepcional. Había este capitán vencido las contrariedades que los hombres y la naturaleza parecían haberle suscitado de consuno, á fin de poner á prueba el temple de su alma. Estrechado por las respetables fuerzas que el cacique Terú llevó sobre Santa-Fe, consiguió vencerlas, dispersándolas con tanto vigor, que pudo jactarse de no verlas unidas y en aire de hostilidad por mucho tiempo todavía. Poniéndose en marcha para socorrer á Zárate, luego de conseguida esta victoria, vióse acometido en su viaje por muchas tempestades,

pero su valor y su suerte le sacaron con bien de calamidades tan repetidas. Saltó por fin en tierra uruguaya, aunque bajo malos auspicios, porque venía náufrago y le habían sacado á él personalmente de dentro del agua algunos indios de su escuadrilla: tuvo la buena fortuna, sin embargo, de desembarcar su gente con la sola pérdida de un caballo. Traía 30 arcabuceros y 12 soldados de caballería, con más los hombres de mar, milicia brava toda ella, como que era elegida de entre los ochenta y seis soldados con los cuales se le comisionó la fundación de Santa - Fe, y contra los cuales se estrelló el valor de Terú y sus compañeros recientemente vencidos en el alzamiento provocado por la política de Zapicán contra los conquistadores.

Aprovechando la influencia moral de aquella victoria, quería Garay tratar á los charrúas de la misma suerte que había tratado á los guaraníes, porque comprendía que sólo un golpe de audacia era capaz de restablecer la bienandanza de los negocios de Zárate, á cuyo giro estaba vinculado por estos tiempos el porvenir de la conquista en el Río de la Plata. Aunque el campo en que colocó su gente no era de los mejores, ni la situación en que se encontraba era de las más lucidas, su ánimo se serenó al verse libre de los peligros de la mar, en los cuales estaba amenazado de sucumbir sin brillo, y trató de consolar á los suyos haciéndoles presente la proximidad en que estaban del río San Salvador, donde ya había una guardia española, y la posibilidad de llegar á aquel destino tan pronto como se repusieran de las fatigas ocasionadas por el último naufragio. Pero como si los hechos quisieran desautorizar sus palabras, apenas alumbrió el alba aquel triste campamento donde se había pasado una cruda noche, aparecieron los charrúas en lontananza, formados en siete batallones bien regimentados y cuyo número pasaba de 1000 individuos. Grande emoción causó entre los españoles aquel inesperado hallazgo ; pero Garay, man-

dándoles tomar las armas, les dijo con tranquilo continente, mientras formaban: *¡Amigos, no resta otra cosa que morir ó vencer; esperemos, pues, con valor al enemigo!*

Emboscó el caudillo español su caballería, que constaba de 11 hombres, con el designio de que ella saliese al campo luego que los charrúas se trabaran en combate con la infantería castellana, y colocándose él mismo al frente de los soldados restantes que eran arcabuceros y ballesteros, se adelantó con miras de hacer una retirada falsa que atrajera á los indígenas al lugar de la emboscada. Pero Zapiacán, que venía al mando de las fuerzas contrarias y era avisado en ardidés de guerra, no avanzó según lo suponía Garay, dejándose estar quieto á su frente. Llevados entonces los castellanos de su ordinario ardimiento, embistieron al grito de *¡Santiago!* á un batallón de 700 charrúas, rompiéndolo con grande esfuerzo. Acudieron en socorro de este cuerpo 100 flecheros que eran la flor de las tropas indígenas, pero cortados por la caballería, que salió súbitamente de su emboscada, fueron desbaratados sin tener ocasión de concluir el movimiento envolvente que deseaban ejecutar sobre el enemigo. Se hizo general entonces la batalla, porque cargaron todas las fuerzas charrúas sobre los españoles, poniéndoles en terrible trance. Tabebá y Abayubá corrieron hacia Antonio de Leiva, que á caballo asestó un lanzazo al primero en el pecho, pero el bravo charrúa cuidándose poco de su herida se aferró á la lanza con tal ímpetu, que hubiera volcado á Leiva, si á esta sazón Juan Menialvo, acometiendo por la espalda, no hubiese descargado un golpe de espada sobre el indio cortándole una de las dos manos, mientras se reponía Leiva y le atravesaba el corazón. Furioso Abayubá de la muerte de su amigo, se abalanzó sobre Leiva, mas éste le atravesó el vientre de una lanzada, y queriendo el charrúa pelear aún, se asió á la rienda del caballo del castellano sin soltarla hasta morir. Tocó su turno á Za-

picán, que al ver tendidos á sus dos más fuertes guerreros, intentó vengarles, pero fué muerto de un lanzazo por Menialvo. Anagualpo y Yandinoca murieron á manos de Juan Vizcaino, otro soldado de caballería; Magalona, después de haber arrancado la pica á un castellano, murió luchando contra seis españoles, uno de los cuales, llamado Osuna, le cosió á puñaladas desde arriba del caballo, cuyas riendas pretendía cortar el indio con los dientes.

Viendo Garay que la lucha no cesaba á pesar del destrozo que su caballería había hecho en las filas charrúas, cargó personalmente sobre un cuerpo de reserva que aun permanecía entero, pero al embestir fué herido en el pecho y le mataron el caballo; acudieron sus soldados de prisa á levantarle proporcionándole otro bridón, con lo cual se restableció la moral de las fuerzas españolas. Entonces, comprendiendo los charrúas que la batalla no se decidía al quedar vivo Garay, y habiendo ellos perdido sus mejores jefes y 200 soldados, tocaron retirada, alejándose de aquel funesto campo de batalla en el cual celebraban los españoles la más insigne victoria que en su concepto habían obtenido en estos países. Retiráronse ordenadamente los indígenas, cosa que testifica el superior tino con que acostumbraban á batirse; puesto que sometidos al rudo contraste de perder su general en jefe y los mejores capitanes de su ejército, no se entregaron al desbande, que es tan común á las tropas allegadizas. Los españoles, por su parte, y á pesar de las ventajas de movilidad que les daban sus caballos, no los persiguieron. A no ser por la caballería, es evidente que las fuerzas de Garay hubiesen sido destrozadas.—(BAUZÁ.)

XCIII.

Lo inesperado.

(EPISODIO DE LA BATALLA DE WATERLOO.)

Eran tres mil quinientos, y formaban un frente de un cuarto de legua.

Hombres gigantescos sobre caballos colosos. Había veinte y seis escuadrones; y tenían tras sí, para apoyarlos, la división de Lefebre Desnouettes, los ciento seis gendarmes de preferencia, los cazadores de la guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientas ochenta lanzas. Llevaban el casco sin crines y la coraza de hierro batido, con las pistolas de arzón en sus pistolerías y el largo sable-espada. Todo el ejército los había admirado aquella mañana, cuando, á las nueve, al sonido de los clarines y al canto de todas las músicas que entonaron el « Velemos por la salvación del Imperio », habían venido en columna cerrada, con una de sus baterías al flanco y la otra en el centro, á desplegarse en dos filas entre la calzada de Genappe y Frischemont, y á ocupar su puesto de batalla en aquella poderosa segunda línea, tan sabiamente compuesta por Napoleón, la cual llevando en su extrema izquierda los coraceros de Kellermann y á su extrema derecha los coraceros de Milhaud, tenía, por decirlo así, dos alas de hierro.

Llevóles la orden del emperador el ayudante de campo Bernard. Ney desenvainó su espada y se puso á la cabeza. Aquellos escuadrones enormes emprendieron el movimiento.

Vióse entonces un espectáculo formidable.

Toda aquella caballería, sable en mano, lanzando al viento trompetas y estandartes, formada en columnas por división, descendió, con un solo movimiento y como un solo hombre, con la precisión del ariete de bronce que abre una brecha, la

colina de Belle-Alliance, se precipitó en el fondo temible donde tantos hombres habían caído ya, desapareció allí entre el humo, y después, saliendo de aquella sombra, reapareció al otro lado del valle, siempre cerrada y compacta, subiendo á gran trote, al través de una nube de metralla que descargaba sobre ella, la horrible y fangosa pendiente de la meseta de Mont-Saint-Jean.

Subían, graves, amenazadores, imperturbables, haciendo oír aquel colosal movimiento de pisadas en los intervalos de la mosquetería y de la artillería.

Como eran dos divisiones, iban dos columnas; la división Wathier ocupaba la derecha y la división Delord la izquierda. Creeríase ver de lejos desplegarse hacia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero. Aquello atravesó la batalla como un prodigio.

Desde la toma del gran reducto de la Moskowa por la caballería de línea, no se había visto nada comparable á esto; Murat faltaba aquí, pero Ney se encontraba. Parecía que aquella masa se había convertido en monstruo y no tenía sino una sola alma. Cada escuadrón ondulaba y se hinchaba como los anillos del pólipo. Percibíase los al través de una vasta humareda rasgada en ciertos intervalos. Confusión de cascos, de gritos, de sables, saltos borrascosos de las grupas de los caballos entre el cañón y la música, tumulto disciplinado y terrible, y sobre todo esto las corazas, luciendo como las escamas sobre la hidra.

Estos relatos parecen ya de otras edades. Algo semejante á esta visión aparecía sin duda en las viejas epopeyas orfeicas que refieren los hechos de los hombres-caballos, los antiguos hipántropos, aquellos titanes de rostro humano y pecho ecuestre que galopando escalaron el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias.

Extraña coincidencia numérica, veinte y seis batallones iban á recibir á aquellos veinte y seis escuadrones.

Detrás de la cresta de la meseta, á la sombra de la batería disimulada, esperaba la infantería inglesa, formada en trece cuadros, cada uno de dos batallones, y en dos líneas, siete en la primera y seis en la segunda, con la culata en el hombro, asestando á lo que iba á venir, tranquila, muda, inmóvil. Ni ella veía á los coraceros, ni los coraceros la veían á ella, que se limitaba á escuchar cómo subía aquella marea de hombres. Oía ella desde allí el inmenso y siempre creciente ruido que hacían los tres mil caballos, el golpeo alternativo y simétrico de las herraduras á gran trote, el frotamiento de las corazas, el chasquido de los sables, y una especie de gran resoplido feroz.

Siguióse un silencio pavoroso, y después, de improviso, apareció sobre la cresta de la montaña una larga hilera de brazos levantados blandiendo los sables, y los cascos, y los estandartes, y los clarines, y tres mil cabezas, con sus bigotes grises, gritando: ¡Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocó en la meseta, y su aparición fué como la entrada de un temblor de tierra.

De improviso ocurrió un suceso trágico: á la izquierda de los ingleses, es decir, á nuestra derecha, la cabeza de columna de los coraceros se rompió con un clamor espantoso. Llegados al punto culminante de la cresta, desfrenados, entregados á toda su furia, y á su carrera de exterminio sobre los cuadros y los cañones, los coraceros acababan de ver entre ellos y los ingleses un foso, ó más bien una fosa. Era el camino hondo de Ohain.

El instante fué espantoso. El barranco estaba allí, inesperado, como una sima, á pico, bajo los pies de los caballos, con dos toesas de profundidad entre su doble escarpa; la segunda fila empujó á la primera, y la tercera á la segunda; los caballos se levantaban de manos, reculaban, caían sobre la grupa, levantaban los cuatro pies al aire, derribando y moliendo á los

jinetes, sin que hubiera medio de retroceder, pues toda la columna formaba un solo proyectil, y la fuerza adquirida para anonadar á los ingleses anonadó á los franceses, pues el barranco inexorable no podía rendirse sino colmado; jinetes y caballos rodaron allí en confusión triturándose los unos á los otros, no haciendo sino una sola carne en aquel precipicio; y cuando aquella fosa se llenó de hombres vivos, marcharon los restantes por encima y así pasó la caballería, después de haber sido enterrada casi la tercera parte de la brigada Dubois en aquel abismo.

Esto empezó la pérdida de la batalla. — (VÍCTOR HUGO. — *Los miserables.*)

XCIV.

Crimen y castigo.

Hay en la vasta llanura
un tronco seco y sin ramas,
despojado por las llamas
de su pompa y hermosura.
De la escarcha la blancura
le da un tinte funerario,
pues se eleva solitario,
ennegrecido y escueto,
como gigante esqueleto
bajo su roto sudario.

Don Juan, que la marcha guía,
detiéndose allí, desnuda
su espada, y con voz sañuda
clama: — «¡Tu vida ó la mía!» —
En actitud grave y fría
ante él su hermano se para,
y mirando cara á cara
á su opresor: — «¿Eso esperas?» —

le dice: — ¡Qué más quisieras
sino que yo te matara!

«Hierle, si intentas herir;
el golpe aguardo sereno,
que yo, en cambio, te condeno
al tormento de vivir.
¿Adónde podrás huir
que no te alcance el castigo?
Te darán, en vano, abrigo
otros climas y otras playas,
pues donde quiera que vayas,
irá tu crimen contigo.»

— «¡Mi crimen! — ruge don Juan,
— ¡Por Cristo, que es brava idea!» —
Y en sus ojos centellea
la cólera de Satán. —

«Cuando suelto el huracán
rompe, arrolla y desbarata,
sólo algún alma insensata,
en momento tan aciago,
culpa al viento del estrago
y no á Dios que le desata.

«Desde el día en que nací, —
añade, airado y convulso, —
obedezco á extraño impulso
y no soy dueño de mí.
Lucha, pues armas te dí
para ganar la partida,
que si en la lid fratricida
no opones el hierro al hierro,
juro á Dios que como á un perro
voy á arrancarte la vida.»

— «¡Hazlo! — contesta su hermano. —
A tus instintos me entrego,
pues no detendrá mi ruego
los ímpetus de tu mano.
Mi muerte será, ¡oh tirano!
tu expiación más tremenda,

y rompo la espada, en prenda
de que no quiero, cobarde,
ni piedad que me resguarde,
ni acero que me defienda.»—

Dice, y quebrando después
la bruñida y sutil hoja
en dos pedazos, la arroja
de su verdugo á los pies.
Avanza tranquilo, y es
su porte grave y austero.
—«Guarde cada cual su fuero,—
exclama,—y ya que es tu sino,
mata como un asesino,
mas no como un caballero.»—

Don Juan vacila un instante:
con su conciencia batalla;
pero al fin la envidia estalla
más soberbia y más pujante.
—«¡Imbécil! recojo el guante,»—
grita con áspero tono;
y arrastrado por su encono,
contra el desdichado cierra,
que cae exánime en tierra
exclamando: —«¡Te perdono!»—

¿Cómo expresar el horror
de aquella escena de muerte?
La víctima yace inerte
á los pies del matador.
Con su pálido fulgor
la luna alumbra al caído;
el lebrél, enardecido,
la hirviente sangre olfatea,
y se revuelve y rastrea,
y rompe en lúgubre aullido.

Don Juan se detiene adusto;
el asombro en él se pinta,
y la espada en sangre tinta,
cae de su puño robusto.

Los ojos vuelve con susto,
horror se inspira á sí mismo,
y cercano al paroxismo
se retuerce y desespera,
como si rodando fuera
hacia el fondo de un abismo.

Tierra, mar y firmamento,
cuanto huella y cuanto mira,
todo en torno suyo gira
con rápido movimiento.
Llénase su pensamiento
de mortal incertidumbre,
y la inmensa muchedumbre
de visiones que le asalta,
ondula, bulle, resalta
entre círculos de lumbre.

Su razón se turba, un velo
de sangre anubla sus ojos,
y cubren vapores rojos
el mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo
lanza un grito de agonía,
y huye como res bravía
cuando de pronto á su oído
llega el ardiente latido
de la furiosa jauría.

Corre, corre y corre en vano,
porque cuanto más avanza
más cerca á mirar alcanza
el cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
y ve con ansia crüel
los ojos del nuevo Abel
de eterna sombra cubiertos,
siempre fijos, siempre abiertos,
siempre clavados en él.

Nunca el torpe matador
de su víctima se aleja

y el miedo ver no le deja
que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
de sus maldades el fruto :
que á veces Dios, en tributo
á su justicia ofendida,
todo el dolor de una vida
reconcentra en un minuto.

Su ronda desesperada
sigue con bronco resuello,
puesto de punta el cabello
y atónita la mirada.
En su fuga acelerada
apenas el suelo toca,
y cuanto más en su loca
carrera el triste se ofusca,
más le estrecha, más le busca,
más el muerto le provoca.

Precipítase sin tino,
y aumentando sus terrores,
los espectros vengadores
le acosan en el camino.
Gira como un remolino
sin detenerse jamás,
y va ciego, y cuanto más
huye, ve más espantado
el cadáver siempre al lado
y el lebel siempre detrás.

Nada su pavor mitiga,
y su marcha abrumadora
se prolonga hora tras hora
sin ceder á la fatiga.
Su propio crimen le hostiga
con creciente frenesí,
hasta que fuera de sí,
crispado, lívido, yerto,
se desploma junto al muerto
gritando : « ¡infeliz de mí ! »

Caando su manto repliega
la triste noche sombría,
tres muertos alumbra el día
en la solitaria vega:
don Luis que en sangre se anega
y yace en tranquilo sueño,
don Juan, cuyo torvo ceño
muestra su angustia final,
y el lebel, noble y leal,
tendido á los pies del dueño.

¡Conciencia, nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida;
mas ¿quien sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que á solas con el pecado,
fueses tú para el culpado
delator, juez y verdugo.

(NÚÑEZ DE ARCE.—*El vértigo.*)

XCV.

El capitán Veneno.

—¡Señor capitán! (interrumpió Angustias solemnemente.) Los hombres que no pueden casarse, y que tienen la nobleza de reconocerlo y de proclamarlo, no deben hablar de adoración á las señoritas honradas.—Conque lo dicho: mande usted por un carruaje, despidámonos como personas decentes, y ya sabrá usted de mí cuando me trate mejor la fortuna.

—¡Ay, Dios mío de mi alma!—¡Qué mujer ésta! (clamó el capitán, tapándose el rostro con las manos.) ¡Bien me lo temí todo desde que le eché la vista encima! ¡Por algo dejé de jugar al tute con ella! ¡Por algo he pasado tantas no-

ches sin dormir! — ¿Hase visto apuro semejante al mío? ¿Cómo la dejo desamparada y sola, si la quiero más que á mi vida? ¿Ni cómo me caso con ella, después de tanto como he declamado contra el matrimonio? ¿Qué dirán de mí en el casino? ¿Qué dirían de mí los que me encontrasen en la calle con una mujer de bracete, ó en casa, dándole la papilla á un rorro? — ¡Niños á mí! ¡Yo bregar con muñecos! ¡Yo oírlos llorar! ¡Yo temer á todas horas que estén malos, que se mueran, que se los lleve el aire! — Angustias ¡créame usted por Jesucristo vivo! ¡Yo no he nacido para esas cosas! — ¡Viviría tan desesperado, que, por no verme y oírme, pediría usted á voces el divorcio ó quedarse viuda! ¡Ah! — ¡Tome usted mi consejo! ¡No se case conmigo, aunque yo quiera!

— Pero, hombre (expuso la joven retrepándose en su butaca con admirable serenidad.) ¡Usted se lo dice todo! — ¿De dónde saca usted que yo deseo que nos casemos; que yo aceptaría su mano; que yo no profiero vivir sola, aunque para ello tenga que trabajar día y noche, como trabajan otras muchas huérfanas?

— ¡Qué de dónde lo saco! (respondió el capitán con la mayor ingenuidad del mundo.) ¡De la naturaleza de las cosas! ¡De que los dos nos queremos! ¡De que los dos nos necesitamos! ¡De que no hay otro arreglo para que un hombre como yo y una mujer como usted vivan juntos! — ¿Cree usted que yo no lo conozco; que no lo había pensado ya; que á mí me son indiferentes su honra y su nombre? — Pero he hablado por hablar, por huir de mi propia convicción, por ver si escapaba al terrible dilema que me quita el sueño, y hallaba un modo de no casarme con usted como al cabo tendré que casarme, si se empeña en quedarse sola

— ¡Sola! ¡Sola! (repitió donosamente Angustias.) Y ¿por qué no *mejor acompañada*? ¿Quién le dice á usted que

no encontraré yo, con el tiempo, un hombre de mi gusto, que no tenga horror al matrimonio?

— ¡Angustias! ¡Doblemos esa hoja! (gritó el capitán poniéndose de color de azufre.)

— ¿Por qué doblarla?

— ¡Doblémosla, digo . . . y sepa usted desde ahora, que me comeré el corazón del temerario que la pretenda . . . Pero hago muy mal en incomodarme sin fundamento alguno . . . ¡No soy tan tonto que ignore lo que nos sucede! . . . ¿Quiere usted saberlo?—Pues es muy sencillo. ¡Los dos nos queremos! . . . Y no me diga usted que me equivoco, porque eso sería faltar á la verdad.—Y allá va la prueba. Si usted no me quisiera á mí, no la querría yo á usted . . . Lo que yo hago es *pagar*.—¡Y le debo á usted tanto! . . . ¡Usted, después de haberme salvado la vida, me ha asistido como una hermana de la caridad; usted ha sufrido con paciencia todas las barbaridades que, por librarme de su poder seductor, le he dicho durante cincuenta días; usted ha llorado en mis brazos cuando se murió su madre; usted me está aguantando hace una hora! . . . En fin . . . Angustias . . . transijamos . . . Partamos la diferencia . . . ¡Diez años de plazo le pido á usted . . . Cuando yo cumpla el medio siglo, y sea ya otro hombre, enfermo, viejo y acostumbrado á la idea de la esclavitud, nos casaremos sin que nadie se entere, y nos iremos fuera de Madrid, al campo, donde no haya público, donde nadie pueda burlarse del antiguo *Capitán Veneno* . . . Pero, entretanto, acepte usted con la mayor reserva, sin que lo sepa alma viviente, la mitad de mis recursos . . . Usted vivirá aquí, y yo en mi casa. Nos veremos . . . siempre delante de testigos; por ejemplo: en alguna tertulia formal. Todos los días nos escribiremos. Yo no pasaré jamás por esta calle, para que la maledicencia no murmure . . . y únicamente el día de Finados, iremos juntos al Cementerio, con Rosa, á visitar á doña Teresa . . . — (ALARCÓN. — *Capitán Veneno*.)

XCVI.

El Capitán Veneno.

(Continuación.)

Angustias no pudo menos de sonreirse al oír este supremo discurso del buen capitán. Y no era burlona aquella sonrisa, sino gozosa, como un deseado albor de esperanza, como el primer reflejo del tardío astro de la felicidad, que ya iba acercándose á su horizonte.... Pero, mujer al cabo, aunque tan digna y sincera como la que más, supo reprimir su naciente alegría, y dijo con simulada desconfianza y con la entereza propia de un recato verdaderamente pudoroso:

—¡Hay que reírse de las extravagantes condiciones que pone usted á la concesión de su no solicitado anillo de boda!—Es usted cruel en regatear al menesteroso limosnas que tiene la altivez de no pedir, y que por nada de este mundo aceptaría. —Pues añada usted que, en la presente ocasión, se trata de una joven.... no fea ni desvergonzada, á quien está usted dando calabazas hace una hora, como si ella le hubiese requerido de amores. Terminemos, por consiguiente, tan odiosa conversación, no sin que antes lo perdone yo á usted y hasta le dé las gracias por su buena, aunque mal expresada voluntad.... ¿Llamó ya á Rosa para que vaya por el coche?

—¡Todavía no, cabeza de hierro!—Todavía no (respondió el capitán, levantándose con aire muy reflexivo, como si estuviese buscando forma á un pensamiento abstruso y delicado). Ocúrreseme otro medio de transacción, que será el último... ¿entiende usted, señora aragonesa? ¡El último que este otro aragonés se permitirá indicarle!.... Mas, para ello, necesito que antes me responda usted con lealtad á una pregunta.... después de haberme alargado las muletas, á fin de marcharme sin hablar más palabra, en el caso de que se niegue usted á lo que pienso proponerle....

—Pregunte usted y proponga.... (dijo Angustias, alargándole las muletas con indescrptible donaire.)

Don Jorge se apoyó, ó mejor dicho, se irguió sobre ellas, y clavando en la joven una mirada pesquisidora, rígida, imponente, le interrogó con voz de magistrado:

—¿Le gusto á usted? ¿Le parezco aceptable, prescindiendo de estos palitroques que tiraré muy pronto? ¿Tenemos base sobre qué tratar? ¿Se casaría usted conmigo inmediatamente, si yo me resolviera á pedirle su mano, bajo la anunciada condición, que diré luego?

Angustias conoció que se jugaba el todo por el todo.... Pero, aun así, púsose también de pie, y dijo con su nunca desmentido valor:

—Señor don Jorge: esa pregunta es una indignidad, y ningún caballero la hace á las que considera señoras. ¡Basta ya de ridiculeces!.... ¡Rosa! ¡Rosa! El señor de Córdoba te llama....

Y hablando así, la magnánima joven se encaminó hacia la puerta principal de la habitación, después de hacer una fría reverencia al endiablado capitán.

Éste la atajó en mitad de su camino, gracias á la más larga de sus muletas, que extendió horizontalmente hasta la pared, como un gladiador que se va á fondo, y entonces exclamó con humildad inusitada:

—¡No se marche usted, por la memoria de aquella que nos ve desde el cielo! Me resigno á que no conteste usted á mi pregunta, y paso á proponerle la transacción!.... —¡Estará escrito que no se haga más que lo que usted quiera!— Pero tú, Rosita, márchate con cinco mil demonios, que ninguna falta nos haces aquí.

Angustias, que pugnaba por apartar la valla interpuesta á su paso, se detuvo al oír la sentida invocación del capitán, y miróle fijamente á los ojos, sin volver hacia él más que la

cabeza y con un indefinible aire de imperio, de seducción y de impasibilidad. — ¡Nunca la había visto don Jorge tan hermosa ni tan expresiva! Entonees sí que parecía una reina.

— Angustias.... (continuó diciendo, ó más bien tartamudeando, aquel héroe de cien combates, de quien tanto se prendó la joven madrileña al verlo revolverse como un león entre cientos de balas.) Bajo una condición precisa, inmutable, cardinal, tengo el honor de pedirle su mano, para que nos casemos cuando usted diga; mañana.... hoy.... en cuanto arreglemos los papeles.... lo más pronto posible, pues yo no puedo vivir ya sin usted....

La joven dulcificó su mirada, y comenzó á pagar á don Jorge aquel verdadero heroísmo con una sonrisa tierna y deliciosa.

— ¡Pero repito que es bajo una condición.... (se apresuró á añadir el pobre hombre, conociendo que la mirada y la sonrisa de Angustias empezaban á trastornarlo y derretirlo.)

— ¿Bajo qué condición? (preguntó la joven con hechicera calma, volviéndose del todo hacia él, y fascinándole con los torrentes de luz de sus negros ojos.)

— Bajo la condición (balbuceó el catecúmeno) de que, si tenemos hijos.... ¡los echaremos á la Inclusa! ¡Oh! lo que es en esto no cederé jamás. ¿Acepta usted? Dígame que sí, por María Santísima.

— ¿Pues no he de aceptar, señor *Capitán Veneno*? (respondió Angustias, soltando la carcajada.) — Usted mismo irá á echarlos.... ¿Qué digo?.... Iremos los dos juntos. Y los echaremos sin besarlos ni nada. ¡Jorge!.... ¿crees tú que los echaremos?....

Tal dijo Angustias, mirando á don Jorge de Córdoba con angelical arrobamiento.

El pobre capitán se sintió morir de ventura; un río de lágrimas brotó de sus ojos y exclamó estrechando entre sus brazos á la gallarda huérfana:

— ¡Conque estoy perdido!

— Completísimamente perdido, señor *Capitán Veneno* (replicó Angustias). Así, pues, vamos á almorzar; luego jugaremos al tute; y á la tarde, cuando venga el marqués, le preguntaremos si quiere ser padrino de nuestra boda; cosa que el buen señor está deseando, en mi concepto, desde la primera vez que nos vió juntos.

EPÍLOGO

Una mañana del mes de Mayo de 1852, es decir, cuatro años después de la escena que acabamos de reseñar, cierto amigo nuestro (el mismo que nos ha referido la presente historia) paró su caballo á la puerta de una antigua casa con honores de palacio, situada en la carrera de San Francisco de la villa y corte; entregó las bridas al lacayo que lo acompañaba y preguntó al levitón animado que le salió al encuentro en el portal:

— ¿Está en su oficina don Jorge de Córdoba?

— El caballero (dijo en asturiano la interrogada pieza de paño) pregunta, á lo que imagino, por el excelentísimo señor marqués de los Tomillares...

— ¿Cómo así? ¿Mi querido Jorge es ya marqués? (replicó el apeado jinete.) ¿Murió al fin el bueno de don Álvaro? ¡No extrañe V. que lo ignorase, pues anoche llegué á Madrid, después de año y medio de ausencia....

— El señor marqués don Álvaro (dijo solemnemente el servidor, quitándose la galoneada tartera que llevaba por gorra) falleció hace ocho meses, dejando por único y universal heredero á su señor primo y antiguo contador de esta casa, don Jorge de Córdoba, actual marqués de Tomillares....

— Pues bien: hágame V. el favor de avisar que le pasen recado de que aquí está su amigo T....

— Suba el caballero.... En la biblioteca lo encontrará. —

S. E. no gusta de que le anunciemos las visitas, sino de que dejemos entrar á todo el mundo como á Pedro por su casa.

—Afortunadamente.... (exclamó para sí el visitante, subiendo la escalera) yo me sé de memoria la casa, aunque no me llamo Pedro.... ¡Conque en la biblioteca!.... ¿eh?— ¡Quién había de decir que el *Capitán Veneno* se metiese á sabio!

Recorrido que hubo aquella persona varias habitaciones, encontrando al paso á nuevos sirvientes que se limitaban á repetirle: *El señor está en la biblioteca....* llegó por fin á la historiada puerta del tal aposento, la abrió de pronto y quedó estupefacto al ver el grupo que se ofreció ante su vista.

En medio de la estancia hallábase un hombre puesto á cuatro pies sobre la alfombra: encima de él estaba montado un niño como de tres años, espoleándolo con los talones, y otro niño como de año y medio, le tiraba de la corbata, como de un ronzal, diciéndole borrosamente:

—¡Arre, mula!— (ALARCÓN.—*Capitán Veneno.*)

XCVII.

Una hombrada.

(CUADROS DEL CAMPO.)

.... En un extremo del corral ardía una gran hoguera, á cuyo lado se alzaban enormes pilas de leña seca. Entre las ardientes brasas despedían chispas fulgurantes las marcas de hierro caldeadas hasta el rojo blanco. Al lado de la hoguera había una gran lata de sebo de riñonada para introducir en él la marca después de haber estampado su forma en el anca del ternero.

El corral, inmenso, desplegaba su cuadro en las caídas de una loma. El ganado, arisco, empujando el encierro, asustado

por los preparativos, se agrupaba en el fondo. Se abrió la puerta y entró la cuadrilla de enlazadores, compuesta de seis hombres, jinetes en caballos vivaces y diestros.

Por las inmediaciones del fogón,— sitio que dejaba libre el ganado, — estaban distribuidos hasta unos treinta peones como tendidos en guerrilla: en mangas de camisa, con un pañuelo atado á la cabeza, una piel de una vara de largo y media de ancho sujeta á la cintura y el lazo trenzado de cuatro *tientos* en la mano.

Empezó la faena: dos de los jinetes avanzaron al fondo del corral; el ganado se arremolinó, trepando unos animales sobre otros y estrujándose contra los palos del cerco.

Los enlazadores armaron sus lazos, los revolearon un instante en torno de sus cabezas y los despidieron sobre el elegido blanco. La *armada* partió silbando, cayó, se tendieron los lazos, y dos toros quedaron sujetos por los cuernos.

Al sentir el contacto escurridizo del lazo, comprende casi siempre el toro de dónde parte la agresión y atropella al jinete. Esta acometida, que llaman *venirse sobre el lazo*, la evitan los enlazadores con destreza y facilidad admirables: ora con una huida rápida, ora con un brusco escape á uno ú otro lado.... el toro yerra el golpe, cornea el aire, da un traspié, torna á erguir la cerviz humillada para herir, y sigue furioso la carrera. El jinete acompaña su movimiento para evitar el tirón seco; el lazo silba y cruje al quedar de súbito tirante; el caballo resiste el tremendo impulso, diestramente apuntalado en sus remos, y el toro es casi siempre despatarrado por el tirón.

Pero es imposible sujetarlo allí.

Se levanta rápido bramando sordamente y buscando enemigos en torno; acuden los pialadores (1), y poniéndose á su

(1) Enlazadores á pie, cuyo objeto es sujetar con sus lazos las patas delanteras del animal y derribarlo con un tirón brusco, dado precisamente cuando la res alza las patas para avanzar en la carrera.

vista, fuera de alcance, le llaman con gritos y alboroto la atención.

Acomete, pero el lazo se tiende y le hace describir á la carrera un círculo cuyo centro es el caballo que lo sujeta. Al pasar, los de á pie le arrojan sus lazos á las patas delanteras. Uno ú otro consigue sujetárselas, lo deja correr, pasa con rapidez el extremo del lazo en torno de su cintura y se echa atrás con violencia para hacer pie. Aquello es la astucia domeniando á la fuerza estúpida. En la violenta huida siente el toro que le falta de súbito el apoyo: clava el hocico en el suelo, da una vuelta sobre sí mismo y queda en tierra, sujeto por los lazos y atontado por la caída.

Llega el paisano encargado de la operación, y en menos de diez segundos termina, sin gran cuidado, su bárbara tarea. El animal, convulso, pone en blanco los ojos y se muerde la lengua, á veces hasta cortarla, haciendo rechinar los apretados dientes....

Los que apresaban al toro lo dejan en libertad, corriendo presurosos á encaramarse á los postes del inmediato cerco. El toro se levanta loco de dolor y de coraje, gira en derredor los ojos torvos; hiere la tierra con su uña hendida y se lanza con sordo mugido tras de sus verdugos, que, ya en lugar seguro, se moían de él gritándole: *¡cha, cha, cha, cha, torito! ¡cha, cha, cha, maula!* y otras voces usuales de desaffio.

Llega, pues, tras ellos; pero llega tarde, y su furor sólo puede cebarse ora en un poste, ora en un poncho olvidado, en una damajuana, en un tizón. Con frecuencia al ver el resplandor de la llama su irritación se aumenta. Baja la cabeza y acomete al fuego lanzándose en medio de la enorme hoguera; ruge de dolor, pero no cesa; salta, se retuerce endemoniadamente, arde su piel; la cerda y el pelo quemado infestan con su olor acre; los tizones y las marcas vuelan aventados en todas direcciones. Cuando sale de allí es para caer á los pocos

pasos, donde es ultimado por los peones que desde el cerco intentaron en vano impedirle la consumación de su bestial hazaña.

Tal era el fondo del cuadro cuando presencié el episodio que quiero referir; episodio que reveló á mi entendimiento de niño la grandeza de ese movimiento de amor humanitario que, en las almas bien templadas, ahoga al de conservación. Movimiento magnífico, instinto rápido como lo inspirado, sencillo como lo grande. Yo ignoro por qué me conmueven tan hondamente esos actos de valor supremo. Parece que encarnada en mí ser la sensación psicológica de la humanidad, tan cargada de egoísmo, sintiese ante la consumación de un hecho noble, algo así como desahogo, como consuelo. Es lástima que no tenga mi mano la necesaria firmeza para hacer que la hazaña de Julián se destaque con toda su enérgica belleza en el bosquejo nacional que con indócil pluma acabo de esbozar.

Habríase llegado á la mitad de la faena y hacía un calor sofocante. Por ambas razones seguía el trabajo sin la rapidez y uniformidad que requiere, tanto para evitar que se estropee y adelgace el ganado con el largo encierro, como para regularizar lo más posible el servicio de mutua protección que entre sí se prestan los pialadores. Éstos, que por la mañana hicieran gala de agilidad y presteza, estaban rendidos de fatiga, merced á seis horas de ruda tarea, en donde alternaba la necesidad de cumplir bien el cuidado, con la vigilancia sobre la ajena y la propia conservación.

Uno de los pialadores enlazó un ternero, no pudo hacer pie, dió el tirón en falso y tuvo que soltar el lazo. Para recobrarlo echó á correr tras del ternero que huía balando hacia el fondo del corral. En este momento los enlazadores soltaron un toro.

La gente de á pie se puso en salvo sobre el cerco sin advertir la imprudencia del pialador que, habiendo conseguido

coger el lazo, pugnaba por derribar al ternero para quitárselo. El toro, postrado por la operación dolorosa, no se había levantado aún. Un jinete se llegó á él y le dió un golpe con la argolla del lazo. Se levantó rápido y tambaleó un momento, borracho de ira; vió cerca al jinete, tomó carrera y se lanzó sobre él. El jinete evitó la acometida, y el toro, burlado, siguió galopando en dirección al fondo del corral. El pialador había sacado el lazo al ternero y volvía arrollándolo tranquilamente; el sol le impedía ver al toro. Éste lo vió y se plantó en la carrera, erguida la cerviz, altos los cuernos, mirando al hombre. Azotó sus flancos con la cola ensangrentada, tiñéndolos de rojo, dió algunos pasos atrás, agachó la cabeza y arrancó. Todos los ojos lo vieron; todas las bocas lanzaron un angustioso *¡guarda el toro!* El hombre, al ver de súbito el peligro, perdió la serenidad y echó á correr desatinado. El que huye ante un toro es cogido sin remedio. Aquel hombre estaba perdido. Nadie dió una voz, nadie se arrojó á salvarlo: era imposible. Todos lo comprendieron y todos temblaron.

Pero en aquel momento hirió los aires un grito, un grito salvaje de audacia y desafío. Cien ojos anhelantes vieron un jinete lanzado á la carrera sobre la espalda de brioso *pangaré*, en dirección contraria á la que llevaban el perseguido y la fiera.

Saltó á todos los ojos su designio, y algo así como un viento de epopeya azotó aquellas caras sudorientas. Allí venía Julián, venía un hipántropo, no escalando el cielo con afán impío, sino oponiendo la abnegación suprema á la fiereza bruta para salvar una vida. ¡Hermoso venía aquel hombre! Tostado como un Antinoo de bronce, la mirada fulmínea, el cabello medio erizado batiendo la cabeza, la cabeza erguida sobre el cuerpo, el cuerpo firme sobre el potro, el potro firme en la carrera sujeto á la rienda, la rienda en la mano izquierda y

en la derecha el rebenque de recia lonja.... Aquello fué un relámpago; allí nadie vió: todos cegaron ante la visión instantánea del heroísmo. Tendidas hacia atrás las orejas, las narices dilatadas, las crines flotantes, el caballo herido por la espuela, avanzaba recto, veloz, incontrastable, magnífico: el toro venía espumeante, erizado el morro, arqueada la cola, humillado el cuerno, la boca entreabierta, el ojo cerrado: era la bestia ciega. Las dos fuerzas se encontraron: la fuerza salvadora chocó con la fuerza trágica. El pecho del caballo dió de lleno en la cerviz del toro. Un alarido de triunfo salió de una nube de polvo, ahogando un relincho lastimero; el caballo cayó desplomado al suelo; el jinete, lanzado por encima del toro, cayó de pie, sobre sus piernas de acero, diez pasos más allá.... El toro quedó balanceándose, moviendo á derecha é izquierda la cabeza agachada, como un perro que husmea; se contrajeron con hipo sus ijares; su lengua colgante se dilató en erección nerviosa y sus pupilas se ocultaron enseñando la sangrienta córnea. Abrió las patas con tiento, como para apuntalarse, ensayó á andar, y atontado, tropezando en sí mismo, dió algunos pasos, le flaquearon las patas delanteras y cayó de rodillas, hiriendo el suelo con el hocico. Quedó así un momento, intentando levantarse, hasta que cayó del todo. Uno de los pialadores le dió un golpe con el pie, y él, con el último aliento de rabia, sacudió la cabeza, ensartando con el ya impotente cuerno una boñiga de vaca endurecida. — (MANUEL BERNÁRDEZ.)

XCVIII.

Día memorable.

De pronto, un sargento, que estaba sentado junto á mí, levantóse, anduvo dos ó tres pasos con la cabeza erguida, el ros-

tro risueño y los ojos fijos en el horizonte, hacia la parte de las montañas; después extendió el brazo, apuntó con el índice, se detuvo un instante: miró al rededor á sus compañeros, y — ¡muchachos! — gritó con voz fuerte y clara, — venid acá.

— Muchos se levantaron y acudieron. — Mirad, — añadió manteniendo el brazo tendido y el índice apuntando: — ¿veis allá abajo, aquellas torres y aquellas casas?

— ¿Dónde? ¿dónde? — preguntaron muchos otros, acercándose con pasos presurosos.

— ¡Allá, allá! mirad bien dónde señalo.

— Ya lo veo, — dijo uno. — También yo, — también yo. — Todos lo vemos — ¿Y bien?

— ¿Y bien? — respondió él con voz sonora y estremecida, — aquella es Verona.

— ¡Verona! ¡Verona! — gritaron todos batiendo palmas. Corrió la voz. Todo el batallón en un minuto estuvo allí. Todos, con el rostro vuelto hacia aquella parte, con los brazos extendidos hacia aquellas torres, con la boca entreabierta para pronunciar aquel nombre, miraban hacia allá como se mira.... ¿Ha estado Vd. alguna vez mucho tiempo sin ver á su madre? Si ha ido á esperarla, habrá Vd. tendido la mirada ávidamente á lo largo del camino por donde debía llegar, y cuando en el fondo de aquel camino, lejos, muy lejos, ha descubierto un punto negro y una nubecilla de blanco humo, y ha escuchado el silbido de la locomotora, dígame Vd., señorita, ¿qué es lo que ha sentido en el corazón?... Pues eso, eso era lo que sentíamos nosotros allí, clavando los ojos en aquellas torres suspiradas.... pronunciando aquel nombre querido....

La joven se estremeció.

— Estaban allí los cuatro batallones del regimiento, — continuó el oficial. — De improviso oyóse una voz de mando. Todos los soldados se ponen en pie, los oficiales gritan: ¡á las filas! — las compañías se forman, y todos callan. Otra voz de

mando, y todos los oficiales repiten: ¡calen bayoneta! — y los cuatro batallones calan bayoneta, y después... nuevo silencio. ¿Qué es, qué pasa? — se preguntan todos. — Llega el ayudante del coronel á caballo, aproxímase á nuestro comandante y le dice algo al oído. El comandante grita: ¡adelante, marchen! El batallón se mueve, vence la cumbre y comienza á bajar la pendiente á la parte del enemigo. Todos los que estamos entre filas y en el centro de la columna, alargamos el cuello é inclinamos la cabeza á un lado y otro, para ver á donde vamos; pero no conseguimos descubrir nada. Tapa la vista la primera compañía. Vuelvo atrás los ojos, y diviso los otros batallones, que nos siguen de lejos, á paso lento. Por fin, en el instante en que la última compañía hallábase sobre una elevación del terreno, entreveo en lontananza, tras los árboles, un movimiento, unos resplandores...

En el mismo instante oigo un terrible estampido, y agudísimos silbidos á derecha, á izquierda, á mis pies, sobre mi cabeza, y gritos desgarradores á los pocos pasos, y á lo lejos una gran humareda blanca, y después una voz de mando estentórea. ¡Ataque á la bayoneta! — El batallón, desordenado y revuelto, adelanta, á paso de ataque. Otra voz no menos enérgica: ¡Saboya! — El batallón prorrumpé en agudísimo grito y se lanza á la carrera. No se ve más que humo.

Otra detonación, otros silbidos. — ¡Adelante, adelante!...

¡Alto! La corneta ha dado señal de detenerse. — ¿Dónde estamos? ¿Dónde está el enemigo? ¿Qué pasa? — ¡Oh! ¡qué humareda! El batallón está todo diseminado.

Allí hay una casa; parece que sale de ella fuego de fusilería. — ¡Ataque á la bayoneta! — se oye gritar confusamente en medio de los disparos. — El batallón se lanza de nuevo á la carrera. ¿Adónde vamos? ¿Por dónde pasamos? No se ve nada. ¡Ah! Ahí se ve una puerta. Entremos á la bayoneta. Dentro un corral, los enemigos, una bandera. ¡Ánimo: á ellos!

En torno de la bandera hay un baluarte de soldados y una muralla de bayonetas inmóviles. Los primeros, atacados furiosamente, caen. Sobre los otros, firmes como columnas, detiéndose la furia de los que embisten, y comienza una tempestad deshecha de golpes que se sienten y no se ven. Las bayonetas se cruzan y chocan con aguda resonancia; crujen los fusiles rotos, oyense por todas partes aullidos horribles y broncos gemidos; el grupo de los combatientes se estrecha, y ya, dejando las armas, se cogen unos á otros por la garganta, crúzanse brazos y piernas; caen y vuelven á levantarse. El grupo que rodea la bandera es cada vez más reducido; el abanderado recibe un bayonetazo en el pecho.

— Toma, — grita con voz moribunda, y coge otro la bandera. — Mientras tanto, se combate en todas las partes de la casa; oyense gritos lastimeros dentro de las habitaciones; se sienten temblar los pisos bajo el peso de pasos precipitados, y abrirse las puertas con estrépito á culatazos. Los defensores corren desesperadamente de una á otra parte; se parapetan tras las puertas, en los rincones; los que atacan llegan gritando y se esparcen por el interior del edificio; los persiguen, los acosan, los cosen á bayonetazos; corre la sangre por el pavimento y por las escaleras; los vencidos no se rinden; los prisioneros se sublevan, se arrojan por las ventanas y se precipitan al corral, donde son perseguidos y mueren antes de saltar las tapias. Otros buscan refugio en los tejados; otros, heridos y ensangrentados, se arrastran por el suelo huyendo del furor de la pelea. Los defensores de la bandera están en el último extremo. — ¡Rendíos! gritan los nuestros. — ¡No! ¡no! responden con voz ahogada; ¡guerra á muerte! Entonces se oye un fortísimo grito que hace retumbar la casa, y en el mismo instante sale del grupo de los combatientes un soldado con la bandera enemiga en la mano, ensangrentada y rota; pero con la frente erguida y luminosa. — ¡Viva! repiten cien voces por todos los

lados de la casa. Se oye un toque de corneta. ¿Qué es? ¿qué ha pasado? ¡Retirada!

—¿Cómo? ¿por qué?—¡Es imposible! ¡Silencio!—Otro toque de corneta, y la voz de mando del comandante.—¡En retirada!—¿Cómo? ¿Retirada? ¿Nosotros? ¿Nosotros mismos? ¡Es imposible! ¡Es imposible!

—Estamos ya fuera de la casa. El comandante indica la dirección del camino. Los otros batallones hallanse ya en marcha.—¡Santo Dios! ¿Nos retiramos?—Mi capitán, en nombre del cielo, ¿por qué nos retiramos?—El capitán, sin decir palabra, se vuelve hacia la parte del enemigo, y extiende el brazo hacia la llanura como para señalar algo. Miro.... Era una columna enemiga que avanzaba sobre nuestras espaldas, larga, interminable, perdiéndose en las lontananzas de la campiña. Quedé frío como el hielo.

—Pero, ¿y los otros cuerpos, mi capitán? ¿Y las otras divisiones? ¿Dónde están, qué hacen, por qué no vienen?

—¿Qué sé yo?—contestó, levantando los hombros.

—Entonces ¿es que hemos perdido la batalla?—exclamé con desesperado acento.

—Eso parece.

Miré mis soldados, miré de nuevo la columna austriaca, miré á Villafranca, miré aquella hermosísima llanura lombarda, aquel espléndido cielo, aquellos soberbios montes. ¡Pobre patria mía! exclamé juntando las manos.... y lloré como un chiquillo.
—(D'AMICIS. — *Vida militar.*)

XCIX.

Población de Montevideo.

(FEBRERO DE 1724.)

I.

Brillaba el sol en oriente,
Hiriendo el manto de nácar
Con que al nacer de sus rayos
Guarda el aurora la espalda,
Y de las olas y el suelo
La densa niebla ahuyentada;
Al descubierta su mole
Mostraba la alta montaña;
Allí en su base bramando
Se derrumbaban las aguas
Por sobre rocas inmóviles,
En que soberbia descansa.
Desierta estaba la tierra
Sin una pobre morada,
Donde hoy, ¡oh patria! te elevas
Como paloma lozana
Que llega al pie de la fuente
Para bañarse en el agua,
Y satisfecha en la orilla
Posa y extiende las alas.
Todo en el húmedo suelo,
Todo en silencio callaba;
Túrbale sólo el estruendo
Que hace la mar en la playa,
Y de gaviotas voraces
La estrepitosa algazara
Cuando descubren la presa
Que en seco dejan las aguas.
Tal vez repente se muestra,
Como flotante fantasma,
Sobre peñón denegrido,

De algún charrúa la talla,
Y luego al punto descende
De su insegura atalaya,
Miedo llevando en el rostro,
Y más que miedo en el alma,
Pues ve á lo lejos, sin duda,
Venir del puerto en demanda,
Alzando montes de espuma,
Dos anchas naves cristianas.

II.

Ya la mitad de su curso
El dios del Inca tocaba,
Aun las arenas quemando
Que humedeció la resaca,
Cuando un gran ruido las aves
Hizo volar en bandadas,
Que entre las peñas ocultas
Ó entre la yerba posaban,
Y luego al punto se vieron
Cruzar ligeros la playa,
En poderosos corceles,
Que ansiosos el freno tascan,
Bien ordenados guerreros,
De cuyas fúlgidas lanzas
Penden airosos listones
Con los colores de España.
Sobre un tostado revuelto,
Que en propia espuma se baña,
De toda aquella cuadrilla
El noble jefe cabalga,
Y en su mirar atrevido,
Y en su apostura gallarda,

Decir á todos parece:
 «Don Bruno soy de Zabala»,
 Recto y leal caballero
 Del orden de Calatrava,
 A quien el rey diera el mando
 De las provincias del Plata,
 Luego que en presta carrera
 La leve arena cruzaran,
 Clavó el caudillo en la cuesta
 El pendón regio de España;
 Y con mil flámulas bellas,
 Y con mil bélicas salvas,
 Le saludaron las naves,
 Que ya en el puerto le aguardan.
 Al viento dieron entonces,
 Que mansamente soplabá,
 Las no bien regidas velas
 De sus perezosas barcas.
 En ellas nuevos guerreros
 A tierra rápidos bajan,
 Y á los jinetes sudosos
 Contra sus pechos abrazan.
 Solaz, por breves momentos,
 Díóles don Bruno Zabala;
 Y al punto ordena que todos
 Dejen las lanzas y espadas,
 Y den comienzo á la empresa
 Que tiene el rey ordenada,
 Poblando aquellos contornos
 En buen servicio de España.

III.

Del sol los rayos postreros
 Tienen en rojo las aguas,
 Que mil cambiantes despiden
 Cuando la brisa las alza;
 De las praderas vecinas
 Suaves olores se exhalan,

Que margaritas rastreras
 Del blando cáliz derraman;
 Negras columnas de humo
 De entre las peñas se alzan,
 Que por el cielo adormido
 El viento al fin desparrama;
 Sobre la extensa ribera
 Aquí y allí se levantan
 Humildes chozas cubiertas
 Con blandos mimbres y paja.
 De tan endebles cimientos
 Naciste, patria adorada,
 Que ya los vates celebran
 Como á colmena del Plata.
 En el albor de la vida
 Fué tu ventura harto escasa,
 Pues te ligaron cadenas,
 Y aún no sabías trozarlas.
 Luego al mirarte más bella,
 Te echó un Imperio la zarpa;
 Pero tus hijos, ya fuertes,
 Te redimieron de esclava;
 Y en mil combates terribles
 Sangre fecunda brotara
 Que de tu cuello por siempre
 Borró esa pálida mancha.
 Creceste entonces en riquezas,
 Y en los saberes, sin trabas,
 Que del progreso doquiera
 La libertad es el alma.
 De la virtud por la senda
 Mueve constante la planta,
 Que si un momento tan sólo
 De ese camino te apartas,
 Serás al carro sangriento
 De los tiranos atada,
 Ó de potentes naciones
 Por largos siglos esclava.

(ADOLFO BERRO.)

C.

¡Viva el Duque!

Mientras caminaba don Valentín, después de salir de la casa de don Juan de Prezanés, calleja arriba, por donde vino el tropel de que se hace mención en el capítulo antecedente, resbalando en este morrillo y metiéndose en aquella poza, tropezando aquí y estando á pique de caer allá, despechado y febril, reflexionaba de este modo:

—Nada espero, nada temo, nada quiero; en nadie confío sino en Dios y en el odio que tengo al perjurio. Tristeza en mí; tristeza y soledad en mi casa; menosprecio y burlas en la ajena; viejo, moribundo ya; envuelto en los hábitos de mis glorias; con la espada de Luchana al costado.... ¿qué mejor ocasión que ésta para dar el último grito de libertad, delante del sempiterno enemigo de ella? ¿Qué muerte más señalada para un hombre como yo?... ¡Ah! ¡si topara con *ellos* esta noche!

Pensando así, andaba, andaba, y corría el sudor por los surcos de su cara rugosa, porque la gimnasia que iba haciendo, el peso del uniforme y la brega que traía desde media mañana, no eran para menos; y andaba maquinalmente y sin rumbo determinado, aunque á veces creía oír en sus adentros una voz que le aconsejaba seguir adelante y apercibido, porque *por allí se iba*.

Y andando, andando, llegó á un recodo que formaba la calleja, y oyó ruido de voces y de pasos inseguros al otro lado. Le latió el corazón con desusada fuerza. Llevó la diestra á la empuñadura del sable, y detúvose. Los rumores se acercaron más. Don Valentín aguzó entonces el oído, la vista, hasta el olfato. Parecía un sabueso delante de la *barda*. Ciertamente tenía, por don misterioso de la naturaleza, una nariz para co-

nocer al perjuró por el rastro, como el perro la tiene para el jabalí.

— ¡*Él* es! — dijo balbuciente y conmovido.

Sin otras averiguaciones, desenvainó el sable y plantóse en mitad de la calleja, bien alumbrada entonces por la luna.

Y no se equivocaba don Valentín: era *él*, ó por lo menos, algo que lo aparentaba. A la vuelta del recodo, á pocas varas de distancia, apareció un grupo armado y vestido como el héroe suponía. El grupo no llegaba á una docena de hombres; pero era un ejército para don Valentín, solo y viejo y casi inerte. Nada le importó esta reflexión que no pudo menos de hacerse; antes le infundió mayores bríos en medio de aquella fiebre que le estaba devorando horas hacía. Se afirmó sobre los pies, enderezó cuanto pudo el encorvado cuerpecillo; y temblando de entusiasmo desde la coronilla hasta los talones, gritó, resuelto á todo, presentando el jadeante pecho al enemigo:

— ¡Alto ahí!

Y el enemigo se detuvo; y aun hizo más para gloria de don Valentín: retrocedió, acaso porque creyera que había fuerzas militares detrás de aquellos arreos, en cuya vetusta é inusitada conformación no pudo reparar de pronto y á tan escasa luz como la intermitente de la luna; pero es lo cierto que retrocedió, y á esto se atuvo el héroe.

— ¡Cobardes! gritó en seguida, ebrio de entusiasmo, partiendo hacia los ocultos invasores. — ¡Huís de un hombre solo, viejo y desarmado! . . . ¡Dadme la cara, bandidos!

Esta baladronada, que puso en evidencia su pequeñez y su soledad, perdió á don Valentín. Sin ella, acaso hubiera corrido aquella noche detrás del enemigo alucinado. Pero éste se rehizo con la advertencia, y se encaró con el extraño retador.

— ¡Matadle! — dijo el que mandaba allí, — si no se entrega callando.

— ¡Entregarme yo! — exclamó don Valentín, — y á vosotros,

¡ infames ! ¡ Muerto, sí; pero rendido, nunca ! ¡ Viva el Duque !

Y se lanzó, blandiendo el sable, al enemigo que, á su vez, le embestía.

— ¡ Viva la lib . . . !

El infeliz no acabó de dar este segundo grito de su heroico ardimiento, porque se sintió oprimido y atropellado por aquellos hombres; los cuales, al verle un momento después, en el paroxismo de su rabia, caer de espaldas en la calleja y quedar inmóvil, creyéronle muerto ó poco menos, y allí le dejaron, continuando ellos el camino que antes llevaban.

Ya sabemos cómo respondieron dos de los más irreflexivos de la partida, al grito casual de don Juan de Prezanes; y es de saberse ahora que el lance no hubiera concluído así, á juzgar por las trazas, sin el otro tiro que sonó hacia la iglesia y puso en precipitada fuga á los invasores, señal de que andaban con poca tranquilidad y perseguidos de cerca por enemigos más serios que el pobre don Valentín.

El cual permaneció muy cerca de una hora tendido sobre el fango de la calleja; y allí se hubiera muerto de frío, ya que no de los golpes ó de la corajina, que tal le habían puesto, sin la llegada de Juanguirle y de algunas otras personas que le acompañaban, y entre ellas Nisco, armados de sendos garrotes, excepto el montanero y el alguacil, que llevaban, para estorbo y compromiso, como ellos decían, dos fusilones de chispa.

Comenzaba á moverse un poco y á balbucear palabras inconexas en el momento de topar con él la ronda.

— ¡ Siempre me temí yo algo de esto, voto al chápiro verde !
— dijo el alcalde al levantar á don Valentín, cogiéndole por debajo de los brazos ; — aunque nunca pensé que llegara á tanto. El diablo me lleve si no está á punto de entregar el alma ¡ Agarray vusotros por las patas, muchachos ! ¡ uf !

¡cómo está de barro el infeliz hasta el cogote! Vamos, señor don Valentín, un poco de ánimo, que la cosa no es tanto como aparenta. Dígote que fué suerte para todos que al demonio de Lambieta le moviera la curiosidad de los tiros y saliera á tiempo de ver correr á los causantes vega abajo, y me diera parte y saliera yo también, y se viera lo visto y se discurriera lo discurrido; que sino, aquí fenece esta noche el venturao del hombre, sin tus ni mus. ¡Voto á bríosbaco y balillo, que hubiera sido caso de andar en coplas!.... ¿Estáis ya? Pues hágase ahora la silla con los brazos.... ¡Ajá!.... Tú, por aquí, Nisco.... sosténle tú la cabeza por atrás, Ogenio.... ¡Jum! mucho la zarandea para cosa buena.... Apañay vusotros esa espada y ese murrión.... ¡Mil demonios si no hace media fanega larga el sandifesio! Y á todo esto, el su hijo.... ¡por vida del chápíro verde! pondría las orejas á que anda por onde no debe; cuando no espante yo de una vez á esa pingolondona, afrenta del lugar y acabación de las casas honradas.... voto á bríosbaco y balillo!.... ¿Qué tal vamos, señor don Valentín?

—Mal,—respondió el pobre hombre, con apagada voz, mientras con todo su cuerpo inerte, movido arriba y abajo y de un lado á otro, marcaba el andar desconcertado de los mozos que lo conducían.

Así llegó á su casa, donde le recibió Sidora entre aspavientos y declamaciones, y se trató de desnudarle para meterle en la cama.

—¡Eso no!—dijo don Valentín.—Nadie me despoje de lo que llevo encima. Ya que no me ha valido para bandera, quiero que me sirva de mortaja. Con eso no lo profanará nadie, vendiéndolo por un vaso de aguardiente.

—¿Quién piensa en mortajas ahora, por vida del chápíro verde!

—Yo, hijo, yo.... yo, que me muero sin remedio.... ¡Siento un frío.... y una debilidad!....

— ¡Algo caliente, y un vaso de buen vino!— gritó Juanguirle encarándose con Sidora; y si no lo hay en casa, á la vía volando por ello, que guardadas tengo cuatro botellas de la Nava rancio, para estas ocasiones.

Corrió Sidora á la cocina por una taza de caldo del que reservaba todos los días para comienzo de la cena de don Valentín; y descerrajando la alacena de la sala, por no parecer la llave, se sacó una botella de vino blanco que denunció la fámula.

Probó con dificultad uno y otro el extenuado y yerto veterano; reanimóse un instante, y dijo, mientras le envolvían en mantas sobre la cama, pero sin desnudarle:

— Estos fríos no se curan á la lumbré.... Son los de la muerte. Por tanto, que venga el cura, y á escape.... que cristiano soy ante todo.... y como cristiano debo y quiero morir.

Fueron en busca del cura dos mozos de los allí presentes, pues uno solo no se atrevía en noches de tales peripecias; y en tanto, preguntó don Valentín:

— ¿Y el perjuró?

— Ajuyó al monte tan áína como pisó á Cumbrales,— respondió Juanguirle.— Y ello ¿tropezóle usted, ú qué fué lo que así le puso?

— Topé con él, Juan.... por la misericordia divina.... Acometíle como debía.... solo, frente á frente.... Arro-llóme, porque eran muchos.... sentíme golpeado.... caí.... acabóme de aturdir un golpe en la cabeza.... y no sé más.... Pero si huye el inicuo.... ¡bendito sea Dios!.... ¿quién piensa en otra cosa?.... De todas maneras, yo bien conozco ahora que ciertos asuntos ... no debieran tomarse tan á pechos.... pero no lo puedo remediar.... Muriendo así, muero á mi gusto.... Esa es mi ley.... Oscura fué la hazaña y no servirá de ejemplo.... ni el Duque la conocerá.... pero Dios la ha visto.... ¡Viva el Duque! ¡Viva la....!

No pudo más el pobre hombre.— (JOSÉ M. PEREDA.— *El sabor de la tierruca.*)

CI.

Las tres virtudes.

La víspera del regreso de Enrique á su casa, el tío Bautista lo invitó á un paseo matutino á Serra, pequeña aldea que se halla en la cima del monte que domina la mayor parte de los arrabales de Lerici; y allí, sentados ambos sobre un banco de la plaza, miraban extasiados el paisaje espléndido que se extendía á sus pies. Primero el castillo de Lerici; después, como escondido en un nido de olivos y de encinas, el pequeño San Terencio, y más lejos, las bahías de Santa María, de Falconara, de Pertusola, el gran golfo de Spezia y la ciudad con sus palacios y su arsenal, y en el frente, allá en lontananza, ese pintoresco nido de águilas que se llama Porto-Venere, desde donde parece alejarse temerosa la verde Palmaria con sus dos hermanas menores el Tino y el Tinetto.

Era el 1.º de Septiembre, y el cielo y el mar parecían apostar á cuál fuera más límpido y más azul, y el uno y el otro, en el lejano horizonte, rivalizando en amor por aquella bella tierra cuyo cuadro formaban, se juntaban confundándose en un beso amoroso, y los dos azules, el del agua y el del cielo, tocándose y mezclándose, se disolvían en un gran lago de ópalo.

Ante aquella fastuosa riqueza de contornos, de tintes, de sombras y de luces, ante todo aquel esplendor, ante aquella soberbia confusión del verde pálido de los olivos, del esmeralda de los pinos, del verde-dorado de las viñas, apenas había tiempo para fijar la atención en los monstruosos carapachos de los encozados, en los esbeltos miembros de los escasos buques de vela, y en las blanquísimas alas de las navecillas. Era una escena tan hermosa que encantaba, imponiendo el silencio y deteniendo los ojos, sin cansarlos nunca.

Después que el tío y el sobrino, á pesar de la diferencia considerable de edades, hubieron callado un rato, preocupados solamente de mirar y admirar, casi obedeciendo á las órdenes de una cabeza invisible, exclamaron á un mismo tiempo:

¡Oh, qué bello es!

Y un suspiro profundo, que es el punto de exclamación de la música del alma, fué lanzado por ambos después de estas sencillas palabras.

—Mira, Enrique, esta riqueza de arte y de naturaleza que nos circunda, esta variedad infinita de cosas encerradas dentro de un cuadro de montañas y de mar, debe ser la imagen de tu vida, de tu vida, que debe tener un horizonte extenso, tan extenso que tú no puedas medir sus confines lejanos. Aquí, donde nos hallamos, nuestros pies se apoyan sobre la tierra, y nuestras manos pueden acariciar las ramas de los olivos que penden sobre nuestras cabezas. Esto representa el pan cotidiano de que nos conviene proveernos ante todo; estas tierras, estos campos, estas casas, representan la vida actual, en la cual es preciso pensar antes que en ninguna otra cosa.

Pero alrededor de nosotros y más allá, tú ves las fortalezas con sus cañones, que dominan los montes, el gigantesco arsenal de Spezia y los buques encorazados, que cuestan millones y que en pocas horas pueden destruir una ciudad. Y éstas son las armas con las cuales hemos de defender á nuestra patria el día en que sea amenazada. De la misma manera tú debes encorazarte y armarte de valor para vencer en las batallas de la vida, para aplastar á los miserables y proteger á los débiles contra las violencias de los grandes.

Y después, después, más allá del presente que nos da el pan, más allá del mañana en que pensamos con estas armas y estas naves, está el futuro remoto del ideal que no muere nunca. Si te fijas allá en el fondo, entre aquella nube de ópalo, donde el mar se confunde con el cielo, donde no se ve más

tierra, ni más aire, ni más agua, sino una armonía confusa de todas estas cosas,—allá, allá lejos es donde por más largo tiempo y con más ternura se pierden nuestros ojos. Del mismo modo en tu vida, después de haber asegurado el pan de cada día, y las armas del mañana, debes pensar mucho, pensar siempre en alguna cosa grandiosa, infinita, que no te sea dado alcanzar con las manos. Será el Dios de las religiones, ó el Dios de lo bello, ó el Dios de lo bueno ó de lo verdadero, no importa, con tal que sea un ideal infinito, con tal que sea algo que esté más arriba de tí, y que no pueda ser contaminado por los vulgares intereses de nuestra vida cotidiana. Se puede comer con cubiertos de oro ó de estaño, se puede beber en vaso de vidrio ó de plata; pero el pan y el vino no modifican por eso su sabor.—Se puede dormir sobre grosera sábana ó debajo de un dosel de dorado bronce; pero no por eso el sueño es diferente en el lecho del pobre que en el lecho del rico. A los placeres físicos les está señalado un límite muy restringido y que los hombres no pueden ultrapasar; un límite que nos hace á todos mucho más iguales en la escala de la felicidad, de lo que á primera vista parece.

No es sino donde comienza el ideal que el hombre se hace efectivamente rey de su planeta, y dueño no solamente de la tierra, sino también del cielo. En la mesa y en el lecho es muy pequeña la diferencia que existe entre el hombre y los animales; pero ella es muy grande, es infinita, allí donde el hombre ruega ó espera, enseña ó piensa,—en la iglesia y en la escuela, esos dos templos que debían ser siempre hermanos.

Enrique mío, pon en tu vida la mayor suma de idealidad que puedas, si quieres vivir contento, si no quieres como tantos otros maldecir la vida como un castigo de Dios. Que todas tus acciones sean inspiradas por el corazón y guiadas y refrendadas por la razón. Muchas veces te lo he dicho ya, pero no me cansaré de repetírtelo.

Corazón sin cabeza, quiere decir buque de vela sin timón.

Cabeza sin corazón, quiere decir timón sin vela.

Cabeza y corazón juntos significan unión de toda la energía del pensamiento y del sentimiento, — significan un hombre de bien inteligente, esto es, un hombre perfecto.

Los sacerdotes han de haberte enseñado que las virtudes teologales son tres: fe, esperanza y caridad; y deben de haberte explicado la razón de estas bellísimas cosas. Pero yo también, sin ser sacerdote, he hallado que en la vida práctica existen otras tres virtudes teologales, que son las madres fecundas de otras tantas bendiciones.

Estas tres virtudes fundamentales son la HONRADEZ, EL TRABAJO y LA IDEALIDAD.

Cultiva las tres, Enrique mío, y si otra cosa no hubieses aprendido del viejo tío Bautista, yo creo que no habrías charlado en vano con él durante tantos meses.

Un hombre honrado, que trabaja siempre y que tiene en vista un ideal, es un hombre feliz, un hombre útil, que después de haber vivido la verdadera vida, puede cerrar los ojos, contento de sí mismo y de sus semejantes. — Los grandes y los pequeños, los débiles y los fuertes, los ricos y los pobres, los genios y los hombres vulgares, — todos, en fin, están obligados á ser honrados, á trabajar, y á tener un cielo á que dirigir su mirada.

El que infringe uno solo de estos deberes, viola las leyes de la naturaleza, quebranta el pacto que liga el pasado al porvenir, y paga caro las faltas en que incurre.

Tú, Enrique mío, tienes un corazón sensible y una mente sólida. Creo firmemente por eso que serás honrado, que trabajarás siempre, y que tendrás sobre tu cabeza el cielo del ideal. — (P. MANTEGAZZA. — *Testa.*)

CII.

Mis lares.

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
Mi Dios! que no sea ya!
Que quiero oir al declinar la tarde
El canto del Sabiá!

Señor! yo siento y tú bien ves que muero
Tras el lejano mar....
Haz que viva, Señor; dame de nuevo
Los goces de mi hogar!

El extranjero suelo no se iguala
A mi estancia feliz,
Ni vale lo que un beso de mi madre
Todo el oro de aquí!

Dame los campos que el recuerdo guardan
De mi dulce inocencia,
Y como losa funeraria y muda
El cielo de mi tierra!

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
Señor! que no sea ya!
Que en mis naranjos escuchar ansío
El canto del Sabiá.

Quiero ver ese cielo de mi tierra
Tan lindo y tan azul!
Y la nube de rosa que colora
Las regiones del Sur!

Quiero el dosel que ofrece el cocotero
Y su sombra gentil,
Y correr á la blanca mariposa
Que vuela en el pensil!

Quiero sentarme á orillas del riacho
En la tarde de Abril,
Y escuchar en la sombra del crepúsculo
La voz del porvenir!

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
Mi Dios! que no sea ya!
Que en mis naranjos escuchar ansío
El canto del Sabiá!

Quiero morir cercado de perfumes
De un clima tropical,
Y sentir, expirando, el ritmo tierno
De la estrofa natal!

La tibia luna que los huertos baña,
Mi tumba alumbrará,
Y así contento dormiré tranquilo
Junto al paterno hogar.

Los manantiales llorarán sentidos
Mi tan temprano fin,
Y velarán mi sueño, los amores
Que en la patria sentí!

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
Señor! que no sea ya!
Que quiero oir al declinar la tarde
El canto del Sabiá!

(ABREU.)

CIII.

Un grupo de voluntarios en 1825.

En silencio marcharon por algún tiempo al trote largo, sufriendo el rigor del vientecillo de cara y de la lluvia que á intervalos caía densa.

Dejado habían detrás el empinado morro de Pan de Azúcar, é internándose en un terreno escabroso, cuando Esteban desvióse del rumbo, dirigiéndose á un rancho humilde que en mitad de una ladera dejaba ver únicamente su techumbre de paja brava.

Tomó allí lenguas de una mujer, y supo que el Coman-

dante Álvarez de Olivera había pasado por aquellos sitios el día anterior y acampado de allí á dos leguas, según los informes de uno de sus soldados que del rancho había salido esa madrugada para reincorporarse á la fuerza.

Continuaron entonces la marcha largo rato, siempre azotados por el agua y el viento.

Llegados al arroyo, sólo encontraron vestigios de campamento, armazones de ramas, vivacs en cenizas y huesos frescos de animales vacunos. Cinco ó seis caballos eseuálidos y lastimados en los lomos hasta mostrar la carne viva, y á los cuales hacían compañía algunos tordos voraces parados en los espinazos, sin que ellos tuviesen fuerza en las colas para espantarlos, pacían distantes unos de otros, triscando apenas, como buscando prolongar por unas horas más la vida.

El liberto observó todo con atención, y luego dijo:

— La fuerza no ha de ir lejos, señor.

— ¿Por qué?

— Estos *bichocos* de marcha tienen la *rosa* fresca....

— ¿Y qué hay con eso?

— Que les han volcado el *apero*, cuando más, hace una hora....

También fíjese el señor que los troncos de los fogones tienen brasas, y se han prendido una nada....

— ¿Crees entonces que no irán lejos?

— Sí, señor, repuso el negro, con los ojos fijos en el suelo, y después en la loma, como siguiendo una huella bien perceptible para él.

— ¡La *rastrillada* va por allí! — agregó luego, señalando la loma de la derecha. El paso de la caballería está mareado en lo blando y hasta hay surcos de resbalones en la cuesta....

— ¡Pues adelante! dijo Luis María.

Abandonaron el sitio á trote firme.

La zona en que habían penetrado era ardua y pedregosa, con uno que otro pequeño llano feraz á los flancos ó lagunas

rodeadas de espesas masiegas. En los horizontes brumosos de un color de plomo destacábanse hacia el oriente en masas azuladas y compactas, abruptas serranías y riscosos morros cubiertos de mantos de nieblas, de cuyas faldas caían las fuertes corrientes que engrosaban los cauces de los valles hasta rebasar sus niveles. Los arbustos de espinas que buscan su savia en los barrancos y entre las anchas grietas de los peñascos, montaban aquellas faldas y estribaderos en audaces escalones como nutridos regimientos que escalasen atropellándose el desfiladero en pintoresca confusión de guías, penachos y morriones puntiagudos. En los recodos de piedra desnuda alzábanse por las bases las malezas, formando un bosqueje verdinegro, matizado de cardos secos, sobre el que desfilaba á chorros espumosos el agua de las mesetas. En lo alto, columpiándose sobre los riscos en lento vuelo y confundiendo con la llovizna vaporosa el color ceniciento de sus alas, las gaviotas y cormoranes dispersos á grupos se dirigían entre roncas notas hacia los litorales del Cabo, sin dejar de abatirse de vez en cuando en los charcos y bañados, alargar el pico y coger la presa para perseguir su rumbo solazándose en las nieblas de la tormenta.

Avanzaba el día sin que asomara el sol, y disponíanse los viajeros á hacer alto junto á unas grandes piedras, cuando de improviso el eco no lejano de un clarín les indicó la proximidad de una fuerza, que era sin duda la que buscaban.

El clarín tocaba marcha.

Pusiéronse los dos al galope con ardor.

Traspuestas algunas cuchillas y al coronar una loma sujetaron riendas, y pudieron ver entonces una columna de caballería que marchaba al paso por el extremo opuesto del valle, sin insignias visibles ni estandarte, de á cinco en fondo y regular formación. Luis María calculó en doscientos el número de aquellos jinetes, pues alcanzaban á cuarenta las filas que

culebreaban al marchar de flanco en las ondulaciones y quebradas del terreno. Todos iban de lanza, algunas con banderolas; muchos con sombreros de ala blanda y emponchados, otros sin ellos, con una simple *vincha* ó un pañuelo grueso en la cabeza y alguna piel de carnero á las espaldas, ceñida en sus extremos por delante. A retaguardia y á uno de los flancos, varios hombres arreaban las *tropillas* de caballos, que pasaban de mil, guardando conveniente distancia de la columna.

— Aquél debe ser Álvarez de Olivera, — dijo Berón, apenas observó la tropa.

El negro, que había estado muy atento, con la vista fija en el llano y el cuerpo erguido sobre el recado, con todo el aire curioso y avizer de un avestruz tieso en la altura, movió afirmativamente la cabeza, contestando:

— Sí, señor. Es la gente del Aiguá y del Alférez.

Sin añadir palabra más, reiniciaron el galope, alcanzando en pocos momentos la columna, cuando su cabeza penetraba en un vallecito encajonado y estrecho.

Agobiados bajo los ponchos, silenciosos y graves, sin otro ruido que el producido por los cascos de los caballos sobre el suelo húmedo, unos fumando al abrigo de los cuellos con la vista clavada en el crucero de sus cabalgaduras, otros cabeceando somnolientos, pocos pararon en ellos su atención; y de esos pocos, uno dijo, bostezando:

— Ahí se allega un pueblero con un retinto.

Incorporados ya, Luis María que miraba todo con viva curiosidad, pudo observar que casi todos aquellos hombres iban vestidos con andrajos fuera de los ponchos ó de las pieles: chiripaes deshilachados sobre piernas desnudas, botas de potro rotas y enlodadas, espuelas de hierro viejo atadas con *tientos*, recados pobres de simple lomillo y carona algunos, un solo estribo de madera y riendas con bocado de *tonja*, muy contados eran los que lucían prendas de valor, y entre éstos

mismos varios carecían de sombreros, más interesados tal vez en aderezar mejor á sus pingos que á sus personas. En cambio, cubrían sus cabezas y sujetaban sus largas cabelleras con pañuelos de colores atados por detrás, de modo que colgasen las puntas. No faltaban quienes llevasen el poncho ó la piel de carnero sobre las carnes, las piernas al aire, las barbas luengas hasta el pecho y los rulos del cabello por abajo de los hombros. En cuanto á las armas, las hojas de tijeras de esquila y los clavos cuadrangulares constituían las moharras de la mayor parte de las lanzas de aquellos caballeros errantes. Algunos las llevaban de acero bruñido en forma acanalada, ó serpentina, con media luna doble ó cuádruple según la importancia del rejón y la bizarría de sus dueños. La pistola, el trabuco, la tercerola de piedra de chispa, la daga ó facón y el sable-corvo complementaban el arreo ofensivo, produciendo el conjunto en la marcha con las calderas viejas, una que otra olla de cocinar puchero, el roce de las guascas, el trinar de las *lloronas*, el ludimiento de las vainas de metal, el resoplido de los redomones, el tascar de las coscojas y el chapoteo de mil cascos en el suelo barroso un ruido tan singular, siniestro y bravío, que sólo podía compararse con el que hicieran muchas garras en un gran pellejo lleno de viento, clavos y cadenillas de hierro que rodara como una peonza sobre lecho de guijarros.

Como se hubiesen ya aproximado bien á la columna y desfilasen hacia la cabeza, aquellos centauros empezaron á fijarse en ellos; y, uno de chambergo de *panza de burro* agujereado y ya incoloro por el uso, cuyo barboquejo se le perdía por debajo de la nariz entre el bosquejo de las barbas, al ver cruzar al liberto con sus maletas repletas, todo de nuevo, y bien plantado en los lomos, sintióse tentado á gritarle con voz ronca:

— *De adónde venís cuervo, tan cirimonioso?*

— Véanlo, exclamó otro, con las *motas* muy peinadas y las maletas que revientan....

— *Alcanzá* un poco de azúcar, *jetudo*! barbotó un tercero empinándose en el estribo,— que no ha de ser todo para tu trompa....

Otro, que no poseía sino un *chifle* de media guampa, al observar que el liberto llevaba una cantimplora de azófar, alzó su lanza, vociferando:

— *Alargá un taco* de ginebra, fruto de higuerón!

— Lindo pa sacarle las botas al mono! agregó un lancero que iba de alpargatas y miraba codicioso el calzado flamante del negro.

— Miren al marqués del Mazacote! arguyó alguno agraviado á retaguardia. Muy de lujo y púas de bronce!

Una voz formidable dominando todas las otras, se elevó de pronto, rugiendo:

— *Parate cimarrón y tirame* con diez patacas limpias!

El liberto, que no había perdido la calma, volvió la cabeza á esta voz, y al reconocer á un antiguo compañero, rióse hasta mostrar las muelas, y dijo retozante:

— Adiós hermano!....

Esta réplica cayó en la hueste lo mismo que un moscardón en una colmena. Las últimas filas se agitaron con gran vocinglería: una carcajada homérica retumbó de escalón en escalón, y hasta los mismos que iban durmiéndose tomaron parte en la *loba*, sin saber de qué se trataba.

Esteban siguió muy tieso en pos de su amo, que marchaba al galope á alcanzar la cabeza de la columna. — (ACEVEDO Díaz. — *Nativa*.)

CIV.

Se llama mi hermano.

La puerta se abrió.

Abrióse vivamente y de par en par, como si alguien la empujara con energía y resolución.

Entró un hombre.

Este hombre ya sabemos quién es. El viajero á quien hemos visto hace poco, errante, por las calles en busca de un asilo.

Entró, dió un paso y se detuvo, dejando tras sí la puerta abierta. Traía su mochila á la espalda, su garrote en la mano, y mostraba una expresión ruda, atrevida, fatigada y violenta en los ojos. Alumbrábale el fuego de la chimenea. Su aspecto era horrible. Una siniestra aparición. Madama Magloire no tuvo siquiera fuerzas para lanzar un grito. Se puso á temblar, pasmada de mortal sorpresa.

La señora Baptistina volvió la cara, vió entrar á aquel hombre y medio se enderezó despavorida; é inclinando después lentamente su cabeza hacia la chimenea, se puso á mirar á su hermano, restableciéndose con esto la calma y la serenidad en su semblante.

El obispo miraba tranquilamente á aquel hombre.

Cuando ya abría la boca, sin duda para preguntar al recién venido lo que quería, el hombre apoyó sus dos manos á la vez sobre su palo, dirigió sus miradas sucesivamente hacia el anciano y hacia las mujeres, y sin esperar á que el obispo hablara, dijo él en alta voz:

— He aquí de lo que se trata. Mi nombre es Juan Valjean. Soy un galeote. Diez y nueve años he pasado en un presidio. Cuatro días hace que me han puesto en libertad y que emprendí el camino de Pontarlier, que es el lugar de mi destino. Cuatro días de marcha incesante desde que salí de

Tolón. Hoy he hecho doce leguas á pie. Esta tarde, al llegar á este pueblo, me dirigí á una posada, de donde me despidieron á causa de mi pasaporte amarillo, que me fué preciso enseñar en la alcaldía. De allí pasé á otra posada. También me dijeron: «Vete de aquí al instante». Me llegué á varias casas. Nadie quiso recibirme. Me dirigí á la cárcel, cuyo portero se negó á abrirme. Busqué asilo en el nicho de un perro, el cual me mordió y me arrojó de su vivienda, como si él hubiera sido un hombre. Diríase que aquel animal sabía quién era yo. Entonces me encaminé fuera de la ciudad, para acostarme á cielo descubierto; pero el cielo estaba cubierto. Las estrellas se ocultaron á mi presencia. Creí que llovería, y que no habría un Dios que impidiera la lluvia; me volví á la ciudad á buscar el umbral de una puerta; y ahí en la plaza, cuando iba á acostarme sobre un banco de piedra, una buena mujer me ha señalado con el dedo esta casa, y me ha dicho: Llame usted allí. Y he llamado. ¿Qué es lo que hay aquí? ¿tienen ustedes posada? Yo traigo dinero, mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado con mi trabajo en el presidio, durante diez y nueve años. Pagaré. ¿Qué me importa? tengo dinero. Estoy muy cansado... ¡doce leguas á pie! tengo mucha hambre. ¿Quieren ustedes que me quede?

—Madama Magloire, dijo el obispo, ponga usted un cubierto más.

El hombre dió tres pasos y se aproximó á la lámpara que estaba sobre la mesa: —Atiendan ustedes, añadió, como si no hubiera comprendido bien: no se trata de eso. ¿No han comprendido ustedes? Soy un galeote, un presidiario. Vengo de galeras.—Sacó de su bolsillo una grande hoja de papel amarillo que desdobló diciendo:—He aquí mi pasaporte. Amarillo, como ustedes ven. Esto sirve para hacerme expulsar de cualquier parte donde vaya. ¿Quieren ustedes leerle? También yo sé leer. He aprendido en presidio. Hay allí una escuela

para los que quieren. Oigan ustedes, verán lo que han puesto en mi pasaporte: «Juan Valjean, presidario cumplido, natural de . . . » esto les es á ustedes indiferente . . . «ha estado diez y nueve años en presidio. Cinco años por robo con violencia y fractura. Catorce años por haber intentado evadirse cuatro veces. Este hombre es muy peligroso.»

He ahí. Todo el mundo me ha despedido. ¿Querrán ustedes recibirme? ¿Es esto una posada? ¿Quiéren ustedes darme de comer y dónde acostarme? ¿Tienen una caballeriza?

—Madama Magloire, dijo el obispo, pondrá usted sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado qué género de obediencia era el de las dos mujeres.

Madame Magloire salió para ejecutar las órdenes que acababa de recibir.

El obispo se volvió hacia el hombre y le dijo:

—Siéntese usted, señor, y caliéntese. Vamos á cenar en seguida, y mientras usted cena, le harán su cama.

Con esto el hombre comprendió ya enteramente. La expresión de su semblante, dura y sombría hasta entonces, apareció llena de estupefacción, de duda y de gozo, cambiando de un modo extraordinario. Fuera de sí, como un loco, empezó á decir, en tono balbuciente:

—¿Será verdad? ¿cómo? ¿usted me admite en su casa? ¡á mí! ¡á un galeote! ¡me llama usted *señor*! ¡no me tutea! No me dice usted: ¡vete de aquí, perro! como me dicen siempre. Yo estaba persuadido de que usted me despediría.

Por eso dije en seguida quién era. ¡Oh! ¡qué buena mujer la que me enseñó esta casa! ¡Voy á cenar! ¡una cama con colchones y sábanas! ¡como todo el mundo! ¡una cama! ¡hace ya diez y nueve años que no me acosté en una cama! ¡Ustedes tienen la bondad de no expulsarme! Son ustedes

muy buenas gentes. Además, yo tengo dinero. Pagaré bien. Perdone usted, señor posadero: ¿cómo se llama usted? Yo pagaré cuanto se quiera. Es usted muy buen sujeto. ¿Es usted posadero, no es verdad?

—Soy, dijo el obispo, un sacerdote que habita aquí.

—¡Un sacerdote! repuso el hombre. ¡Oh! ¡y qué bueno es el sacerdote! ¿entonces no me pedirá usted dinero? ¿señor cura, no es verdad? ¿el cura de esa grande iglesia? ¡Toma! es verdad, ¡qué tonto soy! no había reparado en el solideo que usted lleva.

Sin dejar de hablar, había depositado su maleta y su garrote en un rincón, guardado su pasaporte en el bolsillo, y sentándose á la lumbre. La señora Baptistina le consideraba con su natural bondad. El hombre continuó:

—Usted es humano, señor cura, no desprecia á las gentes. Eso es muy bueno en un buen sacerdote. ¿Entonces no necesita usted que yo le pague?

—No, respondió el obispo; guarde usted su dinero. ¿Cuánto tiene usted? ¿no ha dicho usted que ciento nueve francos?

—Y quince sueldos, añadió el hombre.

—Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo ha invertido usted para ganar esa suma?

—Diez y nueve años.

—¡Diez y nueve años!

El obispo lanzó un profundo suspiro.

—Señor cura, dijo el huésped, usted es bueno; usted no me desprecia; usted me recibe en su casa, y enciende sus cirios para mí. Y sin embargo, yo no le he ocultado á usted de dónde vengo, y que soy un hombre muy desgraciado.

El obispo, sentado junto á él, le tomó cariñosamente la mano:—Podía usted no haberme dicho quién era. Ésta no es mi casa: es la casa de Jesucristo. Esta puerta no pregunta al que entra si tiene un nombre, sino solamente si tiene un do-

lor. Usted sufre, tiene hambre y sed: ¡bien venido sea! Y no me dé las gracias, no me diga que le recibo en mi casa. Nadie está aquí en su casa, excepto el que necesita un asilo. Le digo á usted, pasajero, que está aquí en su casa más que lo estoy yo mismo. Todo cuanto aquí hay es de usted. ¿Qué necesidad tengo yo de saber su nombre? Por otra parte, antes que usted me lo dijera, tenía ya para mí un nombre que yo sabía.

El hombre abrió los ojos admirado, y replicó:

—¿De veras? ¿sabía usted ya cómo yo me llamo?

—Sí, respondió el obispo; se llama usted mi hermano.—
(VÍCTOR HUGO.—*Los Miserables*.)

CV.

Pan y lágrimas.

En medio de los tristes pensamientos
Que la propia desgracia nos inspira;
Húmedo aún de sangre
El yermo suelo de la patria amada;
Cuando la diestra airada del hermano,
Contra el hermano alzada,
En lucha estéril se fatiga en vano;
Cuando apenas allá en el horizonte
Brilla la tenue luz de una esperanza,
Vaga como la vela salvadora
Que el náufrago infeliz en sus delirios
Cree siempre ver, y que jamás alcanza,
Nuevos gemidos de dolor resuenan,
Nuevo horror nos abrumba,
Y otro pueblo enlutado
Sus ayes moribundos nos envía
Del mar sonoro en la brillante espuma.

¡Infeliz Buenos Aires!

La celebrada emperatriz del Plata

Yace en el lecho del dolor cruento.
Sus hijos desaparecen
Al hálito fatal del morbo impío
Como las hojas que arrebató el viento,
Como gotas de lluvia
Que absorbe en su corriente el ancho río.
Buenos Aires perece,
Pero luchando aún, su noble esfuerzo
Á la medida de su mal se acrece:
La caridad subline por doquiera
Frente á frente al peligro se presenta,
Y la patria sonríe en sus dolores
Cuando á sus héroes por sus hijos cuenta.

Entretanto la muerte inexorable
Su espantosa labor sigue inclemente;
Las víctimas humildes
Al par de las más altas van cayendo,
Y al vicio y la virtud hiere igualmente.
El ministro de Dios y el de la ciencia,
Consuelo y esperanza del que sufre,
Allí á su cabecera
Perecen con la muerte del Apóstol,
Con la del bravo al pie de su bandera.
No hay humano poder que el mal detenga,
Y nada, nada, su furor mitiga:
La segir va cortando,
Cual la del segador que abate á un tiempo
La yerba humilde y la dorada espiga.
El noble corazón que ayer latía
De caridad y amor dando el ejemplo,
Ya no latirá más. — Las anchas frentes,
Que antes sirvieron de morada al genio,
Donde hervían grandiosos pensamientos
Que el mundo y los espacios abarcaban,
No piensan ya: quebráronse las alas
Al águila altanera,
Y el foco ayer de ideas eminentes,
Es hoy una vacía calavera!
La beldad juvenil que antes brillaba,

Viva imagen del ángel en la tierra,
Vertiendo en torno suyo ese perfume
Que puso Dios en ella y en las flores,
Cesó de sonreír; sus tiernas gracias —
Ya no inspiran amores :
Fuése.... voló.... como la flor marchita
Que á la brisa más leve se desprende,
Como la débil rama que en su seno
El vórtice insaciable precipita.

Ayer no más una mujer dichosa,
Con profundo cariño,
Las gracias inocentes contemplaba
Del ternuzuelo niño
Que jugando á sus plantas sonreía.
¡Oh, con cuánto placer le acariciaba
Y á sus calientes haldas le atraía!
Enseñándole á orar, y él, balbuciente,
Juntando sus pequeñas manecillas,
Mirábale entre serio y asombrado,
Y en palabras cortadas repetía
Las mismas oraciones
Que del labio materno recogía.
¡Pura felicidad! — Mas, ¡ay! la hora
En que debe concluir está sonando....
La fiera hambrienta percibió ese niño,
Y al dintel de la puerta está llamando.
¡Horrible transición! ¡infeliz madre!
Hela allí con los ojos espantados,
Suelto el cabello, descompuesto el rostro ;
Sin pensamiento fijo,
Y llorando y riendo al mismo tiempo,
Abrazada al cadáver de su hijo.
¡Cuánta desolación! Por todas partes
Un cuadro desgarrante se presenta.
Nada le basta al monstruo; donde quiera
Deja caer su garra despiadada,
Y víctimas sin cuento
Arranca del bullicio de la vida
Y arroja en el silencio de la nada.

Buenos Aires perece,
Pero luchando aún; los sufrimientos
Son la piedra de toque
Donde el valor del alma se aquilata,
Y la excelsa virtud el mal no teme
Que solamente la materia mata.
Los hijos de esa patria generosa
En la más pura caridad se inspiran,
Y velando incansables al doliente,
Con voluntad serena
El veneno mortífero respiran:
Están con el que muere,
Y mueren á su vez:— ¡Paz á su tumba!
Y para eterno ejemplo de los hombres,
En letras imborrables
Guarde la historia al porvenir sus nombres.

Pero, no es todo aún: cuando el azote
Se aleje ya de víctimas hartado,
Nuevos males vendrán: aquí una turba
Hambrienta y desvalida,
Llegará en vano á la mansión desierta
Del opulento que perdió la vida,
Y con paso cansado
Seguirá por un pan de puerta en puerta.
Allá un débil anciano,
A quien la muerte le quitó sus hijos,
Con temblorosa mano
Procurará secar la ardiente lágrima,
Que el arrugado párpado le quema,
Y solitario vivirá muriendo....
Y al huérfano infelice,
¿Quién le devuelve la infantil sonrisa
Que en sus labios vagaba,
Y que el dolor primero borra impío?
¿Quién cubrirá sus ateridos miembros
Cuando gimijendo exclame: «tengo frío!»
Y las madres... ¡para ellas no hay consuelo
Mirad, allí está una
Al pie de aquella cruz, siempre llorando.

¿Por qué, dime, en tu llanto inextinguible
Ese sepulcro bañas?
Y ella en trémulo acento....
«Regando estoy la flor de mis entrañas.»

¡Basta, mi corazón destroza el pecho!
¡Alma mía, ten fuerza! Dios, inspírame
Para que tenga mi postrer acento
La verdad que conmueve,
Cuando al hablar á un pueblo generoso
Le grite el labio mío:
¡Compasión, compasión para el hermano
Que en sus dolores al hermano implora;
Abre tu corazón, tiende tu mano;
Pan al que pide pan, llanto al que llora!

(AURELIO BERRO.)

CVI.

El bufón del rey.

Triboulet. — ¡Hija mía! (*La estrecha con pasión.*) ¡Oh! Pon tus manos sobre mi corazón. A tu lado, bien mío, todo sonríe, nada me pesa. ¡Qué bien respiro á tu lado! ¡Cuán feliz soy contigo! (*Mirándola con embriaguez.*) Más bella cada día. Nada te falta, ¿verdad? ¿Estás bien aquí? Blanca mía, abrázame otra vez.

Blanca. — ¡Qué bueno sois, padre mío!

Triboulet (*sentándose*). — No, es que te amo. ¿No eres mi vida y aun mi sangre? Si no te tuviera á tí, ¿qué haría yo, Dios mío!

Blanca. — ¡Suspiráis! ¿Qué pesares tenéis? Decídselos á vuestra hija. ¡Ah! Aun no sé quién es mi familia.

Triboulet. — ¡Familia! Tú no la tienes, hija mía.

Blanca. — Hasta ignoro vuestro nombre.

Triboulet. — ¿Qué te importa mi nombre?

Blanca.—Nuestros vecinos de Chimán, la aldea en que me crié, me creían huérfana, antes de vuestra llegada.

Triboulet.—Allá debí dejarte; sin duda hubiera sido lo más prudente. Pero yo no podía vivir así tampoco: tenía necesidad de tí, tenía necesidad de un corazón que me amara. (*Abrazándola otra vez.*)

Blanca.—Si no queréis hablarme de vos....

Triboulet.—Mira, no salgas jamás.

Blanca.—En los dos meses que hace que estoy aquí, apenas he ido ocho veces á la iglesia.

Triboulet.—Bien.

Blanca.—Padre mío, habládme al menos de mi madre.

Triboulet.—¡Oh! no despiertes en mí tan amargo pensamiento, no me recuerdes que en otro tiempo encontré una mujer diferente de las demás mujeres, que viéndome solo, enfermo, pobre y aun aborrecido, me amó por mi miseria y mi deformidad. Murió llevándose consigo á la tumba el angelical secreto de su fiel amor, amor que pasó por mí como un relámpago, como un rayo de luz del paraíso que se apagara en mi infierno. ¡Ah! ¡Séale la tierra ligera! Tú sola me quedas en el mundo. ¡Gracias, Dios mío! (*Levanta los ojos al cielo y llora luego ocultando la frente entre las manos.*)

Blanca.—¡Cuánto debéis padecer! Padre mío, no, no quiero que lloréis, porque se me parte el corazón.

Triboulet.—¿Y qué dirías si me vieras reír?

Blanca.—¿Qué tenéis, padre mío? Decidme vuestro nombre. ¡Oh! Derramad en mi seno la amargura de todas vuestras penas.

Triboulet.—No. ¿Á qué nombrarme? Soy tu padre y basta. Escucha. Fuera dé aquí acaso me temen. ¿Quién sabe? El uno me desprecia, el otro me maldice.—¡Mi nombre! ¿Qué harías después de saberlo? Quiero, aquí á lo menos, á tu lado, en este rincón del mundo donde todo es inocencia, quiero ser para tí solo un padre, algo santo, augusto, sagrado.

Blanca. — ¡Padre mío!

Triboulet. — ¿Hay un solo corazón que responda al mío? (*Abrazándola.*) ¡Oh! Te amo por todo lo que odio al mundo. Siéntate á mi lado y hablemos de esto. Dime: ¿amas mucho á tu padre? Y pues, estamos aquí juntos, mano á mano, ¿qué nos obliga á hablar de otra cosa? Hija mía, única felicidad que el cielo me ha permitido; — otros tienen padres, hermanos, amigos, esposas, vasallos, cortejo, aliados, muchos hijos, ¿qué sé yo? Yo no tengo más que á mi hija. Otros son ricos; tú sola eres mi tesoro, tú sola mi riqueza. Otros creen en Dios; yo no creo más que en tu alma. Otros son jóvenes, y el amor y el placer les brindan sus delicias; para ellos orgullo, esplendor, gracia, salud; yo, como ves, no tengo más que tu belleza. ¡Hija mía! Mi ciudad, mi país, mi familia, mi esposa, mi madre, mi hermana y mi hija, mi dicha, mi fortuna, mi culto, mi ley, mi universo, eres tú, siempre tú y nada más que tú.... ¡Oh! ¡si llegara á perderte! ... No, no, no podría soportarlo. Mirame y sonríe: ¡qué graciosa tu sonrisa! toda de tu madre. Ella también era bella. Como ella, sueles pasarte las manos por la frente como si te la enjugaras, porque á un corazón inocente, corresponde una frente pura y ojos azules. Para mí irradian angelical resplandor, y al través de tu cuerpo, mi alma está viendo tu alma. Aun con los ojos cerrados, te veo: la luz me viene de tí. Á veces quisiera estar ciego para no tener otro sol en el mundo.

Blanca. — ¡Oh! ¡cuánto anhelo haceros feliz!

Triboulet. — Sí, soy feliz contigo. ¡Oh! ¡Qué hermosos cabellos negros! (*acariciándolos.*) Cuando niña eras rubia. ¿Quién lo creyera?

Blanca (con mimo). — Un día, antes de oscurecer, quisiera salir para ver un poco á París.

Triboulet (impetuosamente). — ¡Nunca, jamás! ¿Has salido alguna vez con Berarda?

Blanca (temblando). — ¡Oh! no.

Triboulet. — ¡Cuidado!

Blanca. — Sólo he ido á la iglesia.

Triboulet (*aparte*). — ¡Cielos! Si la vieran, la seguirían y acaso.... acaso me la robaran. La hija de un bufón no inspiraría ningún respeto y sería cosa de risa apoderarse de ella. (*Alto*.) Te lo ruego, hija mía; permanece aquí encerrada. ¡Si supieras qué malo es el aire de París para las mujeres!.... ¡Si vieras cómo corren por la ciudad los libertinos, sobre todo los señores! ¡Oh, Dios! ¡Preserva del tempestuoso viento que marchita y aun troncha otras flores, esta flor graciosa y virginal, para que un padre infeliz pueda en sus horas de tregua aspirar su pura esencia!

(*Deja caer la cabeza entre las manos y llora.*)

Blanca. — No os hablaré más de salir. No lloréis, padre mío.

Triboulet. — Esto me alivia. ¡He reído tanto anoche!.... (*Levantándose*). Pero ya anochece y es tiempo de ir á tomar mi collar. Adiós. — (VÍCTOR HUGO. — *El rey se divierte.*)

CVII

Consejos de oro.

La primera infancia es la época más importante para la educación, la estación en que se desenvuelven todas las facultades humanas, y germinan todos los sentimientos innatos, que son los elementos de la moralidad futura. Debéis, pues, esmeraros en darles desde temprano una dirección saludable.

La Providencia inspira á toda madre el medio de influir sobre sus hijos, aun recién nacidos; pues que consiste en amarlos.

Porque también en el infante la primera manifestación con que se revela su alma es el amor, expresado por una simpatía

indefinible, que desde los primeros días de su vida establece ya una correspondencia de afectos entre él y su cariñosa madre; y en el sentimiento del amor se encierran todos los sentimientos afectuosos que se desenvuelven y crecen al dulce calor de la ternura maternal. Así es como el corazón de vuestros hijos recibirá desde vuestros brazos una feliz impulsión al bien.

Alejad de su cuna los vicios de la cólera, la indocilidad y la impaciencia, que allí suelen tener su principio, cuando se accede á todos los antojos del niño, ó no se resiste oportunamente al poder de sus lágrimas. ¿Qué se puede esperar de aquellas madres indiscretas que no tienen reparo en inspirar á sus hijos sentimientos de furor y de venganza, haciéndoles castigar el mueble ú objeto en que han llegado á herirse? ¿Se puede inventar una lección más propia para hacer á un corazón iracundo, rencoroso y vengativo? Y sin embargo es una lección que vemos repetida á cada instante; y luego se calumnia á la naturaleza, imputándole las malas pasiones del hombre, cuyo primer desarrollo es la obra exclusiva de una educación corruptora.

Otro tanto sucede con la inclinación á la mentira, hábito ruin y degradante, que tiende á inutilizar el don precioso de la palabra. También esta propensión á la mentira, tan general en los niños, es el fruto de mil ejemplos y lecciones de falsedad y engaño que reciben desde el regazo materno. Se les excita á mentir, haciéndoles preguntas necias; se celebra en ellos la ficción como una gracia; y engañar á un niño para apaciguar su llanto, es uno de los funestos efugios de una educación vulgar. Pero ¡cuán caro cuesta esa ventaja pasajera! — Él miente y engaña, á su vez; y desaparece para las madres uno de los medios más necesarios para dirigir la conducta de los niños: — la sinceridad.

Que vuestros hijos jamás oigan sino la pura verdad de

vuestros labios; no permitáis que nadie los engañe, ni « para su bien »: todo sea inmolado á la verdad. Nunca pongáis á prueba su veracidad, cuando conozcáis que el amor propio, ó la vergüenza, los compele á negar alguna de sus faltas. Haced que la verdad sea respetada hasta en sus juegos.— Que se acostumbren á mirar el embuste con la misma aversión y desprecio que el hurto; vicios que tanto perjudican y envilecen á la sociedad y al individuo.

No suscitéis en vuestros hijos una emulación peligrosa, madre del rencor y de la envidia. Conservad entre ellos el cariño y la indulgencia fraternal, siendo un juez imparcial, aun en sus más pequeñas diferencias, y dándoles á todos una parte igual en vuestro corazón.

¡Qué bárbaro entretenimiento el de aquellas personas que se complacen en producir entre los niños la pasión de los celos y la envidia, ya manifestando preferencia al uno y desprecio al otro, ya encomiando á aquél y deprimiendo á éste! Eso es herir cruelmente en lo más vivo la sensibilidad infantil. ¡Cuántas veces se han visto criaturas llenas de vigor y de alegría, languidecer hasta morir, por el desvío del cariño maternal, como se ahila y perece una tierna planta privada de la luz!

El amor, la caridad, es la luz, es el aire vital del alma. El principio, el móvil, el sentimiento dominante en el corazón del niño, como en todo corazón puro, es el deseo de amar y ser amado, tan innato é inextinguible en el alma humana, como el sentimiento moral y el sentimiento religioso.

Estas divinas dotes unidas á las plegarias de la niñez, son las que elevan de la tierra una sublime armonía que llena de complacencia al mismo Dios. Que los labios balbucientes de vuestros hijos aprendan á pronunciar el nombre del Señor. Que la piedad religiosa no tenga en sus afectuosos corazones más origen que el amor y gratitud para con un Dios de

bondad, Criador de todas las cosas, y Padre común del género humano.

El amor á nuestros semejantes y todas las afecciones tiernas y generosas son sentimientos inherentes á la naturaleza humana, que sólo necesitan el alimento del ejemplo, y adquieren un nuevo realce y vigor con las ideas religiosas. ¿Qué corazón nuevo hay que no rebose en afectos de humanidad y sensibilidad al relato de una acción generosa ó benéfica, ó al aspecto de la desgracia y el dolor; que no se inflame de un santo entusiasmo de caridad con el ejemplo divino de la vida del Salvador de los hombres? Tales son las lecciones con que una madre piadosa dispone el corazón de sus hijos á la práctica de todas las virtudes sociales.

El hábito de la obediencia se debe empezar á formar desde los primeros meses, como el más necesario para la educación; pues que por su medio se pueden destruir ó formar, según convenga, todas las demás hábitos.

Aunque hay en los niños un instinto de independencia, los sentimientos de simpatía y de imitación, también naturales, los disponen á la docilidad, mayormente si no encuentran debilidad ni inconsecuencia en el ejercicio de la autoridad de sus padres.

El mayor obstáculo para obtener tan importante condición, es la falta de unanimidad en las personas que gobiernan y aun en las demás que están cerca del niño. Si uno reprueba lo que otro hace, si el uno acaricia cuando el otro reprende, es perdido todo el fruto de la enseñanza.

No exigiendo sino lo que es racional y justo; acompañando algunas veces vuestros mandatos con las razones que los motivan; no comprometiendo jamás vuestra autoridad con ordenarles lo que juzgáis que no han de cumplir; haciéndoles siempre observar lo mandado; y sin valeros de amenazas, sin más resortes que la previsión y la persuasión de vuestra parte,

y de la de ellos el cariño y el temor de desagradaros, les haréis contraer la habitud de la obediencia.

Después, la idea del deber, la voz de la conciencia y la religión, acabarán de relevar la virtud de la sumisión y el respeto filial; y conservaréis siempre sobre su corazón la dulce autoridad de una madre querida.

La severidad y la aspereza repugnan á la dulzura que caracteriza vuestro sexo. Ninguna madre rígida y violenta espere ver en sus hijos la bondad que no ha sabido inspirarles, ni el amor á la virtud que no puede insinuarse en el corazón sino presentándosela con formas atractivas.

Pero tampoco incurráis en el extremo opuesto de una excesiva lenidad y complacencia. Manifestándoles, sin irritación, vuestro disgusto y sentimiento por sus faltas, no dejará de aparecer en su pecho sensible un sincero arrepentimiento. Las madres que saben amar á sus hijos, observarán siempre en ellos un afectuoso temor de incurrir en su desagrado.

Los cariños pueden ser un instrumento útil de educación cuando tienen el carácter de aprobación. Una demostración cariñosa es el premio de más valor para el niño.

Sólo los procedimientos bondadosos tienen poder para desarrollar su inteligencia.

Con el rigor se podrá conseguir que dé pruebas de un ejercicio precoz de su memoria, pero no de los progresos de su entendimiento.

Los frutos del rigor y de todo castigo humillante, son la simulación, la falsedad, la hipocresía y la bajeza.

Los castigos dolorosos podrán alguna vez servir para reprimir la violencia de una índole viciada por una mala educación; pero siempre son innecesarios y aun perniciosos en la infancia. — (MARCOS SASTRE.)

CVIII.

Los Treinta y Tres.

En los primeros días de ese mes, Abril del año 1825, los emigrados prepararon dos ganguiles, barcos de popa y proa iguales, y cuyo aparejo consistía en un solo palo con vela latina en el centro.

Estos ganguiles ó « chalanas », como las designaba en su lenguaje la gente marinera, estaban á cargo de excelentes patrones, cuyos verdaderos nombres no ha comprobado aún la historia.

En uno de estos ganguiles, ayudóles más de una vez en sus faenas Andrés Etchevest, ó Cheveste por corrupción, vasco animoso, tan « baqueano » en los ríos como en la zona terrestre comprendida entre uno y otro arrenal.

Esa circunstancia hizo que los promotores del movimiento escogiesen la « chalana » en que Cheveste había trabajado, para la primera expedición, pues que el guía era inmejorable; y designado éste por « baqueano », cargaron sigilosamente el ganguil con algunas carabinas, sables y pólvora.

En él se embarcaron doce hombres: dos oficiales y diez de tropa.

Se citaban sus nombres con admiración, como de gentes que estaban destinadas á morir dentro de breves horas.

Llamábanse los primeros Manuel Lavalleja y Atanasio Sierra; los últimos Juan y Ramón Ortiz, Santiago Nieves, Ignacio Núñez, Francisco y Luciano Romero, Tiburcio Gómez, Carmelo Colmán, Juan Rozas y Juan Acosta.

El vasco francés que los guiaba en el río y que debía acompañarlos en tierra firme, incorporado por el hecho á la empresa, constituía el número trece de la lista de expedicionarios.

Hinchada la pobre lona por brisas propicias, zarpó la chalana

del puerto de Buenos Aires el día 5; y arribando á una playita solitaria que nadie visitaba, la de una isleta semi-anejadiza, apostadero de tigres, llamada Brazo largo por su angostura, desembarcó su contingente.

Esta isleta, próxima á la ribera suspirada, facilitó el acceso de los expedicionarios á la estancia del patriota Tomás Gómez, con quien habíanse convenido los medios de movilidad que tenía prontos, esperando la llegada del último refuerzo con los jefes.

Pero los días pasaron: dos semanas corrieron dentro del bosque siniestro, sobre un suelo de ciénaga hollado por alimañas, y como éstas escondiéndose los hombres y procurándose el alimento á saltos en la espesura ó arrastrando la res hasta la playa en tierra firme, en medio de las sombras, derrengados, hoscosos, fieros en su misma debilidad. La prueba no podía ser más ruda.

Los compañeros que debieron seguirlos sin demora, habían sufrido contrariedades serias, — las que trae aparejadas todo plan que rompe con la monotonía de lo normal, desafía los vientos y las olas ó descubre alguna malla de su tejido.

Notado el movimiento por las autoridades argentinas, celosas de su neutralidad, viéronse forzados los que quedaban, á buscar puntos aislados en la costa, que les sirviesen de salida en persecución de sus intentos temerarios. En ese afán constante, sin desfallecimientos, se agitaron durante once días llenos de fiebre. Al fin lograron reunirse en grupos, en sitios desiertos de la orilla. El tiempo se mostraba adverso, como los hombres. Un viento recio sacudía las aguas revolviéndolas en escarceos espumantes. Tenían el peligro detrás; al frente, más allá, por todas partes los amagos del desastre. ¿Qué importaba? La resolución estaba hecha, el sacrificio ofrecido en aras de una pasión ferviente, y quedaba el consuelo de morir, el postrer recurso de los fuertes cuando nadie los comprende ni los ampara en sus

decisiones supremas. Embarcáronse y se entregaron á las ondas. El abismo que éstas guardaban, no era mayor que aquel que los atraía con fuerza misteriosa y al que habían jurado caer sin queja cuando se hubiese extinguido la última esperanza.

Un norte dominante, que los antiguos habrían llamado aciago, de augurio funesto, azotó el velamen al extremo de ser arriado más de una vez para volver al casco su equilibrio.

Fué así como después de rudas vicisitudes en todo lo ancho del río, los expedicionarios se reunieron á los que aguardaban en la isleta.

Este reencuentro tan deseado, entonando más la fibra, afianzó en tan esforzados varones el pacto de su arrojo con la suerte.

Los que llegaban y habían sido el tema de hondas ansiedades, eran Juan Antonio Lavalleja, jefe de la invasión; Manuel Oribe, segundo en el mando; Pablo Zufriategui, Santiago Gadea, Manuel Freire, Basilio Araujo, Jacinto Trápani, Simón del Pino, Manuel Meléndez, Gregorio Sanabria, Pantaleón Artigas, oficiales; Andrés Spíckermann, cadete; Juan Spíckermann y Andrés Areguati, sargentos; Celedonio Rojas, cabo primero; soldados: Joaquín Artigas, José Leguisamo, Avelino Miranda, Dionisio Oribe y Felipe Carapé.

Sus compañeros los guiaron al sitio oculto en que ardían dos fogones rodeados de asadores improvisados con ramas gruesas, y circulaba el «mate» como una infusión necesaria al temple de la fibra. El lugar era aparente, circuido de vegetación arbórea por todos lados, de manera que hubiera sido difícil descubrir desde el río resplandor alguno.

En la noche anterior, Cheveste y dos más de los forzados isleños, habían cruzado el río en una canoa y carneado en la costa una vaca, que transportaron á su escondrijo.

De esa vaca se alimentaron, y de ella seguían comiendo en el momento de la reunión de los demás expedicionarios.

Traían éstos hambre y fatiga, y la cena fué de hermanos. Se cantaron décimas glosadas, dióse suelta al buen humor, y risas homéricas hicieron olvidar las amarguras sufridas á bordo del ganguil.

En aquel paraje desierto, rodeado por las aguas, con su verde cortinaje de arbustos y malezas á todos rumbos, raro era el aspecto que presentaba el grupo de hombres audaces.

Los había entre ellos de todas razas, de distintos colores, como el «quillango» indígena, blancos, cobrizos, negros—piel de yaguareté terminada en garras y colmillos;—el militar de escuela junto al «montonero», el ideal culto en connubio con el instinto bravío, el ciudadano libre en fraternidad con el libertero.

Aparte de las que antes hemos descrito, algunas figuras resaltaban por sus formas de Alcides cabelludos: mucho músculo, pocas palabras, duro el gesto, el mirar sombrío. Las vestimentas añadían rasgos singulares al conjunto. Casacas de húsares, calzado de granadero, pantalones amplios, chambargos de ala floja, chiripaes de tejido crudo, botas de cuero de potro, «ponchos» de grandes haldas, «nazarenas» trinadoras, complementado todo por el arreo ofensivo de largas dagas, trabucos de hierro, carabinas de cazoleta, pistolas de cinto y sables corvos.

La diversidad de tipos guardaba así armonía con la de las armas. Prueba de que había sido una espontaneidad impetuosa la que originara aquel acercamiento y aquella unión que debía aumentar en fuerza á medida que se fueran abriendo las válvulas á los instintos propulsores en el mismo medium nativo. El aroma de la tierra, que había adobado las fibras, debía volver á ponerlas en vibración; de allí se percibía ya el ambiente que incendiaba la sangre, y todo dolor pasado era espuela punzadora.

Para muchos de ellos, ¿qué concepción podía ser la de la

patria? ¡Difícil de explicarlo! Al mirar hacia la ribera oriental, parecía que algo entreveían en las sombras con los ojos del alma. Acaso el pago: el pago era la patria. La patria en pequeño con su terrón conocido, con su fragmento de cielo, con sus horizontes visibles, con su arroyo fecundante, con sus lomas pintorescas, con sus bosques solitarios. Algunas viviendas primitivas construídas con el tronco, el lodo y la masiega, dispersas como asilos de una hora de razas vagabundas; el potro recorriendo el llano con la crin revuelta; el «ñandú» con el alón tendido en la ladera; el «carancho» junto á la blanca osamenta; el jinete errante hiriendo el aire con el ruido de sus espuelas ó con los ecos de una trova de «enramada»: ése era el pago. — (EDUARDO ACEVEDO DÍAZ. — *Grito de Gloria.*)

CIX.

Los Treinta y Tres.

(Continuación)

Eran altas horas, cuando las proas, surcando la canal, enderezaron hacia una ensenada que hacía más tenebroso el bosque de «talas y molles» desplegado en su fondo como una gruesa columna de batalla.

Esa ensenada, á cuyo flanco desliza su hilo de agua un humilde tributario, forma una curva sensible rematada en dos ligeros recodos, y da acceso hasta la orilla sólo á embarcaciones pequeñas. La corriente deriva hacia esa costa, cuyos veriles ha ahondado en su base, empujando los residuos á una playa hermosa cubierta de densas arenas, donde la planta se hunde y asoma su enriscada roseta la espina de la cruz.

En este sitio del Arenal Grande, arriaron vela los gangui-les y tomaron tierra los invasores. Apartados aquéllos de la

ribera por el peligro de tumbarse ó de varar en las dunas, el desembarco fué penoso, con el agua á la cintura, en cuya diligencia los marineros y el mismo patrón, con sus cuerpos semi hundidos en el río, sirvieron de jalones por largo rato al tránsito de las cargas de armas y monturas.

Disñábanse en el cielo, detrás de las altas colinas verdes que rodean en anfiteatro el cúmulo de arenas, los primeros albores del día 19.

Al pisar el suelo nativo, y á causa del trance de Gómez, los invasores se hallaron condenados á una inacción que podía serles fatal. Á pesar de tan grave contrariedad, ninguno manifestó su disgusto. Y bien debió esperarse que murmuraran, pues que llevaban largos días de privaciones y sufrimientos. Los cuerpos estaban postrados; esfuerzos sin descanso, noches de insomnio, alimentación deficiente, vigilancia continua por una parte, y por otra la sucesión de emociones violentas que en lo moral coincidían con la faena sin tregua del músculo, eran motivos sobrados para predisponer los espíritus al desaliento. No sucedió así. En el grupo taciturno, algún vínculo de tracción aferraba las voluntades, porque todos se movían de consuno y obedecían sin réplica. Aislados en la playa, amontonados, con la amenaza allí, de donde venían, con el peligro inminente en el terreno que pisaban, desmontados en tierra de centauros, solos con su pasión ardiente, parecía, sin embargo, circular entre ellos como un aura de entusiasmo viril que sofocaba en las gargantas el descontento. Se habría dicho con razón que la madre tierra devolvíales la fuerza como al titán de la ficción helénica.

Subíanse en color las rosas del oriente, orladas de escarlata, y difundíase una suave claridad en el llano arenoso, cuando una voz enérgica se alzó imponente, mandando formar.

Había premura en apartarse de allí y poner la selva por medio. Después se atendería á los medios de movilidad. Un

pequeño grupo de vecinos del pago presenciaba esta escena desde el pie de la colina, dominando con sus miradas el arenal por una abra extensa del bosque.

Estrechóse fila en el acto, terciadas las carabinas y desnudos los aceros. Pasóse lista con rapidez, resultando treinta y tres hombres, de jefe á soldado.

Lavalleja recorrió la fila con el sable en la diestra, y en la izquierda desplegada una bandera que tenía en su centro una inscripción de grandes caracteres.

¿Qué lema era aquél?

En el escudo primitivo de campo blanco con un sol encima, y debajo un brazo robusto sosteniendo la balanza, símbolo de la justicia, se leía este mote: *con libertad, ni ofendo ni temo*.

En la bandera de tres fajas, azul, blanca y roja, emblema esta última de la sangre vertida, la inscripción consagraba el mote ó leyenda del escudo: era la suprema aspiración de Artigas, allí estampada con signos perdurables.

Bajo el sol brillante que bañara de intensa vida el desierto y al soplo del «pampero» que henchía la soledad de rumores, en otro tiempo habían germinado y crecido los instintos al igual de los cardos espinosos: el amor de la tierra enroscó sus raíces absorbentes en el corazón bravío, la pasión del valor endureció el nervio en las crudezas de la vida semi-salvaje, y la voluntad del más fuerte, el carácter más tenaz y vigoroso fué el prestigio de todas las voluntades, fué el tipo de todos los caracteres, dominando con su acción y el encanto del éxito aquel conjunto de instintos y de pasiones capaces de impulsar los ideales de la clase culta hacia el triunfo de señalados destinos, una vez que se expandieron soberbios en la vasta escena del drama revolucionario.

Con esos amores locales — tan necesarios á los hombres de los campos como el aire y la luz, — con esos fanatismos de pago llenos de indómita fuerza, había Artigas formado las

huestes que en obstinada lucha, arrastradas por la impulsión inicial de un movimiento poderoso, á la vez que por la violencia de sus propias propensiones, concurren eficazmente á derribar con el edificio de la colonia el imperio de la costumbre. En aquel período turbulento, el esfuerzo, aunque tenaz y heroico, no revistió formas definidas, ni trazó planes luminosos; pero abrió nuevos rumbos.

Fra el esfuerzo anónimo, á veces ciego, que se obstina en la tendencia evolucionaria y en el secreto va tejiendo las nacionalidades hasta exornarlas de atributos propios y carácter típico.

En aquella bandera desplegada por Lavalleja, estaba el símbolo de ese esfuerzo: á su vista, los brazos se levantaron y todos los instintos rugieron.

El jefe invasor sacudió el paño con firme mano, y señalándolo con la punta de su acero, resumió una breve arenga con este grito de pujante brío:

— ¡Libertad ó muerte!

Treinta y dos voces lo repitieron, tendidos los sables, deshecha la fila por una conmoción profunda, puesta por algunos en tierra la rodilla y sellado por otros el suelo con el labio; y por un momento, el eco formidable, al devolver lejano el juramento, pareció ruido de cadenas que se trozaban con estrépito.

No pudo echarse diana; mas la diana de redención se escuchaba en todos los espíritus.

El sol nacía y resurgía la vida en el bosque, estremecido por el marcial rumor, cual si en su espesura alentara la autonomía de los pagos y se agitasen las almas de aquellos fieros caudillos que todo lo sacrificaron á sus adustos y terribles amores! — (EDUARDO ACEVEDO DÍAZ. — *Grito de Gloria.*)

CX.

La leyenda patria

.

III

Mirad: del URUGUAY en las espumas,
Del URUGUAY querido,
Brotó un rayo de luz desconocido
Que, desgarrando el seno de las brumas,
Atraviesa la noche del olvido.
Semeja el fleco ardiente que colora
Á la lejana estrella vespertina
Que el sueño de las tardes ilumina.

Es primero un albor... luego una aurora...
Luego un nimbo de luz de la colina...
Luego aviva... y se eleva... y se dilata,
Y encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata,
Que, en el cercano monte,
Destrenza su abrasada cabellera,
Y salpica de luz el horizonte,
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros... ya es la hora:
y al chocar de los remos sobre el río,
Alzan la barcarola de la aurora,
De ritmo audaz y cadencioso brío,
La eterna barcarola redentora.
Caen de los sauces las dormidas arpas
Por impalpable mano arrebatadas;
La selva entona de la patria historia
Los no aprendidos salmos inmortales;
Al beso de la luz se alza la guerra,
Y brotan de la tierra
Palpitantes recuerdos á raudales.
En luminosa ebullición sonora
Los átomos alados

Nadan en luz en torno de la aurora,
Y despiertan los cantos olvidados
 Que en el juncal dormían,
Los que en el bosque errantes se escondían,
Los que en las nieblas mudos se arropaban
Ó sin eco en el aire discurrían
É, impulsos sin objeto, desmayaban.

Todo palpita, se estremece y siente,
Todo despierta del sopor sombrío...
Es que enciende el ambiente
El descenso de un astro incandescente
Que ocupa su lugar en el vacío.

Y entre la luz, los cantos, los latidos,
 Roja, intensa mirada
Que por el campo de la patria hermoso
Paseó la libertad, pisan la frente
Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres*;
Treinta y Tres Hombres que mi mente adora,
Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía.

IV

Helos allí...

 Con ademán sañudo,
Cárdeno el labio y la pupila ardiente,
De batallar el acerado escudo
Embrazan sin temblar; ciñen la frente
Con el pesado casco del guerrero,

 Y altivo un reto lanzan
Que se estrella en el rostro del tirano;

 Que cabalga los aires,
Y rueda, y se dilata, y se desborda,
Como, de ruina y destrucción sedienta,
Embozada en su parda vestidura,
Lleva sobre sus hombros la tormenta
La voz de Dios... Clavado en la llanura,
Del nuevo *Sinai* sobre la espalda,
Como león que sacude la melena,

Azota el aire y estremece el asta
 El pabellón de LIBERTAD ó MUERTE
 Que el aura agita de presagios llena.
 Vibrando está en los labios
 El santo juramento
 De MUERTE ó LIBERTAD, firme, grandioso,
 Que da á los hombres de virtud ejemplo,
 Y se esparce solemne y poderoso,
 Cual se difunde el salmo religioso
 Por las desiertas bóvedas del templo.

(JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.)

CXL.

El mar.

¿Por qué, querido tío, en un país como éste, en el que, según tú dices, la gente es tan laboriosa é infatigable, yo veo á menudo hombres de todas las edades, sentados sobre las rocas ó en los bancos del canal, y aun acostados en la arena de la playa, mirando sin cesar el mar durante horas enteras!

—Porque el hombre no tiene necesidad solamente de trabajo, sino también de meditación; y nada provoca tanto la meditación como la vista del mar. Yo he viajado mucho, tú lo sabes, y tanto en Europa como en África, en Asia como en Australia y en América, he visto siempre hombres de todos los colores y de todas las edades, pasar horas largas en las playas ó en las rocas mirando el mar. El salvaje y el poeta, el joven y el viejo, piensan sin duda en cosas distintas; pero todos piensan en alguna cosa, y después que piensan se pierden en una confusa é indefinida fantasía, en ese estado de la mente que los franceses expresan con la bellísima palabra *rêverie*.

Existen paisajes de montañas, de colinas, de llanuras, que en nada ceden al mar en cuanto á belleza; pero no es posible

contemplar durante horas y horas los contornos de las graciosas colinas ó perderse en las verdes llanuras de los prados ó de las viñas. Ante esas escenas de la tierra se despierta nuestra admiración y gozamos; pero es muy raro que podamos extasiarnos como en la vaga contemplación del mar.

—Pero es precisamente esto lo que te pregunto, querido tío. ¿Por qué encierra tanto atractivo esa superficie, que yo considero más monótona y menos variada que la de la tierra?

—Por dos razones principales, Enrique mío: porque el mar es infinito á nuestros ojos, y porque siempre se halla en movimiento. En presencia del mar descubrimos el cuadro más vasto de la vida planetaria; en presencia del mar nos perdemos en un infinito que nuestras manos no pueden tocar, que nuestros ojos no pueden alcanzar. El hombre tiene ansia de estas dos cosas: vivir y esperar en un mundo más allá del que sus ojos ven y del que sus manos tocan.

Y el mar satisface á la vez estas dos grandes necesidades humanas. Lo que tiene límites no basta ni bastará jamás al hombre: tiene sed de lo infinito. Llámalo Dios, la naturaleza, la religión, el ideal; llámalo como tú quieras, pero el hombre es hombre precisamente porque cree y espera en alguna cosa que valga más que él, que viva más que él.

Respetar, Enrique mío, todas las religiones sanas. Todas son formas del ideal, todas son vías diferentes pero que conducen al mismo fin. En este mundo, á pesar de su pequeñez, los hombres hablan centenares, aun millares de lenguas, y un mismo pensamiento se reviste de las más diversas y extrañas formas.

Lo mismo sucede con el ideal: todos los hombres de la tierra lo sienten, pero lo satisfacen de diferente modo. Las religiones son otros tantos lenguajes del ideal, con los cuales se expresa el mismo pensamiento. Católicos, protestantes, judíos, budistas, respetémoslos todos, amémoslos todos: de las bóvedas de los templos cristianos, de los minaretes de las mezquitas,

de las agujas doradas de las sinagogas, de los blancos techos de las iglesias de Buda, parten cantos é himnos que ascienden hacia el mismo cielo.

También el mar es un templo ante el cual se doblan las rodillas orgullosas de toda la familia humana, porque allí dentro palpita la vida universal de nuestro planeta, allí dentro se halla la madre de todas las criaturas planetarias; porque esa ola infatigable, de perpetuo movimiento, es la madre de la tierra, que la ha creado y le dará el lecho para el último sueño.

Mira, Enrique, si en un solo volumen se pudieran reunir todos los pensamientos que han brotado en la mente de los hombres, en presencia del mar, tendríamos tal vez el más bello y el más grande de todos los poemas; en el que la admiración inconsciente y casi idiota del salvaje y del niño se encontraría al lado de las contorsiones del miedo, de los himnos del entusiasmo, de todas las melancolías, de todas las ternuras, de todas las fantasías del género humano. Ante el mar todos somos poetas y la suma de todas las poesías inspiradas por el mar formaría verdaderamente el primer poema del mundo. — (MANTEGAZZA. — *Testa.*)

CXII.

El Salto del Tequendama.

Así marchamos un cuarto de hora, ya conmovidos por un ruido profundo, solemne, imponente, que suena á la distancia. Es un himno grave y monótono, algo como el coro de titanes impotentes al pie de la roca de Prometeo, levantando sus cantos de dolor para consolar el alma del vencido...

— ¡Prepare el alma, amigo!

Quedamos extáticos, inmóviles, y la palabra, humilde ante la idea, se refugió en el silencio. Silencio imprescindible, fecundo,

porque á su amparo el espíritu tiende sus alas calladas y vuela, vuela, lejos de la tierra, lejos de los mundos, á esas regiones vagas y desconocidas que se atraviesan sin conciencia y de las que se retorna sin recuerdo.

¿Cómo pintar el cuadro que teníamos delante?

¿Cómo dar la sensación de aquella grandeza sin igual sobre la tierra? ¡Oh! ¡cuántas veces he estado á punto de romper estas páginas pálidas y frías, en las que no puedo, en las que no sé traducir este mundo de sentimientos levantados bajo la evocación de ese espectáculo á que los hombres no estamos habituados!

Figuraos un inmenso semicírculo casi completo, cuyos dos lados reposan sobre la cuerda formada por la línea de la cascada. Nos encontrábamos en el vértice opuesto, á mucha distancia, por consiguiente. Las paredes graníticas, de una altura de 180 metros, están cortadas á pico y ostentan mil colores diferentes, por la variedad de capas que el ojo descubre á la simple vista. De sus intersticios, brotan chorros de agua formados por vertientes naturales y por la condensación de la enorme masa de vapores que se desprenden del Salto y arrancan árboles de diversas clases, creciendo sobre el abismo con tranquila serenidad. En la altura, pinos y robles, las plantas todas de la región andina; en el fondo, allá en el valle que se descubre entre el vértigo, la lujosa vegetación de los trópicos, la savia generosa de la tierra caliente; la palmera, la caña, y revoloteando en los aires que miramos desde lo alto, como el águila las nubes, bandadas de loros y guacamayas que juguetean entre los vapores irisados, salen, desaparecen y dan la nota de las regiones cálidas al que las mira desde las regiones frías. Figuraos que desde la cumbre del Mont-Blanc tendéis la mirada buscando la eterna mar de hielo, como un sudario de las aguas muertas, y que veis de pronto surgir un valle tropical, riente, lujoso, lascivo, frente á frente á aquella naturaleza severa, rígida é imperturbable.

Quitad de allí el Salto si queréis, suprimid el mito, dejad en reposo el brazo potente de Nenquetheba: siempre aquellas murallas profundas y rectas, aquel abismo abierto, insaciable en el vértigo que causa, siempre aquella llanura que la mirada contempla y que el espíritu persiste en creer una ficción, siempre ese espectáculo será uno de los más bellos creados por Dios sobre la cáscara de la tierra.

Ahora, apartad los ojos de cuanto os rodea, y mirad al frente, con fuerza, con avidez, para grabar esa visión y poder evocarla en el futuro. La mañana, clara y luminosa, nos ha sido propicia, y el sol, elevándose soberano en un cielo sin nubes, derrama sus capas de oro sobre la región de los que en otro tiempo lo adoraron. Las terribles nieblas del Salto se disipan ante él y las brumas candidas se tornasolan en los infinitos cambiantes de un iris vívido y esplendoroso. Las aguas del Salto caen á lo lejos, desde la altura en que nos encontramos, hasta el valle que se extiende en la profundidad, en una ancha cinta de una blancura inmaculada, impalpable. Todo es vapor y espuma, nítida, nívea. Hay una armonía celeste en la pureza del color, en la elegancia suprema de los copos que juegan un instante ante los reflejos dorados del sol y se disuelven luego en un vapor tenue, transparente, que se eleva en los aires, acoge el iris en su seno y se disipa como un sueño en las alturas. Por fin, de la nube que se forma al chocar las espumas en el fondo, se ve salir alegre y sonriente, como gozoso de la aventura, el río que empieza á fecundar, en su paso caprichoso, tierras para él desconocidas, en medio de la templada atmósfera que suaviza la crudeza de sus aguas.

Nada de espanto ni de ese profundo sobrecogimiento que causan los espectáculos de una grave intensidad; nada de bullicio en el alma tampoco, como el que se levanta ante un cuadro de las llanuras lombardas. Una sensación armoniosa,

la impresión de la belleza pura. No es posible apartar los ojos de la blanca franja que lleva disueltos los mil colores del prisma; una calma deliciosa, una quieta suavidad que aferra al punto, que hace olvidar de todo. La óptica produce aquí un fenómeno puramente musical, la atracción, el olvido de las cosas inmediatas de la vida, el tenue empuje hacia las fantasías interminables. El ruido mismo, sordo y sereno, acompaña, con su nota profunda y velada, el himno interior. Es entonces que se ama la luz, los cielos, los campos, los aspectos todos de la naturaleza. Y por una reacción generosa é inconsciente, se piensa en aquellos que viven en la eterna sombra, sin más poesía en el alma que la que allí se condensa en el sueño íntimo, sin estos momentos que serenán, sin esos cuadros que ensanchan la inteligencia y al pasar fugitivos en su grandeza, ante el espíritu tendido y ávido, le comunican algo de su esencia.

Así permanecemos largo rato sin cambiar más palabras que las necesarias para indicarnos un nuevo aspecto del paisaje, cuando sonó la voz tranquila de Umaña, invitándonos á desprendernos del cuadro, porque el día avanzaba y nos faltaba aún *ver el Salto*.

— Pero no es posible, amigo, encontrar un punto de mira más propio que éste, le dije con el acento suave del que pide un instante más.

— Vd. ha visto un panorama maravilloso; pero le falta aún la visita íntima, cara á cara, con el torrente, la visita que hicieron Bolívar, Humboldt, Gros, Zea, Caldas, uno de los Napoleones, y en el remoto pasado, Gonzalo Giménez de Quesada y los conquistadores atónitos.

Nos pusimos en marcha, trepando á pie la misma senda que con tanta dificultad habíamos descendido. Una vez montados, recorrimos de nuevo el camino hecho, pero en vez de subir á cincha, bajamos nuevamente por una senda más abrupta aún

que la anterior. La vegetación era formidable, como la de todo el suelo que avecina al Salto, fecundado eternamente por la enorme cantidad de vapores que se desprenden de la cascada, se condensan en el aire y caen en forma de finísima é impalpable lluvia. El ruido era atronador; la nota grave y solemne de que he hablado antes, había desaparecido en las vibraciones de un alarido salvaje y profundo, el chocar violento contra las peñas y el grito de angustia al abandonar el álveo y precipitarse en el vacío. Marchábamos con el corazón agitado, abriéndonos paso por entre los troncos tendidos, verdaderas barreras de un metro de altura que nos era forzoso trepar. No habituado aún el oído al rumor colosal, las palabras cambiadas eran perdidas.

De improviso caímos en una pequeña explanada y dimos un grito: las aguas del Salto nos salpicaban el rostro. Estábamos al lado de la caída, en su seno mismo, envueltos en los leves vapores que subían del abismo, frente á frente al río tumultuoso que rugía. La apertura de la cascada, formando la cuerda que uniría los dos extremos de la inmensa herradura ó semicírculo de que antes hablé, tiene una extensión de 20 metros. Las aguas del río se encajonan, en su mayor parte, en un canal de cuatro ó cinco metros, practicado en el centro, y por él se precipitan sobre un escalón de todo el ancho de la catarata, á cinco ó seis metros más abajo, donde rebota con una violencia indecible y cae al abismo profundo con un fragor horrible.

Sobre el Salto mismo, existe una piedra pulida é inclinada, que uno trepa con facilidad, y dejando todo el cuerpo reposando en su declive, asoma la cabeza por el borde. Así, domínabamos el río, el Salto, gran parte de la proyección de la masa de agua, el hondo valle inferior y de nuevo el Funza, serpeando entre las palmas, en las felices regiones de la tierra templada.

Aquel que penetra en los inmensos y silenciosos claustros de San Pedro de Roma, en uno de esos tristes días sin luz en los cielos y sin movimiento en la tierra, siente que se infiltra lentamente en su alma un sentimiento nuevo, por lo menos en su intensidad. El de la nada, el de la pequeñez humana, al lado de la idea grandiosa que aquellos muros colosales, esas cúpulas que parecen contener el espacio, representan sobre el mundo. Puedo hoy asegurar que no hay templo, no hay obra salida de manos de los hombres, ideada por aquellos cerebros que honran la especie, que pueda compararse á uno de estos espectáculos de la naturaleza. Para aquellos que viviendo tristemente alejados del beneficio inefable de la fe, nos refugiamos, en las horas amargas, en el seno de ese sentimiento vago de religiosidad, que en todos nosotros duerme ó sueña, estas sensaciones profundas toman los caracteres de la oración.

¡Qué estupor inmenso! ¡Qué agitación creciente en el fondo del ser moral, mientras el cuerpo se estremece, tiembla y aspira, mudo y angustioso, á separarse de la fascinación del abismo!

Las aguas toman vida; aquel que una vez tan sólo las ha visto venir rugiendo por el declive violento del río, enroscarse sobre sí mismas, caer atormentadas y frenéticas al peldaño gigante y de allí lanzarse al abismo, en medio del estertor que resuena en la montaña y va á horir el oído del viajero que cruza silencioso las cumbres; aquel que ha visto ese cuadro, no lo olvida jamás, aunque vuelva á habitar las llanuras serenas, los campos sonrientes ó las vegas llenas de flores.

Las olas se precipitan unas sobre otras, blancas y vaporosas ya; al caer al vacío, la transformación es completa. Una nube tenue, impalpable, se levanta, el iris la esmalta, brilla un segundo y de nuevo otra nube de diversa forma, caprichosa, cubriendo como un velo los tormentos de la caída, la reemplaza para desaparecer á su vez un instante después.

¡Qué triste palidez en mi palabra! ¡Qué desaliento el de aquel que siente y no alcanza á expresar! Veo el cuadro entero, vivo, palpitante, ahí, delante de mis ojos; retorno con el alma á la sensación del momento, al terror vago que me invadió, á aquel grito de amenaza y ruego con que hice retirar á un niño que se inclinaba curioso á mirar el abismo y que quedo absorto contemplándome, sin comprender ni mi angustia ni el peligro; veo el hondo, hondo valle, allá abajo; llega aún á mis oídos el romper de las aguas contra las rocas de la llanura, escena terrible que se desenvuelve misteriosa, sin que el ojo humano jamás la observe, envuelta en la nube diáfana de los vapores irisados; veo las ciclópeas murallas de granito, severas en su inmovilidad, sus florescencias gigantescas, el agua que parece brotar de sus entrañas pletóricas de savia en chorros violentos, como la sangre saltando de una ancha herida.... y me revuelvo en la impotencia para pintar ese espectáculo sin igual en esta ínfima porción de lo creado que nos fué dado conocer!

Cuando nos dejamos deslizar por la suave pendiente de la piedra y nos reunimos al rededor del almuerzo que estaba ya preparado allí mismo, nos notamos los rostros pálidos y el respirar fatigoso. Una grave pesadez nos invadía, un deseo imperioso de dejarnos caer al suelo y dormir, dormir largas horas. Es el fenómeno constante después de toda emoción profunda, consejo instintivo de la naturaleza, que exige la reparación de la enorme cantidad de fuerza gastada....

¿Cuál de ustedes renovaríá la hazaña de Bolívar, mis amigos? dijo una voz.

El Libertador, en una de sus visitas al Salto, encontrándose con numerosa comitiva, precisamente frente á frente del punto en que nos hallábamos, pero del lado opuesto del torrente, oyó que uno de los circunstantes decía: «¿Dónde iría, general, si vinieran los españoles?—¡Aquí! dijo Bolívar, y antes de que

podrían detenerlo, ni aun lanzar un grito, dió un salto y quedó de pie, á pico sobre el abismo, sobre una piedra de dos metros cuadrados, por cuyo costado pasaba, vertiginoso y fascinante, el enorme caudal de agua que medio segundo después cae al vacío.

La piedra se encuentra aún en su mismo sitio; dar un salto hasta ella, desde la orilla opuesta, no requiere por cierto un esfuerzo extraordinario; cualquier hombre que trazara sobre una llanura una senda de un pie de ancho, caminaría por ella sin dificultad; pero colocad una tabla de idéntica dimensión á cien metros de altura y os ruego que ensayéis....

Después de una leve discusión, quedamos todos sinceramente de acuerdo en que, para llevar á cabo ese rasgo, se requiere una organización especial, una ausencia de nervios ó un dominio sobre la materia, de que ninguno de los humildes presentes estábamos dotados.

Nos consolamos pensando en que los Bolívares son raros, y en que, si ninguno de nosotros lo era, no había motivos plausibles para imponernos la responsabilidad de esa omisión. — (MIGUEL CANÉ.)

CXIII.

Patria.

¿Qué es la patria—ese nombre misterioso
que acude á nuestro labio sin cesar,
y que, dulce á la vez y prestigioso,
mentes y corazones mueve al par?

¿Es una sombra, un vano pensamiento
al que presta color una ilusión?
¿es una aberración del sentimiento,
ó un delirio, no más de la razón?

.
.
¿Qué es la patria!! La patria es la memoria
que á todas las demás encierra en sí;
es esperanza, adoración y gloria,
es Canaán y el arca de Leví.

La patria es el lugar de nuestra cuna,
la sonrisa primera del placer,
y la primera lágrima importuna
que la pena primera hizo verter.

Patria es la brisa á cuyo caro aliento
Se abre dos veces la primera flor:
la flor de nuestra mente—el pensamiento,
la flor de nuestra vida—el casto amor.

La patria es, rica ó pobre—la morada
cuyo techo en la infancia nos cubrió;
el primer beso de la madre amada,
y el último suspiro que exhaló.

La patria es amistad, es alegría,
recuerdo, pensamiento y porvenir;
es sol de amores que no tasa el día,
pues no cesa en la noche de lucir.

La patria es más: es el terrón de suelo
de donde alzamos, del misterio en pos,
la primera mirada para el cielo
á cruzarla en la luz con la de Dios.

Y símbolo de patria es la bandera
que el más honrado guardará en la lid,
Ceñida al brazo, aunque luchando muera,
Cual yedra fuerte á la tronchada vid.

Ésa es, que el viento á sus embates
hoy, rota y sin color hace flotar...
ya dió sombra al valor en los combates
y de humo heroico se miró sahumar.

Blanca era ella, por su origen puro,
Celeste, por la noble aspiración...
¡ Salve al emblema de mejor futuro !
¡ Honor al polvoroso pabellón !

(AURELIO BERRO.)

FIN.

INDICE.

INTRODUCCIÓN.

	Págs.
Cuatro palabras á los maestros	v

REGLAS SOBRE LA EXPRESIÓN.

Del tono	vi
Movimiento de la voz	x
Grado de elevación ó depresión de la voz	xiii
De la fuerza	xvi
El énfasis	xviii
Pausas	xx
De las inflexiones	xxi
La lectura de versos	xxii

LIBRO CUARTO.

TROZOS DE LECTURA.

I	— La lección de lectura	1
II	— El teatro viejo	2
III	— Mi hija Margot	5
IV	— Mis compañeros	6
V	— Un susto mortal	9
VI	— Bondad y belleza	11
VII	— Las palomas mensajeras	12
VIII	— El paseo	16
IX	— En el mercado	18

	Págs.
X.	— El juego del pato 22
XI	— La margarita 24
XII	— El domador 24
XIII	— Las llaves de Montevideo 26
XIV	— El cuento de un gato y un ratón 29
XV	— La linda pierna y la pierna torcida 32
XVI	— Perspicacia de Quiroga 35
XVII	— La saboyanita 37
XVIII	— La fuerza de la consigna 38
XIX	— Los vascos 41
XX	— Abrojos para los ojos 44
XXI	— El rancho 45
XXII	— Un viaje en diligencia 47
XXIII	— Los médicos de antaño y la visita 52
XXIV	— Adiós á la patria 55
XXV	— La intolerancia religiosa 56
XXVI	— Un episodio glorioso 58
XXVII	— ¡Que no sepa el General San Martín! 60
XXVIII	— Una estancia 63
XXIX	— Montevideo antiguo 65
XXX	— Visita á la casa paterna 69
XXXI	— Rencores femeninos 70
XXXII	— El pan de oro 71
XXXIII	— Un pequeño héroe 76
XXXIV	— Un pequeño héroe (continuación) 79
XXXV	— La reprimenda 84
XXXVI	— Los fueguinos 86
XXXVII	— Un viaje 91
XXXVIII	— El combate de San Lorenzo 94
XXXIX	— El inválido 97
XL	— Consejos á un joven jornalero 98
XLI	— Una tragedia 101
XLII	— Un sueño 105
XLIII	— Los aspavientos de una viajera 107
XLIV	— En la cordillera 110
XLV	— Facundo Quiroga acosado por un tigre 113
XLVI	— Plegaria á Dios 116
XLVII	— Batalla de Don Quijote con los molinos de viento 117

	Págs.
XLVIII . . . — Una fúnebre carga	119
XLIX . . . — Un hombre sin colocación	124
L . . . — La provocación	128
LI . . . — El tío Frasquito	133
LII . . . — Mi padre	136
LIII . . . — El sombrero	137
LIV . . . — Doña Rita material	141
LV . . . — El consejo maternal	143
LVI . . . — Las niñas vanidosas	144
LVII . . . — Una aventura en Calabria	151
LVIII . . . — ¡Todavía está allí!	154
LIX . . . — El huracán	159
LX . . . — La historia del negro	163
LXI . . . — El testamento de un padre	167
LXII . . . — Una nariz	170
LXIII . . . — El tremedal	173
LXIV . . . — Una visita	176
LXV . . . — El fugitivo	180
LXVI . . . — El castellano viejo	183
LXVII . . . — Rumbo	188
LXVIII . . . — El hogar paterno	190
LXIX . . . — Caracteres	196
LXX . . . — Al pasar	200
LXXI . . . — La conciencia	203
LXXII . . . — Los Sargentos de Tambo Nuevo	205
LXXIII . . . — El médico á palos	208
LXXIV . . . — Tiro de bolas	212
LXXV . . . — El Tupungato	214
LXXVI . . . — La última bendición de mi padre	216
LXXVII . . . — Modismos	218
LXXVIII . . . — Yamandú	221
LXXIX . . . — El valor de los hombres	223
LXXX . . . — Cristóbal Colón	226
LXXXI . . . — El nuevo mundo	231
LXXXII . . . — El Fuerte de Santa Teresa	233
LXXXIII . . . — Hombre contra hombre	236
LXXXIV . . . — Las advertencias de doña Perfecta	239
LXXXV . . . — Tomás Mejía	243

	Págs.
LXXXVI . . . — La modestia	246
LXXXVII . . . — El mendigo	250
LXXXVIII . . — La medida del valor de los hombres.	253
LXXXIX . . . — El mejor testigo	259
XC — La madre	263
XCI — El ombú	269
XCH — Muerte de Zapicán y otros caciques charrúas	273
XCHH — Lo inesperado	278
XCIV — Crimen y castigo	281
XCV — El capitán Veneno	286
XCVI — El capitán Veneno (continuación).	289
XCVII — Una hombrada	293
XCVIII — Día memorable	298
XCIX — Población de Montevideo	303
C — ¡Viva el Duque!	305
CI — Las tres virtudes	310
CII — Mis lares	314
CIII — Un grupo de voluntarios en 1825	315
CIV — Se llama mi hermano	321
CV — Pan y lágrimas	325
CVI — El bufón del rey	329
CVII — Consejos de oro	332
CVIII — Los Treinta y Tres	337
CIX — Los Treinta y Tres (continuación)	341
CX — La leyenda patria	345
CXI — El mar	347
CXII — El Salto del Tequendama	349
CXIII — Patria	356

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

